Las golondrinas no regresarán

Natsuo Kirino



DESTINO

Índice

Portada

Portadilla

1. Boiled egg

1
2
3
4
5
6

2. Una batalla contra el tiempo

1
2
3
4

3. La peregrinación de la fecundación

1
2
3
4

4. BABY 4 YOU

1

2

3

4

5. El alma de los bebés

1

2

3

4

5

6

Notas

Créditos

LAS GOLONDRINAS NO REGRESARÁN

Natsuo Kirino

Traducción de Traducción de Sandra Ruiz Morilla

Ediciones Destino

1

Boiled egg

1

El huevo blanco se contoneaba rítmicamente dentro de la pequeña olla. En el Miyoshi Mart los vendían en cartones de diez por 198 yenes; eran los más baratos de la zona. A ritmo de uno diario, le durarían diez días. Era una forma económica de conseguir un alimento rico en proteínas y, además, era fácil de cocinar. Quince minutos bastaban para hervir el agua y conseguir un fantástico huevo cocido.

—¿Sabes cuál es la esencia de los huevos? Que, cuando los introduces en agua hirviendo ocho minutos, obtienes un huevo cocido. Eso es lo que los define. Tardas quince minutos en hacerlos desde que pones el agua en la olla. En la cocina, es importante conocer la naturaleza de los ingredientes.

La señora Isogai solía dar discursos como este en el comedor de la residencia de ancianos.

Sentada muy recta en su silla de ruedas, era una mujer que, al principio, podía parecer intimidante, hasta que uno se daba cuenta de que en su pijama rosa no cabía ni una mancha de comida más. Su apellido se escribía con unos estrafalarios ideogramas que casi nadie era capaz de leer. Alguien la llamó una vez «Aritani», a lo que ella respondió corrigiendo con condescendencia: «Se lee Isogai».

Aquella escena se había repetido en varias ocasiones, así que la señora Isogai empezó a señalarse el pecho, desprovisto de cualquier placa identificativa u otras señas que indicaran su apellido, y, pese a que no viniera al caso ni nadie se lo hubiera preguntado, declaraba:

«Se lee Isogai». Aparte de esta frase, la anciana también explicaba a quien se le cruzara en el camino «la esencia de los huevos». Era lo único que decía.

En el comedor de la residencia no servían huevos duros. Muchos de los ancianos eran incapaces de pelarlos por sí mismos y, además, se pretendía evitar que alguno se ahogara al tragarlos. Los únicos platos con huevo del menú eran el *dashimaki-tamago*, una tortilla japonesa dulce que gozaba de gran éxito entre los residentes; el *kakitamajiru*, una sopa con huevo batido con la que era imposible atragantarse; o, muy de vez en cuando, un huevo pasado por agua.

Aunque nadie lo sabía con certeza, quizá ese era el motivo por el que la señora Isogai estaba tan obsesionada con los huevos duros. Empezó a correr el rumor de que había trabajado como cocinera en el pasado, por lo que sus signos de senilidad comenzaron a percibirse como algo que rozaba lo adorable e incluso tuvieron que darle la razón en que su teoría sobre «la esencia de los huevos» era completamente acertada.

Su fama se fue al traste cuando una de las auxiliares del centro descubrió que esa expresión la repetía a menudo un reputado chef al referirse a los ingredientes en general. Lo había visto en internet. Desde entonces, cada vez que la señora Isogai sacaba el tema, los que hasta entonces la escuchaban con compasiva atención empezaron a responderle con un seco «que sí, que sí, ya». Poco después la mujer cogió un resfriado que se complicó en neumonía y murió repentinamente.

El huevo de una gallina comienza a endurecerse tras hervir ocho minutos. Esa es su esencia, su verdadera naturaleza. ¿Cuál será entonces la de los «huevos» que hay dentro del cuerpo femenino, es decir, la de los óvulos? ¿Cuántos minutos deberían hervirse para que se endurecieran?

—Ojalá la señora Isogai, en su infinita sabiduría, me lo hubiera enseñado —se dijo Riki recordando con nostalgia a aquella mujer mientras contemplaba el interior de la olla.

Riki había trabajado en la residencia de ancianos casi dos años y medio: entró con veintiuno y se fue con veintitrés y cuatro meses. Fue el tiempo que tardó en ahorrar, con muchas penas y fatigas, dos millones de yenes. Había conseguido guardar casi la mitad del sueldo gracias a que todavía vivía con sus padres.

En cuanto acabó sus estudios de dos años en una universidad del noreste de la isla de Hokkaido, la contrataron en ese centro, que acababa de abrir sus puertas. Sus padres, quienes tarde o temprano acabarían allí, se alegraron mucho de que hubiera conseguido ese trabajo. Sin embargo, tras ser testigo en su primera jornada laboral de cómo una anciana formaba bolitas con sus propias heces encima de la cama, tuvo claro que aquel no era su lugar. Le costaba creer que existieran personas como aquella mujer.

El problema, en realidad, no era la residencia. Fuera adonde fuera e hiciera lo que hiciera, siempre le pasaba lo mismo. Desde que había llegado a Tokio, no había conseguido asentarse en ningún empleo, lo que la llevó a pensar que quizá no poseía la perseverancia suficiente. Con el tiempo se dio cuenta de lo que le pasaba: no quería casarse ni establecerse en un trabajo sin tener claro qué tipo de persona era y qué quería hacer.

La primera vez que pensó que la vida era más fácil cuando se tenía un objetivo claro y se perseguía sin vacilar fue en el instituto. Una amiga con la que se llevaba bastante bien decidió hacerse manicurista, fue a estudiar a una escuela especializada de Tokio y, al acabar el curso, un año después, entró en una cadena de salones propiedad del centro donde se había formado. Ahora era muy reconocida en su campo, e incluso se había hecho un nombre en la

tienda insignia de la firma, la de Shibuya. Riki se moría de la envidia cada vez que curioseaba su Instagram, donde mostraba cómo trabajaba sin cesar y compartía fotos con su novio perfecto, que era estilista en una peluquería de Shinjuku. No lo malinterpretéis. Los celos que sentía no eran ni por el novio, ni porque trabajara en un centro de belleza, ni porque se moviera entre Shibuya y Shinjuku, sino por la sensación de plenitud que le presuponía.

Una vez, poco después de que Riki se mudara a Tokio, quedaron para tomar algo. Fueron a un café de Ebisu que su amiga visitaba a menudo. Riki acababa de entrar a trabajar a tiempo parcial en una empresa de Nishinippori que clasificaba material impreso.

Su amiga se presentó ante ella con el pelo teñido, próximo al castaño, y destilando un refinamiento evidente que provocaba la admiración de todo el que se cruzaba con ella. Riki, ya de por sí intimidada por estar en ese barrio, se sintió todavía más abrumada y, cuando vio la obra de arte que decoraba las puntas de sus dedos, el corazón y el cuerpo se le encogieron y tuvo la impresión de que se volvía pequeña, sentada en la silla de aquel café.

—¡Mira! ¡Me las he hecho yo! —dijo su amiga orgullosa, mostrando sus uñas.

Riki no tenía una profesión estable, por lo que percibió que existía una gran distancia entre ellas. Pensó que ese sentimiento era inevitable, ya que, al fin y al cabo, ella no poseía ningún talento especial para nada.

Trasladarse a Tokio no mejoró en absoluto su situación, más bien al contrario. La cosa fue de mal en peor. En su pueblo natal no había trabajo y, cuando decidió abandonarlo para ir a la capital, tuvo una buena bronca con su padre. Ahora su testarudez no la dejaba regresar, ya que volver hubiera supuesto aceptar su error. En cualquier caso, su cuenta bancaria no le permitía pagarse el billete.

Cuando salió de allí, poseía lo que consideraba una pequeña fortuna: dos millones de yenes. Sin embargo, después de seis años se veía obligada a contar hasta el más mínimo gasto. Para alquilar su piso, había tenido que entregar un depósito y dinero de agradecimiento al propietario,[1] y eso sin contar lo que había invertido en la nevera, el microondas, la cama, los muebles, las ollas y los demás utensilios de cocina. Además, había ido tirando de ahorros para compensar su déficit mensual, por lo que, como si de una ilusión se tratase, el dinero inicial se evaporó en un abrir y cerrar de ojos y no le quedó más remedio que continuar viviendo con la cuenta bancaria a cero.

Estaba frustrada por no poder conseguir un buen trabajo, y a ello se sumaba un fuerte complejo por no tener ningún talento en particular, así que sus días, como si una espesa nube negra los cubriera, se impregnaron de una fuerte sensación de carencia. Nunca hubiera imaginado que la falta de dinero la haría sentirse tan desamparada y asfixiada. Quería vivir sin preocupaciones monetarias, aunque fuera una sola vez.

Iba al supermercado a última hora y, entre las ofertas de alimentación que ponían al final del día, buscaba algo que llevarse a la boca. Recortó tanto como pudo en gas y luz, y realizaba los desplazamientos a pie para evitar gastar en transporte. La única ropa que a duras penas podía permitirse era la de las tiendas de segunda mano. Ese era su día a día y deseaba con fervor que dejara de serlo. Quería saber qué era vivir sin tener que preocuparse por llegar a fin de mes.

La alarma que había configurado en el móvil sonó: el agua llevaba exactamente ocho minutos hirviendo. Riki la retiró y llenó el recipiente de agua fresca para enfriar el huevo. Sin moverse de detrás del fregadero, peló la cáscara. Hay una zona del huevo duro

en la que se acumula aire; por lo general, está en la parte inferior. Cuando se hace rodar, se forman unas pequeñas grietas en ella que permiten quitar la piel desde ahí con facilidad.

Debería haberle enseñado esa otra esencia del huevo a la señora Isogai. Aunque probablemente ella la hubiera mirado con aquellos pequeños ojos llenos de desconfianza y hubiera dudado. En cambio, si lo hubiera dicho cualquier experto culinario de tres al cuarto, seguro que lo habría creído a pies juntillas. Incluso alguien como la señora Isogai la ignoraba. Era así como se sentía fuera adonde fuera: como una mujer que no le importaba a nadie.

Riki bañó su huevo en un platito con salsa de soja. Desde que era una niña, le gustaba comérselos así en vez de con sal. Odiaba cuando iba de excursión y solo le daban sal para echarle al huevo. El primer chico con el que salió cuando llegó a Tokio se burló mucho de ella cuando se lo contó.

—¡Cómo te gusta la salsa de soja! ¡No puedes ser más pueblerina! —le dijo.

Era tres años mayor que ella y parecía algo esnob con aquella perilla que no le quedaba bien y aquel fuerte acento del norte de Kanto. Se conocieron trabajando en una tienda de productos de importación, que queda mucho mejor que decir que era una tienda de ropa normal. Por lo visto, estaba empleado allí porque era el único sitio en el que le permitían llevar barba.

Él tampoco era de ciudad, y Riki pensaba que el acento de aquel chico era mucho más pueblerino que el suyo, aunque se lo guardó para ella y no le comentó nada al respecto. Sin embargo, él, como si le leyera la mente, enseguida argumentó que su ciudad natal estaba dentro del área metropolitana de Tokio, por lo que no tenía absolutamente nada que ver con el pueblo de Riki, que se encontraba perdido en las montañas, en Hokkaido, al norte del país.

Tenía un sexto sentido para percibir en los demás cualquier atisbo de negatividad.

A ella le faltaba experiencia con los hombres y se tragó todas sus mentiras. Él no la respetaba. Le mintió sin parar y le fue infiel con varias chicas al mismo tiempo. Cuando se cansó de jugar con ella, la dejó.

Desde entonces, Riki empezó a plantearse por qué los hombres eran así: salvajes, estúpidos y sin consideración alguna por los demás. Dicho de otra manera, los veía como unos seres que solo velaban por su propio interés. Se quitaban los zapatos sucios y los tiraban por ahí de cualquier manera, dejaban levantada la tapa del inodoro después de ir al baño y, si se les escapaban algunas gotas y mojaban el suelo, ni siquiera se daban cuenta y las pisoteaban sin miramientos. Abrían su nevera sin pedir permiso y se bebían la cerveza espumosa que la pobre Riki guardaba como un tesoro. Ocupaban todo el espacio de la minúscula cama, por lo que ella acababa durmiendo en el suelo. Y, como pensaban que las mujeres estaban para servirles, no les importaba hacerlo sin protección y eyacular dentro. Encima, si a una se le ocurría quejarse y les decía que no quería quedarse embarazada, se limitaban a reírse y a contestar: «¡El problema sería mío porque tendría que casarme contigo!».

Todos los hombres que Riki había conocido en Tokio parecían cortados por el mismo patrón, por eso no quería encamarse con ellos ni por todo el oro del mundo. Ni siquiera se lo habría planteado si hubieran sido los dos únicos habitantes de una isla desierta. Se convenció de que no los necesitaba y de que estaba mejor sin ellos, pero con su sueldo era imposible seguir viviendo sola en aquella ciudad.

Trabajaba sus buenas nueve horas y media, desde las ocho de la mañana hasta las cinco y media de la tarde, en el Hospital General de Kitamuki, un lugar sombrío y con instalaciones viejas. Le pagaban unos míseros 140.000 yenes al mes. Para colmo, en negro. La vivienda, un apartamento muy humilde y con poca luz, se llevaba 58.000 y con los 82.000 restantes debía apañárselas para cubrir todos los gastos.

Una de sus compañeras de trabajo, como era de Tokio, sí que podía comprarse los cafés en Starbucks, ya que vivía en casa de sus padres y no tenía que pagar un alquiler, pero ella ni siquiera podía permitirse el triste café de los supermercados 7-Eleven. Además, como el contrato se le acababa al año siguiente, debía ponerse cuanto antes a buscar un nuevo empleo. Ansiaba desde lo más profundo de su corazón la estabilidad y la tranquilidad que solo puede proporcionar el dinero.

Riki sacó un *onigiri* relleno de huevas que había comprado en una tienda de conveniencia. Allí eran caros, pero tenían un estante con ofertas a 100 yenes y se había dejado vencer por el hambre. Se había provisto también de otra bola de arroz para el desayuno del día siguiente.

Mordió las pequeñas perlas de color anaranjado y sintió cómo explotaban en su boca. Eran huevas de pescado. Los peces ponen muchas: las hay de salmón, de bacalao, de arenque, de múgil (que se comen en Nagasaki)... Todas ellas traídas al mundo por hembras de diferentes especies. Riki pensó en sus ovarios y en los óvulos que contenían. Sería increíble poder convertirlos en dinero.

Recordó que una vez, en su época de secundaria, estaban preparando la cena de fin de año en casa de su abuela y le hicieron

limpiar las finas membranas que recubrían cada una de las huevas de arenque desaladas. Se preguntó si los óvulos también estarían envueltos uno a uno con una membrana similar. ¿Se extraerían del útero tirando de esa hipotética película? ¿Dolería? ¿Disminuirían sus reservas? ¿Cómo sería que te los sacaran?

Desde que Teru le había propuesto ser donante remunerada, Riki había investigado sobre el tema por internet y no dejaba de darle vueltas al asunto. Acabaría como la señora Isogai, incapaz de hablar de otra cosa que no fueran los huevos, aunque ella no conociera cuál era realmente su esencia.

Sus óvulos se unirían al espermatozoide de un hombre al que no conocía y, si todo iba bien, se produciría una fecundación que acabaría en el útero de su mujer y de ella nacería un bebé. Entonces, ¿no sería suyo ese hijo?

Pongamos, por ejemplo, que Riki accediera a suministrar ese óvulo y que una pareja consiguiera fecundarlo y tener descendencia. Si ella misma después se quedara embarazada, ¿se podría considerar que su hijo tenía un hermano? ¿Y qué pasaría si se conocieran y empezaran a salir? ¿Sería incesto? Y, si ella quisiera casarse, ¿debería confesarle a su futuro esposo que había sido donante de óvulos? ¿Cómo actuaría ella si fuera él quien hubiera donado esperma?

Las dudas se agolpaban en su mente. Se sentía confusa. Acabó de comerse la bola de arroz y el huevo duro, y se tomó su sopa de miso. Luego abrió la página web en la que solicitaban donantes de óvulos y que había dejado marcada en favoritos. Justo en ese momento, Teru le escribió por Line.

¿Te has inscrito?

Habían hablado del tema y habían decidido apuntarse juntas. Teru se había enterado de que existía la donación de óvulos por una enfermera de una clínica maternoinfantil. «Te pagan 500.000 yenes», le había dicho. ¡Eso sí que era un buen trabajo!

Todavía no. Iba a hacerlo ahora.

Es un rollazo. ¡Ánimo!

Gracias.

Para inscribirse, había que rellenar un cuestionario interminable. Le pedían el nombre, la dirección, la ocupación, el tipo sanguíneo, la altura, el peso, el número de pie, los antecedentes médicos, las enfermedades crónicas (si las padecía), su graduación óptica, el tipo de cabello, el color de la piel. Le preguntaban si el pliegue del párpado era doble o simple, si fumaba o lo había hecho y si llevaba tatuajes o pírsins. También tuvo que dar su número de pasaporte, explicar si había viajado o no al extranjero, escribir una carta sobre sus sueños para el futuro, los motivos que la llevaban a donar y su historial académico. Además, tuvo que informar sobre los antecedentes clínicos y laborales de sus padres y sus abuelos.

Para acabar, le pedían que adjuntara fotografías de cara y de cuerpo entero y, si tenía, de cuando era bebé. Riki rebuscó entre los álbumes que guardaba en el móvil hasta que encontró una foto de cuerpo entero que no parecía tan desastrosa en comparación con el resto y la envió. Pensó que daría una imagen seria, ya que iba vestida con el uniforme del hospital.

A medida que rellenaba todos los campos, no pudo evitar pensar que no las seleccionarían. A Teru por supuesto que no, porque llevaba un pirsin y se había operado para tener doble párpado, pero a ella tampoco. Después de tardar más de una hora en completar el

formulario, lo único que le quedó fue la sensación de que había realizado un esfuerzo inútil. Le pareció que, si desestimaban sus óvulos, se sentiría estigmatizada para siempre.

A las siete y cincuenta de la mañana siguiente, Riki entró por la puerta trasera del Hospital General de Kitamuki, fichó con la tarjeta y se dirigió a su taquilla. Las chicas que trabajaban en el centro de rehabilitación ya estaban allí. Se cambiaban rápidamente y, tras ponerse sus uniformes tipo chándal, salían una a una al sombrío pasillo. Todas eran jóvenes y se las veía llenas de vitalidad. Al cruzarse con ellas, la saludaban con un enérgico «¡buenos días!». Riki sabía que no era más que un reflejo automático, pero le resultaba molesto.

Poco antes de las ocho, el hospital ya estaba lleno. La mitad de los pacientes eran ancianos. A las siete, cuando se abrían las puertas de acceso, entraban todos a la vez, luchando por conseguir el mejor número en la cola de espera.

Riki, ataviada con su chaleco y su falda morada, se dirigió hacia el despacho de admisiones. La recepción abría a las ocho. Por la mañana, su trabajo consistía principalmente en recibir a los pacientes y en entregar por orden de llegada las carpetas verdes que contenían sus historias clínicas. Al acabar, se sentaba en la caja y se dedicaba a cobrar las visitas. A veces le daba miedo que le contagiaran alguna enfermedad, ya que muchas veces los enfermos pagaban en efectivo.

No había visto todavía a Teru. Llegó a su puesto diez minutos tarde, lo que le valió una mirada de odio visceral del jefe.

Teru le hizo señas desde su silla. «Ya, ya. Está mal», parecía querer decir. Pertenecía al mismo equipo de trabajo que Riki pese a

que era cuatro años más joven que ella. Era una chica delgadísima cuyos dientes parecían no caber en su pequeñísima boca. Los tenía completamente desalineados, por lo que daba la sensación de que era todavía más niña. Llevaba el pelo teñido de castaño, aunque por las raíces ya se le empezaba a ver su color negro natural. Seguramente se había quedado sin dinero para teñirse de nuevo, y eso que tenía dos trabajos.

Teru le dijo que debería ir pronto a la peluquería porque el encargado ya le había llamado la atención diciéndole que así se la veía dejada. Riki pensó que, más que dejada, se la veía infeliz, aunque, por supuesto, no se lo dijo. Como ella no tenía dinero para permitirse ir a la peluquería, llevaba el pelo negro, su color natural, y se lo cortaba ella misma.

Durante la pausa del mediodía, normalmente iban al comedor y sacaban las fiambreras que ellas mismas se preparaban. La de Riki solía contener casi cada día lo mismo: un *onigiri* relleno y un huevo duro que mojaba en salsa de soja. A veces llevaba arroz blanco con algún frankfurt o comidas simples por el estilo. Los menús de Teru eran mucho más sofisticados: col, palitos de surimi, filete de cerdo rebozado... Todo lo que le sobraba del día anterior lo echaba al tuntún en la sartén y acababa con platos de lo más eclécticos. Al principio a Riki le daba vergüenza abrir sus humildes tápers delante de ella, aunque se relajó en cuanto vio lo extravagantes que eran las comidas de su amiga.

Justo al lado del hospital había un 7-Eleven. Con su sueldo, no le llegaba para comprar en él a menudo, pero aquel día habían acordado verse allí en el descanso. Elegirían alguno de sus platos preparados y se lo comerían en las mesas que había en el mismo supermercado. Riki agarró su monedero y se dirigió hacia allí.

Necesitaba darse un capricho como aquel de vez en cuando si no quería volverse loca.

Le apetecía una ensalada verde, pero, como era muy cara, se resignó a coger lo de siempre: una bola de arroz, un bol de fideos, un sándwich y un pan dulce. Todo un festival de hidratos de carbono. Costaba en total 300 yenes, que le parecieron un gran despilfarro pese a que, en realidad, no era ninguna fortuna. Teru, que era muy golosa, se había regalado también un petisú que la hacía especialmente feliz. Su gran sonrisa dejaba al descubierto su irregular dentadura.

—Oye, ¿al final te has inscrito? —preguntó.

—Sí.

—¡Ese maldito formulario no se acababa nunca! Yo me he inventado la mitad de los datos.

—Preguntaban lo de los pírsins. ¿Tú crees que te cogerán? —inquirió Riki preocupada.

—No pasa nada, también mentí sobre eso —respondió Teru encogiéndose de hombros.

—Y con la foto, ¿qué has hecho?

—He enviado esta.

Teru le enseñó una imagen que estaba claro que había retocado con alguna aplicación. Sus ojos eran excesivamente grandes. Daba un poco de miedo.

—Tía, es horrible...

—Es que en las otras salía muy fea...

Teru era de un pueblo cercano a Nagoya. Había conseguido estudiar los cuatro años de universidad gracias a un préstamo estudiantil que sus padres, además, ampliaron para cubrir sus gastos de manutención durante ese tiempo. Cuando se graduó, cargaba con una deuda de 500.000 yenes. Tenía muchas ganas de devolverla

cuanto antes, así que se puso a trabajar enseguida en un concesionario de automóviles. Sin embargo, la asignaron al área de ventas, donde sufrió el acoso de su jefa, lo que acabó por provocarle una crisis nerviosa. No tuvo más remedio que dejarlo.

Así que decidió hacer borrón y cuenta nueva. Se sometió a una operación estética para hacerse párpados dobles y se fue a buscar empleo a Tokio. Como no lo logró, se inscribió en una empresa de trabajo temporal. Con su sueldo, no podía devolver el préstamo, por lo que buscó otro trabajo los fines de semana en un club de moral relajada. Con lo que cobraba podía saldar su deuda y le sobraban al mes 23.000 yenes. Cabe decir que tenía que pasar por más de una experiencia desagradable; por eso se ganaba tanto dinero.

—Ya no me pagan tanto. Hay muchas nuevas y, claro, me revientan el mercado —le dijo un día a Riki.

Pese a que Teru no escondía cuál era su segundo empleo, en el hospital empezaron a correr rumores de a qué se dedicaba los fines de semana. Uno de los que trabajaban en radiología la había visto delante del club de Shinjuku intentando atraer a un cliente. Ese hombre era igual que el minion Jerry y, como sudaba como un cerdo incluso en invierno, las chicas de la oficina intentaban mantenerse lo más lejos posible de él. Seguramente había ido acumulando rencor contra ellas y ese era el motivo por el que lo había contado a gritos. Riki imaginó que Jerry debía de haber presenciado la escena desde dentro del local.

Teru odiaba acostarse con gordos sebosos como él, pero no le quedaba más remedio si quería librarse de aquella deuda que la acosaba. No sabían si, después de que aquello fuera de dominio público, el hospital haría o no la vista gorda. Le reventaba que fuera precisamente el putero, el comprador, quien cargara contra la chica que tenía que venderse.

—En la web ponía que, por cada vez que donas óvulos, te pagan entre 500.000 y 800.000 yenes. Investigué un poco para saber por qué hay tanta diferencia y se ve que te asignan un puesto en un ranquin —murmuró Teru. Como tenía la voz tan grave, era más fácil escuchar a los demás que a ella.

—¿Un ranquin? —preguntó Riki también en susurros.

—Te colocan en un puesto cuando te inscribes dependiendo del nivel de estudios que hayas indicado, la foto de cuerpo entero que hayas enviado... Tienen en cuenta muchas variables. Por ejemplo, si tienes menos de veinticinco, has estudiado en una de las universidades más prestigiosas de Tokio, trabajas en una empresa de primer orden, ni tus padres ni tus hermanos padecen enfermedades hereditarias y, además, eres guapa, te clasificarán con una A especial. Pagarán 800.000 yenes por tus óvulos. También pertenecerás a este grupo si eres de buena familia, te han dado buenos estudios, te has graduado en una universidad religiosa y eres atractiva.

Riki no sabía dónde había conseguido Teru aquella información, pero se quedó muy preocupada. Ella solo contaba con un grado de dos años en una universidad de provincias. No era lo que se dice una belleza y carecía de talentos especiales. ¿Llegaría tan siquiera a entrar en el ranquin? Había albergado muchas dudas sobre si convertirse o no en donante de óvulos, pero, ahora que creía que ni siquiera iban a tenerla en consideración, se sentía terriblemente decepcionada. ¡Y pensar que había malgastado su preciado tiempo en rellenar a conciencia aquel maldito formulario!

—No creo que me cojan. Ya he cumplido veintinueve años y no destaco en nada —lamentó Riki.

—Pero tu salud es buena, ¿no? —respondió Teru mientras mezclaba con sus palillos el contenido de su bol de fideos.

Riki medía 1,66 metros y pesaba 58 kilos. No padecía ninguna enfermedad y ni siquiera había tenido nunca caries. Sus padres y sus abuelos nunca habían ido bien de dinero, pero gozaban de buena salud. Le molestaba pensar que sus óvulos pudieran tener una clasificación de C o menos. ¿Serían catalogados como los huevos que compraba en el Miyoshi Mart por 168 yenes el paquete? Menos de 20 yenes el huevo... Muy poco comparado con los 50 que costaba uno de marca.

—Sí, estoy sana, pero no me gusta nada eso del ranquin. Siento como si me estuvieran tasando.

—Siempre es así, nos lo hacen a diario —afirmó Teru.

—En eso tienes razón.

Tras confirmar que ambas opinaban lo mismo en ese aspecto, se instauró el silencio. Teru no se equivocaba en absoluto. Llevaban toda la vida evaluándola, tasándola, diciéndole cuáles eran los trabajos a los que podía acceder y de cuáles debía olvidarse para siempre. Los pobres que pensaban que esforzándose más y poniéndole más ganas lograrían escalar en la jerarquía social eran unos completos idiotas. Pese a que les hablaran de superación personal, si desde el principio ya te habían metido en el grupo que se consideraba barato, por mucho que te empeñaras, no había manera de salir de ahí. Aunque se lo hubiera explicado, ni siquiera su propia familia habría sido capaz de entender su situación, así que pretender que el resto de la sociedad lo comprendiera era algo que ni siquiera se planteaba. Nadie le echaría una mano con los terribles problemas monetarios que sufría.

La vida de Riki se resumía con las siguientes palabras: insatisfacción laboral, complejo de inferioridad, sensación de

estrechez provocada por la falta de dinero y, por último, la soledad que nacía de la incomprensión de los demás. Conocer a Teru la había liberado parcialmente de eso, pero su amiga se encontraba en una situación aún más miserable, y estar con ella resultaba a veces muy deprimente.

—Riki, ¿qué harás si pasas la criba y la entrevista y te cogen? ¿Dejarás el trabajo en el hospital y te irás a Tailandia?

Aquellas cuyo formulario superaba el primer proceso de selección debían someterse a una entrevista. A las que eran finalmente seleccionadas como donantes de óvulos las enviaban al extranjero para extraérselos. La legislación en Japón no era demasiado clara al respecto y los centros médicos tenían bastante autonomía para actuar. Quienes buscaban un tratamiento que no seguía estrictamente las normas nacionales se veían obligadas a acudir al extranjero para recibir la donación de óvulos. Por ese motivo, si la escogían, debería pedir vacaciones de, como mínimo, dos semanas.

Dos semanas de descanso para una persona que venía de una empresa de trabajo temporal era demasiado tiempo, así que imaginaba que tendría que dejar su puesto en el hospital. Aunque no fuera el empleo de sus sueños y quisiera marcharse algún día, le preocupaba qué sería de su vida si lo hacía.

—Pues no sé... —respondió Riki con más prudencia que indecisión.

—Tu contrato se acaba el año que viene, ¿no? Puedes terminar un poquito antes y buscar otro trabajo. Piensa que te pagarán medio millón de yenes de golpe... No está nada mal... Y, además, podrás viajar al extranjero.

Ciertamente, así era. Riki nunca había salido de Japón y, si la seleccionaban como donante de óvulos, podría pasarse dos semanas

en Tailandia. No era un mal trato por uno o dos óvulos. Eso contando con que aceptaran sus huevos del Miyoshi Mart, claro.

—Sí que me gustaría conocer Tailandia, sí... —susurró.

Teru respondió agarrándola del brazo. Notó un ligero dolor cuando sus uñas se le clavaron en la piel.

—¡Vayamos, venga! ¡Nos merecemos que nos pase algo bueno! Si estamos dos semanas en Tailandia, seguro que nos da tiempo a hacer algo de turismo. Además, ¡nos pagarán medio millón de yenes! Es lo que ganamos ahora en tres meses. ¡Ya buscaremos empleo! Seguro que tú encuentras otro enseguida —dijo Teru.

El ambiente en el Hospital General de Kitamuki no era el mejor y su puesto no le interesaba especialmente, pero Riki le veía una gran ventaja a trabajar ahí: estaba lo bastante cerca de su apartamento como para poder ir cada día en bicicleta.

—De todas formas, tendremos que buscarnos otro trabajo el año que viene, así que debemos empezar lo antes posible. Aquí ganamos una mierda. Seguro que conseguimos algo mejor —dijo Teru algo molesta al verla dudar.

La respuesta les llegó unos días después. Riki había sido aceptada, pero Teru, la promotora de la idea, no. Ella lo asociaba a su débil constitución y a que, cuando le habían preguntado por qué quería ser donante, había contestado con total honradez: «Porque la remuneración es mucho mejor que la de cualquier otro trabajo temporal». Nada que ver con el «para ayudar a otras personas» de Riki.

—Ya sabes que a veces soy un poco provocadora, así que no pude evitar responder con sinceridad. Pensé que, total, no me iban a coger de todos modos.

«Provocadora», esa era la palabra. Sin duda, Teru podía llegar a serlo, y mucho. Por ejemplo, cuando el jefe le llamó la atención sobre cómo llevaba el pelo. «Quieres decir que se me ve sucio, ¿verdad?», le espetó ella pese a que estaba claro que su superior había hecho un esfuerzo por no utilizar ese adjetivo. Él asintió con la cabeza y Teru fue luego a quejársele a Riki de que le había dicho que no se lavaba. Así era ella.

A Riki le dio lástima. No pudo evitar pensar que su carácter se había forjado por la desesperación de cargar con una gran deuda que deberían haber asumido sus padres.

—Riki, tienes veintiocho años. Puede que no se te vuelva a presentar esta oportunidad —dijo Teru con cara seria.

2

Rosa, rosa y más rosa. Las paredes, el techo, las cortinas... Todo estaba pintado de tonos ligeramente diferentes. El del techo era pálido; el de las paredes, coral; el de las cortinas, fucsia. Las baldosas blancas del suelo brillaban impecables. La mujer de mediana edad sentada ante un escritorio blanco sobre el que lo único que había era un ordenador vestía también un traje blanco. Por debajo, sobresalía una blusa rosada y, en la solapa de la chaqueta, junto al pecho, llevaba un broche rojo redondeado que a Riki le recordó al día de San Valentín. Debajo, una placa indicaba su apellido: «Aonuma», tanto en kanji como en alfabeto occidental.

Su rostro era amigable, con una frente y una boca prominentes. Seguramente pasaba de los cuarenta y cinco. Llevaba el pelo teñido de castaño claro, la cara maquillada con una base muy blanca y los labios pintados de rosa suave. La combinación era tan estridente que resultaba molesta a la vista. Los colores, las personas..., todo en esa habitación era la antítesis del apagado hospital donde trabajaba Riki.

Miró de reojo el dedo anular de la mano izquierda de Aonuma: averiguar si la gente estaba o no casada se había convertido casi en un instinto. Tal y como se había imaginado, llevaba un fino anillo de platino en él. Las mujeres de mediana edad casadas y con trabajo rezumaban una total confianza en sí mismas, lo que les permitía vestirse de manera ostentosa.

En cuanto Riki entró por la puerta, Aonuma se apresuró a comprobar la pantalla de su ordenador, como si quisiera verificar algún dato, y se quedó un buen rato sin despegar los ojos de ella. Riki aprovechó para observar con detenimiento la fotografía que decoraba la pared, en la que una madre joven sonreía feliz mientras abrazaba a un bebé.

Había escuchado que en ocasiones podían descartar a alguna aspirante durante la entrevista. Por la cara de estupefacción que puso Aonuma al verla, a Riki le pareció que buscaba excusas para no aceptarla. Aquel día vestía con ropa de la marca japonesa GU, conocida por sus bajos precios, y calzaba unas zapatillas deportivas. Además, no llevaba bolso, sino una bolsa de tela colgada del hombro. Aquel atuendo anunciaba a gritos que su propietaria no tenía dinero. Estaba convencida de que la mujer pensaría que el motivo real para que se ofreciese como donante era pecuniario.

—Perdone que la haya hecho esperar —se disculpó Aonuma en cuanto levantó la cara del ordenador—. Por favor, siéntese —continuó, señalando la silla blanca que se encontraba ante el escritorio.

Sonreía, pero algo en la posición de sus cejas pintadas dejaba entrever su incomodidad. Al retirar el asiento, Riki se dio cuenta de que habían dejado sobre él un cojín rosa en forma de corazón.

—Es usted Riki Oishi, ¿verdad? Le agradezco mucho que se ofrezca como donante —dijo Aonuma con una sonrisa que acentuaba sus patas de gallo.

—Gracias a ustedes... —respondió Riki con timidez.

Como por arte de magia, Aonuma sacó una pequeña botella de agua Evian de debajo del escritorio y la dejó delante de ella.

—Tenga, para usted, por si tiene sed. Relájese. Hay mucho de que hablar.

Riki agradeció el gesto y cogió la botella que acababan de regalarle. Estaba muy fría y las palmas de las manos se le llenaron de gotitas. Tras secárselas en el pantalón, dejó que el frescor del agua empapara su boca.

—Gracias por venir hoy. Nuestra clínica, Planté, es originaria de Estados Unidos y está especializada en técnicas de reproducción asistida. Yo me llamo Aonuma —anunció la mujer en cuanto Riki acabó de beber.

Le entregó una tarjeta en la que figuraba el nombre de la empresa y su dirección en California. Encima, se podían leer su nombre completo y su cargo: «Kaoru Aonuma, presidenta de la sucursal en Japón».

—Las técnicas de reproducción asistida han evolucionado mucho en todo el mundo. Desgraciadamente, aquí, en Japón, la legislación sobre el tema está todavía en pañales. Planté es una institución médica con una sólida trayectoria, dedicada a traer felicidad a aquellas familias que desean un bebé. Muchas personas en nuestro país todavía tienen prejuicios respecto a estos métodos, pero en el resto del mundo ya hace tiempo que se ha superado ese debate. Nuestros clientes japoneses son personas que, por un motivo u otro, han dejado de encajar en los parámetros que exigen nuestras leyes para el tratamiento y que han investigado ampliamente alternativas en internet. Esa es la razón por la que acuden a nosotros, una clínica estadounidense. Por fortuna, muchos japoneses han decidido usar nuestros servicios y podemos presumir de haber ayudado a todos y cada uno de ellos —dijo orgullosa—. Échele un vistazo —ordenó tras sacar de un cajón un folleto rosa y entregárselo a Riki.

Sus páginas estaban llenas de gráficos con el número de parejas que habían conseguido tener un bebé e información sobre la efectividad del tratamiento. Aonuma le explicó superficialmente en

qué consistía. Después guardó el impreso en una carpeta rosa con el logo de la empresa y se la ofreció a Riki.

—Lléveselo a casa. Allí podrá leerlo con detenimiento.

Riki asintió y lo cogió. Aonuma, complacida, observó su rostro.

—Hoy es festivo, así que supongo que no trabajará, ¿verdad, señora Oishi? —le preguntó.

—Sí que trabajo. Es un hospital, así que nunca cierra. He pedido la mañana libre.

El sábado por la tarde era precisamente cuando había más afluencia de pacientes.

—Vaya, lamento las molestias que ha tenido que tomarse —se disculpó Aonuma inclinando un poco la cabeza—. La mayoría de las donantes nos piden que hagamos las entrevistas durante los fines de semana porque es cuando no trabajan.

—Claro... —respondió Riki con una sonrisa, sin saber muy bien qué decir.

—Si al final la escogemos, dado que en Japón no se nos permite realizar la extracción, tendrá que viajar al extranjero durante dos o tres semanas. Es bastante tiempo. ¿Le supondrá eso un problema en su empleo?

—Creo que no —contestó Riki.

—¿Le permiten coger tantas vacaciones? —insistió Aonuma.

Había comentado con Teru ese tema tan peliagudo, pero, aun así, Riki se quedó unos instantes sin palabras. Si cogía tantas vacaciones unas semanas antes de que acabara el contrato, seguramente no se lo renovarían, y no había pensado qué haría si eso pasaba.

—Me las apañaré —respondió.

Aonuma le dedicó una mirada preocupada que Riki esquivó de forma instintiva.

—¿Tiene contrato fijo en el hospital?

—No, es a través de una empresa de trabajo temporal —respondió la chica con sinceridad.

Se arrepintió enseguida; sintió que se había equivocado. ¿Se habría ido todo al garete? Nadie querría una donante con un perfil tan inestable. A saber qué problemas tendría por no poder encontrar un trabajo de verdad.

—Será difícil que vuelvan a contratarla en el mismo sitio si se toma unas vacaciones tan largas. ¿Está dispuesta a ello? —preguntó Aonuma.

—Sí. Es posible que no pueda continuar en el mismo empleo, pero no me importa. Ya he cumplido veintinueve años y no tengo novio ni previsión alguna de casarme en breve. Por eso creo que, como mujer, mi deber es ayudar a otras que lo necesiten. Si puedo serle útil a alguien, quiero hacerlo. Leí en las condiciones para ser donante de óvulos que la edad máxima son veintinueve años. Sabía que quizá me descartarían por eso, pero quise intentarlo de todas formas.

Tenía que reconducir la situación, así que jugó la carta del discurso apasionado.

—Sí, ya leí en su petición que su motivo para presentarse era que quería ser útil a otras personas —dijo Aonuma con un ojo puesto en el monitor del ordenador.

—Así es. El año que viene cumpliré los treinta. A menudo pienso que ya empiezo a dejar atrás mi juventud. Sin embargo, no hay cambios destacables en mi vida y es probable que tampoco los haya a partir de ahora. Por eso creo que es importante para mí echar una mano mientras todavía pueda hacerlo.

—Gracias. Es fantástico que opine así. El mundo es un lugar mejor gracias a las voluntarias nobles de espíritu como usted, que quieren ayudar a las personas con problemas.

—No tiene por qué dármelas... —dijo Riki antes de darle un gran sorbo a su botella de Evian.

—Pero debo serle franca. Disponemos de unas doscientas mujeres en nuestra base de datos y la mayoría rondan los veinticinco. Muchos de nuestros clientes suelen rechazar a las donantes de veintinueve cuando se las proponemos, suelen pedirnos que sean más jóvenes.

—Entonces, ¿no me aceptan?

Menudo chasco. Pues, si no iban a cogerla, era mejor que saliese corriendo de allí y llegara cuanto antes al hospital. La pausa de mediodía acababa a las doce. Ahora se arrepentía de haberse gastado el dinero en un billete de metro hasta Ginza.

—No, mujer, no es eso. Espere. —Aonuma, nerviosa al ver cómo Riki hacía ademán de irse, intentó evitarlo.

—Pero acaba de decirme que, con mi edad, no va a ser posible, ¿no?

—No, a algunos clientes no les importa si la donante reúne ciertos requisitos.

—¿Qué requisitos?

—Por ejemplo, el tipo de estudios que haya realizado, sus antecedentes familiares o si tiene o no buena presencia.

Ahí estaba: lo que Teru había comentado sobre los huevos de marca, «los de tipo A». Los de Riki eran de clase C de los que se vendían en el Miyoshi Mart, así que estaba perdida. Nadie la escogería. No se podía esperar un buen futuro con esa materia prima, por mucho dinero que se invirtiera en ella.

—Entonces no hay nada que hacer, no hay nada que me haga especial... —susurró.

Como si quisiera tapar lo que acababa de decir, Aonuma lanzó rápidamente una nueva pregunta.

—Debo preguntárselo: ¿se ha quedado alguna vez embarazada? Aunque en el formulario contestó que nunca, sé que es algo que a muchas mujeres les cuesta confesar por escrito. Respóndame con sinceridad.

—Sí.

Se había quedado embarazada una vez, cuando salía con aquel hombre de la perilla. Él se había corrido dentro sin protección y, encima, ella había recibido una bronca monumental por su parte cuando se quejó. Había roto con él sin tan siquiera confesarle que se había quedado encinta y, claro, había tenido que pagar de su bolsillo los gastos asociados al aborto.

—¿Y qué hizo? —La voz de su interlocutora se había vuelto más amable de repente.

—Aborté —explicó Riki.

—Vaya... ¿Qué edad tenía?

—Veintiséis.

—¿Y no ha vuelto a concebir?

—No.

Aonuma introdujo la información en su ficha. Cuando el sonido del teclado paró, la habitación quedó en silencio. La mujer levantó la cabeza de la pantalla del ordenador.

—Tengo una propuesta para usted. Por supuesto, si no se siente cómoda con ella, puede rechazarla, pero me gustaría que, como mínimo, la considerara. No hace falta que me conteste hoy. Tómese su tiempo para reflexionar —dijo como preámbulo antes de añadir—: Señora Oishi, ¿sabe qué es una gestante subrogada?

Al ver la mirada de perplejidad de Riki, Aonuma sacó un nuevo folleto.

—Es una madre por sustitución. Las hay de dos tipos. Cuando por algún motivo en una pareja la mujer no puede quedarse encinta, se

cogen sus óvulos, se inseminan con el esperma de su marido y se introduce el embrión resultante en el útero de una mujer sana y joven como usted para que lleve a término el embarazo. Ese es el primer tipo. En el segundo se extraen los óvulos de una mujer que no es la esposa, se fecundan con el semen del marido y se vuelven a colocar en el útero de dicha mujer para que siga adelante con el embarazo y dé a luz. A la mujer que se somete a estos procedimientos se la denomina gestante subrogada.

—Entonces, ese hijo... es de la pareja que lo ha encargado, ¿no?

—Así es —respondió Aonuma asintiendo enérgicamente con la cabeza—. Son ellos los que desean ese embarazo y ese parto, y los que se encargan de costear todo el proceso.

—¿Cuánto cuesta más o menos? —preguntó Riki.

—En estos momentos están pagando más de veinte millones de yenes. En Planté intentamos minimizar esos gastos, por eso tenemos muchísimas solicitudes. Me gustaría que considerase la posibilidad de ser madre subrogada.

—¿Por qué me lo propone a mí? —preguntó Riki en voz alta, casi sin querer.

—En cuanto la he visto entrar por la puerta, me ha venido a la mente un matrimonio que estaría encantado de que usted diera a luz a su bebé. Estoy convencida de que les encajaría.

—¿Y eso por qué? —inquirió Riki algo espantada ante tanta convicción.

—Porque usted se parece muchísimo a la esposa.

—¿Y cree que eso será suficiente para que se decidan por mí? —preguntó Riki de nuevo sin pensarlo demasiado.

—Sí —respondió Aonuma sin dudar—. No consiguen tener hijos y están desesperados. Y lo entiendo. Imagínese hasta qué punto deben de anhelar un bebé que se plantean pedir ayuda a otra mujer

para que les preste sus óvulos y su matriz. El esperma será del marido, pero él desea que su esposa también sienta a ese hijo como propio cuando nazca. No quiere herirla, así que está buscando a alguien que se asemeje lo máximo posible a ella. Cuando vi su foto en el formulario de inscripción, me sorprendí muchísimo. Se parecen tanto que hubiera dicho que es usted su hermana pequeña. Me pareció cosa del destino...

Cuando Riki se enteró de que estaba encinta, se quedó devastada. Odiaba a aquel hombre y se negaba rotundamente a traer al mundo a un hijo suyo. Le asombraron los extraños cambios que experimentaba por primera vez su cuerpo. Le molestaba el olor del arroz recién hecho y le daban arcadas cada vez que pasaba por delante de la humeante bandeja de guiso que vendían en la tienda de conveniencia. Tenía el bajo vientre hinchado, como cuando le bajaba la regla, y la sensación de que algo se acumulaba en él. Era el milagro de una existencia que crecía dentro de ella, un ente extraño que era a la vez un cúmulo de vida. Le daba miedo pensar que, cada día, sus células se dividían y empezaban a crear lo que serían los ojos, la nariz o las orejas, e incluso había llegado a soñar que le rajaba la barriga y salía de ella como un alien.

—Creo que la he asustado un poco con esta propuesta tan repentina. Lo lamento. Sé que venía con la intención de ser donante de óvulos. Debo confesarle que, según nuestro reglamento, solo las mujeres que ya han pasado por un embarazo y han dado a luz pueden ser madres subrogadas. Usted se quedó encinta una vez, pero no tuvo al bebé. Es un caso complicado que no sé cómo resolveremos.

Aonuma suspiró profundamente y la observó con pesar. Era evidente que deseaba poder saltarse ese protocolo.

—Es una pareja que está sufriendo mucho. Hemos probado todo lo que estaba en nuestras manos para ayudarlos, pero lo único que nos queda por ofrecerles es la maternidad subrogada, y casi todas las madres que encontramos son extranjeras, así que será evidente que el hijo no es de ella. Es algo que les preocupa.

—¿Por qué quieren con tanto afán un bebé?

—No lo sé. Cada persona es un mundo —respondió Aonuma sin tener muy claro qué podía contarle y qué no—. Lo que le diré ahora es simplemente mi opinión. Ambos vienen de buena familia, tienen dinero y una buena educación, se llevan de maravilla... Se puede decir que este matrimonio lo tenía todo. Creo que, cuando se enteraron de que no podrían concebir, sintieron por primera vez que les faltaba algo. Hay muchos motivos por los que las parejas quieren un bebé. Algunos desean continuar el linaje familiar y otros creen que deben legar los excelentes genes del hombre a este mundo. Diría que lo más duro es enfrentarse al sentimiento de que su vida no está completa. Lo único que les falta es descendencia y, aunque intentan desesperadamente conseguirlo, no está en su mano.

—Pero, si el hijo lo tiene otra mujer, ¿pueden llegar a sentir que es suyo?

—Sí, porque el proyecto es de ellos y lo consideran como propio desde el principio. Cuando la mujer elegida se queda embarazada, la cuidan muchísimo. No pueden evitar estar preocupadísimos el día del parto, incluso le dan la mano a la gestante cuando llega el momento en que el bebé viene al mundo. Y, cuando ya ha nacido, quedan con la madre biológica para enseñarle cómo va creciendo y que comparta también su alegría. Este es uno de los trabajos más conmovedores que pueden tenerse. El ser humano es increíble. Su capacidad de aceptar y amar puede expandirse sin límites cuando

hablamos de traer a otro de los nuestros al mundo. El sentido común se queda corto para juzgar estas situaciones.

Aonuma se volvió hacia la pared y se quedó mirando la foto de la madre con el bebé en brazos.

—El niño de esta fotografía también nació gracias a la donación de óvulos. Esta no es su madre biológica, no los une la sangre, pero está claro que es su hijo. Usted, señora Oishi, se presentó como donante para ser útil a otras personas. Por eso me gustaría que reflexionara sobre lo que le he dicho, porque es la vía para ayudar de verdad a una pareja que lo necesita desesperadamente. Yo me encargaré de que las normativas y los reglamentos no lo impidan.

La propuesta era del todo descabellada. Querían que Riki fuera madre de alquiler en vez de donante de óvulos solo porque se parecía a una mujer que no podía tener hijos.

—Si me quedo embarazada, no podré trabajar en un año. ¿Cómo se compensa eso? —soltó de repente.

—La retribución mínima es de tres millones de yenes, pero también corren con los gastos de manutención durante y después del embarazo hasta que la mujer se haya recuperado. Hay parejas que ofrecen algo más de dinero como agradecimiento. Acaba siendo una pequeña fortuna.

¡Tres millones! Ni en sueños se hubiera podido imaginar que pagaban tan bien. Aunque tampoco podía valorar si esa cantidad era razonable por un embarazo y un parto. Teniendo en cuenta que abonarían los gastos de manutención, podría aplazar perfectamente la búsqueda de trabajo dos años. Además, como de todos modos nunca volvía al pueblo, nadie iba a enterarse del embarazo.

—Y, por ejemplo, si tuviera que mudarme, ¿también me lo pagarían? El apartamento donde estoy ahora es un poco desastroso y casi no le da el sol.

—Por supuesto. Los padres siempre intentan que la madre biológica del que será su hijo viva en un ambiente sano.

—Me lo pensaré —consiguió contestar Riki a duras penas.

En realidad, aquella respuesta había logrado convencerla en cierta medida.

—Claro, claro. La llamaré dentro de una semana. Será suficiente con que me confirme si sí o si no. Si al final decide que no, la pondremos en la lista de donantes de óvulos. Si ese es su deseo, creo que también será bonito saber en qué tipo de persona se convierte el niño que nazca de su donación y cómo contribuye a hacer feliz a esa pareja. ¡Quizá incluso cambie su forma de ver la vida de ahora en adelante! —sentenció Aonuma con una sonrisa.

Eran las doce en punto cuando pasó la tarjeta por la máquina de fichaje. Con su bolsa del 7-Eleven colgada del brazo, se dirigió a la sala de descanso que había en la planta -1. En la recepción de la clínica, le habían ofrecido un sobre en el que podía leerse: «Para los gastos de transporte». Se sorprendió cuando, al abrirlo, vio que contenía dos billetes de 1.000 yenes. Con ese dinero le sobraba para comprarse una fiambrera de carne del súper, una sopa de miso ya preparada y una gelatina de mandarina de postre.

La sala de descanso se encontraba pasada la zona de las resonancias electromagnéticas. Disponía de una máquina expendedora, microondas, una tetera y otros utensilios de cocina. Era un espacio que utilizaban las enfermeras, los fisioterapeutas, los técnicos de laboratorio y las personas que, como Teru y Riki, trabajaban en administración. El comedor de los médicos se hallaba en la planta superior.

—¡Qué temprano! —le dijo Teru, saludándola con una mano mientras vertía con la otra un buen chorro de agua hirviendo en un recipiente que más tarde, cuando lo movió con la cuchara, Riki pudo identificar como una sopa instantánea.

—Sí, he conseguido llegar a tiempo —respondió mientras introducía su fiambrera en el microondas y marcaba los minutos.

—¿Cómo ha ido? —inquirió Teru bajando la voz para evitar que el resto de los trabajadores pudiera escucharlas.

—Me ha dicho que las de veintinueve no tenemos muchas opciones de ser escogidas y me ha preguntado si estaría interesada en ser madre subrogada.

—¿Ser vientre de alquiler?

Teru había subido la voz sin querer y los de seguridad, que sorbían su té en la mesa de al lado, se giraron para mirarla. La reacción de su amiga al escuchar todo lo que le había propuesto Aonuma no fue la que Riki esperaba.

—Pero eso es horrible, ¿no?

—Pues no lo sé... Me lo ha sugerido de repente y todavía no tengo claro qué debería pensar al respecto.

El almuerzo de Teru consistía en dos bolas de arroz del supermercado y una crema precocinada.

—No lo hagas. ¡Dar a luz al hijo de dos desconocidos es horroroso!

—¿Por qué? —Riki se había quedado a medias separando los palillos de usar y tirar, sorprendida por la contundencia de sus palabras.

—¿Que por qué? ¿No te parece que está mal? ¿Que meter dentro de ti al hijo de un hombre con quien no tienes ningún tipo de relación y parirlo es como si ensuciaras tu matriz? A mí me daría asco.

—Bueno, no es lo más bonito del mundo, pero tampoco creo que sea sinónimo de «ensuciar tu matriz»...

—¿No te da repelús? A mí me parece que llegar a esos extremos es raro de cojones... —dijo Teru, profundamente afectada por la respuesta de Riki.

—¿Sí? ¿Y por qué opinas que es tan repugnante?

—Porque los hijos son algo sagrado.

Riki miró a Teru a los ojos, sorprendida por su contestación. No mencionó nada sobre su trabajo como prostituta. Le costaba creer que considerara a los hijos como algo sagrado; para ella, era peor tener que ver y tocar penes de hombres a los que no conocía de nada.

—O sea, según tú, si usas tu útero para tener al hijo de otra persona, queda manchado para siempre, ¿no?

—Sí. ¡Me parece de cajón! —dijo Teru enfadada.

Algunos granitos de arroz salieron de su boca. Avergonzada, los recogió de la mesa con los dedos.

—Pero yo no planeo casarme ni tener hijos de momento. No veo qué hay de malo en querer experimentar un embarazo.

—¡Venga ya, Riki! ¡Ni de coña lo dices en serio! —Teru sacó la cuchara de plástico de su sopa y la lamió, dejando caer algunas gotas encima de la mesa sin darse cuenta.

—No entiendo por qué te has vuelto tan puritana de repente. Además, tú también te ofreciste para ser donante de óvulos...

—Sí, pero después me arrepentí y les dije que no. Porque es algo que no está bien...

—¡Fuiste tú la que me metió la idea en la cabeza! Si no hubiera sido por ti, ni siquiera me lo habría planteado. Ya te vale... Es un poco tarde para decir que no te parece bien, ¿no crees?

Teru admitió que sí, que lo era. Después se quedó callada. Tardó un buen rato en volver a hablar, con una voz suave y tan baja que parecía parlotear en sueños:

—Yo voy a quedarme embarazada de alguien a quien quiera. Imagino que de esa forma, cuando nazca, lo veré como al niño más bonito del mundo. Así es como imagino la maternidad, y por eso no me veo capaz de ser madre de alquiler.

Riki se quedó observando los paneles blancos que recubrían la sala de descanso. El pálido rosa del techo, el coral de las paredes, el fucsia de las cortinas... Quizá la dulzura cromática de Planté reflejaba mejor el mundo interior de su amiga.

—¿Por qué te has quedado tan callada? —preguntó Teru algo irritada.

Riki recordó a algunos de los ancianos con los que había tratado cuando trabajaba en la residencia. Una bola de vida se formaría en su interior, crecería, nacería y, después de mucho tiempo, acabaría siendo alguien como la señora Isogai, o como aquella mujer que amasaba sus propias heces, o como aquel anciano que se paseaba tocándoles el culo a las trabajadoras más jóvenes en cuanto se descuidaban. Si lo pensabas, daba risa. La vida no era ni de lejos algo tan sagrado.

3

Motoi Kusaoke nunca había sentido que los perritos de raza pequeña fueran seres adorables. Sus ladridos eran molestos y tampoco era especialmente fan de sus delicados cuerpecitos de juguete ni de sus occidentalizados ojitos de bellota. Le irritaba y fastidiaba a partes iguales no saber cómo tratarlos, como cuando uno se enfrenta a uno de esos niños impertinentes o precoces que hablan por los codos.

Y, aun así, sin comerlo ni beberlo, acabó siendo dueño de un caniche. De hecho, fue su mujer, Yuko, la que, ante la imposibilidad de tener hijos, insistió en comprar uno. El elegido fue un macho de pedigrí de color castaño rojizo. Su madre era inglesa y había sido premiada en diferentes concursos. El tono de sus rizos era, efectivamente, perfecto, e incluso Motoi tuvo que admitir que sus ojos negros como canicas recordaban a un encantador osito de peluche.

Lo llamaron Mathieu. El nombre fue idea de Motoi. Yuko hubiera preferido Sora, «cielo» en japonés, o Umi, que significa «mar», o incluso Yume, «sueño», pero Motoi se negó en redondo a una denominación tan cursi. Escogió Mathieu en honor a Mathieu Ganio, bailarín estrella de la Ópera de París al que admiraba profundamente.

Motoi también había sido bailarín profesional de danza clásica hasta hacía seis años. Sus magníficos saltos, la belleza de sus facciones y su estilizada figura lo habían convertido en alguien muy popular entre las mujeres. Por desgracia, una lesión en la rodilla

durante una de sus giras por el extranjero lo había obligado a regresar antes de tiempo a Japón, donde había tenido que someterse a una cirugía. Ya nunca volvió a ser el mismo. Se retiró poco después. Un bailarín incapaz de saltar o de hacer *lifts* estaba acabado para siempre.

Ahora trabajaba con su madre, Chimiko, en el estudio de danza del que era propietaria. Ambos ejercían como profesores y gerentes. También organizaba espectáculos de danza clásica, negociaba con bailarines internacionales para que actuaran en Japón, coreografiaba grupos de ballet y escribía libros. Estas eran, entre otras, sus enriquecedoras ocupaciones diarias.

Cada mañana, tras despedirse de Yuko, Motoi aprovechaba para pasear a Mathieu de camino a su oficina-estudio. Tardaba unos veinte minutos en llegar. Yuko trabajaba de ilustradora autónoma y tenía su propio despacho a dos paradas de su casa.

Mathieu le sorprendió ladrando a un perro enorme con el que se acababa de cruzar. Cuando el interpelado decidió volverse para responder a la afrenta, el caniche corrió a refugiarse entre las piernas de su amo, donde se acurrucó hasta que Motoi lo cogió en brazos. Temblaba.

Se había atrevido a ladrarle porque ya estaba lejos, pero seguro que no se imaginaba que el otro volvería sobre sus pasos. Ese lamentable fanfarroneo despertó en él una gran ternura. Pese a que los perros pequeños no eran santo de su devoción, ese chiquitín al que se había visto obligado a proteger le parecía el ser más adorable del mundo. ¿Qué sentimientos no despertaría en él un hijo? Sonrió con amargura al darse cuenta de que sustituir a su inexistente

progenie por un perrito no había sino aumentado su deseo de tener su propio vástago.

Motoi tiró de la correa y avanzaron despacio durante más de veinte minutos hasta llegar al estudio de danza. En el cartel de la entrada podía leerse en inglés y japonés «Estudio de ballet Motoi-Kusaoke». Antiguamente, antes de que él se retirara de los escenarios, solo figuraba el nombre de su madre, Chimiko Kusaoke, pero, cuando él instaló allí su oficina, lo cambiaron.

El diseño de aquel edificio de cemento de tres plantas cubierto de hiedra se consideraba innovador cuando su madre lo inauguró. Ahora estaba algo anticuado, aunque también podía decirse que tenía solera. La escuela de danza estaba en la planta baja y, en la primera, se encontraban las oficinas. Su madre vivía en el piso superior.

La sala de baile se había construido imitando la elegancia de los estudios occidentales; sus grandes ventanales verticales y los espejos colocados en todas partes le otorgaban un toque sofisticado y profesional. Si mantenía el edificio correctamente, podría continuar usándolo incluso después de que su madre falleciera, así que había previsto dejar su casa y mudarse allí cuando llegara el momento.

Chimiko también era bailarina. Era famosa por haber sido la primera japonesa en ingresar en el Royal Ballet y luego haber trabajado como bailarina principal para el Australian Ballet. Ahora, a sus sesenta y nueve años, se encargaba de tres clases: una para niños, otra para adolescentes y una abierta al público en general. El padre de Motoi, Yoji Kusaoke, que también era un reputado bailarín del Tokyo Ballet, había perecido treinta años atrás.

Motoi llamó enseguida la atención de los aficionados. Era el único hijo de una estirpe de bailarines, y su distinguida presencia recordaba, además, a la de su madre. Sus padres lo inscribieron ya

de niño en las mejores escuelas de ballet, y el pequeño mostró enseguida una gran destreza. Los fans incondicionales de la danza tenían grandes esperanzas puestas en que, del mismo modo que los hijos de los actores de *kabuki* parecían llevar el arte en sus venas, su belleza y su ADN le permitieran ser el digno sucesor de aquella familia de alcurnia. Era talentoso y guapo, y por eso, cuando era más joven, las revistas femeninas se lo rifaban para hacerle entrevistas.

La puerta de entrada del estudio estaba abierta. Motoi echó una ojeada al interior antes de ir a su despacho. Chimiko, mopa en mano y con el pelo recogido, limpiaba el suelo. Llevaba puesto un fino jersey negro, alto y ceñido, de manga larga, que le sentaba de maravilla a su estilizado cuello y unos ajustados pantalones a juego que resaltaban su figura. Su silueta no había cambiado un ápice desde su época de bailarina. Aunque el paso del tiempo le había marcado algunas arrugas en el rostro, continuaba siendo eminentemente bella.

Motoi también se preocupaba mucho por mantener el tipo. Ya no necesitaba bailar con la misma intensidad que cuando actuaba, pero todavía tenía que mostrar a sus alumnos las coreografías y no podía permitir que el nombre de su escuela se viera manchado por una mala crítica.

—¡Buenos días! ¿Ya estáis aquí? ¡Ven, Ganio! —dijo ella llamando al perrito en cuanto los vio aparecer por la puerta.

Lo apodaba «Ganio», el apellido del célebre bailarín, medio en broma. Motoi se apresuró a borrar las pisadas que había dejado con una toallita húmeda.

—No se llama Ganio, sino Mathieu.

El susodicho, todavía con la correa puesta, corrió por el suelo de la sala, feliz, hacia Chimiko. Motoi siempre lo dejaba en el

apartamento de su madre mientras trabajaba y se lo llevaba de nuevo a casa cuando acababa la jornada.

—Es que Ganio es un nombre mucho más bonito. Mil veces más que Mathieu.

Chimiko aupó con gracia al perrito y lo acercó a su mejilla. Un cambio de actitud notable, teniendo en cuenta que las primeras veces que su hijo lo había llevado había puesto mala cara porque pensaba que le llenaría el suelo del estudio de pelos. En realidad, seguramente lo que no soportaba era que hubiera sido tan sumiso al ceder a la petición de su esposa de comprar un animal.

—¿Algún cambio en la situación de Yuko? —preguntó sin mirar a la cara a Motoi.

—Ninguno. —Él no quiso entrar en detalles.

—Bueno, pues ya está.

—¿Quieres decir algo?

—No, no, nada. Solo preguntaba...

Chimiko siempre había tratado a Yuko con frialdad, marcando mucho las distancias, ante lo cual ella optó por no acercarse demasiado a su suegra. Seguramente no le hacía especial ilusión que Motoi diera clases allí. Una vez incluso le insinuó que debería abrir su propio estudio de baile, a lo que él respondió que era mejor unir fuerzas y construir una escuela fuerte que abrir otra más porque cada vez nacían menos niños. Estas últimas palabras sumieron a Yuko en una grave depresión: le hicieron recordar que ella no podía concebir.

A decir verdad, Motoi se había planteado en múltiples ocasiones lo feliz que sería si pudieran tener un vástago. De hecho, últimamente era algo que lo obsesionaba sobremanera. ¿Qué talentos mostraría un niño de su sangre, tercera generación de bailarines? ¿Hasta

dónde podría llegar? Quería, como todo hijo de vecino, saber qué podría conseguir alguien con su mismo ADN.

Una de las cosas que le gustaban de Mathieu Ganio era que su padre, Denise Ganio, era bailarín y su madre, Dominique Khalfouni, también era una celebridad de la Ópera de París. Había nacido de la élite del ballet y se había convertido en una luminosa estrella de primera magnitud.

Motoi ansiaba comprobar si un hijo suyo lograría abrirse paso entre la élite y convertirse en una estrella, ya que eso demostraría que él mismo era una. Se veía incapaz de confesarle a Yuko, quien probablemente ni siquiera concebía lo que significaba pertenecer a esa minoría, que su necesidad de validación había ido incrementándose con el paso del tiempo.

Había conocido a su mujer diez años antes. Se la había presentado un amigo. Se enteró más tarde de que aquel encuentro había sido orquestado por ella misma, tirando de contactos, y de que, en aquella época, era una ferviente admiradora suya. Aquella devoción alimentó su ego de forma prodigiosa. No era habitual encontrar personas como Yuko en un mundo tan cerrado como el suyo. Le fascinaban las conversaciones que mantenían, siempre interesantes y variadas. Cuando, poco después, supo que Yuko se sentía atraída por él, fue el propio Motoi quien empezó a perseguirla hasta los lugares donde sabía que daría conferencias.

En aquella época, Motoi estaba casado con una alumna de Chimiko dos años menor que él. La que por entonces era su mujer era también bailarina, y la conocía de toda la vida. Era alguien que siempre había estado ahí, y casarse les pareció el siguiente paso lógico. Chimiko no los presionó, pero sí puede decirse que los animó.

Motoi se sentía atrapado: quería escapar del yugo de su madre, y el hecho de que su mujer tuviera la misma profesión que él era más un lastre que una bendición. El atrevido acercamiento de Yuko fue un atractivo soplo de aire fresco. Le encantaba que fuera ilustradora y que su existencia no tuviera nada que ver con el cerrado mundo del ballet. Estaba loco por ella. Dos años más tarde, le descubrió la amarga verdad a su mujer y se separaron.

Ella, destrozada, había decidido coger los trastos y mudarse al extranjero para entrar en una compañía de ballet nórdica. Ahora estaba casada con otro bailarín y tenían dos hijos, según había podido comprobar recientemente en su Facebook y su Instagram: dos niños a los que llevaba a clases de danza y de piano. «Llegado el momento, les dejaré escoger lo que más les guste», añadía en su publicación de Facebook.

Una intensa envidia y un profundo arrepentimiento lo corroyeron cuando vio cómo le estaban yendo las cosas. Ella podía ser feliz ahora, en parte, a causa del dolor que él le había causado con su desliz, el mismo que ahora había atrapado a Motoi en la tristeza de un matrimonio incapaz de engendrar descendencia. Aunque supiera que, en el fondo, no era así, no conseguía deshacerse de la sensación de que aquello era un castigo por sus actos. Otra cosa más que, por supuesto, no podía decirle a Yuko. La quería.

—Buenos días —saludó una joven madre con su hija cogida de la mano.

La clase de los más pequeños era por la mañana, antes de que entraran en el jardín de infancia. La llamaban «preballet». Normalmente la impartía una chica, la asistente de Chimiko, pero aquel día se encontraba mal y la madre de Motoi la daría por ella.

—¡Qué niña tan encantadora!

Chimiko guardó la mopa, entornó los ojos y observó a la pequeña. Se notaba que le gustaba el ballet. Hacía pocos años que caminaba, pero corrió hacia Chimiko copiando los saltitos del *chassé* mientras repetía *«shasé, shasé»*. Ella la cogió al vuelo y la abrazó con gestos exagerados. Mathieu, a su lado, levantó la vista para contemplar la escena.

—Buenos días, profesor Motoi —saludó la madre con amabilidad.

Él le devolvió el saludo y le dedicó una sonrisa mientras rozaba el moflete de la pequeña.

—Practica mucho, ¿vale?

Motoi retiró la mano, sorprendido por la inesperada suavidad de aquella mejilla. Sintió un gran deseo de ser padre, de tener un hijo propio, con una intensidad que le asombró.

Ya tenía cuarenta y tres años. Si no se daba prisa, se le pasaría el arroz. Si esperaba más tiempo, no viviría lo suficiente para ver con sus propios ojos con qué dones estaría bendecido su vástago y hasta dónde sería capaz de desarrollarlos. Porque no bastaba con tener un talento innato, se necesitaba empeño. ¿Se esforzaría de verdad? ¿Y qué otras virtudes poseería? ¿Sería buena persona? Cuantas más vueltas le daba, más consciente era de que su necesidad de descendencia correspondía más a un tema de egoísmo personal que a otra cosa.

Yuko había sufrido varios abortos naturales que la habían obligado a pasar por quirófano para una aspiración uterina. Cuando le diagnosticaron infertilidad, habían acudido a una clínica especializada y se había sometido más de diez veces a la fecundación in vitro, sin éxito. Sus óvulos habían envejecido. Les explicaron, además, que las intervenciones previas habían dañado irreversiblemente el útero y que eso había provocado su esterilidad. Cuando lo supo, Yuko se quedó en shock.

Motoi ya había cumplido treinta y cinco años cuando se volvió a casar. Para Yuko se trataba de sus primeras nupcias y era un año mayor, tenía treinta y seis. Aunque pensaban que podría concebir un hijo de forma natural, nada salió como esperaban. Cuando se pusieron a atajar en serio el problema con tratamientos médicos, Yuko ya tenía cuarenta años.

Habían investigado mucho las opciones disponibles. Salió el asunto de la adopción, pero Motoi no quiso ni oír hablar del tema. Deseaba un hijo de su sangre.

Hasta el momento, habían gastado más de cinco millones de yenes en tratamientos para la infertilidad, una cantidad que un simple bailarín como Motoi no podía permitirse, pero que Chimiko se había ofrecido a cubrir. Ella provenía de una familia acomodada y, tras la muerte de sus padres, había heredado una suma de dinero considerable. Ese era uno de los motivos por los que Motoi no se atrevía a rechistarle.

Subió al primer piso y, ya en la oficina, con Mathieu asentado en sus rodillas, encendió el ordenador y se puso a trabajar. Respondió algunos emails, encargó algunos artículos de ballet y completó otras múltiples tareas que a menudo se veían interrumpidas por llamadas telefónicas. Podríamos decir que se dedicaba principalmente a la publicidad.

Estaba inmerso en estos quehaceres cuando por la puerta apareció Chimiko, que había acabado de dar la clase de preballet. Mathieu saltó al suelo y corrió hasta sus pies.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó Motoi, levantando la cabeza del teclado.

—Ay, hijo... Tengo el cuerpo cada vez menos flexible... —dijo Chimiko mientras alzaba ambos brazos y se estiraba.

—Tú siempre estás igual, mamá.

No lo decía para hacerla sentir mejor. Era sincero.

—¡Qué va! Noto más flojos los músculos de la espalda, ¡y duros como una piedra! Antes podía arquearlos a mi antojo...

Chimiko se dirigió a la pequeña cocina que había a un lado del despacho y encendió el fogón de gas para prepararle a su hijo un té.

—¿Qué hacemos hoy para el almuerzo, Motoi? —preguntó recostándose en el fregadero y girándose hacia él.

—¿Unos fideos *soba*? No creo que haga daño comerlos de vez en cuando...

—Vale.

Almorzaban juntos casi todos los días. Chimiko solía cocinar algo en su apartamento del segundo piso, pero en ocasiones también pedían comida a algún restaurante.

El único día en que no había ninguna clase en la escuela era el miércoles. Los sábados se impartía la clase general, que se llenaba de estudiantes y trabajadores. Motoi, aprovechando que era el día festivo de Yuko, descansaba los domingos, si bien se encargaba de sustituir a Chimiko si no se encontraba bien.

—Esa niña es un encanto, ¿verdad? ¡Qué gracia cuando ha empezado a decir lo de *«chassé*, *chassé»*! —dijo Motoi, retomando la conversación.

—Se nota que le gusta el ballet. Creo que continuará con las clases. ¡A ver hasta dónde llega! Tanto ella como su madre tienen un tipo de cuerpo muy adecuado para nuestra disciplina.

—Sí —respondió Motoi dirigiendo la mirada a Mathieu, que estaba sentado a su lado.

Las personas del mundillo siempre se fijaban en el cuerpo de los padres. De hecho, se decía incluso que convenía observar el físico de hasta tres generaciones atrás, pero a Motoi no le interesaba tanto

aquella pareja de madre e hija. Lo único que le había llamado la atención era la dulzura de la pequeña.

—Oye, ¿qué os comentaron en el último tratamiento? —preguntó Chimiko con incomodidad.

—Siento mucho que te hayas gastado tanto dinero, mamá. Nos dijeron que no hay remedio.

—Vaya, lo lamento.

—Ya...

Motoi evitó entrar en detalles; no quería contarle que el problema eran los óvulos y la matriz de Yuko, aunque estaba seguro de que su madre tenía una ligera idea de las causas.

—¿Y no os planteáis adoptar?

—Yo no. No quiero. —Y añadió—: Yuko se lo está pensando. Creo que todavía no lo ha decidido. A mí, si no es mío, no me interesa. Me conformaré con ver crecer a nuestros alumnos. Tenemos algunos en formación que son prometedores.

Chimiko escuchaba en silencio.

—Debo reconocer que mi perspectiva ha cambiado últimamente. Ya sé que no es más que una cuestión de ego, pero no puedo evitar sentir curiosidad por saber cómo sería un hijo que llevara mis genes. ¡Si pudiera tener un harén como en la antigüedad, sería fantástico! —prosiguió Motoi, riendo.

Su madre también rio.

—Así que quieres un harén como el de los shogunes... —respondió divertida mientras vertía las hojas de té negro en la tetera.

—He leído en algún sitio que algunos llegaron a engendrar hasta cincuenta hijos. ¡Qué envidia! Entran ganas de hacer un experimento para ver qué formas tomará tu propio ADN. Aunque, claro, en esto las mujeres lo tienen un poco más complicado...

—Y que lo digas.

—El otro día me emocioné mucho cuando en la clínica mencionaron que existía la opción de fecundar los óvulos de una donante con mi semen e implantarlos en el útero de una madre subrogada. A Yuko no le hizo mucha gracia, pero a mí...

—Su posición es complicada. Es normal.

—Ya sé que es difícil para ella. Yo antes creía que no podía obligarla a aceptarlo, pero ahora empiezo a pensar que no es una mala alternativa. Guárdame el secreto, ¿vale?

Motoi cogió con una mano la taza de té que le ofrecía su madre mientras, con el índice de la otra, se daba toquecitos en la boca.

—Puedo entenderlo —replicó Chimiko con una sonrisa agridulce—. Antiguamente se decía que los niños eran un regalo del cielo, pero hoy en día se puede conseguir casi todo. Ya son capaces de manipular los genes y quizá incluso haya úteros artificiales...

—Sí, están en fase de experimentación. También he escuchado que han creado una placenta artificial con una impresora 3D.

En realidad, fue Yuko quien se lo dijo. Estaba muy bien informada de los avances y siempre compartía con él lo que descubría.

—¿¡Qué dices!? ¿Con una impresora 3D? —preguntó Chimiko sorprendida, alzando la voz.

—Bueno, imagino que será muy difícil de conseguir —contestó Motoi encogiéndose de hombros.

—Seguro que, hasta que ese momento llegue, utilizarán los úteros de las mujeres pobres como campo de pruebas... —La expresión de Chimiko cambió de repente y se volvió seria.

—Desgraciadamente, puede que estés en lo cierto. Pasa lo mismo con los vientres de alquiler. Suele hacerse en Ucrania porque es donde sale más barato. En países más desarrollados, la normativa es más estricta. Se ve que ahora ya no permiten que la donante de óvulos y la madre subrogada no sean la misma persona.

—El otro día, al amanecer, pensé algo muy raro cuando abrí los ojos. Por favor, no se lo cuentes a Yuko; puede que se moleste —dijo Chimiko bajando la voz y sentándose en una silla.

—¿El qué? Prometo no decir nada.

—Cuando yo muera, toda mi fortuna será para ti.

—Normal, soy tu único hijo.

Cuando ella ya no estuviera, Motoi heredaría, además del estudio de Meguro y la casa de campo de Karuizawa, una nada despreciable cantidad de inmuebles.

—Si tú te mueres antes que Yuko, todo ese legado pasará a ella porque no tenéis hijos en común. Eso no me parece mal. Al fin y al cabo, es tu mujer. Pero, si ella también falleciera poco después por un accidente repentino o por alguna enfermedad, toda esa herencia iría a parar a sus hermanos y a otros parientes suyos. Cuando lo pensé, de repente me desvelé y no pude volver a pegar ojo. No son más que conjeturas y me sabe mal por ella, pero no pude evitar que eso me viniera a la mente.

—Ya veo por dónde vas...

A Motoi le sorprendió que Chimiko le hubiera dado tantas vueltas al tema. Llevaba razón; aunque no fueran más que cábalas, era algo que podía llegar a suceder.

La familia de Chimiko era originaria de Senba, en Osaka. Era la única hija de un matrimonio de comerciantes que tenía multitud de inversiones: inmobiliarias, activos metálicos e incluso una colección de pinturas antiguas. La madre de Chimiko, ya viuda, lo vendió todo y convirtió aquel patrimonio en dinero en efectivo, lo que le permitió llevar una vida de lujos. Cuando murió, su heredera recibió una gran cantidad. Las malas lenguas decían que si Chimiko había conseguido despuntar en el ballet había sido gracias al abundante poder económico de su familia.

Era normal que Motoi pensara que él, como su único hijo, iba a heredar toda su fortuna, pero le sorprendió saber que había llegado incluso a considerar su muerte y la de Yuko. Seguramente Chimiko llevaba razón: el dinero iría a parar a manos de los hermanos de su esposa.

El hermano inmediatamente menor de Yuko trabajaba en la central de una cadena de restaurantes, y su mujer estaba contratada a tiempo parcial. Tenían dos hijas pequeñas. El hermano más pequeño cumpliría treinta y ocho años en breve, y en su época de instituto había sufrido un trastorno de ansiedad social, había dejado de ir al colegio y se había encerrado en su habitación.

Yuko se lo presentó como «un dibujante de manga que no logra vender sus obras». Él pensó entonces que el mundo cambia según el color del cristal con el que se mirase, así que aquellas palabras tampoco le parecieron dignas de reproche; a fin de cuentas, él ahí ni pinchaba ni cortaba. Sin embargo, después de escuchar lo que le había dicho su madre, se dio cuenta de que, en realidad, sí le afectaba directamente. Y mucho.

—Vaya, no me lo había planteado.

—Sé que es un temor infundado, pero fue muy traumático para mí imaginar la posibilidad de que ese hermano suyo del jersey de lana se quedara con nuestro dinero.

El hermano menor había salido de su habitación por primera vez en años para asistir a la boda de Yuko. Todos los invitados por parte de Motoi eran personas elegantes del mundo del ballet. Su cuñado, en cambio, había aparecido sucio y con un aspecto muy desagradable, lo que había provocado un profundo malestar en Chimiko. ¡Como si no tuviera ya bastante con aquel matrimonio robado, fruto del adulterio! Todos sus invitados se habían formado

una opinión suficientemente mala de la novia como para echar más leña al fuego.

—¿Puedes entender cómo me siento, Motoi? —preguntó frunciendo el ceño.

—Claro que sí. A mí también me ha entrado un escalofrío al oírte.

Acostumbrado desde su nacimiento a los mimos, Motoi había crecido con una gran confianza en sí mismo, por lo que era imposible que comprendiera la aflicción del hermano de Yuko. Tampoco iba a intentarlo. Por eso las palabras de Chimiko se depositaron en su mente como un poso amargo.

—¿Y qué hacemos? —preguntó.

—No se puede hacer nada.

Mathieu había escalado al regazo de Chimiko en algún momento de la conversación y se había quedado dormido.

—Si consigo tener un hijo, los bienes se repartirán entre los dos, ¿no?

—Sí, aunque me gustaría que todo pasara a él.

Seguramente a Chimiko tampoco le entusiasmaba dejarle nada a Yuko, aunque era algo inevitable. Ya no podía divorciarse de ella. Su matrimonio no podía fallar, había pagado un alto peaje por su infidelidad y no podía permitirse pasar por algo similar de nuevo. Quizá fuera ese el motivo por el que sentía que el lazo emocional que lo unía con Yuko era tan fuerte.

—Hablaré otra vez con ella sobre la posibilidad de usar una madre subrogada y la donación de óvulos.

No estaba muy seguro de que su propuesta fuera a tener éxito. A Yuko no le entusiasmaría la idea y seguro que se oponía firmemente. Podía entenderlo, pero era la única manera de engendrar un hijo propio.

—Tienes que conseguir que lo comprenda —dijo Chimiko.

—Ya, mamá, pero... tanto la donación de óvulos como las madres de alquiler cuestan mucho dinero.

—¿Cuánto?

—Unos veinte millones de yenes.

Chimiko se encogió de hombros.

—Yo los pagaré. No me parece caro por ver la cara de mi nieto.

Solo le quedaba convencer a Yuko. Motoi estaba más resuelto que nunca.

—Además, tu mujer no parece muy apta para el ballet... —susurró Chimiko.

Se leía entre líneas que insinuaba que su estirpe no era adecuada para la danza ni por su físico ni por su temperamento. Motoi se dio cuenta de que el problema de la herencia no era lo único por lo que a Chimiko no le gustaba Yuko. Como a él, le preocupaba su legado genético. Su madre había dado a luz a un purasangre y no le gustaba que se hubiera divorciado de su anterior mujer, que también era bailarina.

—Será lo mismo con una madre subrogada...

Motoi defendió a su esposa, pero tuvo la impresión de que comprendía el verdadero motivo por el que Chimiko era tan distante con ella y lo invadió una profunda melancolía.

4

El hombre apretaba con ambas manos el blanco vientre de una chica del tamaño de una muñeca. De su vagina salían a borbotones unas ovas de salmón que se posaban sobre el arroz blanco que había servido en un cuenco. Era un recipiente para condimentos frescos que tenía forma de niña. Las toscas manos del hombre también estaban dibujadas con gran realismo: parecían a punto de coger unos palillos para engullir el arroz con huevas.

Cuando vio aquella ilustración, Yuko quedó cautivada por los brillos que desprendía cada una de ellas, incapaz de apartar la vista. El dibujo era de un artista de renombre, pero no podía percibir en él ni erotismo, ni humor, ni belleza, solo una sensación desagradable. Tuvo la impresión de que volvían a recordarle que dentro del cuerpo de la mujer existía algo parecido a los huevos de pescado.

Los suyos no brillaban como aquellos, no eran tan frescos. Yacían en algún lugar de su interior, marchitos, convertidos en un residuo. Cuando le anunciaron que sus óvulos habían envejecido y que padecía infertilidad, el efecto de los años en su cuerpo, que hasta entonces le había pasado inadvertido, impactó en ella como un jarro de agua fría.

La piel de Yuko todavía era firme y bella, y en su rostro no había ni una sola arruga. Casi no había notado los indicios del paso del tiempo; quizá el único cambio reciente era el rabillo de sus ojos, algo rasgados, que antes tiraba levemente hacia arriba y ahora parecía haberse suavizado, pero nada más. De hecho, todo el mundo le

echaba flores diciéndole siempre que no aparentaba su edad. Fue una gran humillación enterarse tan de repente de que ya era demasiado tarde para encargarse de sus labores como mujer.

«Ojalá hubiéramos congelado tus óvulos en cuanto nos casamos», fueron las palabras de su marido.

A toro pasado... Ni Yuko ni Motoi sabían de la congelación de óvulos antes de iniciar el tratamiento de fertilidad y, aunque hubieran conocido el método, les parecía que, sin duda, era algo que les pasaba a los demás, no a ellos. Ambos se reafirmaban en la pueril e imprecisa convicción de que, si continuaban teniendo relaciones sexuales, tarde o temprano conseguirían un embarazo.

A algunas mujeres jóvenes a las que les detectaban, por ejemplo, un cáncer y debían someterse a un tratamiento agresivo se les proponía que congelaran sus óvulos para preservar su futura fertilidad. Este proceso se conocía como «vitrificación ovocitaria por motivos médicos».

El número de mujeres sin ningún problema de salud que sabían que querrían un hijo en el futuro y decidían recurrir a esta técnica —ya fuera porque preferían priorizar en ese momento de sus vidas sus carreras o porque no habían encontrado un compañero adecuado— estaba en aumento. Se les aconsejaba que los congelasen para que pudieran servirles si buscaban un embarazo tardío, algo que sería imposible con unos óvulos envejecidos. A esto se lo conocía como «vitrificación ovocitaria por motivos sociales».

Algunas grandes empresas tecnológicas, como Meta o Apple, ofrecían este servicio a sus empleadas. A Yuko le sorprendió mucho que la congelación de óvulos por razones sociales fuera común en Estados Unidos.

Ella se había casado con Motoi al cumplir treinta y seis años. Decían que ese tipo de tratamiento debía realizarse antes de los

treinta y cinco. Bueno, en realidad, sostenían que lo ideal era antes de los treinta. ¿Debería haber congelado sus óvulos por motivos sociales? Ni siquiera se le había pasado por la cabeza a esa edad. Le daba la sensación de que se quedaría soltera toda su vida y de que nunca se casaría ni tendría descendencia.

Después de la boda, Yuko sufrió varios abortos, lo que se conocía como «abortos de repetición». Fue entonces cuando decidieron probar la reproducción asistida. El resultado fue el mismo: otro aborto. Le indicaron entonces que, como sus óvulos eran muy viejos, era altamente probable que la fecundación no fuera posible. Llevaban razón. Lo volvieron a intentar muchas veces, todas sin éxito. Se deprimió. Su esposo, Motoi, estaba sano. Sabía que la culpable de que no pudieran tener hijos era ella.

Tras aquella traumática experiencia, Yuko llegó a la conclusión de que también era importante saber cuándo tirar la toalla. Pensaba que no se podía tener todo y que su marido y ella deberían asimilarlo y aprender poco a poco a disfrutar de una vida sin hijos.

Había muchas parejas que no los tenían. Algunas lo intentaban y no lo lograban y otras simplemente optaban de forma deliberada por evitarlos. Estos matrimonios parecían mejor avenidos y se ayudaban más que los miembros de las parejas con hijos. Sin duda, debía de ser muy triste cuando uno de los dos fallecía y el otro se quedaba solo. Sin embargo, si ese era su destino, ¡bien tendrían que aceptarlo!

Yuko tenía dos hermanos. El pequeño se llamaba Noyuki y tenía treinta y ocho años. Estaba soltero y vivía con sus padres. Se autodenominaba dibujante de manga, pero ella nunca había visto ni una sola de sus obras ni había escuchado que hubiera vendido ningún trabajo. No era más que un hombre a punto de entrar en la

mediana edad con fobia social que se encerraba en su habitación y no salía de ella: un *hikikomori*.

Seguramente tampoco se casaría y, por supuesto, no tendría hijos. Estaba casi siempre en casa y se apañaba con el poco dinero que le daban sus padres. Ellos ya eran mayores y, cuando no estuvieran, él se vería obligado a vivir solo. Yuko había llegado a plantearse que no había nada que hacer, que ese era su destino.

Cabía pensar que, para la mayoría de la sociedad —y en ella se incluía a Motoi y a Chimiko—, las personas como Noyuki se merecían lo que les pasaba: se encontraban en esa situación porque no se habían esforzado lo suficiente. Sin embargo, no era culpa suya. Había gente que, por mucho que se esmerara, no obtenía ninguna recompensa e incluso ni siquiera poseía esa capacidad.

Con un hermano como Noyuki, una llegaba a aceptar que había muchas maneras de vivir. Motoi, que era hijo único, no podía entenderlo.

Su hermano había hecho de tripas corazón para asistir a su boda, a la que, por supuesto, fue muchísima gente. Su madre le había comprado un traje en Aoki, pero le iba tan pequeño que no podía abrocharse los botones e incluso con la corbata puesta quedaba raro. Su piel extremadamente pálida y su complexión casi obesa evidenciaban que no estaba sano. Y, pese a todo, había vencido sus miedos y había hecho aquello que más le costaba: ponerse delante de un montón de desconocidos. Yuko se alegró mucho, pero Motoi y Chimiko, que lo conocieron durante la ceremonia, parecían perplejos.

Motoi en particular tenía muchas dificultades para admitir ante los demás que Noyuki era su nuevo cuñado. Él tonificaba su cuerpo y se forzaba a alcanzar nuevas metas cada día. Había pasado por todo tipo de duras pruebas, así que no podía más que contemplar aquel

cuerpo descuidado y sentenciar que su propietario no era más que un flojo sin fuerza de voluntad.

Cuando Yuko le presentó a su hermano, Motoi le susurró al oído: «Debería ir al gimnasio...». Si fuera capaz, pensó ella, no estaría pasando por lo que está pasando. Como no sabía explicárselo, simplemente sonrió con cara de circunstancias. Noyuki pareció darse cuenta y tras la conversación se quedó tenso y cabizbajo. Era mucho más sensible que la mayoría, les daba mucha importancia a las reacciones de los demás y por eso le costaba quedar con otras personas. Lo suyo no era en absoluto un problema de pereza. Se arrepentía de no habérselo dejado claro a Motoi en ese momento. Le sorprendió su falta de tacto aquel día y quizá fue a partir de ahí cuando comenzaron las discrepancias entre ellos.

Desde que Motoi era un niño, había entrenado bajo la dirección de sus padres para convertirse en bailarín de ballet. Limitaban su ingesta de calorías diarias y practicaba de sol a sol hasta la extenuación para mejorar cada uno de sus movimientos y expresiones. Por eso pensaba que todo dependía del esfuerzo. Estaba convencido de ello o, mejor dicho, no le quedaba más remedio que creerlo.

También sabía lo dura que podía ser la mirada de los demás, porque le habían inculcado la necesidad de tener conciencia de sí mismo, de estar siempre pendiente del juicio del público. Su solución era la misma: esmerarse más para mostrar su mejor versión. Las personas que tenían un cuerpo espectacular gracias a su propio sacrificio creían en el esfuerzo como en una religión.

Al principio de su romance, Yuko no se dio cuenta; fue después de casarse y empezar a convivir con Motoi cuando vio algo que los diferenciaba, algo de lo que no se había percatado hasta entonces y que ahora se había convertido en su principal dolor de cabeza.

Era una cuestión importante: cuando ella ya se había mentalizado para desistir, Motoi comenzó a desear como nunca un bebé. Una vez le dijo entre suspiros, con una sonrisa: «No se puede hacer nada más, así que dejémoslo ya». Pero últimamente había vuelto a buscar por internet como un loco, a recibir documentos de empresas estadounidenses y a decir: «Todavía quedan opciones».

A lo que se refería Motoi era a fertilizar los óvulos de una mujer con su semen y utilizar a otra diferente para que lo gestara en su vientre y lo pariera, sin intervención alguna de Yuko en el proceso. ¿Debía imaginar que pretendía que ella criara a un hijo al que no la unía el más mínimo vínculo como si fuera de los dos?

No alcanzaba a comprenderlo y no le convencía en absoluto. Y, sin embargo, cuanto más dispuesta se mostraba ella a abandonar, más deseoso estaba él de seguir adelante, lo que creaba entre ellos una distancia cada vez más insalvable.

Cuando le preguntaba por qué llegaría tan lejos para tener un bebé, Motoi respondía que era para que pudiesen formar una familia o porque no quería que el apellido de la familia Kusaoke desapareciera, y esgrimía todo tipo de argumentos para engatusar a Yuko. Pero ella conocía sus verdaderos motivos: había llegado a la cima como bailarín de ballet y estaba obsesionado con la idea de engendrar un hijo para que lo sucediera y perpetuara su herencia genética. Y estaba convencido de que, si se esforzaba lo suficiente, lo conseguiría.

Yuko tenía otro hermano; era un año más pequeño que ella. Se llamaba Masayu y trabajaba en las oficinas centrales de una cadena de restauración. Cuando lo contrataron en la empresa, había pasado un tiempo como encargado de un local en la ciudad de Hiratsuka, cerca de Tokio, donde había conocido a una chica que era clienta habitual y con la que se había casado.

La mujer de Masayu se llamaba Nao y era de la misma edad que su hermano Noyuki. A pesar de que había cumplido treinta y ocho años, todavía vestía imitando, con dudoso gusto, a las estrellas del pop, y llevaba el pelo teñido de rubio platino. Eso no era impedimento para que a Yuko le cayera bien su cuñada, porque no tenía pelos en la lengua y podía hablar con ella de cualquier cosa. Siempre se estaban intercambiando mensajes por Line.

Recordaba que, cuando la pareja apareció en la boda, Motoi se mostró incómodo. Nao se presentó con un vestido excesivamente corto y un peinado con flequillo que parecían más propios de una adolescente que de la mujer de treinta y ocho años que era. Sin duda, aquello supuso una nueva sorpresa desagradable para Motoi, que todavía se estaba recuperando del susto después de conocer a Noyuki.

Masayu y Nao tenían dos hijas. La mayor cursaba segundo de primaria y la pequeña había cumplido cuatro años. A la menor le habían diagnosticado un retraso en la adquisición del habla en el examen médico rutinario de los tres años.

En resumen: ella tenía un hermano con fobia social y la hija menor del otro padecía un trastorno de desarrollo del lenguaje. Esa era la realidad. Pese a todo, a Yuko le parecía mucho más importante, como la hermana mayor que era, que ellos tres hubieran podido criarse en un ambiente feliz, y sabía que las familias perfectas no existían. Esa era la razón por la que era capaz de resignarse a no concebir hijos si era cierto que no se podía hacer nada más. Pero eso era algo que, seguramente, el hijo único de una familia de celebridades del mundo del ballet como Motoi, que había saboreado también el éxito y brillado con luz propia en los escenarios, no podía entender.

Tras toda esta retahíla de pensamientos, a Yuko le entraron el miedo y la preocupación. ¿Y si esa disparidad de formas de ver la vida nos impide aceptarnos el uno al otro de aquí en adelante?, pensó.

Tras una relación adúltera, Yuko había conseguido que Motoi se divorciara de su esposa, que era bailarina, para casarse con ella, y quería hacer todo lo posible para conservar ese matrimonio. Ella no pertenecía a ese mundillo e —imaginaba— seguro que eso le había hecho ganarse muchas críticas, pero no iba a dar su brazo a torcer. Después de todo, la elección había sido recíproca: Motoi también la había escogido a ella.

Cuando le preguntaban qué era lo que la había atraído de él, no le quedaba otro remedio que confesar que era una fan incondicional de Motoi Kusaoke. Incluso ahora, cuando observaba su perfecto y musculoso cuerpo, se emocionaba ante tanta belleza. Motoi, por su parte, en realidad prefería a una mujer rellenita que no estuviera moldeada por el ballet. Cada uno buscaba en el otro lo que le faltaba, y se complementaban bien.

Pese a todo, Yuko sabía que Motoi entraba a menudo en el perfil de Facebook y de Instagram de su exmujer. Ella también lo hacía de vez en cuando porque allí encontraba la viva imagen de la felicidad.

Su marido era un amable y comprensivo danés que trabajaba en el mismo campo que ella. Tenían dos preciosos hijos. Ella triunfaba como bailarina y todo parecía demostrar que se sentía plena como mujer. Motoi la había traicionado y, pese a que no se arrepentía, era posible que ver sus fotos le hiciera sentir que le faltaba alguna cosa en su vida actual. En cambio, a Yuko le daba la impresión de que las redes sociales de su exesposa eran un acto de despecho.

Al acordarse de ella, abrió su perfil de Facebook. Había colgado muchos *posts* en los últimos días. El más reciente era un mensaje de

agradecimiento a su marido por la celebración de su cuarenta y un cumpleaños.

Ataviada con un vestido negro, brindaba junto al danés con champán en un restaurante, mejilla contra mejilla. En su largo y estilizado cuello de bailarina llevaba un delicado colgante que le favorecía mucho.

Yuko recordó que esa mujer se había presentado una vez en su trabajo sin avisar e instintivamente dirigió la mirada a la puerta de acero de la entrada. El acceso al edificio tenía un cierre automático que obligaba a los visitantes a llamar al interfono. Así se podía comprobar quién era el visitante antes de decidir si se abría o no. Sin embargo, ella había conseguido colarse de alguna forma y se había plantado allí.

Cuando Yuko cogió el interfono, no se reflejaba ninguna imagen en el monitor y, al preguntar por el micrófono quién era, la respuesta que obtuvo fueron unos golpecitos que tocaban a su puerta. Pensó que se trataba de algún vendedor que había logrado llegar hasta la entrada, así que abrió, pero la que estaba allí de pie era la ex de Motoi.

Llovía. Ella llevaba un chubasquero negro que se asemejaba a una gabardina y, en las manos, un paraguas de vinilo del que colgaban algunas gotas de agua. Se había recogido el pelo hacia atrás muy tirante, por lo que los pocos mechones sueltos destacaban todavía más, y la luz del rellano de aquel borrascoso día hacía que su rostro se viera pálido. Al principio no la identificó y se quedó mirando fijamente aquella cara que le resultaba familiar, sin atinar a ponerle nombre.

Al ver que Yuko no la reconocía, se limitó a decir: «Soy la señora Kusaoke». A lo que ella respondió: «¡Ah, claro! ¡Eres Kana Kusaoke!». No sabría decir por qué utilizó su nombre completo.

—¿Quieres entrar? —preguntó.

—No, aquí estoy bien —replicó la exmujer de Motoi negando con la cabeza y echando un vistazo al interior del estudio.

Yuko siguió su mirada y se volvió hacia su desordenado escritorio de trabajo. Había una taza de café frío que había dejado allí de cualquier manera y algunos pañuelos ya usados a un lado, hechos una bolita. La pestaña abierta en el ordenador en aquel momento era la de un sitio de compras online. Un CD sonaba a un volumen considerable, aunque no recordaba cuál era. La había pillado precisamente en su ratito de descanso.

Tras contemplar un rato la escena, la exmujer de Motoi dijo:

—Tú me conoces, pero yo a ti no y eso me parecía injusto, así que he venido para ver qué cara y qué cuerpo tenías. A decir verdad, no sé qué ha podido ver Motoi en ti. Los bailarines de ballet nos amamos y odiamos entre nosotros. Es un mundo pequeño. Supongo que debes de tener algo bueno, aunque yo sea incapaz de verlo.

Dicho esto, se despidió con un «lamento la interrupción» y volvió por donde había venido. Yuko no le habló a Motoi de la repentina visita de su exesposa. ¿No lo hizo porque había sentido que ella la trataba de forma despectiva? ¿O porque le daba la impresión de que, pese a que Motoi no dejaba de quejarse de lo difícil que era separarse de su mujer tras haberle sido infiel, en realidad parecía que era ella quien había decidido abandonarlo?

En cualquier caso, aquel incidente que apenas había durado unos minutos le resultaba muy difícil de olvidar. ¿Por qué? El odio que le había mostrado no era visceral y tampoco la había hecho llorar, pero el desprecio frío que le había dedicado la había dejado completamente abatida durante un buen rato.

Escuchó el portero automático. ¿Por qué sonaba justo ahora, cuando estaba recordando aquel encuentro con la exmujer de

Motoi? Yuko miró el monitor con inquietud.

La que apareció saludando con la mano por la pantalla fue su amiga Ririko Terao, que llevaba puesta una curiosa boina. Como la pantalla era en blanco y negro, Yuko no pudo distinguir de qué color era.

Recordó que, por la mañana, su amiga le había preguntado por Line si podía pasarse por su estudio, ya que tenía que hacer unos recados por aquella zona. Le sorprendió que fuera tan tarde. A toda prisa, se dirigió al ordenador y cerró el perfil de Instagram de la exmujer de Motoi.

—Perdona que te moleste. ¿Te va bien ahora? —dijo Ririko con voz malhumorada.

—Sí, sí. Pasa.

Ririko era una amiga de la universidad, de cuando estudiaba Bellas Artes. Se había graduado en Pintura Japonesa y ahora era pintora, aunque, aparte de una exposición que realizaba una vez al año en una galería de Shinjuku, casi no le llegaban trabajos por encargo. Podía dedicarse exclusivamente al arte porque sus padres eran propietarios de un hospital. Ririko era soltera y no tenía hijos. Tampoco se le conocía novio.

—¡Hola! —Cuando abrió la puerta de acero, apareció la delgada figura de su amiga, que no tardó en entrar.

La boina era de un vivo color bermellón y le quedaba muy bien a su oscuro pelo negro. También llevaba una blusa negra, una falda y unos calcetines negros. Hoy iba toda de ese color. La falta de maquillaje, las cejas claras y los hinchados ojos le conferían a Ririko el aspecto de una bruja malvada.

—No quiero molestar, solo estaré un momento —dijo adentrándose más en la habitación.

Había traído una caja de lo que parecían dulces occidentales. Se la entregó a Yuko, quien la recogió sin rechazarla ni siquiera una vez, como marcaba la tradición. Su amiga se quedó mirando unas pruebas de imprenta que había encima del escritorio.

—¿Qué son? —preguntó.

—Son las pruebas de imprenta de unas ilustraciones que me ha pedido un escritor para su libro.

Ese hombre había visto su trabajo en un anuario de ilustradores, le había gustado la obra de Yuko y la había seleccionado. Debía presentarle alguna buena idea, pero no se le ocurría ninguna.

—¡Anda! ¿Y de qué va la novela?

—De una mujer y su marido, que desaparece.

—¿Y por qué desaparece? ¿Necesitaba reconocimiento y no se lo daban? —preguntó Ririko mientras levantaba las galeradas y hojeaba sus páginas.

—¿Qué tendrá que ver eso con lo que te he contado? —Yuko ladeó la cabeza.

—¿No lo ves? Cuando uno no se siente lo bastante valorado, acaba pensando que está fuera de lugar y al final busca algún sitio donde pueda satisfacer esa necesidad. La mayoría de las historias de desapariciones acaban teniendo esta temática —sentenció Ririko tajantemente.

Entonces, quizá la voluntad de tener un hijo de Motoi responda a ese anhelo de validación, pensó de pronto Yuko. Tal vez le frustraba no poder demostrar fuera de toda duda que él, ese hombre perfecto, también era capaz de engendrar hijos, y por eso quería probarlo.

Cuando Motoi se mantenía erguido en la primera posición, la línea de sus caderas y sus muslos se curvaba con una torsión que hacía resaltar el contorno de su cuerpo. ¡Era tan normal que un hombre

tan hermoso deseara sus propios hijos! Una sonrisa afloró a la boca de Yuko ante estos pensamientos.

—Oye, ¿de qué te ríes? —preguntó Ririko seria.

—De algo de lo que me he acordado.

—Das un poco de grima... —Ririko se sentó delante del escritorio y cruzó las piernas, dejando ver entre los calcetines y la falda negra sus desnudas piernas blancas.

—¿Puedo abrirla? —preguntó Yuko mostrando la caja de dulces que le había entregado.

Ririko asintió. Contenía dos profiteroles rellenos de crema de la famosa pastelería tradicional Ginza West.

—Estos bollos son la cosa más deliciosa del mundo.

—¿Has ido hasta Ginza a buscarlos?

—Sí.

—¿Has ido hasta allí solo para comprarlos?

—Pues claro.

Yuko no insistió más y se dirigió a la cocina para hervir agua.

—¿Qué tal está Tontoi?

Ririko llamaba así a Motoi. Por supuesto, los fans del ballet se habrían indignado si lo hubieran sabido, pero Yuko se limitó a responderle que estaba bien e introdujo dos bolsitas de té de canela en la tetera. Contenían un poco de azúcar y las manos se le quedaron pegajosas.

Ririko, sin pedir permiso, empezó a garabatear en la parte posterior del bloc de notas que Yuko tenía al lado del fax para anotar recados.

—¿Qué ha pasado al final con el tema de los críos?

Yuko le explicó a su amiga lo de los óvulos envejecidos, los problemas de infertilidad..., todo. También le habló de que ya no les quedaban más tratamientos por probar.

—Ahora Moto se ha empeñado en seguir adelante y yo no sé dónde meterme.

—¿Qué quiere? ¿Que lo intentes con los óvulos de una donante? —preguntó Ririko levantando la cara del papel, con sus delgados e hinchados ojos llenos de recelo.

—Y que contratemos una madre de alquiler.

—Pero entonces tú no intervendrás para nada en el proceso... ¿Te parece bien? —inquirió Ririko mientras continuaba dibujando.

—No lo sé. No me lo había planteado, así que todavía lo estoy procesando. Si utilizamos óvulos donados y, además, el embrión lo gesta otra mujer, no sé qué voy a sentir yo respecto a ese bebé.

—Te parecerá mal, ¿no? —dijo Ririko con total naturalidad.

—Sí —respondió Yuko con sinceridad, asintiendo también con la cabeza.

—Tontoi es un hombre; supongo que, mientras sea su semilla, le da igual dónde brote.

Se podía leer la animadversión en sus palabras. Ririko se vanagloriaba de odiar a los hombres. No había salido con ninguno desde su época universitaria y, a sus cuarenta y cuatro años, todavía era virgen. No era lesbiana ni había rumores que apuntaran en ese sentido.

En aquel momento Yuko miró lo que su amiga se traía entre manos y se dio cuenta de que estaba dibujando un pene que penetraba una vagina. A Ririko le encantaban las obscenidades. Le enseñó su obra a Yuko, que la observaba frunciendo el entrecejo.

—Utiliza esto como ilustración para la cubierta. Seguro que al escritor le encanta.

—No sé por qué dibujas esas cosas si ni siquiera has follado nunca.

Ririko no respondió, se limitó a trazar unas venas realistas sobre el falo con una sonrisa en los labios. Se había especializado en hacer dibujos pornográficos al estilo *ukiyo-e*, esas estampas japonesas del periodo Edo que mostraban cortesanas, actores de *kabuki* y paisajes. Decía que, como sus exposiciones individuales tenían principalmente esa temática, siempre asistían un montón de hombres de mediana edad de lo más raros y que eso le resultaba incómodo.

—Siempre vienen a las inauguraciones sin invitación, arramblan con toda la comida y la bebida que preparamos y contemplan los cuadros con mirada de pervertidos. Y encima después intentan flirtear conmigo de una forma que da asco. Creo que se piensan que soy una ninfómana o algo así y vienen a ver si suena la flauta. ¡Y, para colmo, son de los que no compran ni una sola pintura!

Yuko rellenó dos tazas con el té de canela y las llevó al escritorio. Ririko le dio las gracias y mordisqueó su profiterol. Parecía relleno de natillas.

—Está muy bueno, pero tiene un millón de calorías.

Yuko retiró la tapa de hojaldre y se la comió después de untarla en la crema pastelera. Como Motoi quería siempre conservar la línea, en casa no entraba ningún dulce que tuviera un alto contenido en azúcares. Por eso le pareció una absoluta delicia.

—Antes te decía que a los hombres les da igual dónde nazca su semilla, pero imagino que, en realidad, prefieren elegir. Buscan óvulos de calidad y los tratan como una mercancía más.

—Sí —concedió Yuko.

Puede que eso fuera lo que más le molestaba. Si se trataba de escoger óvulos mejores, también ella optaría por unos jóvenes y saludables, aunque tuviera que pagar más por ellos, porque seguro que le permitirían tener un bebé sano. Usaría unos brillantes y

lozanos como los de las ilustraciones... Y, para parirlo, el útero de una mujer de un país pobre que ya hubiera dado a luz antes.

—Odio tener que escoger, que incluso a eso le hayan puesto un precio —susurró.

Ririko había agujereado el profiterol e introdujo un dedo para llegar a las natillas.

—¡Te voy a dar lo tuyo, bollito! —dijo.

—¡Serás idiota!

Yuko sonrió, pero no tardó en sumirse de nuevo en sus reflexiones. Unos buenos óvulos y un buen esperma era lo que se necesitaba si el objetivo era la eugenesia. De forma instintiva, le vinieron a la mente su hermano menor y su sobrina. Sentía vergüenza al pensar que quizá ellos, como matrimonio, también acabarían siendo cómplices de esa práctica. De repente, se percató de que optar por una donación de óvulos y una madre subrogada excluía por completo el uso de su propia carga genética. ¿Quizá Motoi prefería esta opción justo por eso? Sintió que su corazón latía muy deprisa. Esa posibilidad la entristeció profundamente.

Ririko no pareció darse cuenta del cambio emocional de su amiga. Enseñó el dedo índice untado de crema y lo puso mirando hacia el cielo, reclamando la atención de Yuko.

—Esto se ha convertido en una felación...

—Eso suena un poco antiguo, ¿no? —respondió con seriedad Yuko, que ya se había cansado de seguirle el rollo a su amiga con sus tonterías infantiles.

—Pues, si ya no lo llaman así, ¿cómo lo denominan?

—Una mamada, diría.

—Ah, vale. —Ririko no pareció desanimarse y continuó dibujando en la parte trasera del bloc de notas.

El nuevo dibujo, también de estilo *ukiyo-e* pero con un toque manga, retrataba a un hombre de rostro redondeado bailando. Posaba con coquetería, cerrando los ojos y girando un poco a la derecha mientras daba un salto en el aire, un *pas de chat*. Las mallas de ballet ajustadas resaltaban su entrepierna, exageradamente abultada. Se entendía enseguida que representaba a Motoi. De hecho, si Ririko lo llamaba «Tontoi» era para burlarse de su imagen cuando llevaba su ceñido maillot de danza.

—¿Se supone que este es Moto? —preguntó Yuko con una sonrisa forzada.

—Qué va. Es el excelentísimo señor James Whiteside, que se jacta de lo que tiene entre las piernas.

—Esta cara no es la suya. ¿Seguro que no has dibujado a Moto?

Ririko no respondió y le añadió a su personaje ropajes propios de un rey. Yuko pensó que la técnica de su amiga superaba con creces la suya propia. También que debía de odiar mucho a Motoi para dedicarse a burlarse de su marido con tanto ahínco.

Cuando le anunció a Ririko que iba a casarse con él, no mostró una alegría sincera. Se limitó a responderle sin ánimo de esconder sus sentimientos: «Ah, ¿sí? Pues qué bien». Aun así, a Yuko no le molestó. Ririko no solía emocionarse por nada, así que ya imaginaba que era la única reacción posible en ella.

Ririko declaraba abiertamente que no le caía bien el género masculino. Pese a que no había tenido ninguna experiencia sexual, sentía un profundo interés por las relaciones carnales entre hombres y mujeres, y, de hecho, no dibujaba otra cosa. Resultaba agotador interactuar con ella y no parar de escuchar chistes verdes de alguien que era, sin lugar a dudas, virgen.

—¿Por qué solo haces ilustraciones pornográficas? —le preguntó Yuko mientras se lamía los dedos cubiertos de crema de forma

cuidadosa para evitar dar pie a los comentarios de su amiga.

—¿Que por qué? ¿Qué tiene de raro?

Ririko levantó la vista. Cuando se ponía a dibujar con tanta pasión y la cara pegada al papel, parecía una niña de primaria.

—Pues que tú no tienes experiencia en ese campo, por eso me llama la atención.

—Vaya, veo que no te andas con rodeos...

Parecía estar de broma, pero sus ojos estaban serios. Esta vez comenzó a dibujar un pene erecto. Se notaba que no era el primero.

—Me gusta la forma de las pollas. Son muy bonitas y tienen algo de cómico. Por eso disfruto dibujando escenas de sexo. Eso no significa que me apetezca participar en ellas. Aunque me gustan sus pollas, los hombres me parecen repulsivos.

—¿Y el sexo no te resulta desagradable?

—En absoluto. Es un acto extraño, en el fondo. El falo se pone erecto y se mete en la vagina. ¡Es de lo más divertido! Estoy obsesionada con las relaciones sexuales, me gustaría poder observar de cerca a todo tipo de personas practicándolas. Pero no podría dibujarlas si fuera yo quien participara en el coito.

Yuko opinaba que los dibujos tipo *shunga* de su amiga eran grotescos porque exageraba los atributos masculinos y femeninos. A Ririko, en cambio, eso era lo que le gustaba de ellos.

—El sexo también sirve para reproducirse —soltó Yuko, recordando los encuentros con Motoi desde que concebir se había convertido en una prioridad, aunque en el fondo sabía que nunca había sido lo más importante.

—Ahora estás hablando de vuestro caso, ¿no? —replicó Ririko sin rodeos—. La cópula reproductiva es simple. Ese no es el tipo de sexo que me interesa. Ahora que lo pienso, el tío Takashi me explicó que, cuando él era pequeño, había muchos perros callejeros en el barrio y

que, cuando los pillaban copulando, las vecinas les echaban un cubo de agua fría. ¡Pobrecillos! Parece que eran las mujeres las que no querían verlos. A los hombres les daban pena y los dejaban hacer.

Yuko estaba segura de que aquello no era más que una elucubración de Ririko. A ella le parecía que era al revés, que los hombres acostumbraban a mostrarse más vergonzosos respecto a estos temas. Así de ridículos y tristes eran en realidad los actos sexuales. ¿Sabría eso su amiga?

Ririko rebosaba de una curiosidad tan salvaje como la de un falo erecto, pero no se trataba de deseo; era más bien un interés sereno, casi científico. Aunque hacía tiempo que la conocía, seguía siendo una persona difícil de comprender en muchos aspectos.

El tío Takashi era el hermano pequeño de su madre. Estaba soltero y vivía en casa de los padres de Ririko pese a que pasaba de los setenta años. Se había jubilado pronto de su trabajo en el ayuntamiento, cuando tenía cincuenta y pico, y se había ido a gorronear a casa de su rica hermana mayor. Pasaba sus días pintando por placer. El padre de Ririko, que había permitido aquella intromisión, también era bastante raro. Motoi decía que el dinero todo lo podía, y seguramente llevaba razón.

—Imagino que no querrás hijos, ¿no? —preguntó Yuko para asegurarse.

—No, no, ni hablar —respondió Ririko moviendo con fuerza de un lado a otro su melena cortada al estilo bob—. Lo tengo clarísimo. Me da asco pensar que algo me crezca dentro del vientre, se haga grande y me salga por la vagina. Conozco a una persona que tuvo la solitaria y es exactamente lo mismo. Se ve que el parásito se partió por la mitad y se le quedó la cabeza dentro. Las tenias se enganchan a las paredes del intestino y se instalan en ellas, aferrándose de forma bastante persistente. ¿No te dan ganas de

desmayarte solo con imaginar que existe un cuerpo extraño dentro de ti? Es como tener un alien en tu interior. Pues con los embriones pasa lo mismo.

—Entonces, no sé por qué no opinas eso de los penes. Al fin y al cabo, acaban también dentro de tu cuerpo...

—Por eso no me gusta tener sexo.

—Pero te interesan las relaciones de los demás...

—Sí, bueno, el sexo en general.

—¿El sexo el general? Ririko, eres muy difícil de entender.

La interpelada levantó la cabeza.

—No hace falta que me comprendas. Por cierto, podríais dejar que os mirara a Tontoi y a ti mientras lo hacéis. Me gustaría dibujaros.

—¿Qué dices? ¡Ni hablar!

Yuko se sintió ofendida, pero a Ririko le parecía algo de lo más natural.

—Tontoi está muy en forma, así que debe de tener un falo bien proporcionado —dijo sonriendo feliz antes de iniciar el dibujo de un nuevo pene particularmente largo—. ¿Tú cómo los prefieres, largos o gordos? Si los veo gordos, me da por llamarlos «polla», pero, si son largos, me sale denominarlos «falo». ¿Te pasa igual?

—Nunca me había parado a pensarlo...

El número de encuentros sexuales con Motoi había decrecido muy rápido desde que les habían comunicado que los óvulos de Yuko habían envejecido y que era casi imposible que pudiera quedarse embarazada. Ambos tenían la moral por los suelos y no lograban quitárselo de la cabeza, por lo que su relación se había ido enfriando.

Puede que a Ririko le pareciera divertido, pero solo observaba el tema desde una perspectiva muy limitada, sin tener en cuenta que

las relaciones sexuales también podían lastimar a las personas involucradas.

—Por eso odias el sexo, ¿no, Ririko? —preguntó Yuko sin más contexto.

Su amiga la observó extrañada.

—¿A qué viene eso ahora?

—A nada, da igual.

Disimulando, Yuko bajó los ojos a la pantalla de su teléfono móvil. Motoi no tardaría en enviarle un mensaje por Line para preguntarle qué iban a cenar. Solía hacerlo cada día sobre esa hora. Mientras consultaba su buzón, de repente, Ririko preguntó:

—Siguiendo con lo de antes... ¿Tanto quieres un hijo que estás dispuesta a que otra mujer lo geste por ti?

—Ya no estoy tan segura. Me hacía ilusión tener uno con Motoi para saber qué niño nacería de nosotros dos, pero, si utilizamos los óvulos de otra mujer y, además, una tercera lo gesta, no sé si vale la pena.

—¿Y eso no es motivo de pelea entre vosotros?

Todavía no, pero sin duda sí sería causa de discusión. Yuko lo había pensado, aunque no se había atrevido a expresarlo con palabras. Se dio cuenta de que Ririko la miraba con fijeza. Le molestó que la observara.

—¿Te lo pasas bien con los problemas ajenos?

Su amiga se encogió de hombros.

—No me interesa el tema de los niños propiamente, sino profundizar en la psique de Tontoi para saber qué lo lleva a querer un hijo con tanta ansia.

—Ya. Yo podría decir lo mismo.

Yuko bajó la cara y sintió que unas improvistas lágrimas asomaban en sus ojos. Miró a Ririko. Ella volvió el rostro, simulando estar

absorta de nuevo en su dibujo.

5

Motoi había estado en la compañía de ballet de Niza más de dos años. Durante ese tiempo, él mismo cocinaba su propia comida. Se le daban bien las recetas francesas. Aquella noche Motoi se había encargado de la cena y había decidido acompañarla abriendo un vino blanco. Como restringía su ingesta calórica, los platos que preparaba estaban compuestos principalmente por verduras y proteínas animales, y evitaba en lo posible cualquier hidrato de carbono.

—No estaría mal comer pasta de vez en cuando, ¿no? —dijo Yuko tras probar el vino.

Sobre su musculoso cuello, la cabeza de facciones delicadas de Motoi negó visiblemente.

—Los alimentos que han sido refinados son perjudiciales para la salud. Si te apetece comerlos, hazlo al mediodía, cuando yo no estoy.

Para evitar que el índice glucémico se elevase con rapidez, Motoi empezaba siempre comiendo una ensalada de verduras. Se había preparado una muy colorida que llevaba aguacate, uvas, pulpo y gambas. La mezcló con un cucharón. Cogió una uva y se la llevó a la boca. En su cara se dibujó una mueca: estaba ácida. Mathieu lo miraba desde el suelo, concentrado, a la espera de que se le cayera alguna cosa.

—¿Qué has comido al mediodía?

—Unos fideos *soba* del restaurante Chojuan.

—Pues también son refinados...

—Eran integrales, que no son tan malos como los blancos —respondió Motoi, intentando consolarse.

Su padre había muerto cuando él era muy joven, por lo que la relación con su madre era muy estrecha. Comían juntos casi cada día en el estudio. Normalmente cocinaba Chimiko, aunque a veces salían a algún restaurante. A Yuko no le caía muy bien la mujer y no le gustaba que tuvieran tanta complicidad, pero no le quedaba otro remedio que aceptarlo porque regentaban juntos el estudio de ballet.

—¿Habéis ido al restaurante?

—No, hemos pedido a domicilio.

—Pero, sean integrales o no, siguen siendo carbohidratos, ¿no?

Yuko se dio cuenta de que lo que le molestaba en realidad no era que hubiera comido carbohidratos, sino la imagen de madre e hijo decidiendo qué iban a almorzar juntos ese día.

—Yo ya no tengo que actuar, así que de vez en cuando me lo puedo permitir. Tampoco hay que exagerar y no consumirlos en absoluto...

—Llevas razón. Yo esta mañana me he comido un profiterol relleno de crema pastelera que me ha traído Ririko. ¡Era enorme! Y estaba buenísimo. A Ririko le encantan.

Motoi la miró.

—Ah, ¿sí? ¿Y de dónde era?

—Lo compró en Ginza West.

—Esa pastelería es un poco retro, ¿no? Los de Westin Deli, en Ebisu, son mejores. Hay que reservarlos porque se acaban. Recomiéndaselos a Ririko para la próxima.

Yuko contestó que sí sin mucha convicción. ¿Cómo reaccionaría Motoi si le dijera que su amiga quería verlos haciendo el amor? ¿Se

mostraría radicalmente en contra? ¿O lo viviría igual que estar actuando sobre el escenario?

De repente, le entraron ganas de conocer su respuesta. Motoi era bailarín y era capaz de evaluar con objetividad sus movimientos, pero también parecía embriagado por su propia presencia cuando estaba delante del público. Tal vez había decidido dejar a su exmujer y quedarse con ella para tener el único papel protagonista, relegando a Yuko a un rol secundario. Nunca se lo había planteado de manera tan cruda, y eso era sin duda una señal de que su relación estaba deteriorándose.

—Supongo que Ririko continúa dibujando escenas pornográficas, ¿no? —dijo Motoi mientras se servía un poco más de vino en la copa.

—Sí, sigue con sus temas solo para mayores de dieciocho. Por eso no puede publicitar sus obras en internet y tiene que organizar exposiciones privadas en las galerías. Dice que le cuesta encontrar sitios donde se lo permitan.

—Es que no sé si a eso se lo puede llamar «arte»... A mí no me lo parece.

Cuando Motoi bebía alcohol, la cara se le enrojecía ligeramente. Ya la tenía bastante roja cuando empezó a hablar de Ririko.

—Ella piensa y dice que es arte, así que debe de serlo. Y tiene algunos fans incondicionales que van a todas sus exposiciones.

—¿Te refieres a esos hombres que quieren tirársela? Yo diría más bien que esos tipos van porque desean ponerle cara a la mujer que hay detrás de esos dibujos tan explícitos. No quiero meterme mucho con ella porque es tu amiga, pero a mí sus cuadros me parecen espantosos. No les veo lo artístico por ninguna parte, me parecen simple porno. Se limita a representar de manera lasciva una relación

sexual entre un hombre y una mujer. Son como las *makura-e*, las imágenes eróticas que pintaban en la época Edo.

—Eso es precisamente lo que pretende: ser autora de *makura-e*.

Una gran vena, fruto del alcohol, se dibujaba en el fuerte cuello de Motoi. Seguro que la mente de Ririko la hubiera asociado a un falo. Yuko no pudo evitar reír al pensarlo. Motoi la miró descontento.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, Ririko.

—¿Qué ha hecho?

Yuko respondió que nada con la boca pequeña. Era evidente que se enfadaría si le decía que la vena hinchada de su cuello recordaba a las de unos genitales. «Turgencia» se llamaba, ¿no? Y volvió a reírse.

Motoi intuyó que aquello iba con él y, malhumorado, tomó de nuevo la palabra.

—¿Por qué tendrá fijación por ese tipo de dibujos? Me cuesta comprenderlo. De hecho, tampoco entiendo que seáis tan amigas. Ririko no me cae bien, y no me acostaría con ella ni aunque fuéramos los dos únicos habitantes de una isla desierta.

—Ella dice exactamente lo mismo.

A Yuko no le pasó por alto la breve expresión desconcertada de Motoi. A alguien tan lleno de confianza en sí mismo le costaba creer que existiera alguna mujer en la Tierra que no quisiera encamarse con él. Cuando salía en las noticias, era frecuente que recibiera proposiciones tanto de mujeres como de hombres.

—Y, Moto..., ¿te acostarías con ella si Ririko se ofreciera para tener un hijo en mi lugar?

—Ni hablar. Quiero poder escoger.

«Quiero poder escoger». Yuko estuvo a punto de mandarlo a la mierda. ¿Así lo vivía su marido? ¿Con esa indiferencia, como si

únicamente se tratara de seleccionar unos buenos óvulos y una buena matriz?

—¿Y qué tipo de mujer elegirías? ¿O te daría igual mientras pudiera darte un hijo? —insistió.

Tenía curiosidad por saber cómo respondería. Lo hizo con prudencia, imaginando cómo se sentía Yuko.

—El único hijo que quiero es el tuyo y tú eres la única con la que quiero acostarme. No me interesa nadie más.

—Pero deseas un bebé, ¿no?

Motoi vaciló un instante y después miró hacia otro lado. Posó la vista en uno de los dibujos de Yuko, que estaba en la pared. Era un autorretrato al óleo que había pintado cuando era estudiante. Ella pensaba que estaba poco logrado, pero Motoi había dicho que le gustaba y habían acabado colgándolo en la sala de estar.

—Seré sincero: sí que quiero tener uno. Te vas a reír... Últimamente me han dado envidia los shogunes de la época Edo porque tenían un harén y así podían engendrar un montón de hijos. Siento curiosidad por saber qué vástagos saldrían de mis genes combinados con distintas mujeres. Puede que ese sea el sueño de todo hombre.

—¿Quieres un harén? —A Yuko la idea le pareció graciosa y se rio —. Pues lo siento, pero ni estamos en el periodo Edo ni eres el shogun. Y encima soy tu única esposa, solo puedes follar conmigo y yo no puedo tener hijos. ¿Qué vas a hacer?

—Por eso estoy en un aprieto...

Yuko no esperaba escuchar esas palabras. Ella ya había superado la perplejidad inicial y se había hecho a la idea de que no podría ser.

—La única opción para que puedas tener descendencia es utilizar los óvulos de una donante, fertilizarlos con tu semen e implantarlos en un vientre de alquiler. Cuesta una millonada y escoger a la

donante es difícil. Por no hablar de la madre, porque en Japón no está permitido y tendría que ser alguien que estuviese en el extranjero. A mí me parece muy poco realista...

—El dinero no será problema.

Yuko imaginó que Chimiko estaba dispuesta a sufragarlo. Ya se había hecho cargo de los tratamientos de fertilidad, lo que había supuesto una carga extra para su nuera, que sentía la presión de proveerlos de un descendiente que continuara con el linaje Kusaoke.

—No es solo un problema de pasta.

—No, pero es el mayor impedimento. Nosotros no nos lo podríamos permitir.

—Yo creo que es mejor dejarlo ya.

—Mi madre ha dicho que se encarga. Creo que tiene muchas ganas de verle la cara a su nieto.

Yuko guardó silencio. Era incapaz de explicarlo con palabras. Lo que le molestaba no era lo que podía llegar a costar, sino el propio hecho de pagar por algo así, para poder elegir. Saber que, cuanto más dinero ofrecieran, mejores óvulos y matrices podrían escoger. Cuanto más se invertía, mejor era el resultado. Le daba la impresión de que equivalía a despedazar con dinero el cuerpo de otra mujer, es decir, de una de sus semejantes.

—Entiendo cómo te sientes, Yuko. De verdad. Tendrás que cuidar como si fuera tuyo a un hijo con el que no compartes relación sanguínea. Puede ser duro. Pero yo estaba casado antes. Si hubiera tenido un niño fruto de mi anterior matrimonio y me hubiera quedado con la custodia, tú lo habrías cuidado como una madre, ¿no? Tómatelo como si fuera tu hijastro.

Sin embargo, ella no se había enamorado de un Motoi con niños, sino con esposa. Era una situación completamente diferente.

—Si hubieras tenido hijos cuando me enamoré de ti, los habría aceptado como si fueran míos, pero esto es distinto. Yo aquí ni pincho ni corto. No sé qué hacer.

—¿Tan importantes te parecen los vínculos biológicos?

—Si no te lo parecen, adoptemos. —El silencio de Motoi enfadó a Yuko—. ¡Vaya! Ahora te has quedado mudo. Eres un egoísta. Lo único que te importa es que tus genes sí se queden, ¿verdad?

—¿Tan malo es eso? —preguntó Motoi en voz baja, mirando al suelo—. Creo que me haría feliz ver nacer a un hijo de mi sangre. Lo cuidaría con todo el amor del mundo. Y, si fuera solo tuyo, pensaría lo mismo. Si fuera yo el infértil, estaría encantado de que fueras a un banco de esperma para quedarte embarazada. Lo criaría y sería algo hermoso cuidar de un ser indefenso que, sin nosotros, no podría sobrevivir. Claro que prefiero que sea biológicamente mío. Me gustaría poder conocer la versión mejorada de mí que sería mi hijo porque creo que, al hacerlo, también aprenderé cosas sobre mí mismo. Además, yo ya tengo cuarenta y tres años. El año que viene cumpliré cuarenta y cuatro. Si no me reproduzco antes de los cuarenta y cinco, cuando el niño llegue a la universidad, yo ya rondaré los setenta y me gustaría vivir lo suficiente para verlo graduado. Si debo tenerlo, cuanto antes, mejor.

A Yuko la impactó que hubiera reflexionado tanto sobre el tema.

—¿Y qué opinas sobre el hecho de comprarle a una mujer sus óvulos? Aonuma, la de la agencia, nos explicó el otro día que las ordenan en un ranquin según su edad y su belleza. No me gustó nada la idea —dijo.

Motoi partió con la mano un trozo de pan francés y preguntó:

—¿Por qué no?

—Me parece una humillación para las mujeres que se las clasifique como si fueran ganado.

Motoi esbozó una ligera sonrisa. Yuko sintió que se estaba burlando de ella.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Pues que, en este mundo capitalista, todos estamos predestinados a que se nos coloque un cartel con lo que valemos. Yo he nacido en un entorno en el que todo tiene un precio, así que lo sé muy bien. Clasificar se ha convertido en una tendencia imposible de evitar, y eso ni es bueno ni es malo. Es algo generalizado, sencillamente. Categorizamos la carne y el arroz por su calidad. O fíjate en la web de *tabelog*, en la que se puntúan los restaurantes en un ranquin según los votos que consiguen. Incluso nuestra escuela está clasificada según las valoraciones que obtenemos. Y tú también. Existe un anuario de ilustradores que no es más que un catálogo con una clasificación de autores. Me parece irónico que lo único que deba estar excluido sea el cuerpo humano.

—Vamos, que crees que soy una ingenua, ¿no?

—Yo no he dicho eso.

—No, pero se deduce. Me repugna la idea de catalogar el cuerpo de las mujeres y venderlas como si fueran simple mercancía. No sé cómo será con las que donan óvulos, pero está claro que las que se prestan a ser madres de alquiler son pobres y vienen de países desfavorecidos. Es una forma de explotación.

—¿Por qué tienes que darle tantas vueltas? Lo mejor es pensar de manera lógica, como los americanos. Los que tienen algo se lo venden a los que no lo tienen. Es un acto majestuoso de altruismo. Por eso los que reciben deben abonar una contraprestación. Ya está.

—Muy bonito eso del altruismo. Aunque dudo que sea el motivo por el que se prestan a ello.

—En los bancos de esperma también clasifican a los hombres por la calidad de su semen. Es igual para todos. Si tener hijos puede

traerle la felicidad a alguien, toda la humanidad debería cooperar.

¿Seguro? Yuko quería rebatírselo, pero no acertó a encontrar las palabras adecuadas.

—Si todos colaboraran, ¿de quién sería el niño?

—De quien lo quisiera.

—No lo veo claro. Además, ¿qué pasa con él? ¿No tiene ni voz ni voto?

—No seas ingenua. Los críos nunca pueden elegir. A mí ya me llevaban a clases de ballet antes de que tuviera uso de razón. Desde bien pequeñito me inculcaron que ese debía ser mi camino. Mis padres hacían conmigo lo que querían. La primera vez que sentí que mi vida me pertenecía realmente fue cuando gané mi primer concurso.

—Y quieres repetir el mismo patrón, ¿no?

—No me parece tan malo.

La creciente excitación de Motoi la hacía sentir incómoda. Yuko se contuvo antes de decir: «¿Y qué hubiera pasado si no hubieras ganado ese certamen?».

6

El Hospital General de Kitamuki, donde trabajaba Riki, era viejo y poco práctico. El edificio de cinco plantas recubierto de azulejos que imitaban el ladrillo tenía un aire indudablemente lúgubre y deslucido. Los siete penosos peldaños de las empinadas escaleras de la entrada principal, que se encontraban a pie de carretera, eran muy difíciles de subir para los enfermos. Además, no había espacio entre la calzada y el edificio ni lugar para aparcar o dar la vuelta con el coche.

Los únicos vehículos que podían parar eran las ambulancias, que tenían un acceso de servicio en uno de los costados del hospital, pero era tan estrecho que, para bajar a los enfermos, ocupaban parte de la calle.

Era llamativo encontrarse no una, sino dos máquinas expendedoras nada más llegar a la parte superior de la escalera. Riki no negaba que en días de calor podían resultar extremadamente útiles, aunque uno se las esperaría más en un edificio de oficinas o de viviendas que en un hospital porque le restaban parte de la dignidad que un centro así exigía.

Desde hacía diez años, corría el rumor de que lo iban a renovar, pero no disponían de los recursos suficientes, así que lo más probable era que todo siguiera igual. Pese a las quejas por la falta de recursos, siempre estaba lleno, no porque tuviera una gran reputación, sino porque no había otro hospital general cerca. La mayoría de los pacientes eran personas mayores.

Nada más entrar por la puerta, había una sala de espera desde la que se podía ver una amplia ventanilla de recepción construida con un tablero blanco y a todas luces barato. Al otro lado, un hombre vestido con el uniforme de administrativo —camisa blanca y pantalón azul marino— se movía apresuradamente de un sitio a otro.

A la izquierda de la ventanilla de recepción se encontraba la de pagos, que era considerablemente más pequeña que la primera. Dentro, a la derecha del mostrador, había una caja registradora de la que se encargaba Riki. También había un asiento, pero estaba solo de decoración, ya que todo el trabajo de cobro lo realizaba ella.

Había otra ventanilla más que quedaba a la izquierda si se observaba desde delante, es decir, a la izquierda de la de pagos. Era para pedir citas, pero nunca la atendía nadie. El hospital siempre estaba lleno y, aunque se tuviera hora, no había día en que a uno no le hicieran esperar muchísimo, por lo que los pacientes se habían quejado a los médicos y estos habían pedido que se desactivara el sistema de reservas de citas médicas. Cuando los usuarios preguntaban por qué no se podía pedir hora, el personal se limitaba a responder abiertamente que era por decisión de los facultativos y que ellos no podían hacer nada.

En la sala de espera, perpendiculares a las ventanillas, se alineaban espalda con espalda tres conjuntos de largos y estrechos bancos cubiertos con vinilo lila. La habitación era tan estrecha que entre la zona de cobro y los asientos cabía a duras penas una persona.

Los bancos estaban pensados para albergar cómodamente a cuatro adultos, pero, como el lugar siempre estaba repleto, casi nunca había asientos libres. Los pacientes solían apretujarse unos contra otros, y no eran raros los días en que, como hoy, no hubiera cinco en cada banco.

Un hombre mayor se sentaba con medio cuerpo fuera en el extremo de uno, frente a la caja que atendía Riki, y observaba con atención sus manos. Parecía querer asegurarse de que la chica no cometiera ningún error.

Los enfermos que ya habían pasado por la consulta le llevaban una carpeta de plástico transparente con los documentos que les había dado la enfermera. El trabajo de Riki consistía en recibirlos y entregárselos a la persona encargada de contabilidad, que se encontraba tras ella. En realidad, únicamente debía girar el cuerpo y alargar el brazo para pasárselos, ya que estaba sentada justo detrás. Su compañera, tras realizar unos complicados cálculos —que, entre otras cosas, tenían que ver con el tipo de seguro del paciente o la especialidad de la consulta—, determinaba el importe, tras lo cual el documento volvía a manos de Riki. Ella debía llamar de nuevo al paciente y cobrarle la visita según el precio indicado. Era un sistema simple. En el hospital no había servicio de farmacia.

—¡Señor Takahashi! ¡Shozo Takahashi!

Riki acababa de recibir la carpeta de un paciente cuya cuenta ya había sido calculada. El hombre sentado en la esquina del banco, el que observaba con minuciosidad sus movimientos, levantó la mirada cuando escuchó su nombre y respondió con una voz ronca que parecía cargada de flemas. Riki le echó unos... ¿setenta y pocos? Su cabeza llena de canas recordaba a las plumas de un ave; parecía cansado y estaba en los huesos, lo que contrastaba con su ropa juvenil. Llevaba unos pantalones azul oscuro, unas zapatillas deportivas sin marca y, sobre una camiseta blanca, una camisa de color caqui que parecía recién salida de la tintorería, con los pliegues perfectamente marcados.

—¿Es usted el señor Takahashi?

—Sí.

Su respuesta fue seca. Continuaba mirando atentamente la carpeta que Riki tenía entre las manos, como si desconfiara de su capacidad para hacer bien su trabajo y quisiera comprobar que, en efecto, llevaba su nombre.

—Serán 1.640 yenes.

Él asintió sin mediar palabra y sacó de su bolsa de nailon negro una gastada cartera. Le entregó un par de billetes de 1.000 yenes y 140 en monedas. Mientras le devolvía el cambio y el tique de caja, Riki pensó que en general era a las mujeres mayores a quienes les gustaba coleccionar monedas de 500. Una vez que Takahashi hubo guardado las vueltas, Riki pensó que se marcharía, pero no fue así. La miró a los ojos y le dijo:

—¿Has estado alguna vez en el Seiruka? Me refiero al Hospital Internacional Seiruka, donde trabaja el doctor Hinohara. Allí los pagos están automatizados, los hace uno mismo a través de una máquina. El trámite es rapidísimo porque tienen un sistema informático muy bueno y no hace falta esperar veinte o treinta minutos. La persona que estaba delante de mí ha esperado cuarenta y cinco. ¡Cuarenta y cinco! Me parece una barbaridad...

—Lo lamento —se disculpó Riki sumisamente.

¿Quería poner una reclamación? Podía percibirse la tensión en el personal administrativo que se sentaba detrás de ella.

—No me quejo de ti, pero este hospital está anticuado. Aunque no me parece mal. Había una pobre mujer en el Seiruka que las pasó canutas porque no se aclaraba con el sistema de cobro automático, aunque a mí no me supuso un problema. Bueno, solo quería decirte eso.

O sea, ¿que solo quería presumir de que a él no le había costado pagar? Los administrativos que tenían puesta la oreja en la conversación se relajaron al instante, aliviados.

Riki no pertenecía al personal fijo, así que todo eso de las quejas le daba bastante igual. Por mucho que se esforzara, no le subirían el sueldo ni le harían un contrato indefinido, así que no tendría problemas mientras cumpliera con el trabajo que le habían asignado. Era una mentalidad de esclavo. Podía hacer que te volvieras pesimista, pero nunca feliz.

—Aunque probablemente decírtelo a ti no vaya a servir de nada —añadió Takahashi, esbozando una sonrisa para él mismo.

—Seguramente lleve usted razón, yo no decido —respondió Riki con honestidad.

Era un hecho: por mucho que se le quejara a ella, nada cambiaría.

—Me lo imaginaba. Siempre aburrida y con esa cara de boba...

Riki levantó la mirada, sorprendida. Era injusto que ese hombre hiciera comentarios tan crueles. Estaba a punto de replicarle cuando notó que le pasaban desde atrás otro expediente con la cuenta calculada. Al girarse, se dio cuenta de que era Teru. Simulaba un rostro completamente inexpresivo.

—Encárguese de esto, por favor —le dijo.

Riki lo cogió y llamó a la paciente cuyo nombre figuraba en él.

—¡Señora Miyagi! ¡Ikue Miyagi!

El señor Takahashi, sintiéndose desplazado, se fue. Al girarse de nuevo, Riki vio a Teru. Sonreía dejando a la vista sus grandes y robustos dientes, que parecían no caber en su pequeña boca. Después señaló con la mirada el reloj de pared, seguramente para indicarle que ya hablarían durante el descanso.

—A ese viejo le gustas, Riki.

—¡Ay, no! ¡Para! —Riki se retorció del asco al pensarlo.

—A ver, si te ha dicho que siempre tienes cara de estar aburrida es porque, cuando viene, te observa. ¿Lo has visto antes por aquí?

—Shozo Takahashi es un nombre de lo más normal. No me acuerdo. Además, todos los viejos son iguales.

—Eso es verdad. Todos se parecen.

Teru abrió torpemente la tapa de plástico de su fiambrera. Hoy había cocinado ella, porque dentro se veía una gran masa de algo que parecía kétchup.

—¿Qué traes hoy?

—Verduras y huevos hervidos.

Enterrados en aquel mar rojo, había dos pequeños huevos duros y algunas vainas de judías verdes.

—¿No te has pasado con la salsa?

—Me gusta mucho el kétchup. Es el único lujo que me permito.

—Sí, ya lo sé... Pero, aun así, creo que te has pasado.

—Debo compensar de alguna manera la falta de alimentos. Es lo que pasa cuando eres pobre como una rata...

Aparte del trabajo en el hospital, Teru se ganaba un sobresueldo prostituyéndose los fines de semana. ¿Cómo era posible que no tuviera dinero?

—¿Y por qué no tienes pasta?

Teru vertió agua caliente en unos fideos instantáneos cuya marca le resultó totalmente desconocida a Riki. Parecía sentirse incómoda ante la pregunta.

—Ha vuelto otra vez. Es por eso.

—Ah, vale. Claro.

Teru mantenía una relación con un novio muy tóxico. Salían juntos desde que iban al instituto. Cuando ella fue a vivir a Tokio, lo dejaron, pero al final él decidió seguirla y acabó apoltronándose en su casa. Cuando se enteró de que Teru se prostituía, se enfadó y se

marchó, aunque regresó al poco tiempo, disculpándose, y todo volvió a la normalidad. Era un patrón que se había repetido varias veces.

Lo llamaban Somuta. En realidad, su nombre era mucho más largo, Somuchai-no-sé-qué-Tara, pero Teru le había dicho que lo había acortado para que sonara más nipón. Somuta era mitad japonés, mitad tailandés: su madre era tailandesa y su padre, japonés. Ambos trabajaban en una fábrica de electrodomésticos de Aichi, pero su padre los abandonó cuando él era un bebé y nunca más se supo. A la madre le entró una depresión enorme y dejó poco a poco de salir de casa, así que más tarde fue su hijo el que tuvo que encargarse de cuidarla. Abandonó los estudios cuando estaba en el instituto y se puso a trabajar en la obra, pero, como su empleo era muy irregular, siempre estaba sin blanca y le pedía dinero a Teru.

Riki se había enterado no hacía mucho de que la razón por la que su amiga no podía dejar el club de alterne aunque quisiera era porque, además de tener que devolver el dinero de sus estudios, mantenía a Somuta y a su madre. Teru no le había hablado de él últimamente, así que Riki imaginaba que no tardaría en volver a aparecer.

—¿Cuántas veces van ya? —preguntó con disgusto, bajando la voz para que no pudieran oírla el resto de los compañeros.

—Es la quinta. Estaba segura de que me echarías la bronca cuando te enteraras.

—No te he echado la bronca.

Riki abrió la tapa de su fiambrera, que contenía las sobras de la noche anterior: salteado de cerdo y col con arroz blanco. Teru se quedó observando con envidia el condimento de la famosa marca Noritama esparcido sobre la comida.

—Dice Somuta que su madre no se encuentra bien y que por eso no la puede dejar sola. Se quedó a dormir solo una noche y luego se fue.

En casa de Somuta vivían en la miseria más absoluta, pero su madre tailandesa, abandonada a su suerte por todo el mundo, lo único que hacía era estirarse sobre el futón de su destartalado apartamento.

—Y le has prestado dinero, ¿no? Como si te sobrara...

—¿Y qué hago? Somuta no tiene a nadie más que pueda ayudarlo. Y, cuando me mira con esa cara de estar a punto de llorar y me suplica que lo perdone porque no me lo va a poder devolver en un tiempo, no me sale otra cosa que decirle que no se preocupe, que se lo regalo.

Teru era demasiado buena y acababan aprovechándose de ella, hasta el punto de que incluso sus padres habían incluido dinero para su propia manutención en el préstamo estudiantil que la chica se afanaba en devolver, y ahora era incapaz de abandonar en la indigencia a su novio y a su madre.

La familia de Teru no era rica y en principio no tenían intención de enviar a su hija a la universidad. Sin embargo, pensaron que debería al menos conseguir un título porque, si no, quedaría muy mal, así que al final solicitaron un préstamo. Aquello fue un tremendo error del que Teru se arrepentía. «Un título de una universidad de provincias sin ningún prestigio no sirve de nada», le había escuchado decir su amiga en innumerables ocasiones.

—¿Cuánto le prestaste? —preguntó Riki, dejando los palillos.

—Todo lo que tenía. Algo más de 50.000 yenes. ¿Qué querías que hiciera? Vino expresamente hasta Tokio haciendo autostop para pedírmelo. Solo comían una vez al día. Da pena, ¿no?

—Sí, pero tú tienes que aguantar dos semanas más hasta que te vuelvan a pagar. ¿Te llegará?

—Me las apañaré. El fin de semana trabajaré en el club.

Le había explicado a Riki que últimamente había entrado mucha gente como ella en el sector de la prostitución y que la competencia era feroz. Con ese desdichado aspecto y sus dientes desalineados, parecía improbable que a Teru le tocaran los clientes más amables y monetariamente generosos.

—Y, si no consigo suficiente pasta, puede que acabe saliendo en un vídeo porno.

—No hagas eso. Te arrepentirás toda la vida. Yo te puedo prestar algo si lo necesitas. Aunque no más de 10.000.

Riki tampoco iba sobrada. Aunque quisiera ahorrar, el sueldo se le esfumaba en los gastos diarios y llevaba una vida casi de subsistencia. Pese a todo, estaba mejor que Teru, que cargaba con sus deudas y con Somuta. Además, en este mundo no había mucha gente que viviera con holgura: bastaba con observar la cara de los pacientes cuando llegaba el momento de pagar. Los que sacaban un billete de 10.000 se contaban con los dedos de una mano. Cada vez que veía a un paciente sin dinero, igual que ella, se sentía primero aliviada, pero después triste.

—No te preocupes. Sé que tú también tienes tus propios problemas económicos —susurró Teru mientras mordisqueaba el huevo hervido manchado de kétchup.

Luego lo sujetó con destreza, aunque parecía estar a punto de resbalar de un momento a otro de sus palillos desechables, y volvió a untar con cuidado la yema en el kétchup. Cuando terminó de comerse el huevo y las judías, cerró con esmero el recipiente de plástico. Seguramente pretendía usar la salsa que había quedado en otra ocasión.

—¡Ay, por cierto! Casi se me olvida contarte que anoche me llamaron por teléfono los de Planté.

—¿Los de Planté? ¿Y qué querían?

Riki imaginó que la habrían rechazado como donante de óvulos después de la petición tan desganada que había enviado. Luego Teru había soltado, como quien no quiere la cosa, que era ella la que no deseaba ser donante.

—Que si todavía quería hacerlo.

—Pero ¿no te habían dicho que no habías superado el proceso de selección?

—No. Lo que ocurrió fue que rellené la solicitud de cualquier manera y me dijeron que así no podían evaluarla, que la volviera a escribir correctamente. Y yo pasé. De repente, no me pareció bien. Me dije: ¿De verdad tengo que llegar a estos extremos? Me sentí muy miserable. Pero ayer me llamó una tal Aonuma. No me lo esperaba. Me preguntó si ya había rellenado los campos que me faltaban. Cuando le respondí que todavía no, que ya no me interesaba el tema, me dijo que tampoco hacía falta que lo escribiera con mucho detalle. Me pidió que al menos fuera a conocerlos, que les gustaría hablar conmigo. Y que reconsiderase el tema de ser donante de óvulos. También me comentó que la extracción es fácil, que incluso te permite ir al extranjero, y que si no quiero ayudar a gente que lo está pasando mal ahora que soy joven. «Ayudar», dice... ¡Si aquí la que necesita ayuda soy yo! Pensé: ¿Qué narices me está contando esta tía?

Teru sonrió mientras sorbía uno a uno, como si fueran lo más valioso del mundo, sus fideos de ramen. A Riki le resultó extraño que le pareciera bien lo de la donación de óvulos después de su visceral rechazo cuando hablaron de la gestación subrogada.

—Entonces, ¿ahora sí que te interesa?

—Sí, bueno... Lo que pasa es que estoy tiesa —respondió Teru sin darle importancia—. Ya me da igual. Haré lo que sea. Para mí es lo mismo tocarle la polla a un desconocido, chupársela, que me la metan o dejar que me saquen los óvulos. No puedo ser madre subrogada porque no he parido, pero, si pudiera, lo haría de cabeza. Es que hasta me pondría a tener críos para otros. Ha llegado un punto en que me da igual todo, vendería todo lo que pudiera.

—Joder, Teru, se te ve un poco desesperada, ¿no?

—Sí, lo estoy. Completamente desesperada —dijo su amiga con rotundidad.

Riki no tenía intención de detenerla ni de hacerla entrar en razón porque ella sentía algo parecido. Si seguían así, estarían sumidas en la pobreza el resto de su vida. Todavía les quedaba una mínima esperanza de escapar de ese sino mientras fueran jóvenes, pero, a medida que envejecieran, su situación se volvería todavía más miserable.

En el Hospital General de Kitamuki veían hasta la saciedad a personas mayores pobres y enfermas. Riki también se había encontrado a muchos ancianos solos en la residencia de mayores de Hokkaido. Casi nadie recibía visitas. Y, en los casos en los que los hijos sí que iban, no se quedaban más de unos minutos. Parecía que hubieran sido arrojados a aquel lugar por sus familias y que lo único que hicieran estas fuera esperar a que se muriesen.

Recordó el caso de una anciana que sufría de una soledad extrema. Empezó a visitarla a menudo un hombre que decía ser su pariente lejano y al que acabó cediendo todos sus bienes. Cuando lo investigaron, se dieron cuenta de que no tenía ninguna relación de parentesco con ella. Entonces los hijos llegaron corriendo, diciendo que estaba senil, y la insultaron de todas las maneras posibles. Daba la impresión de que la anciana sonreía para sus adentros.

Riki no albergaba ninguna duda de que a ella le esperaba un destino similar al de aquellos hombres y mujeres. No tenía dinero ni familia. Y, aunque se casara, seguramente lo haría con otro pobre como ella, por lo que continuaría viviendo sin holgura. Y, si encima tenían un hijo, apaga y vámonos. Acabarían siguiendo el mismo camino que Somuta y su madre tailandesa. Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, pon las tuyas a remojar.

—Nos han cerrado todas las puertas. No hay salida, solo oscuridad.

—Sí. En serio, quiero dinero. Oye, Riki, ¿al final serás madre de alquiler?

Aonuma le había dicho que necesitaba saber si finalmente aceptaba la propuesta o no. Si daba su consentimiento, seguirían adelante y, si no, abandonarían esa idea y volverían a la de la donación de óvulos.

—Soy incapaz de decidirme. He estado embarazada una vez, pero nunca he dado a luz a una criatura. Me tira para atrás que mi primer parto sea como subrogada.

—¿Y por qué no te reúnes con la pareja? Igual te caen bien, quién sabe.

—No sé...

—Bah, si ellos dan igual. Piensa en la pasta.

Era la misma Teru que le había dicho unos días antes: «Yo voy a quedarme embarazada de alguien a quien quiera. Imagino que de esa forma, cuando nazca, lo veré como al niño más bonito del mundo. Así es como imagino la maternidad, y por eso no me veo capaz de ser madre de alquiler». Su postura parecía haber cambiado después de prestarle dinero a Somuta.

—Menudos bandazos das, Teru.

Ella apuró el caldo del ramen, dejó sus palillos dentro del recipiente y soltó un pequeño suspiro.

—En realidad... estoy planteándome dejar a Somuta.

A Riki no le sorprendió. ¿Cuántas veces había oído ya la misma historia? Cuando puso cara de «¿otra vez?», la expresión de Teru se ensombreció de angustia.

—Hablo en serio. Me da pena, pero ¿no doy pena yo también cuando sigo prestándoles dinero a su madre y a él? Sí, ¿verdad? Hasta ahora no me han devuelto ni un solo yen de lo que les he dejado. Hace tiempo que pienso que para ellos soy como la gallina de los huevos de oro.

Había alzado la voz y la expresión «la gallina de los huevos de oro» resonó por toda la sala de descanso, que se encontraba en silencio. Teru miró a su alrededor sobresaltada. Aparte de una empleada de mediana edad que estaba fija en la empresa y una administrativa absorta en la pantalla de su móvil, solo había dos técnicos de laboratorio que cuchicheaban mientras consumían la comida preparada que habían comprado en una tienda de conveniencia.

Riki preguntó, bajando la voz:

—Pero... tú quieres a Somuta, ¿no?

—Mmm... —Teru se quedó pensativa—. Es complicado. No es que no me guste. Llevamos mucho tiempo juntos. Pero es una relación bastante tóxica, eso está claro, y creo que va siendo hora de que esos dos empiecen a valerse por sí mismos. Por eso estaba considerando hacerme donante de óvulos y desaparecer de sus vidas. Tienes que ir dos o tres semanas al extranjero, ¿no? Sería perfecto. Dejo el trabajo, mi apartamento, y me voy del país. Y después ya veré lo que hago.

Había hablado con tono desenfadado.

—¿Y el préstamo de estudios?

—Lo devolveré, claro. Pero es que no sabes cuánto necesito unas vacaciones, aunque sean esas. Y, en mi situación, ¿cómo voy a plantearme siquiera ir al extranjero? No puedo ni pillarme unos días de descanso. Cuando lo pienso, todo empieza a darme igual. Si solo puedo vender óvulos mientras sea joven, pues lo hago y ya está.

Mientras escuchaba a su amiga, Riki se dijo que, si le daban tres millones de yenes y podía pasarse todo un año viviendo sin preocupaciones, quizá lo de ser madre subrogada no fuera tan descabellado. No tendría que dar palo al agua mientras estuviera embarazada, así que podría dedicarse a pensar con tranquilidad lo que haría después de dar a luz. Tal y como vivía ahora mismo, agobiada por el día a día, no podía considerar otras opciones. Lo que necesitaba para dar ese paso era precisamente tiempo y recursos.

El domingo por la tarde quedaron las dos frente a Planté. Primero llamaron a Teru, que entró en la sala con Aonuma. La tuvo allí bastante rato, seguramente rellenando un montón de documentos.

Teru salió de su entrevista con el rostro un poco sonrojado. Llevaba en la mano una botella de Evian igual a la que le habían dado a Riki el primer día y un sobre blanco que parecía contener el dinero del transporte.

—¿Cómo ha ido?

Teru asintió varias veces con la cabeza.

—Al final he decidido hacerlo. Cuando les he preguntado si el procedimiento lo hacían en Tailandia, me han dicho que no, que es en Hawái. Yo tenía entendido que era en Tailandia y no me hacía gracia porque la madre de Somuta es de allí, pero Hawái mola. Siempre he querido ir.

—¡Y yo!

—¡Pues vamos juntas!

Tal vez no fuera una mala idea. Lo de la extracción de óvulos daba un poco de miedo, pero, por dura que fuera la experiencia, seguro que se compensaba si podía pasarse dos o tres semanas en Hawái con Teru.

—Señora Oishi, pase, por favor.

Era el turno de Riki, que entró en la sala de los distintos tonos de rosa. Aonuma llevaba un adorable vestido de flores y sonreía de oreja a oreja.

—Bienvenida, señora Oishi. Muchas gracias por venir con su amiga. Ella ha accedido a ser donante de óvulos. Es joven y tiene una actitud muy positiva. Nos resultará de gran ayuda. Esto es una muestra de agradecimiento por haberla acompañado, además del importe para que pueda cubrir los gastos de transporte de hoy.

Le entregó un sobre blanco. Riki se alegró porque no sabía que le darían una comisión por recomendar a alguien. Pensó que luego podría usar ese dinero para ir con Teru a comer algo.

—Por cierto, ¿ha podido reflexionar sobre la idea de ser madre subrogada?

—Sí. Creo que al menos debería escuchar la propuesta completa para ver de qué se trata exactamente.

—Muchas gracias por considerarlo. Mire, este es el matrimonio al que ayudaría.

Aonuma sacó una carpeta transparente de debajo del escritorio y le mostró solo fotos de las caras de la pareja.

—Estos son el señor y la señora Kusaoke.

—¿Kusaoke...?

Riki pensó que era un apellido un poco peculiar. Seguro que, si hubiera estado allí Teru, se habría puesto a hacer bromas: «¿Los

“karaoke”? ¿Te van a hacer cantar?».

La fotografía del marido mostraba a un hombre con el pelo muy corto, casi rapado, retratado ligeramente de perfil. Riki tuvo una sensación de *déjà vu* al observarlo con aquel aire un poco amanerado, pero no recordaba haberlo visto antes.

Luego su mirada se posó en el rostro de la esposa y contuvo el aliento. Aonuma llevaba razón: se parecían un poco. Aunque, pese a tener más edad, la mujer de la fotografía era mucho más guapa que ella. Tal vez por la determinación que transmitía. Riki se quedó con los ojos fijos en aquella imagen, preguntándose en qué se asemejaban y en qué se diferenciaban.

2
Una batalla contra el tiempo

1

En el aparcamiento del bloque de viviendas donde residía Riki, solo había espacio para cinco bicicletas. Estas plazas estaban ya ocupadas: una era para la bicicleta de paseo de la madre soltera cuyo niño no paraba de llorar, otra para la bicicleta deportiva del estudiante universitario que siempre iba corriendo a todas partes por su trabajo a tiempo parcial, otra para la de color negro del oficinista de mediana edad con cara de estar siempre agotado, otra para una sin marca que no sabían de quién era y otra para la de segunda mano que Riki utilizaba para ir al trabajo.

Esas cinco bicicletas llevaban mucho tiempo ocupando aquellas plazas y casi siempre en el mismo orden. La que no sabían de quién era aparcaba en el lado derecho y Riki lo hacía en el extremo izquierdo. El orden de las otras tres también estaba prácticamente fijado.

Sin embargo, en algún momento había aparecido una bicicleta plateada y algo sucia que hacía malabares para meterse en aquel espacio. Por mucho que los demás colocaran las suyas de forma ordenada, el de la bici plateada llegaba por la noche y la metía con brusquedad en medio, de modo que Riki se veía forzada a quitarla para poder mover la suya.

A veces los pedales o el manillar se entrelazaban y resultaba difícil separarlas. Para colmo, aquella bici era muy grande y vieja, por lo que pesaba mucho. Por eso, sacarla cada mañana, cuando más prisa tenía, se había convertido en una tarea realmente engorrosa.

Su propietario regresaba tarde por la noche y se marchaba poco antes del mediodía. Riki había deducido que era el del primero, el del apartamento que estaba al fondo, mirando hacia el este, pero, como nunca lo había visto ni sabía quién era en realidad, no podía ir a quejarse.

Aquella bicicleta había acabado más de una vez —y de dos— tirada en medio de la calle. Alguien, en representación del resto de los vecinos, le había torcido el manillar en una ocasión, e incluso habían llegado a quitarle el sillín. No debía de ser fácil para su dueño quedarse sin aparcamiento, pero lo que también estaba claro era que molestaba abriéndose sitio de cualquier manera a costa de empujar a los otros vehículos; por eso la trataban así.

La historia se repitió aquella mañana, y Riki se encontró de nuevo con aquella bici plateada puesta encima de la suya. La del estudiante ya no estaba allí, así que dedujo que debía de haberla empujado bruscamente a un lado para coger la suya cuando se había ido a primera hora.

Riki lanzó un sonoro suspiro, se puso la mochila de tela a un lado, dejó en el suelo la bolsa de papel con el táper del almuerzo y se dispuso a sacar la bicicleta plateada. No era fácil porque los pedales se habían quedado enganchados a los de la suya y no salían. Además, un candado inmovilizaba las ruedas, lo que dificultaba todavía más la tarea y la obligaba a tirar de la bici hacia arriba. Tras varios minutos jadeando a causa del esfuerzo por levantar tanto peso, al final consiguió liberarla.

—¡Menudo imbécil! —dijo Riki harta mientras pegaba una patada a la bicicleta gris, que cayó al suelo.

—¡Ey, tú! —se escuchó decir a una enfadadísima voz de hombre que venía de arriba.

Riki se giró sorprendida. Una figura masculina que rondaba los cincuenta, ligeramente canosa y oronda, bajaba con rapidez las escaleras exteriores del edificio. Parecía que se acabara de levantar, ya que vestía una camiseta blanca con el cuello cedido y un chándal gris.

—¿Qué le estás haciendo a mi bicicleta? —continuó el hombre.

—Ay, perdón —se disculpó Riki de forma instintiva.

Me ha pillado pateando su vehículo, pero, aun así, no debería haberme excusado, pensó enfadada consigo misma.

—Estaba tan mal aparcada que no podía sacar la mía —agregó.

—No estaba mal aparcada, lo que pasa es que no hay sitio. La dejo donde puedo. ¡Qué remedio! Y encima vosotros me la tiráis al suelo, así que está la pobre para el arrastre. El otro día la dejasteis bajo la lluvia y acabó empapada.

—¿Y a mí qué me cuentas? Yo no fui.

—Ya, pero hoy eres tú la que está dándole patadas, que lo he visto.

Seguramente él también estaba hasta el moño de la situación y se había levantado temprano para vigilar. De ser así, significaba que había estado observando los infructuosos esfuerzos de Riki desde la planta superior y no había movido un dedo para ayudarla.

—No es culpa mía que alguien la haya puesto justo encima de mi bici. Me ha cabreado un montón no poder sacarla.

Riki no tenía claro si el hombre la estaba escuchando o no. Él simplemente se quedó de brazos cruzados delante de la bicicleta caída, terco, con los ojos cerrados, como si el orgullo lo impulsara a no levantarla él mismo.

—¡Menuda explicación! No les cargues el muerto a los demás y discúlpate.

—Ya lo he hecho. No debería haberle dado una patada, pero me ha molestado que dejasen la bici encima de la mía.

—¡No me jodas! Pues a mí me cabreáis entre todos cada día, ¿sabes?

La actitud de Riki debió de parecerle insolente, porque, lejos de calmarse, se lo veía cada vez más irritado.

—Lo siento, tengo que irme ya.

Cuando Riki intentó apartarlo y subir a su bicicleta, él la sujetó por la parte superior del brazo. Era más fuerte de lo que había supuesto. Dolía.

—¡Para! Eso es acoso sexual.

Movió el brazo y empezó a gritar, pero el hombre no se inmutó.

—No digas gilipolleces. Primero dejas la mía bien y luego te vas.

Riki se vio obligada a hacerlo y le puso el caballete a regañadientes. Justo en ese momento se escucharon los pasos del señor de mediana edad que siempre parecía cansado, el de la bicicleta negra. Como era habitual en él, tenía unas prominentes ojeras rosadas bajo los ojos. Riki lo miró en busca de ayuda, pero él apartó la vista.

—Eh, tú —lo interpeló el de la bici gris.

El oficinista lo ignoró y, sin mediar palabra, sacó su bici y se fue con rapidez.

—Anda que... —dijo el hombre con una media sonrisa de resignación.

—Puede que él también lo haya hecho alguna vez. ¿Por qué no le dices nada?

—No tengo nada que decirle. ¡Eres tú la que estaba pateando mi bici! —replicó aquel tipo visiblemente enojado.

—Con un hombre no te atreves, ¿eh? —refunfuñó Riki en voz baja.

Siempre se cubrían y se protegían entre sí. El de la bici gris se permitía regañarla con una actitud de superioridad porque era una mujer joven.

—¡Qué barbaridad! Ahora vas a ser una santa...

Antes de apartar la mirada, Riki observó las legañas que se acumulaban en el lagrimal de sus ojos. Seguramente no le había dado tiempo ni a lavarse la cara antes de ponerse a controlarla desde arriba. Se sentía como si le hubieran tendido una trampa.

Como le pareció que la conversación no llevaba a ningún sitio, Riki subió a su bicicleta, pero el hombre agarró su bolsa de tela.

—Espera.

—¡Suéltame!

—Tienes que limpiar el barro antes de irte.

—Anda, ¡déjame en paz!

—Te he dicho que te esperes.

Riki, sin responder, apartó su mano y pedaleó con todas sus fuerzas para escapar. Pese a que continuó gritando, el hombre no la persiguió.

—¡Recuerda! ¡La lavarás! —la amenazó.

Cuando aquella noche volvió a su apartamento, lo hizo con miedo. Pensó en avisar a la policía para informar de la actitud de su vecino, pero imaginó que eso aumentaría todavía más su rencor y que sería contraproducente. Le resultaba frustrante que la ira de ese hombre se dirigiera únicamente hacia ella, ya que sin duda había sido el estudiante el que había apretujado la bici gris contra la suya. Además, el oficinista de mediana edad también la había arrojado al suelo en más de una ocasión.

Riki estaba incómoda y muy agobiada por haberse visto envuelta en ese incidente. Lo sentía como una carga pesada. Y, para colmo, había llegado tarde al trabajo. Pese a que había pedaleado con todas

sus fuerzas, había pillado todos los semáforos en rojo y, como había personas cruzando, no había podido avanzar. Al final llegó al Hospital General de Kitamuki justo cuando abría las puertas. Pese a que fichó rápidamente, llegó dos minutos tarde. Eran dos simples minutos, pero un retraso, al fin y al cabo. Eso afectaría a la evaluación sobre su trabajo. Aunque, en realidad, estaba mucho más preocupada por el vecino del primer piso. Le angustiaba que los problemas con él no hubieran hecho más que empezar.

Aquel día Teru no apareció. Riki miró enseguida su móvil y tenía un mensaje suyo que decía: «Estoy agotada, así que hoy me lo tomo de descanso». Se lo había enviado cuando estaba peleándose con aquel hombre y por eso no había ni escuchado la notificación.

«De acuerdo. Cuídate», respondió, añadiendo un emoji.

Es una lástima no poder desahogarme con ella sobre lo ocurrido, pensó mientras se cambiaba, y se dirigió hacia su puesto.

Al acabar su tediosa jornada laboral matutina, acudió a la sala de descanso para la pausa del mediodía. Cuando fue a sacar su almuerzo, se dio cuenta de que se había olvidado la bolsa en el aparcamiento del edificio. La había dejado en el suelo mientras intentaba desprenderse de la bicicleta gris y allí se había quedado.

La fiambrera de ese día contenía un menú bastante humilde: dos bolas de arroz y un huevo hervido acompañado con unos brotes de soja y un pepino marinado. Sin embargo, como se había dado el lujo de rellenar las bolas de arroz con algo de salmón, su decepción fue enorme. Aunque estaba en un recipiente de plástico, a esas alturas los gatos callejeros ya se habrían hecho con el botín.

A Riki no le quedó otro remedio que ir al 7-Eleven que había al lado del hospital a comprar una bola de arroz y unos fideos instantáneos. El gasto imprevisto le dolió, pero no tanto como la

incertidumbre de no saber si aquella noche podría o no entrar sin problemas en su apartamento.

Mientras sorbía sus fideos, le envió un mensaje a Teru. «¿Cómo te encuentras?», le preguntó. A lo que ella respondió: «Estoy trabajando. Ahora estoy con un cliente». En realidad, Riki se lo imaginaba. Ya le había dicho que estaba tiesa. Era una pena que Teru hubiera faltado aquel día, porque le habría gustado contarle lo del vecino del primer piso y consultarle su opinión sobre lo de ser madre de alquiler.

Por la tarde pasó por un Miyoshi Mart y compró a mitad de precio una ensalada de macarrones y una chuleta de cerdo empanada con arroz en la sección de comida preparada antes de regresar muerta de miedo a casa. Bajó de la bicicleta sin hacer ruido y se acercó al aparcamiento: la bici gris no estaba. Aliviada, dejó la suya en el lugar de siempre y se dirigió a su apartamento, que era el segundo de la planta baja contando desde el oeste.

Alguien le había dejado delante de la puerta su bolsa de tela, la que se había olvidado aquella mañana. ¿La habría puesto allí el hombre del primer piso? Supuso que no, porque estaba demasiado alterado. Cuando la cogió, notó que pesaba muy poco. Entró en casa con una sensación extraña en el pecho.

Encendió la luz y abrió la bolsa. Tal como había deducido, estaba vacía. Se habían zampado su almuerzo y le habían dejado una nota: «La próxima vez te como a ti. Esto no va a quedar así».

—¡Aaah! —exclamó. Tiró el envase a la basura y lo pisó con el pie. Se sintió terriblemente asqueada, como si alguien le hubiera arrojado barro encima y la hubiese obligado a tragárselo. Tenía la

insoportable sensación de que le habían manchado el cuerpo y la mente y de que aquella suciedad nunca desaparecería.

¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Qué asco!, se repetía incapaz de parar. ¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Aaah! ¡Qué asco! ¡No lo soporto! De repente, las lágrimas afloraron a sus ojos. Su apartamento era el único espacio en el que podía huir y no tendría ningún lugar en el que relajarse si se quedaba sin él. ¿Cómo podría vivir de esa manera? Y tampoco le quedaba dinero suficiente para mudarse...

A Riki le pareció escuchar unos pasos en el rellano y aguantó la respiración. La aterrorizó pensar que quizá se tratara del vecino del primero, que había ido a comprobar si había vuelto ya del trabajo. Corrió a apagar la luz e intentó respirar con el mayor sigilo posible.

Su móvil sonó en la oscuridad. Cogió el teléfono pensando que quizá fuera Teru, pero el número que brillaba en la pantalla contrastando con la penumbra de la habitación era el de su madre, que llamaba desde Hokkaido. Hacía meses que no hablaban. Riki se sintió aliviada tras ese momento tan terrorífico y respondió con voz tierna.

—Hola. ¿Mamá?

—¿Riki?

—Sí. ¿Qué pasa?

Normalmente se comunicaban por Line, por lo que aquella llamada telefónica después de tanto tiempo le hizo sospechar que algo malo pasaba.

—Verás... La tía Yoshiko ha muerto.

—¿Qué? ¿La tía Yoshiko...?

—Últimamente no se encontraba muy bien, pero estas últimas dos semanas se la veía con algo más de ánimo. El otro día incluso me

dijo que quería comer anguila. Al final fui a un súper, le compré un pack y se lo llevé. ¡Están carísimas!

Su tono parecía apagado, pero su madre era muy parlanchina. Si la dejaba, podía pasarse el día hablando sin parar, lo que siempre le resultaba perturbador.

La tía Yoshiko era su hermana menor. Solo tenía cuarenta y ocho años y era soltera. Había trabajado en una cooperativa agrícola y luego en una tienda que vendía productos locales y que se llamaba Michi no Eki, «estación de carretera», aunque allí había estado a tiempo parcial. Cinco años después de cambiar de empleo, tuvo que someterse a una operación de cáncer de mama. El pronóstico era muy bueno, lo cual los dejó a todos más tranquilos, pero dos años más tarde la informaron de que habían encontrado cáncer también en el estómago. No se trataba de una metástasis del primero, sino de uno nuevo, de carácter más agresivo.

—Últimamente siempre me decía que tenía muchas ganas de verte...

—Yo también...

Riki siempre había sido la niña bonita de su tía y ella la prefería mil veces a su madre. La entristeció profundamente que hubiera fallecido sin que hubiera podido ir a visitarla.

—Ella decía que luchaba contra el reloj. Quería presenciar tu boda y ver con sus propios ojos a tu primer hijo. Le angustiaba pensar que quizá no llegaría a tiempo...

La tía Yoshiko era para Riki como una hermana mayor, aunque, al cumplir los cuarenta, había comenzado a comportarse de una forma bastante extraña. No se había podido casar y eso le pesaba. Había empezado a obsesionarse con las vidas de sus vecinas y sus antiguas compañeras de escuela. Montaba a Riki en su pequeño

coche, el que usaba para ir al trabajo, y se dedicaban a rondar por sus viviendas.

—La hija mayor de esa casa se fue a Sapporo y tuvo un romance con su jefe. Ahora no encuentra con quién casarse. A la de allí han intentado emparejarla un montón de veces, pero ninguna cita ha ido bien. Todavía está sola. La de la casa de allí al fondo es un año mayor que yo. Fue a estudiar a una universidad de Sapporo una carrera que solo duraba dos años, encontró trabajo allí y se quedó. Se dice que el motivo por el que no ha vuelto es porque no ha podido encontrar un marido...

Era una peregrinación por casas de mujeres que no habían conseguido casarse. Riki tenía veintiún años en aquella época, pero pensaba que, si algún día dijeran eso sobre ella, le resultaría altamente ofensivo. Escuchar a su tía Yoshiko hablar aliviada de la soltería de sus antiguas compañeras de clase le resultaba deprimente. Esa peregrinación había sido la razón por la que había decidido ahorrar e irse a Tokio, para poder escapar de allí.

—¡Riki! ¿Hola? ¿Me escuchas? —preguntó su madre, preocupada ante el silencio prolongado de su hija.

—Sí, sí. Mamá, no iré al funeral. No tengo dinero.

—Si no puedes, no puedes. Yoshiko lo hubiera entendido.

La familia de Riki vivía en una zona rural al noroeste de Hokkaido y tampoco podía permitirse costearle el viaje.

—Me he quedado de piedra. —Su voz se quebró a mitad de la frase.

—No ha sufrido. Puedes estar tranquila —dijo su madre, tratando de consolarla.

—Gracias.

—Bueno, hasta pronto.

Su madre colgó rápidamente. Al otro lado de la línea, resonaba la voz de su padre hablando también por teléfono con otras personas. Como eran su familia más próxima, había recaído sobre ellos la preparación del funeral. Parecían muy ocupados.

Nunca antes había ocurrido ningún acontecimiento por el que Riki se entristeciera de no estar en su pueblo natal, pero ahora, quizá por su ya de por sí delicada situación, tenía ganas de volver.

Tres días más tarde, quedó con Yuko y Motoi Kusaoke. Era domingo. Habían pasado dos semanas desde que había estado con Teru en Planté.

Aonuma le había pedido que, antes de dar una respuesta definitiva, viera al menos una vez al matrimonio. Riki salió de casa en dirección al lugar de la cita sin el más mínimo entusiasmo. El punto de encuentro era un restaurante italiano de un sofisticado hotel de Shibuya situado en un rascacielos. Era la primera vez que Riki ponía los pies en un lugar con tanta clase y se sentía un poco perdida. No sabía qué debía ponerse, así que le preguntó a Teru, que tenía más mundo que ella porque había trabajado en varias empresas, y se arregló siguiendo sus instrucciones.

Teru le había dicho que, si iba para un almuerzo, no hacía falta arreglarse en exceso, que podía ir como vestía normalmente, así que se puso la ropa de diario: unos pantalones negros, una camiseta y un cárdigan. Sin embargo, no iba muy convencida porque no quería que la rechazaran cuando se dieran cuenta de que era pobre y de que ese era el motivo por el que estaba decidida a donar óvulos o ser madre de alquiler.

Las donantes eran anónimas, pero, para ser madre subrogada, era necesario pasar una entrevista. Riki se sentía incómoda; tenía la

impresión de que estaban evaluando su capacidad como hembra de alumbrar a un bebé. Incluso llegó a despreciarse a sí misma y a plantearse si realmente estaba dispuesta a pasar por todo eso por dinero. Estuvo a punto de darse la vuelta más de una vez. Además, estaba de bajón por el incidente con el hombre del primer piso, todavía fresco. No había vuelto a encontrárselo desde aquella mañana, pero vivía con un miedo constante.

Llegó al restaurante unos minutos después de la hora convenida. Aonuma la estaba esperando en la entrada, preocupada. Llevaba puesto un vestido de un llamativo azul, como los que les gustaban a las mujeres extranjeras.

—¡Menos mal que ha venido! Tenía miedo de que no apareciera —dijo la mujer acercándose rápidamente con una expresión de alegría en el rostro—. Los Kusaoke ya han llegado.

Riki se disculpó con la boca pequeña, argumentando que el tren se había retrasado. Aonuma no parecía escucharla. La asió del brazo mientras se ponía en marcha, como si temiera que se fuera a escapar.

El restaurante estaba lujosamente decorado. Los camareros, vestidos con un traje negro, iban y venían con presteza. Las mesas, colocadas junto a unos grandes ventanales de vidrio, estaban ocupadas por clientes acomodados que charlaban animados mientras degustaban sus platos y observaban el mundo desde arriba. Riki se sintió intimidada y no lograba dar un paso más.

Aonuma la empujó con suavidad por la espalda y avanzaron lentamente hasta el fondo. La puerta del reservado estaba abierta. Un apuesto hombre, ataviado con un traje negro y una camisa, las esperaba con una sonrisa. No hizo falta que se lo presentaran a Riki para que reconociera enseguida que se trataba de Motoi Kusaoke.

Su mujer, Yuko, estaba ya instalada en la mesa, pero se levantó con rapidez al verla aparecer. Vestía una falda negra y una blusa gris. Un collar de perlas rodeaba su cuello. Sus atuendos, tanto el de él como el de ella, eran caros y de buena calidad.

—Bienvenida. Muchas gracias por tomarte la molestia de venir hoy hasta aquí.

Motoi Kusaoke, visiblemente emocionado, hizo una reverencia. Si Riki no hubiera sabido que era bailarín, ese gesto podría haberle parecido cursi; sin embargo, le resultó agradable y refinado.

—Tome asiento, por favor —dijo Aonuma, separándole la silla de la mesa cubierta con un mantel blanco.

Riki se sentó y la mujer hizo lo propio a su lado. El matrimonio Kusaoke se instaló frente a ellas. Motoi volvió a presentarse.

—Es un placer conocerte. Yo soy Motoi Kusaoke y ella es mi esposa, Yuko.

—Sí... —Riki bajó torpemente la cabeza en un intento de saludo.

—Hola. Sentimos haberte hecho venir en tu día festivo —dijo Yuko sonriendo.

Riki se dio cuenta de que tampoco estaba cómoda con la situación. Seguro que estaba tan confundida como ella, sin saber qué era lo que pasaría a partir de ese momento.

Motoi abrió el menú y lo dejó delante de Riki.

—¿Qué te apetece beber, Oishi?

Parecía un hombre muy atento y resolutivo. De esos que tomaban las decisiones con diligencia y sin tener en cuenta la voluntad de su mujer. Riki imaginó que era también él quien había tomado la iniciativa en el tema de los hijos.

—Agua estará bien.

Motoi afirmó con la cabeza, complacido. Riki se sentía intimidada porque le daba la impresión de que la estaban evaluando, pero notar

que el matrimonio Kusaoke, sentado frente a ella, parecía tenerle simpatía desde el principio propició que se fuera relajando poco a poco. A ellos también se los veía ansiosos por gustarle.

Motoi parecía suplicarle con su actitud que tuviera a su hijo, pero ¿y Yuko? ¿Tenía las mismas ganas que él? Riki dirigió la vista hacia ella. Era una mujer reservada y poco habladora. Daba la impresión de que lo dejaba todo en manos de su marido. Cuando posó en ella la mirada, Riki percibió algo extrañamente familiar. ¡Claro! ¡Le recordaba a su tía Yoshiko! Aonuma le había comentado que el parecido entre ambas la había sorprendido, pero, en realidad, Yuko, con su rostro de rasgos ovalados, se asemejaba mucho más a su difunta tía que a ella.

Imaginó que eso sería motivo de alivio para el matrimonio Kusaoke, ya que propiciaba que Yuko pudiera sentir a ese niño un poco más como si fuera suyo. Aunque eso no tiene nada que ver conmigo, pensó Riki.

—Te pido de antemano que me disculpes por hablar con tanta franqueza contigo. Seguramente la señora Aonuma ya te lo ha explicado. Llevamos años sometiéndonos a tratamientos de fertilidad, pero no hemos conseguido engendrar un hijo. El año pasado nos comunicaron que era imposible que Yuko se quedara embarazada. Solo las personas que han pasado por lo mismo que nosotros pueden entender el impacto que supuso esa noticia. Aun así, no queríamos darnos por vencidos y por eso pedimos consejo a la señora Aonuma, que nos habló de la posibilidad de recurrir a una madre subrogada. Hemos puesto todas nuestras esperanzas en esa alternativa. Hoy en día, son muy pocos los países en los que esa opción es legal: algunos estados de Estados Unidos, Ucrania, Rusia y pocos más. Sin embargo, nuestro deseo es que la madre sea japonesa. Sabemos que con las leyes actuales no es viable, pero, si

recurriéramos a una mujer extranjera, todo nos parecería demasiado impersonal, como si se redujera a un procedimiento automático. El cuerpo femenino no es una máquina de fabricar bebés. A ser posible, nos gustaría sentir proximidad con la encargada de traer a nuestro hijo al mundo y que ella pudiera comprendernos. Queremos que nuestro retoño tenga un embarazo y un parto lo más natural posible. Somos conscientes de que, desde el punto de vista de esa mujer, esta idea puede parecer egoísta y estamos dispuestos a aceptar esa crítica. Sin embargo, debes entender que anhelamos un niño más que nada en el mundo. Te lo vamos a pedir de forma muy directa. Riki Oishi, ¿aceptarías quedarte encinta mediante inseminación artificial y ayudarnos a traer a nuestro hijo al mundo? Cuando nazca, nosotros seremos oficialmente sus padres adoptivos. Nos encargaremos de ti durante todo el embarazo y el tiempo que necesites para recuperarte del parto. No te preocupes, tu cuerpo es muy valioso para nosotros y haremos todo lo que podamos para que estés bien. Por favor, te lo ruego, piénsatelo. Te agradezco mucho que lo consideres.

Tras este largo parlamento, Motoi inclinó la cabeza. Pocos segundos después, Yuko hizo lo mismo. Riki nunca había visto a dos adultos realizar ese gesto de súplica, respeto y gratitud, y la desconcertó el hecho de que fuera dirigido a ella. Bebió un trago de su vaso de agua.

Aonuma intervino.

—Las agencias de California que conozco tienen la regla de no utilizar los óvulos de la madre gestante. Esto se hace para evitar que desarrolle un apego fuerte por el bebé y ahorrarse problemas más adelante. El bienestar del niño es lo primero. Se utilizan los óvulos de una donante, se fecundan con el semen del marido peticionario y se implantan en el útero de la mujer gestante. El inconveniente de

este método es que muchas veces el embrión no se implanta bien y hay una gran tasa de rechazo. La opción más segura para la madre es la inseminación artificial. ¿Qué le parece, señora Oishi?

—No lo sé porque yo nunca he dado a luz...

Riki no supo qué más decir, así que se calló.

—Claro, claro. Es normal. Que le saquen a una un tema así de repente puede ser desconcertante... Lo lamento. —Aonuma puso su mano en el hombro de Riki en señal de disculpa.

—Perdona, hemos hablado de nuestras necesidades sin tener en cuenta cómo te sentías tú —dijo Motoi cabizbajo.

—¿Y... cómo funciona exactamente eso de la inseminación artificial? —preguntó Riki.

Aonuma miró durante un instante el rostro de Yuko, dudando sobre si debía o no explicarlo. Ella asintió, animándola a seguir.

—Hay varios métodos. El más fiable es insertar el semen en el útero mediante un catéter.

Riki miró a Motoi. ¿Dejaría que introdujeran el esperma de ese hombre en su vientre y daría a luz a su hijo? De repente, sus ojos se cruzaron con los de Yuko. Ella no dijo nada, aunque parecía comprender a la perfección lo que pasaba por su mente.

—Eres joven, así que quizá todavía no puedas entenderlo, pero, para nosotros, tener un hijo es una carrera contrarreloj. Nos gustaría ser padres antes de los cincuenta para poder verlo llegar a la edad adulta —dijo Motoi.

Era una batalla contra el tiempo. La tía Yoshiko había dicho lo mismo. Todos sentían esa presión.

—Por favor, se nos agota el tiempo. Estamos luchando mucho para no quedarnos sin él.

Riki quería mudarse. Quería dinero para poder ser libre. A ella también le parecía que luchaba contra sus circunstancias. Suspiró

profundamente y simuló que reflexionaba sobre el tema, pero ya había tomado una decisión.

2

¡Hay que darse prisa! ¡Hay que correr! ¡Rápido! ¡No hay tiempo! Si no te espabilas, será demasiado tarde. La tía Yoshiko siempre andaba con prisas.

—Riki, las mujeres no nos podemos dormir en los laureles. Si lo hacemos, cuando nos queremos dar cuenta, es tarde —decía.

Riki nunca llegó a entender a qué no iba a llegar a tiempo ni por qué tenía que correr tanto porque su tía nunca se lo dijo con claridad, pero notaba que esa presión silenciosa la perseguía siempre. Se hizo especialmente relevante cuando entró en secundaria. Su tía pasó la barrera de los treinta y, de manera repentina, la ansiedad se apoderó de ella.

—Quiero huir cuanto antes de este pueblucho —decía.

Su intención era casarse y huir a la ciudad, convencida de que allí podría vivir feliz. Aquellas palabras fueron, en realidad, el detonante que llevó a Riki a abandonar su tierra natal. Su tía no recibió ninguna propuesta de matrimonio ni tampoco tenía amigos con los que salir a divertirse. Llevó una vida anodina, envejeció, enfermó y murió en aquel pequeño pueblo de menos de cinco mil habitantes que quedaba aislado por la nieve seis meses al año sin que le pasara nada digno de mención.

Riki había intuido que, con ese «hay que darse prisa», su tía se refería al deterioro de la belleza, a la falta de atractivo que provocaba el paso del tiempo. Ahora comprendía que la mujer hablaba de algo más concreto: la pérdida de la capacidad

reproductiva. Consideraba que ser fértil era la prueba de que todavía era apta para casarse. Para ella, en definitiva, el matrimonio era la vía de escape de aquel pueblo de mala muerte, un medio para huir de la pobreza material y espiritual; y, como ella no había podido conseguirlo porque se le había acabado el tiempo, había rezado hasta el día de su muerte para que su sobrina Riki pudiera casarse sin problemas, tener descendencia y ser feliz.

Ella tenía ahora veintinueve años. Solo podía ser donante de óvulos hasta los treinta. El próximo año ya sería «demasiado tarde». En efecto, pensó Riki, es una sensación que acompaña la vida de toda mujer.

Riki observó discretamente a Yuko, sentada en diagonal frente a ella. Parecía una versión más refinada e inteligente de su tía Yoshiko. Tras llevarse una cucharada del helado del postre a los labios, ella percibió su mirada y alzó la vista.

Riki pensó que a esa mujer también la habían sentenciado y le habían colgado un cartel que decía: «No ha llegado a tiempo». Motoi, su marido, estaba preocupado por los años que tardarían en criar a su hijo hasta que se hiciera mayor. Era una batalla contra el reloj tanto para él como para ella. A Riki la invadió una inexplicable tristeza. Miró a Motoi, que conversaba con entusiasmo con Aonuma sobre ballet. Sobre su cuello largo y firme descansaba su delicada cabeza, lo que creaba un conjunto casi fálico. Su rostro era encantador. Sus párpados simples, sin doble pliegue, parecían algo pesados, pero se levantaban al final, otorgándole gran encanto. No serían pocas las mujeres dispuestas a acostarse con él y a darle un niño.

Y, sin embargo, tenerlo suponía un problema para él. Aquel debía ser el hijo de Yuko y Motoi, por lo que no podía establecer ninguna relación especial con la madre biológica. Ese era el motivo por el que

deseaban evitarse problemas y encontrar una mujer joven, motivada por un interés económico. El único requisito que se le exigía era que estuviera sana.

¿Qué pensarían los Kusaoke si dijera que prefería no hacerse la inseminación artificial e irse directamente a la cama con Motoi para quedarse embarazada? Estaba segura de que él aceptaría si supiera que con ello aumentaba las posibilidades de éxito. Parecía alguien dispuesto a cualquier cosa para conseguir sus objetivos, por arriesgado que fuera. Pero ¿qué opinaría Yuko?

En cuanto ese pensamiento cruzó su mente, Riki volvió en sí. ¿De verdad dejaría que un hombre al que apenas conocía le introdujera su órgano sexual con el único fin de procrear? De repente, la situación le pareció terriblemente obscena y se avergonzó. Estaban tratando un tema muy serio, el de la reproducción, pero, al fin y al cabo, todo se iniciaba con un acto sexual entre un hombre y una mujer. Pese a que intentaba parecer tranquila, Riki se sentía muy alterada.

—Voy al baño un momento —dijo, levantándose.

Fue un gesto tan brusco que Aonuma, preocupada, se incorporó también.

—Está al lado de la entrada. ¿La acompaño?

Riki rechazó la oferta y salió sola de la sala. Había dejado su cárdigan en el asiento para que supieran que no iba a huir.

Tras hacer sus necesidades y lavarse las manos, se quedó mirando su rostro reflejado en el espejo. Antes había decidido que aceptaría la propuesta, pero ahora todo eran dudas otra vez.

¿Estaría haciendo lo correcto? ¿Estaba dispuesta a tener al hijo de un hombre que ni siquiera le gustaba solo por dinero? ¿Qué pasaría si más adelante aparecía uno al que amara de verdad? ¿Cómo se lo explicaría? Aunque intentara ocultarlo, su historial ginecológico la

delataría. ¿Qué dirían sus padres si se enteraran? Y, cuando naciera la criatura, ¿querría quedársela para ella? Le vino a la mente la cara de incredulidad de su tía Yoshiko, que había fallecido tres días antes. Seguro que la increparía diciéndole que todavía estaba a tiempo, que no lo desperdiciara.

Sin embargo, cada vez que dudaba, acababa llegando a la misma conclusión: que haría cualquier cosa por dinero. Deseaba desesperadamente juntar una suma de más de un millón de yenes. Le tomaría más de una vida reunirla trabajando como hasta ahora, con un empleo temporal.

Si poseyera esa fortuna, podría permitirse mudarse a un apartamento mejor donde no tendría que vérselas más con el hombre de la bicicleta plateada. Quizá podría dejar atrás los trabajos temporales y formarse para conseguir un buen puesto. Podría asistir a alguna escuela de formación profesional... O tomarse unas vacaciones de verdad y viajar al extranjero por una vez en la vida, algo que nunca había hecho. O podría iniciarse en una nueva afición. Desde que había llegado a Tokio, no había hecho más que trabajar y llevar una vida miserable y sin esperanza. Estaba harta.

No podía pensar con claridad. Las ideas se agolpaban en su mente. Se quedó un rato ensimismada mientras observaba su reflejo. La puerta se abrió y Yuko entró.

—Oishi... —dijo sonriéndole a través del espejo—. Lo lamento. Mi marido no ha callado ni un segundo y me inquieta que eso te haya confundido todavía más. Motoi es de los que hablan y hablan y se embelesan con su propio discurso. Perdónalo.

—No se preocupe.

Riki se secó las manos en el secador y se dispuso a salir. Yuko la detuvo.

—Espera. Me gustaría decirte que hoy he venido aquí muy poco convencida. Pedirle a alguien que tenga un hijo en mi lugar es demasiado. Por alguna razón, como mujer, me negaba a aceptarlo. Dudé mucho, segura de que no hacía falta llegar tan lejos. Estaba muy indecisa. Y, sin embargo, al conocerte, he pensado que, si fueras tú quien lo trajera al mundo, sí que me gustaría criarlo como si fuera mío. Quería que lo supieras.

—¿Por qué?

—No lo sé. Es que te he sentido muy próxima... Como si fueras mi hermana pequeña. Aunque entiendo que, desde tu punto de vista, puede que sea un argumento sin pies ni cabeza. Somos una pareja egoísta de principio a fin. Es un hecho. Por eso te pido que nos perdones.

—Pero esto es un negocio para mí.

—¿SÍ? —dijo Yuko con cara de pena—. ¿De verdad lo ves así?

—Sí. Yo quiero el dinero. Así que lo es —dijo Riki sin atreverse a mirarla a los ojos a través del reflejo en el espejo.

—Cuando pienso en un «negocio», imagino algo más equilibrado para las partes —afirmó Yuko poco convencida.

—No sé...

La imagen de la tía Yoshiko volvió a surgir en la mente de Riki. ¿Qué opinas, tía Yoshiko? ¿Es justo poner mi útero a disposición de esta pareja a cambio del dinero que me entregarían? ¿Se vuelve más equitativo al tratarse de diez millones de yenes?

Yuko le habló a través del espejo mientras se arreglaba el cabello.

—No hace falta que me respondas si no quieres, pero ¿tienes pareja o hay alguien que te guste? Eres guapa y, a tu edad, seguro que tienes algún novio.

Riki negó con la cabeza en silencio. No soy guapa, en absoluto, así que no me hagas esos cumplidos simplemente por cortesía, rechazó

en su interior con vehemencia.

No era una belleza, aunque había un punto a su favor: su altura. Medía un metro sesenta y seis centímetros. Poseía una buena constitución y era musculosa, aunque pesaba algo más de la cuenta. Su rostro, sin embargo, tenía un regusto antiguo, con una frente prominente que parecía estar moldeada con la misma masa que su redondeada mandíbula. Tenía un trauma porque, cuando iba a primaria, los niños se reían de ella y la llamaban «la chica calabaza» o «la guerrera de lucha libre» por la forma de su cara. La tía Yoshiko poseía una hermosura natural; en cambio, la belleza de Riki solo podía alcanzarse con esfuerzo diario, construyéndola poco a poco.

—Entonces no hay nadie... Pero no odias a los hombres, ¿no?

—No especialmente —respondió Riki con frialdad.

—Perdona, no debí haberte preguntado. No era mi intención presionarte. Solo tenía curiosidad por saber por qué alguien joven y bonita como tú querría ser madre de alquiler. Me inquieta que más tarde te arrepientas —se excusó Yuko como si lamentara sus preguntas anteriores.

Aquello debía de ser lo que pensaba en realidad.

—No se preocupe. Aunque yo me arrepienta, usted no tendrá ningún contacto conmigo cuando todo acabe.

Incluso ella misma se dio cuenta de que estaba fingiendo una fortaleza que no poseía.

—¿Sí? —dijo Yuko dubitativa—. Yo no tengo ninguno, claro, así que no lo puedo saber a ciencia cierta, pero creo que los sentimientos no son los mismos cuando nace un hijo. Te cambia el chip y dejas de ser la persona que eras. Creo que querrás verlo.

—No se preocupe. No pasará.

—Bueno, si lo tienes tan claro... Perdona que te haya interrumpido.

Riki se había atrincherado en su posición. Yuko se dio por vencida y dejó de intentar sonsacarle sus verdaderos sentimientos, así que hizo ademán de retirarse. Justo en ese momento, la puerta del baño se abrió y entró Aonuma. Puso los ojos como platos al verlas a las dos conversando.

—Así que estaban aquí hablando...

—Sí. Quería comprobar que Oishi no se había molestado. Motoi no dejaba a nadie meter cucharada... —dijo Yuko con una sonrisa de disculpa.

—El señor Kusaoke estaba inquieto porque tardaban en regresar.

Aonuma, atenta como siempre, había ido a buscarlas. Yuko sonrió con incomodidad y entró en uno de los baños.

—Yo ya vuelvo.

Riki dejó allí a Aonuma y salió.

—Has tardado mucho. ¿Estabas hablando con mi mujer? —preguntó Motoi tras posar su café de nuevo en el platito cuando Riki entró por la puerta.

—Sí, hemos hablado un poco.

—Oishi, me preocupa que puedas tener dudas. Sería una pena, pero, si es así, por pequeñas que sean, será mejor que rechaces nuestra oferta —dijo Motoi desanimado.

—He vacilado unos instantes, pero ahora lo tengo claro.

—Es normal. Todavía eres joven y no sabes qué te depara la vida. Me sabe mal pedirte este favor. Si accedes, estoy dispuesto a concederte la suma que consideres oportuna.

—¿De cuánto estamos hablando?

—¿Cuánto quieres? —preguntó Motoi con gesto serio.

—Diez millones.

Era una cantidad exorbitada. Riki sentía el impulso de poner a prueba hasta dónde podían llegar tanto Motoi como ella misma.

—De acuerdo —respondió el hombre tras una breve pausa. Su voz sonó sorprendentemente alegre—. Pagaré esa suma a cambio de que te hagas una inseminación artificial y, cuando nazca el bebé, nos lo des sin ningún tipo de objeción.

Diez millones por dejarse embarazar con el esperma de ese hombre, tener al bebé y entregarlo. Riki asintió con la cabeza. Era el negocio del siglo, una de esas oportunidades que solo pasaban una vez en la vida. Motoi dio unas palmaditas de entusiasmo.

—Gracias. De verdad. Te lo agradezco de todo corazón —dijo.

Aonuma y Yuko aparecieron por la puerta, quizá atraídas por los pequeños aplausos que acababan de oír.

—Oishi ha aceptado.

—¡Oh! ¡Eso es fantástico! ¡Gracias! —dijo Aonuma tras escuchar el anuncio de Motoi mientras palmoteaba con una teatral alegría que contrastaba con la sonrisa discreta de Yuko—. Muy bien, señora Oishi. Venga en los próximos días al despacho. Redactaremos un contrato. No tiene que preocuparse, será algo muy sencillo. Básicamente, unas líneas para no olvidar qué es lo que se ha acordado. Debemos establecer, entre otras cosas, qué cantidad exacta se va a abonar por el parto y la forma de pago. Imagino que habrá que pactar unos plazos, ¿verdad?

—Mejor hacerlo de una vez, ¿no? Será lo más cómodo —dijo Motoi.

—Señor Kusaoke, es mejor que lo consulte con su asesor fiscal. Tenga en cuenta que, cuando se mueven sumas importantes, pueden inspeccionarlo y preguntarle por el destino del dinero. Además, quién sabe si esta joven no cambiará de opinión al ver su cuenta corriente tan llena de pronto.

Aonuma había susurrado esa última frase, pero se oyó con total claridad, por lo que Motoi se limitó a sonreír con cara de

circunstancias.

—Eso no sucederá —dijo él.

Yuko, sola al otro lado de la mesa, apretaba los labios, intentando hacerse a la idea.

En el sobre que Riki llevaba en la mano se leía la palabra «gratificación».

—Gracias por venir hoy. Usa este dinero para volver a casa en taxi. A partir de ahora, tu cuerpo será muy importante y queremos que te cuides, comas bien y hagas todo lo posible para no resfriarte ni hacerte daño.

Aquellas palabras se las había dedicado Motoi cuando estaba a punto de irse, justo antes de entregarle el sobre. Estaba bien sellado con pegamento. Riki lo abrió cuando llegó a su apartamento. Los cinco billetes de 10.000 yenes que contenía eran tan nuevos que parecían recién salidos del banco. Riki ganaba 140.000 yenes al mes, así que aquella suma nada despreciable suponía un tercio de su salario mensual. Su corazón dio un brinco de alegría. Podría comprarse ropa nueva en alguna tienda que no fuera de segunda mano o invitar a Teru a un restaurante donde hicieran una buena parrillada japonesa.

Aunque después pensó que esos diez millones eran a cambio de ofrecer su útero y gestar un bebé, lo que le llevaría cuarenta semanas de embarazo más el tiempo anterior y posterior, es decir, aproximadamente un año de dedicación exclusiva; y que, tras dar a luz, entregaría al niño a los Kusaoke y ella no sería más que una mujer que había parido.

Tras esta reflexión no pudo evitar sentirse profundamente vacía. La invadió entonces un anómalo deseo de rellenar ese hueco. Hasta

el momento se había acostado con tres hombres. Su primera vez había sido con un compañero de clase, el que se sentaba a su izquierda, en el último curso del instituto. No era más que un amigo con el que podía hablar de todo con confianza hasta que un día se encontraron por casualidad en un supermercado durante las vacaciones de verano. En ese momento se despertó en ella una emoción que no había experimentado hasta entonces. Él pareció sentir lo mismo. Más tarde volvieron a verse en un salón de máquinas recreativas y allí fue evidente que ambos deseaban conocerse más a fondo, por lo que acabaron caminando hasta un motel que había a las afueras del pueblo.

Su primera experiencia había estado lejos de ser perfecta. Su compañero había eyaculado justo cuando estaba a punto de metérsela y le había manchado los muslos de semen. Parecía muy avergonzado y se había replegado en sí mismo, abatido, sin consolar lo más mínimo a Riki.

Desde ese momento, en clase la evitaba. Cuando se graduaron, se fue a estudiar a una escuela técnica de Sapporo y Riki no volvió a saber de él. Se quedó de piedra cuando, mucho más tarde, se enteró de que había ido contando a todo el mundo que se habían acostado. Así que podía decirse que su primera experiencia había sido bastante desagradable.

Su segunda vez había sido con el jefe que tenía en la residencia de ancianos, un hombre casado de treinta años que le ponía los cuernos a su mujer con ella. Su esposa estaba embarazada y durante unos meses usó a Riki como su sustituta. Con él había llegado por primera vez al orgasmo. Sin embargo, justo cuando empezaba a pasárselo realmente bien en sus encuentros, la mujer dio a luz y él volvió a su vida normal, fingiendo que no había ocurrido nada. El motel al que había acudido tantas veces con ese

hombre era el mismo al que había ido con su compañero de clase, aunque los desplazamientos hasta allí eran en el coche de él.

El tercero que había pasado por su cama trabajaba en la misma tienda de ropa que ella. Era aquel hombre con perilla del norte de la región de Kanto. Casi podía decirse que vivían juntos. Se había quedado embarazada de él y luego había tenido que someterse a un legrado. Por culpa de ese barbudo inmaduro, Riki había acabado hasta la coronilla de los hombres.

Habían pasado ya tres años desde aquella relación tan tensa y conflictiva. Desde entonces no había vuelto a acostarse con nadie más. ¿Por qué justo ahora que había decidido convertirse en madre de alquiler la asaltaba aquel palpitante deseo sexual? Parecía que su cuerpo le estuviera gritando: «¿Y qué pasa con el placer?».

Riki decidió pedirle consejo a Teru y la llamó por Line. Su amiga respondió enseguida.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó.

Riki le había explicado que iba a reunirse con los Kusaoke y quería que le contara la experiencia con todo lujo de detalles.

—Bien, me han dado buena impresión. Especialmente la mujer. Era muy maja.

—Vaya. Pensaba que ella sería la más reticente.

—Yo también, pero me ha parecido superamable.

—El marido es Motoi Kusaoke, ¿verdad? Se ve que es famoso. Su esposa también es bailarina, ¿no?

—No, diría que no —respondió Riki recordando el cuerpo poco musculado de Yuko. Era difícil de explicar el encanto que había percibido en ella.

—Entonces, ¿lo harás?

—Sí, ya estoy harta de llevar esta vida de mierda —dijo Riki con determinación.

—Pues genial. Si yo pudiera, también lo haría.

¡Quién hubiera dicho que esas palabras saldrían de la misma boca que pocos días antes había afirmado, completamente indignada, que los hijos eran algo sagrado! Seguro que Teru se sentía acorralada ahora que Somuta y su madre la habían dejado con una mano detrás y otra delante. Ese era el motivo por el que Riki no podía contarle que había cerrado el trato por diez millones de yenes.

Aunque al final se los pagaran, no podía prestarle dinero a Teru porque era la contraprestación al alquiler de su propio cuerpo. Ella haría lo mismo si estuviera en su lugar. La retribución por un trabajo en el que uno se entregaba a sí mismo pertenecía única y exclusivamente a esa persona.

Quizá Teru lo sabía y por eso no le preguntó cuánto le pagarían exactamente. Tras un breve silencio, su amiga dijo como si acabara de recordarlo:

—Yo he decidido ser donante de óvulos.

—Entonces, ¿dejas el trabajo en el hospital?

—Sí. Tú también lo harás cuando te quedes embarazada, ¿no?

—Claro. Esa es mi principal motivación.

—Me muero de ganas de largarme de ese maldito hospital y pillarme vacaciones —dijo Teru con voz animosa—. En Hawái me pienso tomar la vida con calma.

—¡Buah! Me encantaría ir...

—¡Pues vayamos juntas! —dijo Teru entusiasmada.

—La verdad es que, desde que he decidido que seré madre de alquiler, me muero de ganas por follar. Es como si me escociera el cuerpo. Nunca me había pasado nada igual.

Teru rio sonoramente con una carcajada tan expresiva que su boca de dientes desarreglados quedó abierta de par en par.

—Creo que lo entiendo.

—¿Y qué hago? No quiero masturbarme. ¿No se pueden «comprar» hombres?

—Claro que sí —respondió Teru con total naturalidad—. Todo el mundo lo hace.

—¿Cómo?

—En el mundillo de la prostitución, claro. Yo no, porque me sabe mal por Somuta, pero todas mis compañeras desahogan la frustración que les provoca haber sido compradas comprando ellas a su vez. Es el mismo principio que el de los *host clubs*, esos locales donde pagas para que te den cháchara, te hagan compañía y te echen algunos piropos. Te compran, así que tú también lo haces, y así parece que las cosas se compensen.

Había dicho que le sabía mal por Somuta, pero seguramente Teru no podía permitírselo. A Riki se le encogió el corazón, imaginando que su amiga tenía que escuchar las batallitas de las demás sin poder contar las suyas.

—¿Y dónde se compran? ¿No es peligroso?

—No. Lo que pasa es que, cuando a veces les pides que te la metan, se niegan, alegando que es ilegal en Japón. ¡En la prostitución femenina pasa lo mismo! El servicio completo está prohibido. Pero, bueno, si les gusta mínimamente el o la clienta, al final acaban accediendo. ¿Tú quieres sexo completo? ¿Penetración?

—Sí, que me la metan. Quiero disfrutar bien y quedarme a gusto. ¡Que voy a vender mi útero! Siento que necesito gozar un poco antes, que eso me falta.

—Ya imagino, ya. Quedarse preñada de golpe sin la fase previa... Es raro —asintió Teru de inmediato, como si acabara de darse cuenta de algo—. Les pediré a mis compañeras que me recomienden algún sitio con buenas referencias y te lo enviaré para que te apuntes. Oye, ¿tienes pasta?

—Sí. Hoy me han dado un adelanto.

—¿Cuánto te han pagado?

Teru supuso que sí podía preguntar por eso...

—Bueno, solo un poco.

Riki no pudo decirle que había cobrado 50.000 yenes.

—Te entiendo, Riki. ¡Ánimo!

Al cabo de un rato, Teru le envió la dirección de una página web. Su nombre era un poco hortera: «Marshmallow Club». La acompañaba un comentario de su amiga: «Dicen que el tercero, Daiki, está muy bien, pero que, como es muy popular, normalmente tiene llenos los domingos».

Riki entró enseguida en la página. Consultó el perfil de Daiki, el chico que le había recomendado: veintiocho años, 1,76 metros de altura, 65 kilos, grupo sanguíneo O. Añadía: «Tipo relajante con un gran parecido al actor y modelo Masahiro Higashide». Después se fue a la sección de comentarios y comprobó que solo había elogios para él. Sin duda, tenía buena reputación.

Riki se registró usando Line y le llegó inmediatamente un impreso de solicitud. Escogió una duración de ciento veinte minutos. En la fecha deseada de uso del servicio, puso como primera opción esa misma noche. En comentarios, escribió «primera vez». «Puchitoma» fue el nombre que eligió para que se dirigiera a ella durante el encuentro. Quedarían delante de la estatua de Hachiko, en Shibuya. Describió la ropa que llevaría: los pantalones negros de siempre, una camiseta blanca, un cárdigan y unas zapatillas deportivas. Para más referencias, indicó que llevaría una *tote bag* de tela negra de DEAN & DELUCA que, por cierto, se había comprado en una tienda de segunda mano por 400 yenes.

Recibió una respuesta enseguida: «Gracias por tu solicitud, Puchitoma. Por suerte, he recibido una cancelación para esta noche,

así que podemos quedar hoy. ¿Te parece bien si nos vemos a las ocho delante de Hachiko? Yo llevaré vaqueros, una camiseta negra y una gorra roja. También un Apple Watch con correa blanca en la muñeca izquierda para que me puedas reconocer mejor. Un saludo».

Le dio buena impresión la rapidez con la que había contestado y el tono del mensaje que le había enviado por Line. Sin embargo, la agobiaba un poco que el plan para saciar sus deseos estuviera avanzando tan rápido, como si su mente no pudiera seguir el ritmo. ¿Debía ir o no? Se quedó un rato pensándolo.

Entonces, escuchó unos pasos al otro lado de la puerta. ¿Sería el hombre del primero, el de la bicicleta plateada? Llamaron con unos golpecitos tímidos. Riki se tapó los oídos con las manos. La persona que había fuera sabía que estaba allí, pero ella no quería responder. Se quedó quieta durante un rato y los pasos se alejaron.

Riki se apresuró a arreglarse. Iría al centro, observaría desde la distancia a Daiki y después decidiría si quedaba o no con él. Sacó tres billetes de 10.000 yenes y guardó el sobre que contenía el resto del dinero en un compartimento de la puerta del frigorífico.

3

En el tren de camino a Shibuya, Riki volvió a comprobar el perfil de Daiki. Aunque se había inscrito muy confiada al ver que no tenía más que comentarios positivos, a medida que se acercaba al lugar de la cita, empezó a sentirse inquieta.

Teru le había recomendado a ese chico porque sus compañeras le habían dado buenas referencias de él, pero ahora se arrepentía de no haberle preguntado con más detalle qué era lo que lo hacía merecedor de una valoración tan alta: su cara, su estilo, su carácter afable o sus habilidades sexuales.

En su autopresentación, Daiki había escrito: «Por mi profesión, se me da bien escuchar a la gente y dar los consejos adecuados». A Riki le sorprendió saber que tenía otro empleo. Al leer con más atención el perfil, vio que decía: «Exprofesor, actualmente trabajo en una empresa de importación y exportación».

Eso sí que no se lo esperaba. Había sido profesor, pero no especificaba de qué materia, lo que le resultó sospechoso. Aunque no mintiera, era un chico de veintiocho años, así que no podía tener mucha experiencia en ninguna de esas profesiones.

Quizá aquel hombre poco fiable acabara viéndola desnuda, tocándola e incluso penetrándola. ¿De verdad podría conseguir placer con todas aquellas inquietudes rondándole la cabeza? De repente se desinfló y se planteó si no sería mejor darse la vuelta y volver a casa lo antes posible. Levantó la mirada y observó a su alrededor en el vagón. Ya estaban a punto de llegar a Shibuya.

En comparación con Teru, que siempre tomaba decisiones precipitadas, como lo del préstamo estudiantil, Riki se consideraba una persona prudente. Sin embargo, esa supuesta prudencia no le había impedido aceptar sin darle muchas vueltas ser madre de alquiler ni salir ahora a la calle a pagar por un hombre.

Aunque se reprochaba no haberlo meditado con más calma, en esos momentos la prioridad de Riki era conseguir diez millones de yenes y encontrar la forma más rápida posible de obtener placer sexual. La persistente enseñanza de la tía Yoshiko, su «no llegarás a tiempo», se había manifestado de una manera completamente inesperada, como si un tren imposible de detener se hubiera puesto en marcha.

Llegó a Shibuya. Le daba reparo esperar delante de la estatua de Hachiko, así que decidió observar la plaza donde se encontraba desde el pasillo que conectaba la línea Inokashira con la JR. Buscaría a Daiki de lejos y, si no le gustaba, se iría a casa.

La plaza de Hachiko estaba llena de turistas extranjeros y también de mujeres y hombres que parecían haberse citado allí. ¿Cuál de ellos sería Daiki? Riki miró entre los árboles, intentando encontrar la gorra roja, pero no lo logró.

Sintió que unos ojos se clavaban sobre ella. Dirigió la vista al fondo del pasillo, por donde iban y venían los pasajeros. Un hombre que llevaba una gorra de un rojo intenso en la cabeza la observaba desde detrás de una columna. Se tocó la visera con la mano izquierda, como si quisiera enseñar el Apple Watch con correa blanca que llevaba en la muñeca.

En cuanto vio que lo había reconocido, el hombre se acercó a Riki y le sonrió con familiaridad. La blancura de sus dientes perfectamente alineados transmitía una intensa sensación de limpieza. Ella se quedó paralizada.

—Eres Puchitoma, ¿verdad?

Daiki señaló la bolsa de DEAN & DELUCA.

En su perfil ponía que medía 1,76, pero en persona parecía algunos centímetros más bajo. Además, era bastante delgado. El cuerpo de Riki, comparado con el suyo, parecía más voluminoso. Era moreno, de ojos grandes y facciones marcadas y llamativas, pero había algo irremediablemente tosco en el conjunto.

—Sí, soy yo —respondió Riki con sinceridad tras unos instantes de vacilación.

Había dudado porque le daba vergüenza que hubiera descubierto que quería verlo de lejos, desde el primer piso. Sin embargo, él también tenía una expresión cohibida, ya que probablemente había previsto hacer lo mismo.

—Soy Daiki, tu terapeuta. Encantado.

A Riki le sorprendió que se presentara así. ¿No se suponía que su misión era darle placer sexual?

—Ah, encantada —respondió mientras hacía una ligera reverencia.

—Me he llevado una agradable sorpresa, Puchitoma. Eres muy guapa.

Se le notaba algo de acento, pero Riki no consiguió determinar de qué región de Japón era.

—¿Qué? ¿Que soy guapa?

Estaba suficientemente curtida en la vida como para que aquella afirmación que pretendía ser un cumplido le resultara, por exagerada, casi ofensiva.

—Sí. Y me gusta tu ropa. ¿Ese cárdigan es *vintage*? —respondió Daiki con timidez, apartando la vista.

Todo depende de cómo se diga, pensó Riki, a quien no le molestó que calificara su chaqueta de segunda mano de esa forma.

—Bueno, si te parece bien, puedo escucharte y aconsejarte en lo que te haga falta. ¿Qué me dices? —preguntó Daiki, mirándola a la cara con gesto preocupado.

—Sí, claro.

—Uff, qué alivio. Siempre me pongo muy nervioso en los primeros encuentros. Imagínate qué horror que me dijeras: «No me gustas, así que me voy a casa».

Lanzó un exagerado suspiro de alivio mientras se tocaba el pecho con la mano. ¿Acaso alguna mujer lo había rechazado después de quedar con él? Riki tuvo ganas de preguntárselo, pero se contuvo.

Él comprobó la hora en el Apple Watch de su muñeca izquierda.

—¿Vamos a otro sitio? Busquemos un lugar tranquilo donde podamos estar a solas. Así me dices qué es lo que necesitas, Puchitoma, y lo hago.

Sin mediar palabra, empezaron a caminar juntos. Daiki la guio hacia las escaleras.

—Había pensado en ir a un hotel por horas. ¿Te parece bien? ¿O prefieres ir antes a una cafetería o un restaurante para que hablemos? Como es tu primera vez...

—No, vayamos directos a un *love hotel*.

—¡Qué bien! No te pongas nerviosa, nunca haré nada que a ti no te guste.

El hombre con perilla con el que había convivido no tenía en cuenta en absoluto lo que a Riki le gustaba. Le ordenaba cosas y la obligaba a hacerlas aunque ella le hubiera dicho que no quería. Y lo mismo le había pasado con el adúltero de la residencia de ancianos en la que había trabajado. Le daban a entender que una mujer que no obedecía durante el sexo carecía de valor.

Daiki acababa de decir que no haría nada que a ella no le gustara. Era el resultado de que ella le pagara, de comprarlo. Sí, era un

negocio. Por eso, cuando una mujer vendía su cuerpo, los hombres nunca le decían: «No haré nada que no te guste». Al revés, a veces incluso ponían en peligro su vida.

Ella misma había decidido alquilar su útero durante un año por la módica cantidad de diez millones de yenes. ¿Querría decir eso que no debía hacer nada que disgustara al matrimonio Kusaoke, sus clientes? Algo como, por ejemplo, mantener relaciones sexuales con hombres de forma habitual, beber alcohol, fumar o hablar sobre ellos a terceras personas. ¿Iría eso en contra de la ética comercial?

Entonces, le vinieron a la mente las palabras de Yuko: «Cuando pienso en un "negocio", imagino algo más equilibrado para las partes».

Cuando una mujer comerciaba con su cuerpo u ofrecía sus óvulos y su útero, estaba vendiendo a trozos su propio ser, su propia vida. Así que ella tenía razón: en realidad, a eso no se lo podía llamar «negocio».

Donar semen era sencillo. Con los óvulos, en cambio, se utilizaban fármacos que inducían la ovulación y conseguían que maduraran, y debían extraerse pinchando directamente el ovario con una aguja. Daba miedo solo con escuchar cómo funcionaba. Lo del embarazo era todavía más aterrador. ¿Su útero continuaría funcionando con normalidad tras albergar un hijo que nada tendría que ver con su vida? ¿Podría usarlo después de eso? Quizá estaba metiéndose en un asunto muy turbio que desafiaba incluso a los propios dioses...

—¿Estás bien? —le preguntó Daiki con preocupación al verla de repente tan pensativa—. Si no te apetece, podemos cancelarlo. Aunque, ya que hemos quedado, podríamos tomar algo antes de volver a casa. Ya nos veremos otro día.

—No, no. Estoy bien.

Su delicadeza desarmó a Riki. No la esperaba. Ningún hombre le había mostrado nunca tanta amabilidad.

—Entonces, ¡vamos! —dijo Daiki cogiéndole la mano.

Su cuerpo era delgado, pero sus manos eran grandes, gruesas y sedosas como un *mochi*.

—¡Qué suave! —dijo Riki casi sin querer.

Sin soltarla, Daiki empezó a masajearla.

—Es porque se me dan bien los masajes con aceites. Soy muy bueno. Ya verás, yo me encargo.

Del tono final de su frase se desprendía una invitación sensual. Riki lo miró instintivamente a la cara y él se puso serio.

—De verdad. Confía en mí —añadió.

Pensaba que Riki no le creía. ¿De qué estará hecha la confianza de los hombres?, se preguntó ella extrañada.

—Sí que me fío, pero...

—Pero ¿qué?

—¿Qué pruebas tienes de que las mujeres disfrutan de verdad?

—Eso se sabe —replicó Daiki con voz aguda, atónito ante la pregunta—. Soy un profesional consiguiendo que lleguen al orgasmo.

Riki guardó silencio, lo cual pareció picar al chico.

—¡No es broma! ¡Estoy seguro de que lograré que te lo pases bien!

Riki dejó de caminar. Estaba incómoda, aunque no identificaba por qué.

—No te miento.

Al ver que se había detenido, Daiki apretó con fuerza la mano de Riki. Quizá pensaba que se había avergonzado de repente. Consiguió el efecto contrario al que pretendía, ya que Riki se sintió todavía más

incómoda. Alzó la vista hacia él. ¿Realmente es esto lo que estoy buscando?, se dijo.

Pero Daiki ya no volvió la cabeza y tiró decidido de ella con la intención de llevarla a uno de los hoteles de Maruyama-cho. De camino encontraron una máquina expendedora y él le preguntó:

—Voy a comprar algo para beber. ¿Qué te apetece?

—Agua estará bien.

—¿Agua? También hay cerveza...

—No, agua.

Daiki sacó una botella de agua mineral y dos latas de cerveza. Metió las cervezas en su mochila y le tendió la botella a Riki.

—Yo lo pago.

—No hace falta.

—Gracias.

A Riki le parecía una falta de respeto guardar enseguida en el bolso un regalo recién recibido, así que vaciló unos segundos sobre qué hacer. Al final, decidió llevar la botella en la mano. Unas gotas empezaron a deslizarse por su superficie helada y le mojaron los dedos.

—¿Te parece bien este?

Daiki señaló un sobrio hotel encajado al fondo de un callejón. Una vez allí, eligieron una habitación del panel de fotos y sacaron una tarjeta que servía de llave. En la recepción no había personal, estaba totalmente automatizada. Riki todavía tenía dudas sobre si aquello era lo correcto y no sabía qué hacer, pero entró en la estancia con Daiki.

Como si formara parte de su rutina habitual, el chico no tardó en meterse en el minúsculo baño y abrir el agua caliente. Era la primera vez que Riki estaba en un *love hotel* en Tokio, así que inspeccionó con la mirada los muebles de la habitación.

Había una ventana con cortinas oscuras, pero la habían tapiado desde el exterior con unos tablones, lo que daba una sensación de encierro. En un rincón había un sofá y una mesita de aspecto barato.

Daiki tiró de la anilla de una de las cervezas y le pasó la otra a Riki.

—¡Brindemos por habernos conocido!

Ella obedeció sin pensar y chocaron torpemente las latas. Riki se sentó a beber en el sillón casi sin acolchar mientras escuchaba el estruendo del agua caliente llenando la bañera. Daiki se acomodó en el borde de la cama y la miró sonriente.

—¿Tienes alguna pregunta? Puedes plantearme tus dudas sobre este servicio o sobre cualquier otra cosa.

Su perfil indicaba que tenía veintiocho años. Si esa información era cierta, significaría que ella era un año mayor que él. Sin embargo, a juzgar por su piel y su rostro, le pareció que, en realidad, debía de tener al menos cinco más que ella. Decidió no hablar de su edad.

—En tu presentación ponía que eras profesor. ¿De qué dabas clase?

Daiki se encogió ligeramente de hombros, como si estuviera harto de que le hicieran aquella pregunta.

—Era profesor de secundaria en Okinawa.

—¿En serio?

—En serio.

Daiki sonrió como si quisiera mostrar todos sus dientes. Riki se dijo que seguramente estaba orgulloso de aquella dentadura tan blanca y alineada.

—¿Y por qué lo dejaste? Es un buen trabajo, ¿no? Dicen que no es fácil de conseguir y, además, es estable.

—Mmm... —Daiki alzó la vista como si intentara buscar la respuesta en el aire—. El resumen sería que quería venir a Tokio.

—¡Anda! ¡Como yo!

—¿Tú también querías venir a Tokio, Puchitoma? —preguntó Daiki con tono alegre.

—Sí. Ansiaba largarme de mi pueblo como fuera. Okinawa mola, pero yo soy de un pueblucho diminuto de Hokkaido.

—Pues a mí me parece que Hokkaido está genial. Me das envidia.

—Qué va. Está muy lejos de todo, es muy difícil volver...

Riki recordó entonces que no había podido ir al funeral de su tía Yoshiko y sintió un pinchazo en el pecho.

—Pues igual que Okinawa. Es complicado llegar allí. Además, no soy de Naha, la capital. Solía ir allí de juerga, pero se me quedaba pequeña. Quería ir a una ciudad más grande, así que descarté algunas, como Osaka, y me decidí por la más descomunal de todas: Tokio.

Daiki no llegó a desvelar de qué parte de Okinawa era.

—Podrías haber trabajado también como profesor en Tokio...

—No, qué va. Completamente imposible. Me dan escalofríos solo con pensar en tener que lidiar con los críos de aquí.

—Y por eso te decidiste a entrar en una empresa de importación y exportación, ¿no? Suena impresionante.

—Pues no lo es.

—¿Qué compañía es?

—Prefiero no decírtelo.

¿Trabajaría de día en la empresa y como prostituto por la noche? Riki no podía entender cómo un profesor de instituto había acabado en una compañía de Tokio y ejerciendo a la vez de «terapeuta» en una página de servicios sexuales para mujeres.

Quería preguntarle más, pero Daiki alargó la mano y le acarició la rodilla.

—Dejemos de hablar de mí. Cuéntame, ¿qué te preocupa, Puchitoma? Puedes contármelo si te apetece.

—Más que preocupada... —Le costaba encontrar las palabras—. No sé cómo decirlo. Simplemente he decidido hacer algo y ahora no estoy segura de haber elegido bien. Pero, aunque dude, ya no hay marcha atrás.

Era consciente de lo vaga que sonaba su respuesta.

—¿Vas a casarte y no estás segura de haber escogido a la persona adecuada?

Riki negó con la mano.

—No, qué va. No es eso.

Daiki ladeó la cabeza dubitativo, intentando adivinar de qué se trataba.

—Muchas de las mujeres que recurren a mí lo hacen por problemas relacionados con su intimidad. La clienta a la que atendí el otro día me confesó que estaba atrapada en una relación sin sexo. Su marido llevaba más de cinco años sin tocarla y se preguntaba si realmente quería envejecer llevando esa vida. Primero la escuché y después realicé el servicio. Se puso muy contenta y eso me hizo feliz a mí también. Tuve otra clienta que vino porque no quería morir siendo virgen.

—¿Cuántos años tenía?

—Diría que más de cuarenta y cinco.

—¿Y follasteis?

—Sí. En realidad, no debería porque se considera prostitución, pero fue mi manera de ayudarla —dijo Daiki con total naturalidad.

—¿Tu manera de ayudarla?

—Sí. Mi trabajo incluye ese componente. A las mujeres no se os da bien satisfacer vuestros propios deseos. Aunque estéis frustradas, os cuesta reconocerlo. Los hombres lo tenemos más fácil porque contamos con alternativas, como los prostíbulos. Es una pena que vosotras no podáis hacer lo mismo. Al fin y al cabo, las mujeres que cubren sus necesidades viven más tranquilas y son más felices. Creo que la sociedad debería reconocer que también tenéis ese tipo de impulsos. Es más, vosotras mismas deberíais ser más conscientes de ello. Y, cuando esos deseos se vuelven muy intensos, deberíais poder recurrir a nosotros.

Sí, tal vez Daiki hubiera sido profesor de secundaria, después de todo. Sabía convencer a su público. Riki lanzó un pequeño suspiro y él, atento a sus movimientos, preguntó:

—¿A ti te pasa algo parecido, Puchitoma?

—No. Bueno..., algo de eso hay, pero mi situación es bastante complicada de explicar.

¿Por qué no podía admitir que simplemente quería experimentar placer? ¿Sería porque, en realidad, no se trataba de eso? Para engañarse a sí misma, volvió a dar un sorbo de cerveza.

Desde el baño, se escuchó un pitido que anunciaba que la bañera ya estaba llena de agua caliente. Daiki se levantó a cerrar el grifo.

—Ya está listo, puedes pasar. Antes de nada te explicaré cómo funcionan las tarifas y las opciones disponibles para que puedas escoger.

Sacó una carpeta transparente de la mochila en la que había una fotocopia a color con los precios. Ciento veinte minutos valían 16.000 yenes.

—Las prórrogas de tiempo son de media hora y cuestan 5.000 yenes. Como es tu primera vez, te haré un descuento de 3.000. Es una buena oferta.

—¿Y el tiempo ha empezado a contar cuando nos hemos encontrado en la estación?

—No, a partir de ahora —respondió Daiki, mirando de nuevo su Apple Watch.

—Gracias. Vale, pues entonces quiero dos horas, tal y como reservé por la aplicación.

—¿Te parece bien la opción de masaje con aceite y masaje erótico? Es lo que suelo hacer. Si te da vergüenza, dímelo. Te puedo dejar un antifaz.

Daiki sacó uno de su mochila y se lo enseñó.

—¿Lo ha utilizado más gente?

—No, es nuevo. Lo he comprado en una tienda de todo a 100 yenes.

—No sabía que también vendieran antifaces...

—¡Hay de todo! Y el aceite aromático que tienen es del bueno.

Le mostró una botellita de plástico. Dentro se mecía, espeso, un líquido verde chillón. A Riki le recordó a un enjuague bucal.

—Tiene un aroma cítrico.

—Vaya...

—Ve a bañarte. Lo más importante es que estés relajada.

Riki asintió y entró en el cuarto de baño. Poco después salió con la ropa puesta todavía, nada segura por la situación. Daiki no pareció sorprendido. Se había levantado y aún llevaba la carpeta en la mano.

—¿Qué pasa? ¿Quieres que lo dejemos estar?

—Siento que algo no encaja. Me cuesta explicarlo.

¡Ay! ¡Qué condenadamente complicada era! Quería convencerse a sí misma de que era prudente, aunque en el fondo no era más que una indecisa sin ningún coraje.

¿Qué haría Teru en sus circunstancias? Recordó que había afirmado que no pagaría por un hombre porque le daba pena Somuta. Riki pensó que, en realidad, lo decía porque no tenía dinero, pero quizá estaba equivocada y ese era el auténtico motivo. Se avergonzó al darse cuenta de que a lo mejor había subestimado los sentimientos de Teru y también de que envidiaba a su amiga porque hubiera alguien como Somuta en su vida.

Estaba convencida de que necesitaba experimentar placer antes de quedarse embarazada, pero eso no era del todo así. Lo que anhelaba realmente no era el placer en sí mismo, sino lo que lo precedía: sentirse enamorada.

—¿Estás llorando?

La pregunta de Daiki sorprendió a Riki.

—No.

Se apresuró a secarse el contorno de los ojos con los dedos y consiguió disimularlo.

—¿Estás bien? Puedes contármelo si quieres.

Riki sintió cómo las fuerzas la abandonaban de repente y se dejó caer delante del suelo enmoquetado del baño. Las lágrimas le recorrían las mejillas. Por primera vez era consciente de todo lo que suponía ser madre subrogada, de hasta qué punto se estaba forzando a sí misma. Y también le entristecía, le dolía de un modo insoportable, no haber podido asistir al funeral de su tía Yoshiko.

—Si te sirve de algo, puedes compartirlo conmigo.

—Me hubiera gustado enamorarme de alguien antes de lanzarme a algo así...

—¿Algo así? ¿Te refieres a esto? —preguntó Daiki señalando la carpeta transparente.

—No. A un trabajo...

—¿Qué tipo de trabajo?

—Prefiero no decírtelo. —Riki negó con la cabeza—. De hecho, no debería contártelo.

—De acuerdo. No tienes por qué hacerlo si no quieres.

Daiki le acarició la cabeza, como quien consuela a un niño. «Ya está, ya pasó», parecía decir con su gesto.

—Es una responsabilidad muy grande, pero ya me he comprometido. Estoy sin blanca y deseaba ese dinero con todas mis fuerzas. Si lo tuviera, podría mudarme de apartamento y hacer mil cosas. Estoy cansada de vivir en la miseria, mirando cada céntimo y preguntándome constantemente si conseguiré llegar a fin de mes.

—Te entiendo. A mí me pasa igual.

—Pero tú tienes un buen trabajo en una empresa, ¿no?

Riki alzó sus llorosos ojos hacia Daiki. Él esbozó una sonrisa melancólica.

—Qué va. Soy un comercial autónomo. No estoy contratado por ninguna compañía. Importo por cuenta propia, por eso no gano mucho.

Vaya. A Riki le hizo gracia y se le escapó una sonrisita.

—Además, soy de una pequeña isla perdida de Okinawa que no llega ni a los dos mil habitantes. No tiene instituto, solo escuela secundaria; por eso todos los que quieren seguir estudiando se van a la isla principal del archipiélago. Yo también fui allí a cursar el instituto y la universidad, pero me acosaban por ser de pueblo. Volví a la mía cuando me gradué y empecé a dar clases, pero, una vez que conoces la ciudad, la vida de campo parece aburrida. No me veía allí, así que opté por venir a Tokio.

—Vaya...

—¿A que sí? ¡Vaya! Yo también me metí en esto para poder ir tirando. Aunque me parece interesante porque me da pie a conocer a muchas mujeres distintas.

—Buscas una forma bonita de planteártelo, ¿no?

Riki se preguntó de dónde había sacado el valor para hacer un comentario tan malintencionado. Él no se lo tomó mal y simplemente se echó a reír con buen humor. Se notaba que estaba acostumbrado a tratar con niños en su anterior trabajo.

—No. La forma de ser de las mujeres siempre me ha gustado. Además, disfruto el sexo, así que creo haber encontrado mi vocación. Tú también deberías confiar en mí y dejarte llevar.

Su problema era otro. Nadie lo entendía. Riki, consciente de la profundidad de su soledad, suspiró.

—¡Menudo suspiro! Lo he oído.

—Ah, ¿sí?

—Sí, has soltado un gran «aaaah». ¿Tan desagradable te resulta estar conmigo? —preguntó Daiki en tono coqueto antes de imitarla de nuevo.

—¿Tan exagerado era? No me he dado cuenta...

Riki inclinó ligeramente la cabeza, dubitativa. La insistencia de Daiki empezaba a cansarla un poco. Entonces, él murmuró en dialecto de Okinawa con voz pausada:

—Ni tú misma sabes lo que te pasa, ¿verdad?

El repentino cambio de entonación parecía haber roto la máscara bajo la que se escondía, y Riki tuvo la impresión de ver por primera vez al auténtico Daiki. No pudo evitar mirar su rostro de cejas espesas y ojos grandes, características que, lejos de favorecerlo, acentuaban todavía más la delgadez de su cuerpo.

Le resultaba extraño estar a solas en la habitación de un hotel con un hombre al que apenas conocía. ¿Cómo había acabado allí? Estaba desorientada, como si hubiera perdido la noción del tiempo y del espacio.

Daiki percibió su agitación y le posó las manos sobre los hombros.

—Relájate. Si no, no podrás disfrutar.

Empezó a masajeárselos suavemente.

—Pero es que...

—Tú tranquila. No pasa nada. Siéntate y relájate.

Daiki metió las manos entre sus axilas y la ayudó a levantarse. La sentó en la cama y le quitó el cárdigan con habilidad. De repente, le tocó los generosos pechos por encima de la camiseta, intentando localizar con los dedos los pezones bajo la camisola con sujetador incorporado de Uniqlo que llevaba.

—Tienes unas tetas preciosas. A mí me gustan así, como las tuyas. Eres muy guapa, Puchitoma, de verdad. Eres una mujer estupenda.

De un tirón, le quitó la camiseta por la cabeza y Riki se quedó solo con la camisola. Al verla desconcertada, el chico le dijo amablemente:

—Si quieres darte un baño, puedo lavarte el cuerpo. No hay de qué avergonzarse, estoy acostumbrado. Al principio a todas os da un poco de pudor, es normal. Da un poco de miedo estar con un hombre al que no conoces y no saber qué hacer, ¿verdad?

El verdadero Daiki que había asomado durante unos instantes había vuelto a esconderse con prudencia.

—No, mejor no.

Riki se puso en pie y le apartó las manos. Lo tenía claro. Lo que ella quería no era el placer sexual que un hombre como él pudiera darle. Daiki se mostró tranquilo, parecía habituado a ese tipo de situaciones.

—Entonces... ¿hablamos?

—Eso no servirá de nada.

—Ah, ¿no?

Daiki exageró teatralmente su abatimiento, como si lo acabaran de dejar sin herramientas para su terapia.

—Lo siento, Daiki. No pretendía herirte.

En realidad, Riki estaba convencida de que algo así no podía hacerle daño.

—La verdad es que es un shock para mí. Al fin y al cabo, soy tu terapeuta. Eso es un duro golpe a la valoración de mi desempeño profesional.

«¿Desempeño?». Riki no conocía aquella palabra.

—¿De verdad tienes algún título?

—No tengo formación reglada —respondió Daiki, riendo con despreocupación.

Se dejó caer en el sofá, que estaba duro como una tabla de madera. Apuró la cerveza que le quedaba.

—Pero profesor de secundaria sí que fuiste, ¿no?

—Eso es verdad. Pero dejemos de hablar de mí. Hablemos de ti, Puchitoma. Si no quieres el servicio, ¿por qué te apuntaste a Marshmallow?

—No lo sé...

—¿No estás insatisfecha? ¿No deseas sentirte bien?

—Me apunté para eso, pero, cuando he llegado aquí, me he dado cuenta de que lo que necesito es otra cosa —respondió Riki con sinceridad.

—Me has dicho que querías enamorarte. ¿Es ese el problema?

—Pues... sí... —Riki se avergonzó de haber confesado lo que realmente pensaba y se apresuró a decir—: Antes de lanzarme a lo que debo hacer, debería haber una etapa anterior. Anhelaba que alguien me amase.

—¿Y yo no te sirvo? —bromeó Daiki, señalándose—. Me dicen a menudo que me parezco a Masahiro Higashide.

—Solo en las cejas.

—¡Qué dura eres conmigo! ¿Hubieras preferido a otro?

—No, hombre. Si te elegí a ti...

Aquella respuesta pareció satisfacer a Daiki, que asintió.

—Entonces, ¿por qué no me cuentas un poco más sobre ese trabajo que has aceptado? A lo mejor puedo proporcionarte asesoramiento.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que puedo aconsejarte —contestó Daiki, pensando que Riki no había comprendido el término «asesoramiento».

—Esa palabra la había entendido.

—Sí, lo suponía —replicó él mostrando sus blancos dientes en una sonrisa—. De verdad que me gustaría saberlo. Parece preocuparte muchísimo.

Riki era consciente de que ni la sociedad ni la legislación japonesas aceptaban la donación de óvulos y la gestación subrogada, por lo que imaginaba que era mejor no comentar el tema con nadie. Sin embargo, no pudo evitar decir:

—El trabajo consiste en tener un hijo para otras personas.

—¡Guau! ¡Qué pasada! —Daiki abrió mucho los ojos, parecía realmente impresionado.

—¿Verdad? Se ve que está prohibido, así que no se lo digas a nadie.

—¡Claro que no!

—Gracias. No tengo dinero y estoy agotada. Quiero un empleo mejor que el actual, pero eso en mi mundo no existe. Los trabajos temporales o los que son a tiempo parcial están muy mal pagados. Una amiga mía, además de trabajar en el mismo sitio que yo, dobla su jornada prostituyéndose en un club nocturno y ni aun así se gana bien la vida. A mí no me apetece estar con hombres que no conozco, no tengo ganas de hacer lo mismo que ella. Por eso he optado por

vender mi útero. Daré a luz al bebé de una pareja que no puede tener hijos... Pero todavía no lo he asumido del todo.

—Así que serás madre de alquiler. —Daiki, con interés, se inclinó hacia delante—. Aunque había oído hablar de ese trabajo, nunca había conocido de primera mano a nadie que se dedicara a ello. En principio, todas las mujeres están capacitadas para hacerlo, así que no me extrañaría que se generalizara en el futuro. Es un negocio emergente.

—Un negocio... —dijo Riki, recordando de nuevo las palabras de Yuko—. Pero ¿no es un poco injusto? Me da la sensación de que soy la única que sale perdiendo.

—¿Sí? Pero deben de pagarte un dineral, ¿no? ¿Crees que no te lo compensan suficientemente?

Ella negó con la cabeza.

—No, me pagan muy bien. Aunque hay algo que no me convence...

—Pues, entonces, no sigas adelante. Tan fácil como eso.

Daiki usaba el dialecto estándar, pero algo en la entonación hacía que sus frases sonaran forzadas.

—Tengo miedo de dar a luz... Y, además, puede haber complicaciones durante el embarazo.

—Claro.

—Pero, por otro lado, pienso que es una oportunidad para echar una mano a otras personas...

Daiki soltó una gran carcajada.

—Eso es lo que hago yo: consigo que mujeres sexualmente frustradas sean más felices. Pero es algo puntual. Lo mío sí se puede considerar «ayudar».

—Entonces, ¿no piensas que quedarse embarazada y dar a luz... sea ayudar?

—Es mucho más que eso.

—¿Y por eso no lo ves como una ayuda?

—No. Es mucho más. Es un negocio, ¿no crees?

—¿Un negocio? —replicó Riki confusa.

Desde que Yuko le había soltado su frase lapidaria: «Cuando pienso en un "negocio", imagino algo más equilibrado para las partes», Riki había decidido comenzar a verlo como una forma de altruismo. Sin embargo, Daiki acababa de echar por tierra aquella perspectiva.

—Pues llámalo «trato» o «compraventa» si la palabra no te convence.

—Podría denominarlo «compraventa»...

Sí, quizá aquel término encajara un poco más con lo que se traía entre manos. Aunque no acabara de ser el que lo definía.

—Has vuelto a suspirar —señaló Daiki—. Si realmente no quieres continuar, déjalo y ya está. Diles que no. Te disgusta hasta el punto de llorar por ello, ¿no?

Había dado en el clavo, pero la suma de diez millones de yenes era demasiado tentadora. Si aquella era la manera de conseguirla, que así fuera. Daiki observaba la cara pensativa de Riki.

—¿Cuánto te pagarán por parir a su hijo?

—Prefiero no decírtelo —indicó ella, negando con la cabeza.

Tampoco lo había compartido con Teru. Se quedaría atónita al saberlo y la envidiaría porque le hubieran suplicado que aceptara ser madre de alquiler.

—Si puedes gestionar todo lo que sientes, hazlo.

—Precisamente estoy dudando porque no me veo capaz.

Era la pescadilla que se mordía la cola. No se trataba del dinero. Por supuesto que lo haría si le dieran cien millones, pero también se prestaría por diez e incluso por cinco. Entonces, ¿por qué sentía

aquel descontento en su interior? No conseguía identificar la fuente de su malestar y ese era el motivo de su inquietud.

Daiki le dio unos toquecitos en el hombro.

—Oye, no te comas la cabeza. Ya ha pasado una hora y el reloj va corriendo. Báñate y te daré un masaje. Tranquila, que será uno normal, sin nada sexual, ¿vale? Así que relájate. Ponte esto cuando salgas de la bañera.

Le entregó una prenda de ropa interior de papel enrollada. Riki la cogió. Un masaje normal podía estar bien. Además, hacía tiempo que no tomaba un baño y le apetecía. Cuando estaba en su apartamento, normalmente se duchaba y solo se bañaba dos o tres veces por semana para ahorrar agua y gas.

Sumergió su cuerpo en la estrecha bañera y se abrazó las rodillas con los dos brazos. El agua se había enfriado ya un poco, pero cumplió con su cometido, y Riki sintió cómo aquella obstinación incómoda que la carcomía por dentro se iba diluyendo.

De pronto cayó en la cuenta de que, si le pagaba 16.000 yenes a Daiki y corría, además, con el coste del hotel, la suma total superaría los 20.000. Le quedarían menos de 30.000. Habría tenido dinero suficiente para volver a Hokkaido y asistir a la ceremonia budista en honor a la tía Yoshiko, la que se celebraría siete días después de su muerte, si no hubiera gastado parte de los 50.000 que le habían dado los Kusaoke. Lo había despilfarrado.

¿Qué demonios estoy haciendo? Con un fuerte estruendo, salió del agua, incapaz de quedarse quieta.

—Menudo alboroto. ¿Estás bien?

La voz de Daiki le llegó desde el otro lado de la puerta.

—Sí.

—Va, ven rápido. Llevas ya veinte minutos en la bañera.

Riki se puso las ásperas braguitas de papel y se envolvió con la toalla antes de salir. Daiki la esperaba con unos calzoncillos ajustados que recordaban a un bañador. Había extendido una de las finas toallas del hotel sobre la cama.

—Túmbate boca abajo.

Vertió sobre su espalda un líquido tibio y viscoso. No olía a cítricos, sino a ambientador de baño, pero Riki no comentó nada y se dejó hacer.

—¿Tienes alguna zona cargada? —le preguntó Daiki.

—El cuello y la espalda —respondió ella.

—¿Estás segura de que no quieres un masaje sensual?

—Eso lo dejaremos para la próxima vez.

Daiki pareció animarse al oírla.

—Entendido —replicó jovial.

No había exagerado, realmente se le daban muy bien los masajes. Sus palmas gruesas se movían con destreza, atrapando la carne poco musculosa de Riki y localizando contracturas. El cuello y la espalda se le fueron relajando. Resultaba muy agradable.

En algún momento debió de quedarse medio dormida, porque empezó a soñar. Trabajaba en un local de alterne con Teru. Por alguna razón, ambas llevaban braguitas de papel y charlaban animadamente. Entonces entró en el local Motoi Kusaoke, que señaló a Teru y dijo que la prefería a ella. Riki se sintió aliviada y celosa al mismo tiempo.

—Tenías la zona muy cargada. —Las palabras de Daiki la despertaron—. Se ha acabado el tiempo.

Riki se desperezó y alzó la mirada hacia él. Respiraba un poco agitado y en su frente brillaban pequeñas gotas de sudor.

—Oye..., ¿podrías acostarte conmigo?

¿A qué venía aquello? Ni siquiera ella misma lo sabía. El masaje le había resultado agradable, pero no la había excitado especialmente. Además, Daiki no le gustaba tanto como para desear que la penetrara. Puede que su racanería la estuviese llevando a pensar que aprovecharía más el dinero si obtenía el servicio completo. Su pregunta no era un arrebato desesperado; anhelaba hacer algo diferente, algo que la Riki que existía hasta ese momento no hubiera hecho. Sin tener muy claro por qué, se tumbó boca arriba en la cama de aquel hotel por horas y le extendió los brazos.

—Entonces, ¿ampliamos media hora?

—No. Una hora más, por favor.

—De acuerdo. No te preocupes, llevo condones.

Riki vio de reojo cómo Daiki se bajaba los pantalones y se estimulaba el miembro antes de volver a cerrar con fuerza los ojos.

Cuando él la penetró, la invadió una sensación extraña e intensa. Esta no era manera de honrar a su tía Yoshiko. Si la viera, seguro que la reprendería enfadada y le preguntaría qué hacía malgastando el tiempo de aquella forma, con el poco que le quedaba. Y tendría razón: ni ella misma habría pensado que acabaría acostándose con un hombre al que no amaba y al que casi no conocía; además, pagando. Es más, aunque se lo hubiera imaginado, no se habría creído capaz.

Y, sin embargo, se sentía muy satisfecha abrazando el cuerpo firme de Daiki, que se encontraba encima de ella.

—Oh, sí. Muy bien, Puchitoma. Muy muy bien... —dijo él mientras continuaba moviendo el cuerpo de manera rítmica hasta que, con un fuerte gemido, alcanzó el orgasmo.

Jadeante todavía, acarició con suavidad el pelo de Riki y le preguntó:

—¿Te has corrido?

Ella negó con fuerza con la cabeza. Por consideración a los hombres con los que había salido hasta ese momento, casi siempre mentía y respondía con un «sí». Con él, pensó, podía permitirse ser sincera; aunque era posible que a él no le afectara especialmente.

—La próxima vez seguro que lo consigo. Escógeme de nuevo, ¿vale? No, mejor, luego te doy mi Line y me avisas directamente, no a través de la aplicación. Te saldrá más barato. Me gustaría volver a verte y que pudiéramos hablar más. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Eres distinta a las demás, Puchitoma. La verdad es que no te pareces a nadie que haya conocido —dijo Daiki cuando, recién salido de la ducha y con el pelo mojado todavía, se ponía los calzoncillos negros.

—¿En qué soy distinta?

—No puedo definirlo... Me lo pensaré.

¿Se lo diría la próxima vez que se vieran? ¿Era eso lo que insinuaba? En realidad, no le importaría pagar por acostarse con alguien si ese fuera Daiki. Es más, veía el hecho de tener sexo con un prostituto de dudosa procedencia como una forma de vengarse de Motoi Kusaoke.

Sin duda, Motoi deseaba que la mujer que diera a luz a su vástago se comportara de una manera mucho más recatada. Riki, por su parte, tenía la impresión de que esa sería la vía para aprender a convivir con la «compraventa» que había acordado con él.

Cuando volvía a casa, de camino a la estación, le escribió un Line a Teru: «Daiki ha estado bastante bien». Su amiga respondió con un emoji bastante raro de un conejo que gritaba «¡yupi!». Minutos después la llamó. Riki había entrado en una tienda de conveniencia y salió para hablar con ella en voz baja.

—¿Te has corrido?

—No, pero sí que nos hemos acostado —susurró.

—¡Anda! ¡Así que habéis follado!

—Sí.

Había dejado que le metiera el miembro en la vagina. Y, antes de eso, los dedos. También le había hecho sexo oral. Daiki no le gustaba, pero tampoco le desagradaba. Ahora sabía que podía acostarse con alguien sin sentir amor. Siempre había pensado que el enamoramiento era un paso previo imprescindible, aunque quizá la opción contraria —es decir, primero sexo y luego enamoramiento— era posible.

—Teru, ¿tú crees que puede surgir algo del sexo?

—No. Como mucho, un hijo. Eso y escozor y dolor. Y ya —respondió ella sin entusiasmo.

—Pero con Somuta te acuestas, ¿no?

—Claro. Es mi novio.

—¿Y no te gusta?

—Pfff... Normal. Él lo intenta, pero...

—¿Y cuando estás con los clientes?

—Lo hago sin ganas. Me da un asco horrible cuando empiezan a sudar encima de mí. Me cae en las tetas y tengo el impulso de gritar que paren.

En comparación, Daiki es infinitamente mejor, pensó Riki.

Al día siguiente, nada más llegar al Hospital General de Kitamuki, envió un correo a la empresa de trabajo temporal para comunicarles que no renovaría el contrato y que quería dejar su puesto allí lo antes posible. Habían avisado enseguida a la clínica, por lo que esperaba que la llamaran de Recursos Humanos en cualquier momento. Mientras la ETT la sustituyera por una nueva

administrativa, no supondría problema alguno para ninguna de las dos empresas, así que el trámite debería desarrollarse sin contratiempos. Riki tuvo la impresión de que, una vez dado este paso, ya no había marcha atrás.

A la hora del almuerzo, como siempre, se dirigió a la sala de descanso para almorzar con Teru. Su comida consistía en unos fideos instantáneos y una bola de arroz que había comprado el día anterior en la tienda de conveniencia. Teru, en cambio, llevaba algo fuera de su menú habitual: un plato de comida de supermercado cuyo ingrediente principal era una hamburguesa de carne de pollo.

—Si vas después de las siete de la tarde, la comida preparada está a un sesenta por ciento de descuento. Siempre está agotada, pero ayer compré un plato de cerdo rebozado y este de hamburguesa. ¡Pagué menos de 500 yenes por los dos! El de cerdo me lo comí ya ayer —afirmó feliz mientras separaba sus palillos de usar y tirar.

La hamburguesa era pequeña, pero el plato también llevaba bolitas fritas de tofu, empanadillas al vapor y multitud de verduras. A Riki le pareció de lo más lujoso.

—Está muy bien.

—Te compraré uno el próximo día que haya.

—Vale. ¡Gracias! Aunque acabo de escribir un correo para comunicar que renuncio al trabajo, así que no creo que tarde mucho en dejar todo esto. Tú también te vas, ¿no?

Teru levantó la mirada.

—En realidad... creo que me lo pensaré mejor.

Ayer le había propuesto ir con ella a Hawái y hoy... ¿Qué la habría hecho cambiar de opinión?

—¿Es por Somuta?

—Sí. Se lo conté y me dijo que él está en contra de la donación de óvulos.

—¿Por qué?

—Somuta no ha conocido a su padre. Dice que le daría pena que un hijo mío tuviera que pasar por lo mismo y viviera sin saber quién es su verdadera madre.

—Ya...

—Así que voy a volver a Aichi y me mudaré con él. Si nos ponemos a trabajar los dos, podremos ir tirando.

La decepción de Riki fue enorme. En cierto modo, se había lanzado a ser madre subrogada porque Teru le había dicho que iba a donar óvulos.

—Pues yo había aceptado ser madre de alquiler porque creía que tú te harías donante... —confesó.

—Perdona. Esa era mi idea, pero Somuta me dijo eso y... Yo también estoy cansada de vivir en Tokio sin ahorrar nada. Estoy pensando en declararme insolvente y empezar de cero.

—Parece un lío tremendo. ¿Por qué no aguantas aquí un poco más?

Teru detuvo el movimiento de los palillos, que estaban desmenuzando la hamburguesa.

—Riki, tú no me contaste cuánto te van a pagar por ser vientre de alquiler. Supuse que no querías porque sería un buen pellizco. Por los óvulos te dan unos 500.000 yenes. Yo debo más de cuatro millones. No me alcanzaría para devolverlos, así que lo he pensado mejor y me he dado cuenta de que no me compensa.

Anda... Así que Teru le había estado dando vueltas al tema del dinero. Pese a que ella sintiera curiosidad, no podía decirle que había acordado con Motoi Kusaoke cobrar diez millones de yenes.

—Avisaré a Aonuma de que rechazo su oferta —dijo Teru seria.

—Vale.

—Lo siento —se disculpó con un hilo de voz. Riki se había quedado muy chafada y eso parecía haber despertado en ella una cierta compasión.

El teléfono sonó, le acababa de llegar un mensaje al móvil. Era Aonuma; parecía que las hubiera sentido. Le pedía que se pasara por la oficina el sábado por lo del contrato con los Kusaoke:

> Es solo un recordatorio de lo hablado, no hay nada de que preocuparse. Cuando lo firme, procederemos a pagarle un adelanto que deberá servirle para cuidar de su salud y de su entorno. Después fijaremos un día para la inseminación artificial. Gracias.

Iban a determinar el día de la inseminación. Se acercaba el momento en que el esperma de Motoi Kusaoke entraría en su útero.

—¿Quién te escribe? ¿Es Aonuma?

Qué perspicaz era Teru. Riki asintió y ella intentó animarla con un «¡si te esfuerzas, lo conseguirás!». Sin embargo, Riki no tenía ni idea de para qué ni de cómo debía hacerlo.

4

Yuko no conseguía avanzar con el proyecto según lo que había planeado, así que regresó a casa cuando ya eran las nueve de la noche. A Motoi le había dicho que volvería tarde y que fuera cenando. Él le había contestado por Line con un «vale», pero, cuando Yuko llegó, se encontró la mesa puesta y la comida aún intacta. También había dos copas de vino sin rastro de haber sido tocadas.

La vida de Motoi era muy ordenada. Se levantaba invariablemente a las seis de la mañana, realizaba unos estiramientos y tomaba un frugal desayuno: una pieza de fruta o ensalada y un café. Después, sin prisas, aprovechaba para pasear a Mathieu de camino al estudio. Daba clase por la noche dos veces por semana. Cuando no, paraba a comprar los ingredientes en el camino de vuelta y hacía la cena. Habían acordado que cenarían a las seis y media, y Yuko se esforzaba por estar siempre en casa a esa hora.

Los días que él trabajaba hasta tarde, era ella la que se encargaba de cocinar y esperaba a que volviera para comer juntos. A veces cenaban fuera los domingos, pero mayoritariamente lo hacían en casa a la misma hora, repitiendo un menú sin muchas florituras que solía variar poco. A ambos les gustaba esta rutina.

Aquella noche Yuko también encontró sobre la mesa un menú habitual de estilo italiano: verduras hervidas muy bien dispuestas en el plato con jamón, queso, kiwi... Todo aderezado con aceite de oliva y sal. Era muy adecuado para alguien que cuidaba su línea, como

Motoi. La comida era poco elaborada, pero cumplía con la función de saciar el apetito.

Sin embargo, aquel día Yuko se había quedado trabajando hasta tarde y tenía mucha hambre. Fue hacia la cocina y se puso a rebuscar en la nevera con la idea de preparar algo de pasta. Encontró gambas congeladas y queso, que combinarían bien con unos *penne*. Sabía que Motoi probablemente no tocaría el plato, así que se preguntó si valía la pena ponerse a cocinar solo para ella a aquellas horas de la noche. Mientras seguía con sus cavilaciones, escuchó una voz a su espalda que le dijo:

—¡Hola!

Motoi salía del dormitorio. Parecía que se hubiera dormido, porque tenía el pelo alborotado.

—Perdón por llegar tan tarde.

—No pasa nada. ¡Seguro que has trabajado mucho!

Motoi solía mostrarse muy comprensivo en esas situaciones.

—¿No has cenado todavía?

—No, me he dormido un rato.

—Qué raro a estas horas...

—Sí, bueno... ¡Mira este vídeo!

Motoi le pasó su móvil con expresión satisfecha. En la pantalla negra aparecía lo que parecía ser una lente redonda.

—¿Qué es?

—Tú mira.

Motoi le acercó la pantalla a los ojos y Yuko pudo ver cómo, dentro de la lente, se retorcía un enjambre de insectos diminutos.

—¿Qué es?

—Mi esperma.

Yuko no esperaba esa respuesta. Observó a Motoi, que sonreía con aire travieso.

—¿Cómo has conseguido este vídeo?

—Venden un kit con el que puedes ampliar la grabación y verlos. Lo compré por internet. Y también pedí un suplemento que supuestamente los vuelve más activos. No sabía si iba a funcionar porque no lo adquirí en una farmacia, pero me ha sorprendido; parece que cumple su función. Mis espermatozoides están llenos de energía, ¿no crees?

—Sí, se mueven mucho.

Al ver que estaba de acuerdo, Motoi sonrió con timidez.

—La verdad es que hasta me he emocionado al ver que todavía conservan la vitalidad a mis cuarenta y tres años. Como últimamente ya no buscábamos un embarazo, me preocupaba que no estuvieran bien. Por eso he comprado la prueba, para comprobarlo antes del día en que haga falta usarlos.

—No tenía ni idea de que existieran esos kits.

Yuko y Motoi habían formalizado apenas una semana antes el contrato de gestación subrogada con Riki. La idea había dejado de ser abstracta y quizá por eso se había sentido inquieto de repente. A Yuko verlo reproducir el vídeo una y otra vez, feliz, le provocaba sentimientos encontrados.

Para una mujer, intentar quedarse embarazada era muy duro. Cuando no lo lograron calculando sus periodos fértiles y pasaron a la inseminación artificial, pruebas como la histerosalpingografía o el dolor que experimentaba cuando introducían el catéter en el útero hacían que quisiera desistir. Forzar un tubo a través del cuello uterino le había causado un gran sufrimiento físico, pero el que peor llevaba era de otro tipo, uno mucho más profundo.

Que alguien le hubiera introducido el esperma de Motoi mientras adoptaba una postura tremendamente humillante le recordó a un programa de televisión que había visto sobre la inseminación del

ganado. La cruda realidad era que, en el fondo, el principio era el mismo para humanos y animales, y eso hizo que la invadiera una mezcla de tristeza y vergüenza.

Después de pasar por todo ese calvario sin resultados positivos, le diagnosticaron «abortos de repetición» y «envejecimiento ovárico». Yuko se quedó desolada al comprender que todos sus esfuerzos hasta el momento habían sido en vano, aunque también debía confesar que una parte de ella se sintió liberada: ya no tendría que pasar más por aquellas torturas. Ahora podían plantearse otras opciones, como la adopción o incluso vivir sin hijos, los dos solos. Pero, justo cuando ella empezaba a observar la situación desde esa perspectiva, Motoi dio un giro inesperado.

—Para los hombres, todo es más fácil.

Las palabras se le escaparon sin querer al recordar todo por lo que había pasado. Motoi, como era de esperar, se lo tomó muy a pecho.

—Eso no es verdad. Vosotras os pensáis que es correrse y ya está, pero también es vergonzoso para nosotros. Sentimos que están juzgando nuestra virilidad.

—Pero no os hacen daño ni pasáis la humillación de que os abran de piernas delante de todo el mundo.

—Eso es cierto. —El rostro de Motoi se ensombreció—. Aunque ya sabes lo que se dice en Japón: que los hombres pierden antes su capacidad sexual y que, en cambio, las mujeres pueden conservar el deseo hasta el final de sus días.

—¡Eso es mentira! —replicó Yuko, riendo con sorna.

—Me refiero a la capacidad de tener relaciones.

—Sí, podemos tenerlas, pero yo hablo de la reproducción. Hay hombres que han conseguido engendrar hijos incluso con setenta años. Para una mujer es imposible.

Revivió la desesperación que había sentido cuando le habían comunicado que los abortos recurrentes y el envejecimiento de los óvulos hacían el embarazo prácticamente imposible. Motoi debió de percibirlo, porque le dio unas palmaditas en la espalda.

—Bueno, dejemos ese tema. Ahora tenemos a Oishi.

—Sí, pero...

A Yuko no le gustaba que Motoi hablara como si todo estuviera ya decidido.

—Pero ¿qué?

—Que seremos nosotros quienes lo criemos, pero la que no podrá tenerlo seré yo. Podrías tener un poco más de consideración conmigo...

—Llevas razón. Perdona. He sido un insensible.

Él intentó abrazarla, aunque ella pensaba que todavía no la comprendía y se escabulló.

—¿Qué ocurre? —preguntó Motoi, encogiéndose de hombros.

—Nada. Vamos a cenar.

—Sí. ¡Me muero de hambre! He empezado a masturbarme antes y todavía no he comido.

Yuko lo miró a la cara y se le dibujó una sonrisa en el rostro. Era cierto que la búsqueda de un embarazo era algo dramático, doloroso y humillante, pero también tenía un punto de comicidad. ¿Acaso no se había reído alguna vez al imaginar a su marido en una habitación privada del hospital masturbándose mientras lo obligaban a ver vídeos pornográficos?

Al final Yuko hirvió los *penne* y completó el plato añadiendo las gambas congeladas y el queso que había encontrado antes en la

nevera. Motoi, que casi nunca tomaba carbohidratos, debía de estar realmente hambriento, porque se comió más de la mitad.

—Esta pasta está buenísima. Tienes mucha maña para cocinar, Yuko.

—¿SÍ? Gracias.

Motoi estaba de buen humor.

—El niño que nacerá tendrá solo la mitad de mis genes, pero la otra mitad ya veremos cómo sale; a ver qué tal se le da cocinar —dijo casi sin querer.

—Quién sabe. A lo mejor Oishi tiene mano...

—¿Tú crees? Dijo que era de un pueblito perdido de Hokkaido. Allí no deben de guisar más que salmones, huevas y el cocido típico de la zona. No creo que haya probado nunca un plato mínimamente refinado.

Al escuchar la palabra «hueva», a Yuko le vino a la cabeza la ilustración de la chica a la que le apretaban la barriga para que le salieran ovas de sus partes nobles.

—¡Qué cruel que eres! Esa mujer va a ser nuestra gestante. No digas cosas tan desagradables de ella.

—Perdona, era solo una broma.

Motoi parecía ligeramente ebrio. Yuko cambió de tema.

—Oishi es su apellido, pero se llama Riki, ¿verdad? Es un nombre de chico. Seguro que, cuando era pequeña, lo odiaba.

Motoi asintió mientras daba otro sorbo a su vino.

—Es un nombre poco común —añadió Yuko.

—Esa chica tiene complexión robusta y una apariencia saludable. Seguro que nos dará un hijo fuerte —dijo Motoi con tono complacido.

—A mí me sorprende mucho que haya aceptado nuestra propuesta.

En el contrato que habían firmado hacía unos días, se establecía que, en cuanto dejara su trabajo en el hospital, probarían primero con la inseminación artificial. La idea era empezar con ese tratamiento para evitar al máximo la tensión física y, si no funcionaba, pasar a la fecundación in vitro.

Le habían entregado dos millones como anticipo. Cuando se confirmara el embarazo, le pagarían tres millones más. El resto se lo darían después de que naciera la criatura. También habían acordado que, en cuanto se recuperara del parto, se marcharía lo antes posible. Nadie en el hospital, aparte del médico responsable que les había presentado Aonuma, sabía que se trataba de una gestación subrogada. Al resto del personal no se lo comunicarían bajo ninguna circunstancia. Además, se incluía en las cláusulas que quedarían a cargo de cualquier necesidad que le surgiera durante ese tiempo y que ella tendría la obligación de informar puntualmente ante cualquier variación en su situación personal.

—Le estoy agradecido a Oishi... Aunque mi madre se sorprendió mucho al saber que, además de pagarle a Planté, le daríamos diez millones de yenes a la gestante.

—¿No le pareció bien?

A Yuko no le extrañaba, viniendo de ella. Siempre criticándolo todo...

—Me preguntó si no podíamos encontrar a una que lo hiciera más barato, pero a mí me ha gustado Riki. Vale, es un vientre de alquiler, pero no querría encargárselo a una mujer desconocida en el extranjero.

—Me parece muy poco respetuoso llamarla «vientre de alquiler».

—Perdona, me ha salido así.

Motoi parecía algo avergonzado tras el reproche de Yuko, aunque en el fondo era exactamente así como lo percibía. Prefería que fuera

Riki, que parecía sana y sabían de dónde venía, quien gestara a su bebé antes de que lo tuviera una mujer a la que no conocía y vete tú a saber de qué país.

—Ah, por cierto —continuó—. Dice mi madre que Oishi podría mudarse con ella al estudio. Tiene habitaciones libres y así podría cuidarla durante el embarazo. Quería proponértelo porque creo que es buena idea.

Yuko no pudo evitar preguntarle:

—¿Y crees que ella aceptará? Las jóvenes de hoy no son como las de antes.

—No lo sé... No pagaría alquiler, mi madre le prepararía la comida y no tendría que hacer nada. Sería muy cómodo para ella...

Motoi era muy optimista. Yuko no creía que Riki fuera a decir que sí. Todavía albergaba dudas sobre ser madre subrogada y había firmado el contrato sin mucho convencimiento. Su situación actual debía de ser realmente difícil. Yuko notó un nudo en el pecho al evocar la mirada sombría de Riki observándola a través del espejo del baño del restaurante.

«Cuando pienso en un "negocio", imagino algo más equilibrado para las partes», había dicho en aquel momento sin pensárselo mucho. La expresión de Riki había cambiado al oír aquellas palabras. Parecía sobresaltada, como si hubiera verbalizado exactamente lo que ella sentía.

—Las chicas de hoy en día quieren vivir con más libertad.

—Ya, pero, cuando se quede embarazada, llevará a mi hijo dentro. Tendrá que hacer caso a lo que le digamos. Y también vigilar con quién va.

La actitud de Motoi destilaba una ligera arrogancia de la que no parecía ser consciente y que nacía quizá de la tranquilidad que le

infundía saber que la movilidad de sus espermatozoides continuaba intacta.

—Suenas muy prepotente.

—Puede. Pero le pagamos un pastón.

—¿Y eso te da derecho a robarle la libertad?

—No vamos a quitársela. Simplemente queremos proporcionarle tranquilidad y seguridad, como si fuera de la familia.

La tranquilidad y la seguridad solo tenían sentido si Riki las percibía de esa manera. Sonaba muy arrogante eso de que querían «proporcionárselas». Yuko guardó silencio, aunque en su fuero interno brotó una corriente de dudas e incomodidad.

—¿Cómo crees que reaccionará el niño cuando sepa que yo no soy su madre biológica? —susurró.

Aquel leve murmullo llegó a los oídos de Motoi, quien respondió:

—Yo creo que algún día habrá que decirle la verdad. Es lo lógico. En el extranjero, se les suele contar que son adoptados cuando son muy pequeños.

—Ya, pero no estamos en el extranjero. Y, estrictamente hablando, esto no es una adopción —replicó Yuko.

Sería hijo de Motoi, no suyo. ¿Qué pensaría de ella? Cuando supiera la verdad, ¿no querría ir en busca de Riki, su madre biológica? Tenía la sensación de que, aunque lo criara como a su propio hijo, podía darle la espalda en cualquier momento. ¿Nacía aquella idea de su propia inseguridad?

Tal vez era inútil compartir con Motoi todas esas preocupaciones y temores. Las sensibilidades de los hombres y las mujeres discurrían en paralelo y nunca llegaban a cruzarse. Aun así, aunque no llegaran a entenderse del todo, seguían siendo un matrimonio...

Yuko dejó su copa de vino a un lado y cubrió sus mejillas enrojecidas por la discusión con las dos manos.

Unos días después recibió por Line un mensaje de Ririko Terao, con quien hacía bastante tiempo que no hablaba, y decidieron ir a comer. El lugar lo escogió su amiga: un restaurante de Kanda especializado en cocina del noreste de China.

El local, situado bajo las vías del tren, desprendía un aire tan de taberna popular que casi daba reparo cruzar la puerta. Yuko, que había llegado temprano, subió al primer piso por unas escaleras que crujían bajo sus pasos. La planta superior ya estaba abarrotada de hombres con aspecto de oficinistas, todos hablando a gritos. El ruido era ensordecedor.

Mientras se preguntaba con cierta inquietud cómo pasaría el tiempo hasta que llegara Ririko, vio a su amiga sentada en un rincón, saludándola con la mano sin esbozar la más mínima sonrisa.

Vestía de negro, como siempre: camiseta negra de manga larga, falda negra y calcetines negros. En la cabeza llevaba una boina de un intenso azul. Yuko recordó que, la última vez que se vieron, llevaba una roja. Teniendo en cuenta que no se había maquillado apenas y que su expresión era más bien sombría y malhumorada, aquella boina destacaba de lejos como lo más bello del conjunto.

—Vas muy artística hoy, Ririko.

—¿Empezamos pidiendo una cerveza?

—¿Ni un saludo siquiera?

Yuko sonrió con resignación y se sentó a su lado.

—También voy a pedir brochetas de cordero, cordero salteado con comino, empanadillas de cordero y ensalada de tofu seco. ¿Te parece bien?

Solo después de examinar el menú y decidir qué iban a comer sin consultarle, Ririko levantó la vista hacia ella.

—¿Te gusta el cordero, Yuko?

—Sí, pero te has pasado con los platos, ¿no?

—¿Tú crees? No es tanto. Seguro que nos lo comemos todo.

Tras hacer el pedido, Ririko apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante mientras recorría el local con la mirada. Yuko la imitó. Las exaltadas voces de los hombres ebrios resonaban de forma estridente. Uno de mediana edad observó a Ririko con curiosidad, pero no tardó en apartar la vista al ver su expresión seria y sus cejas sin maquillar.

Llegaron las jarras de cerveza. Tras un sorbo, Ririko dejó la suya sobre la mesa y preguntó:

—Oye, ¿cómo va el tema?

—¿Qué tema?

—Aquello. Lo que hablamos.

—¿Lo de dibujarnos follando?

—No, mujer. Eso era una broma. —Ririko sonrió ligeramente y susurró—: Lo del bebé.

—¡Ah, eso! Ya hemos encontrado a alguien para la gestación subrogada. Tiene veintinueve años.

—Vaya, qué sorpresa. ¿Y cómo es?

—Es una chica de Hokkaido que trabaja como recepcionista. ¿Conoces el Hospital General de Kitamuki? Pues allí.

Yuko pensó que, como sus padres administraban un hospital, Ririko sabría algo del tema, pero su amiga negó con la cabeza y no mostró el menor interés.

—Ni idea.

—¿No? Bueno, da igual. El caso es que trabaja allí y será ella la que tenga al niño en mi lugar. Es un secreto, ¿vale? Eres la única a la que se lo voy a contar, así que no se lo digas a nadie. Sería muy cruel que el niño se enterara por terceros.

Mientras pronunciaba estas palabras, se dio cuenta de hasta qué punto estaba ya harta de preocuparse por cuestiones de un futuro tan lejano. Ririko, captando quizá lo absurdo de la situación, esbozó una sonrisa amarga.

—No voy a decir nada, tranquila. ¿Qué tipo de persona es?

—Motoi dice que se parece un poco a mí, aunque yo no lo veo. Creo que es más introvertida que yo y también que está pasando por un mal momento. Eso sí, tiene un buen físico. Y necesita el dinero cuanto antes. Ha dicho que sí, pero me parece que no está del todo convencida. Aun así, firmó el contrato.

—¿Y cuánto vais a pagarle? —preguntó Ririko mientras hundía los palillos en la ensalada de tofu.

En vez de responder, Yuko mostró los dedos de las manos.

—¡Diez millones! Está muy bien.

—Lo propuso ella misma, así que no nos quedó más remedio que aceptarlo. O eso me dijo Moto. Aunque, si pienso que tiene que dejar que le introduzcan el esperma de un desconocido, quedarse embarazada y arriesgar su vida dando a luz, no me parece tanto.

—Lo llevas muy bien, Yuko —dijo Ririko estudiando su expresión de perfil.

—Es que lo va a pagar la madre de Moto.

—Por un nieto, lo que haga falta, ¿eh? Pero, entonces, tú quedas fuera del asunto.

—Exacto.

«Quedarse fuera del asunto» era la expresión adecuada para describir su situación. Desde que habían decidido recurrir a una madre subrogada, a Yuko le daba la sensación de que el vínculo entre madre e hijo se había vuelto más fuerte. O quizá simplemente la fuerza de atracción que ella ejercía sobre Motoi se había debilitado.

—Y encima —prosiguió Yuko—, cuando la chica se quede embarazada, quieren que se mude al estudio.

—¿A casa de la madre de Tontoi?

—Sí.

—Menuda forma de tenerla controlada... —susurró Ririko antes de atacar una brocheta de cordero recién servida. Arrancó un trozo de carne sin apartar sus ojos brillantes de Yuko—. Eso significa que tú estarás cada vez menos involucrada.

—Sí... Siento como si no tuviera dónde agarrarme.

—Y seguro que, cuando nazca el bebé, se desharán de la chica como si nada, y madre e hijo estarán todavía más unidos. Como ya tendrán heredero para el estudio de ballet Kusaoke...

—Sí, supongo que van por ahí los tiros...

Yuko cogió un trozo de carne salteada con comino del plato.

—Voy a pedir un cóctel con whisky, un *highball*. ¿Te pido uno?

—Sí.

Ririko estaba dando en el clavo, poniendo en palabras todos aquellos temas que le preocupaban.

—Moto se compró un kit para ver cómo se movían sus espermatozoides y ahora los observa cada día con una lupa.

—¡Ah! La conozco. Es un gran invento —dijo Ririko, inclinándose de pronto hacia delante, interesada—. ¿Tienes el vídeo?

—¡No! Moto me lo enseñó el otro día, pero no lo tengo.

—Vaya, ¡qué lástima!

Parecía sinceramente decepcionada. ¿Querría usarlo para alguna de sus obras?

—El kit ese se vende por internet, podrías buscar a alguien que se haga otro.

—Imposible... No puedo pedírselo a nadie. Mi tío ya es muy mayor, seguro que ni siquiera puede eyacular. ¡Pero me encantaría

ver ese vídeo! Debe de ser divertidísimo.

Ririko sacó su móvil y empezó a buscar.

—¡Ah! ¡Aquí hay!

En YouTube encontró un montón de grabaciones de espermatozoides. Empezó a verlas una tras otra con gran atención.

—Los espermatozoides se pueden ver con facilidad, pero con los óvulos es mucho más complicado. Mucho más aburrido —le dijo a Yuko sin levantar la vista de la pantalla.

—Ya... Bueno, los míos sí que no pueden verse...

Lo decía sin autocompasión, simplemente como un hecho.

—Bueno, tampoco van a ver los míos... —Ririko se echó a reír—. Pero no estoy triste. Tengo claro que no voy a acostarme con nadie en toda mi vida.

—No es que yo esté triste, pero me da la sensación de que Moto me ha dejado de lado. Es como si me estuviera quedando descolgada. Aunque también es verdad que, como sé que no puedo quedarme embarazada, me apetece volver a disfrutar del sexo sin preocupaciones.

Ririko sonrió con picardía.

—Eso está genial. Pues adelante.

—Últimamente Moto no tiene muchas ganas...

—¿No? Pues usa juguetes sexuales. Yo siempre los utilizo. Los que succionan el clítoris están muy bien.

Hablaba con una franqueza absoluta. Como se dedicaba a dibujar únicamente *shunga*, costaba creer que fuera virgen. Sin embargo, ahora Yuko se daba cuenta de que lo que le disgustaba no era el sexo en sí, sino con hombres, y que sabía a la perfección cómo obtener placer. Sintió que era la única que se estaba quedando atrás.

El hecho de que Ririko repitiera en voz alta las palabras «sexo» y «clítoris» despertó la curiosidad de los clientes a su alrededor. Cada vez que hablaba, el local entero, que hasta hacía un minuto estaba sumido en un ruido ensordecedor, se quedaba en silencio, expectante, como si todos aguzaran el oído.

—La mentalidad de los hombres es pobre y egocéntrica. Creen que, si meten un dildo en la vagina de una mujer y realizan el movimiento de un pistón, se va a morir de placer; pero así no se llega ni de lejos. En cambio, los succionadores de clítoris son increíbles, auténticas proezas tecnológicas. Me siento realmente afortunada de vivir en esta época.

En cuanto Ririko terminó su apasionado discurso, un hombre de mediana edad que estaba sentado detrás de ella apoyó la mano en el respaldo de la silla y se giró para verle la cara. Ella no se dio cuenta y apuró de un trago su *highball*.

Los ojos del hombre se cruzaron con los de Yuko. En lugar de apartar la vista avergonzado, la recorrió descaradamente de arriba abajo. Debía de estar escandalizado porque aquellas mujeres hablaran sin tapujos de esos temas en un restaurante. Yuko esquivó su mirada y reprendió a su amiga:

—Habla más bajo. ¡Qué bochorno!

—¿Por qué? ¿Qué tiene de vergonzoso? —replicó ella en voz alta.

Ririko tenía un punto malvado. A veces parecía disfrutar burlándose de la timidez de Yuko. En otras ocasiones se mofaba de ella por verse arrastrada a realizar encargos de índole comercial.

Sus padres eran propietarios de un gran hospital, de modo que no le faltaría nunca qué llevarse a la boca aunque no diera palo al agua. Yuko pensaba que quizá por eso podía permitirse conservar intacto su orgullo de artista y dedicarse a pintar aquellos provocadores *shunga*.

—Hay personas a las que les resulta insoportable escuchar ese tipo de cosas. Te pueden denunciar por acoso sexual.

—¡Anda ya! No me agobies. Además, aquí los viejos están encantados con esta conversación. ¿Qué acoso ni qué nada?

Ririko soltó una risita burlona y miró desafiante a su alrededor. Los hombres, al percibir su hostilidad, apartaron apresuradamente la vista.

—Basta ya. Te están oyendo. —Yuko, nerviosa, intentó contener el descontrol de su amiga.

—¿Desde cuándo eres tan muermo, Yuko? ¿Desde que te casaste? —respondió su amiga indignada.

Ririko alargó la mano para coger el tabaco. En ese local permitían fumar, algo raro para los tiempos que corrían. Tal vez ese era el motivo por el que lo había elegido. Muchos de los clientes fumaban también con total normalidad, inundando el local de una considerable humareda.

—¿Soy aburrida? —preguntó Yuko genuinamente molesta. Dejó los palillos en el plato y se cruzó de brazos.

—Sí. Te has vuelto conservadora.

Ririko encendió el cigarrillo y exhaló el humo.

—Ah, ¿sí? Pues ahora me toca a mí preguntar. ¿Desde cuándo eres tú tan provocadora? Haces cosas de mal gusto a propósito para darte ínfulas de artista, como dibujos de penes y todas esas cosas...

Ups, se le había escapado. Incluso ella se sorprendió de haberlo soltado en voz alta. Por muy íntimas que fueran, algunas cosas no debían decirse nunca.

—¿Qué tiene de malo que una artista actúe como tal? —preguntó Ririko con una sonrisa casi imperceptible en los labios.

—Supongo que nada. —Yuko se encogió de hombros y se disculpó —. Perdón... No sé, hoy es un día raro.

—¿En qué sentido?

—No, lo que quiero decir es que estoy rara.

Hoy no estaban en la misma sintonía.

—Sé que es meterme donde no me llaman, pero, ya que nos estamos sincerando, te diré que estoy en contra de que tu marido y tú recurráis a una madre subrogada. Sé que no quieres oírlo, pero no puedo estar de acuerdo con vuestra decisión.

Otra vez el mismo tema. Aunque Yuko ya suponía que Ririko no estaría a favor, no deseaba escuchar cuáles eran sus motivos.

—¿Por qué no?

—Porque es explotación uterina, aprovecharse de la vida de una mujer.

—Pero ella ha dado su consentimiento.

—Ha aceptado porque no tiene dinero. No tiene nada más que vender, así que ofrece sus óvulos y su útero. Es explotación pura y dura. Esa mujer jamás daría a luz al hijo de otros si no fuera por la compensación económica.

Yuko ya lo sabía. No hacía falta que nadie se lo explicara. En su interior, albergaba las mismas dudas que Ririko. Pero ¿tan reprochable era que ellos, como cualquier otro matrimonio, desearan un hijo?

Una pareja de hombres no podía tener descendencia sin ayuda femenina. ¿Consideraría también Ririko que, si una mujer colaboraba con ellos para que pudieran formar una familia, estaría siendo explotada?

—Entonces, según tú, las parejas de hombres tampoco deberían tener hijos porque carecen de útero, ¿no?

—No. En principio no.

—Pero aun así...

Las tecnologías reproductivas evolucionaban a un ritmo vertiginoso. En el Reino Unido, una pareja de mujeres había logrado crear un embrión usando el esperma de un donante y el óvulo de una de ellas. Después lo habían implantado en el útero de la otra para que ambas pudieran sentir que era su hijo. Quizá lo único que no podía seguir el ritmo de estos avances fueran las leyes y las emociones humanas.

—Aun así, ¿qué?

Ririko exigió la continuación de aquella frase a medio acabar.

—Tú aborreces el sexo. ¿No será por eso por lo que rechazas la idea de tener hijos y la reproducción en general?

—Exacto —respondió Ririko sin medias tintas—. Odio a los hombres. Por eso creo que cada persona debería vivir solo y exclusivamente para sí misma.

—¿Eres LGT?

—Si vas a utilizar esa palabra, úsala bien. Es LGTBIQ+. Creo que soy asexual. Ya te lo he dicho: no siento atracción por nadie.

—¿Asexual?

—Sí. No tengo interés sexual o romántico ni por hombres ni por mujeres.

Yuko no conocía el término, pero lo entendió perfectamente con la explicación. La actitud distante de Ririko respecto al amor y al sexo siempre le había parecido muy distinta a la suya.

—Comprendo. Puede que seáis minoría, sí, pero eso no te da derecho a criticar a los demás. Deberías dejar de hacerlo, ¿no? Cada persona es un mundo.

—Critico precisamente porque soy parte de una minoría. Se me puede considerar una auténtica disidente, una «antifamilia» fuera del sistema. Si las personas como yo no cuestionamos las normas

sociales, la gente como tú, Yuko, acabará arrastrada de modo inevitable a hacer lo que más les convenga a los hombres.

Ririko cree que me estoy dejando llevar por lo que les conviene a los hombres, pensó Yuko dolida. Era cierto que ahora se sentía así con respecto a Motoi, pero, cuando estaba sometiéndose a los tratamientos de fertilidad, se había prometido a sí misma que algún día, costara lo que costara, tendría un hijo propio. De hecho, había logrado resistir aquel doloroso proceso gracias a esa determinación. En aquel entonces, creía que era ella quien llevaba las riendas.

—Me he pasado un poco, perdona... —Ririko bajó la mirada, sinceramente arrepentida—. Pero no hace tanto me dijiste que seríais una pareja sin hijos y, de la noche a la mañana, me vienes con que vais a pedirle a una chica que tenga un niño por vosotros. Eso lo decidió Tontoi de manera unilateral, ¿verdad?

—Lo cierto... es que sí.

—Y no conseguiste convencerlo de lo contrario, ¿no?

Yuko no pudo responder. Le daba la sensación de que había perdido de antemano ante la obsesión de Motoi incluso antes de haber podido exponer su opinión al respecto. En el fondo, ella tampoco había dejado de soñar con lo feliz que sería su vida si tuvieran descendencia. Lo que la angustiaba era que, como no podía participar en la creación de ese niño, no lograba imaginar qué clase de futuro le esperaba a partir de entonces. Albergaba sentimientos encontrados por Riki, la chica que había aceptado ser madre subrogada. Sin embargo, no creía que el asunto fuera tan simple como para indignarse de la manera en que lo hacía su amiga.

Mientras todas estas ideas cruzaban por la mente de Yuko, Ririko apoyó la mejilla en la mano y observó las fotos de la carta colgada en la pared del local: cerdo asado de la casa, set de *hot pot* asiática,

panceta de cerdo con col china encurtida, arroz frito picante con pimienta japonesa.

—Si lo hacéis por eso del linaje familiar, que sepáis que es muy carca. Parece del periodo Edo.

—No, no es por continuar con el linaje. Él dice que lo que quiere es una versión mejorada de sus propios genes, un *upgrade* —dijo Yuko, sonriendo al recordarlo.

—¡Ni que estuviera hablando del programa de puntos de una aerolínea! A mí su motivación me parece el colmo del egoísmo. —Ririko se mostró exageradamente escandalizada.

—Yo me quedé un poco a cuadros cuando me lo dijo, la verdad.

—¿Ves? ¿Cómo puedes vivir con un hombre así?

Volvía a hablar con tono desafiante.

—A ti eso no te incumbe. Me gusta Moto como hombre. Y me refiero en sentido sexual.

—Pues dilo claro: te gusta su falo.

Ririko le lanzó una mirada escrutadora y apuró su *highball*.

—¿Falo? Eres la única que lo llama así. A mí me suena a nombre de verdura —dijo Yuko, riéndose sin poder evitarlo.

Seguro que Motoi no imaginaba ni en sueños que su mujer tenía este tipo de conversaciones con su amiga.

—Lo que me interesa saber es si quisiste acostarte con él y por eso empezaste a sentir algo por él o si te enamoraste primero y luego surgió el deseo. Porque, si lo que te atrajo fue su desempeño en la cama, entonces, aunque no te gustara especialmente, podría valerte cualquiera mientras funcione en el plano sexual, ¿no? ¿Tú qué opinas?

Yuko se quedó desconcertada. ¿Qué necesidad había de abordar cuestiones tan íntimas en un lugar donde cualquiera que prestara un poco de atención podía enterarse? No iba a dejarse arrastrar por la

actitud provocadora de Ririko y por eso no respondió de inmediato. Sin embargo, tampoco era una pregunta tan incómoda como para no querer contestarla.

Mientras reflexionaba al respecto, escuchó una voz que llegaba desde un lugar inesperado.

—Disculpen, ¿puedo comentarles algo? —inquirió el hombre que se sentaba detrás de Ririko.

Era el mismo que se había girado hacía un rato, el tipo de mediana edad que antes se había quedado mirando con fijeza a Yuko. A juzgar por el poco cabello que le quedaba, debía de rondar los cuarenta y muchos. Llevaba una camisa blanca y tenía la cara roja de tanto beber.

Lo acompañaban cuatro hombres más. El joven que se sentaba a su lado intentó detenerlo, pero él se zafó y cambió ruidosamente la posición de la silla, girándola hacia la mesa de Yuko y Ririko.

—Sí, ¿qué pasa? —respondió Ririko volviéndose hacia él y acortando la distancia que los separaba.

Al ver su rostro tan cerca, el hombre pareció intimidado de repente.

—Siento interrumpirlas —dijo disculpándose con formalidad—. Verán, llevo un rato oyendo su conversación y me parece realmente interesante. Me he quedado escuchándola sin querer... ¿Les importaría que me uniera a ella solo un segundo?

Sus compañeros de mesa intentaban detenerlo —«Jefe, déjelo ya»— mientras se disculpaban con Yuko y Ririko inclinando la cabeza: «perdonen...», «está borracho...».

—No se preocupen, adelante —dijo Ririko sonriendo con malicia.

La irrupción del desconocido parecía divertirla. El hombre de mediana edad se animó al ver su actitud relajada y dijo con entusiasmo:

—El tema de su conversación me ha parecido interesantísimo, realmente instructivo, de verdad. Si no es indiscreción, ¿podría preguntarles a qué se dedican?

—Claro. Yo soy pintora de estilo japonés.

—Y yo, ilustradora —respondió Yuko, arrastrada por los acontecimientos a contestar con sinceridad.

Parecía evidente que Ririko estaba emocionada ante la idea de enzarzarse en un debate y eso le preocupaba.

Eran las únicas mujeres del local y el hecho de que un borracho se hubiera puesto a hablar con ellas había despertado la curiosidad del resto de los grupos de oficinistas, que observaban con evidente interés.

—¿Así que pintora de estilo japonés? Se nota que tiene usted algo especial... ¿Será el aura? —preguntó el hombre de mediana edad algo intimidado.

—En realidad, aunque me presente con ese título, hago solo este tipo de obras —dijo Ririko, levantándose para entregarle su tarjeta de visita. En ella especificaba que era «artista de *shunga*» y había una ilustración suya impresa con colores intensos, en la que un hombre y una mujer tenían sexo sobre una alfombra roja, con unas muñecas de Hinamatsuri[1] al fondo. Probablemente representaba una escena de adulterio de una madre que tenía una hija pequeña. Las partes nobles estaban cubiertas por un círculo dorado. Aquella obra la había comprado una mujer que había quedado prendada de ella al pasar por casualidad por la galería en la que Ririko exponía; como tenía un trabajo temporal, había pedido un préstamo de 150.000 yenes para poder pagarla.

—Es la primera vez que veo una tarjeta de visita tan espectacular.

El hombre estaba muy impresionado y se la enseñó a sus compañeros. Ellos se la pasaron de mano en mano y quedaron

boquiabiertos.

—¿Me puede dar una a mí también?

Uno de ellos se había levantado y los otros lo siguieron, ofreciendo sus propias tarjetas. Trabajaban en una gran imprenta con sede en Kanda. Ririko, inusualmente cordial, empezó a repartir las suyas. A Yuko no le quedó más remedio que imitarla. Quiso ser optimista y pensar que, con un poco de suerte, quizá le podía salir algún encargo de aquel encuentro.

—Esta tarjeta debe de haberle costado un dineral. El papel es bueno y los colores están muy conseguidos —dijo impresionado el hombre que se había dirigido inicialmente a ellas.

Se apellidaba Mitsumori, algo poco común. Lo había repetido más de una vez: «Soy Mitsumori». Sus compañeros lo llamaban «jefe».

—Sí, creo que pagué casi 100 yenes por cada una —dijo Ririko, ladeando la cabeza e intentando recordar. No solía escatimar en gastos, así que seguramente fuera cierto.

—Pues nosotros podemos imprimírselas más baratas. Déjeme prepararle un presupuesto —dijo Mitsumori con picardía, provocando una carcajada general.

—De acuerdo. Cuando se me acaben, contaré con usted, jefe —respondió Ririko convencida.

Su amiga parecía moverse con soltura en esas situaciones. Que montones de desconocidos se le acercaran en sus exposiciones, atraídos por la palabra *«shunga»*, probablemente la había curtido.

—Por supuesto. A su servicio.

Era obvio que los hombres estaban fascinados ante el hecho de que Ririko fuera una artista de *shunga*.

—Y, cuando pinta, ¿lo hace con modelos al natural? —preguntó uno de ellos, rozando lo inapropiado.

Mitsumori lo fulminó con la mirada.

—Lo lamento, no tiene por qué contestar —intervino.

—No, no pasa nada. Me lo preguntan a menudo. Para los genitales masculinos, me inspiro en los falos que aparecen en el *shunga* de los grabados del periodo Edo, entre los siglos XVII y XIX. Suelen ser muy exagerados y por eso me parecen divertidos.

En boca de Ririko, la palabra «falo» sonaba natural, sin rastro de vulgaridad. Se notaba que estaba acostumbrada a responder a los visitantes curiosos que acudían a sus exposiciones.

—Entonces, ¿no los dibuja en vivo? —preguntó otro, serio.

—No, claro que no. Y, aunque quisiera tener modelos, nadie se prestaría.

La contestación de Ririko provocó una carcajada general.

—Normal, ¿no? —dijo otro.

—Bueno, seguro que habrá quien esté dispuesto a enseñar lo suyo —añadió otro.

—Ahí está la cuestión. Para mí, el sexo es algo extremadamente personal. Cambia de una persona a otra, tiene un punto cómico. Quiero plasmar en mis obras esa mezcla de desesperación, ridiculez y comicidad.

Entonces, un hombre de aspecto quisquilloso, sentado al fondo y de una edad similar a la de Mitsumori, dijo:

—Antiguamente, ese tipo de dibujos, que también se llamaban *makura-e*, se les daban a las chicas cuando se casaban, ¿no es así? Eran manuales sexuales en una época en la que no había formación de ese tipo. ¿Qué sentido tiene hacerlos hoy en día? ¿Cuál es su propósito? ¿Y su visión?

Ririko rio divertida.

—Los dibujo porque me gustan las formas de los penes.

Aquella respuesta tan franca provocó un murmullo general.

—¿Le gustan? —preguntó Mitsumori.

—Sí. Me parece fascinante cómo cambian.

—Pero antes, señora Terao, me ha parecido oír que decía que le desagradaban los hombres. ¿Odia a los hombres, pero le gustan los genitales masculinos? ¿No es algo contradictorio?

—Puede. No me enamoro de ellos, pero amo sus falos.

Se oyó un «vaya...» susurrado entre los asistentes.

—¿Y sus ilustraciones giran en torno al mismo tema, señora Kusaoke? —preguntó el joven con gafas de montura negra que había reprendido e intentado frenar a Mitsumori antes de su primera intervención.

—No, yo soy bastante convencional. Recibo un encargo, realizo la ilustración y la entrego —respondió Yuko con modestia.

—Hace cubiertas de libros y también dibuja para revistas. Seguro que han visto alguna obra suya. Está muy solicitada.

—Anda... —dijo uno de ellos, mirando la tarjeta.

Eran hombres de negocios. Seguro que después alguno buscaría su nombre en el anuario de ilustradores.

—Señora Terao, usted ha dicho antes que no le gustaban los hombres. A mí me gustan las mujeres y el sexo con ellas. ¿Qué tiene eso de malo? —inquirió Mitsumori, mirando alternativamente a Yuko y a Ririko.

Era una pregunta trivial, con la clara intención de animar la conversación.

—Nada. Haga lo que quiera —respondió Ririko.

Yuko soltó un suspiro y Mitsumori se disculpó.

—Lo lamento, ha sido una estupidez.

—Jefe, esas preguntas son inapropiadas —le gritó uno de sus subordinados mientras Mitsumori sonreía sin motivo aparente.

El joven de las gafas de montura negra intervino con timidez.

—Antes he oído que usted mencionaba la palabra «asexual». ¿Es así?

—Sí, lo he hecho.

—La verdad es que creo que yo también lo soy. En la empresa todos me conocen por ser virgen.

Sus compañeros estallaron en carcajadas. Ririko, en cambio, asintió sin sonreír.

—Ya somos dos.

—¿Sí? —preguntó el joven de gafas complacido—. El jefe ha dicho que le gustan las mujeres, pero yo nunca me he enamorado de ninguna. Ni de ningún hombre. Claro que hay personas que me caen mejor y otras peor, pero siempre los siento como amigos o conocidos, nada más.

—Me pasa lo mismo. Nunca he experimentado deseo sexual o atracción romántica ni por hombres ni por mujeres. Cuando era más joven, pensaba que me ocurría algo, pero me di cuenta de que, si me forzaba a que me gustase alguien, empezaba a encontrarme mal. Por eso decidí respetar mis emociones. Sentir que estoy un poco al margen del mundo me va muy bien para pintar. Y, además, comprendí que no soy la única a la que le pasa —dijo Ririko serenamente, mirándolo.

—Me tranquiliza oír eso. Tenía miedo de seguir así y acabar casado y con hijos pese a no querer. Me preguntaba si podría fingir que amaba a alguien cuando en realidad no poseo esa capacidad.

—Los hijos no se hacen a la fuerza, aparecen solos —intervino con sorna el hombre quisquilloso.

—Pero es que no deseo acostarme con una mujer —replicó el joven de gafas negras.

—Ya, pero, si ella te dice que quiere un hijo, tendrás que hacerlo. Los hombres, en el fondo, acaban haciendo lo que les dicen las

mujeres —añadió riendo un tipo de mediana edad.

—En este tema, son ellas las que mandan.

—¡Llevas razón!

Los hombres apoyaron animadamente este punto de vista. El joven de gafas negras bajó la vista, incómodo.

Ririko miró de reojo a Yuko. Quería asegurarse de que la conversación no afectaba negativamente a su amiga. Ella asintió para indicar que estaba bien. Existían muchos tipos de personas, deseos y relaciones. Por eso, cuando se hablaba de sexo y de reproducción, no existía una única respuesta correcta. A esa idea se aferró Yuko para decidir que criaría al hijo que Riki tuviera con su marido. Sintió que se liberaba del nudo que oprimía su corazón. Aquella noche marcó un antes y un después.

—Gracias por la invitación —dijo Yuko en una voz tan baja que su amiga no pareció oírla.

Ririko fingía escuchar con atención lo que decían aquellos hombres, pero Yuko advirtió en su rostro una sonrisa fría de la que seguramente ella misma no era consciente.

3
La peregrinación de la fecundación

1

Riki observó el anillo que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda. El oro relucía con fuerza bajo la luz excesivamente brillante del aeropuerto de Memanbetsu. Era más grueso que las alianzas habituales, pero su diseño era sencillo y lo bastante sobrio como para que cualquiera pensara que era un regalo de boda de su marido. En realidad, ella no recordaba haberle jurado amor eterno a nadie y aquello no era más que un chapado barato.

Lo había elegido y pagado ella misma. Lo había adquirido en unos grandes almacenes llamados Lumine, en Shinjuku, por 12.400 yenes. Ahora Riki era la señora de Motoi Kusaoke. Incluso figuraba como Riki Kusaoke en el registro civil. Por eso se lo había comprado, para poder mostrarlo a todo el mundo como prueba de que ahora era una mujer casada. Se lo enseñaría a sus padres, a su hermano, a los pesados de los vecinos... Era un pueblo pequeño, así que seguramente también se encontraría con sus amigos, sus excompañeros de trabajo y el hombre con el que había salido.

En Japón, no era posible recurrir a la inseminación artificial si no se estaba casado o, al menos, inscrito como pareja de hecho. Ese era el motivo por el que Yuko y Motoi se habían divorciado, para que Riki pudiera someterse al procedimiento. Había adoptado el apellido Kusaoke y había pasado a ser legalmente la esposa de Motoi. Podrían haber optado por una unión de hecho, pero se habían decidido por el matrimonio para evitar preguntas innecesarias por parte del personal de la clínica que realizaba el tratamiento. Además,

si no estaban casados, el bebé no sería reconocido automáticamente como hijo de Motoi y este se vería obligado a adoptarlo. Él quería evitar esa posibilidad y por eso, a petición suya, habían presentado los papeles de matrimonio. El acuerdo era que, si todo iba bien y conseguía quedarse embarazada, entregaría al niño a Motoi en cuanto naciera y se divorciarían. Entonces él y Yuko volverían a casarse.

Si el embarazo o el parto fracasaban, la pareja se habría separado para nada. Era un procedimiento engorroso. Sin embargo, Aonuma les había explicado que aquella era la manera más legalmente segura de realizar la inseminación artificial, por lo que los tres habían aceptado sin objeciones.

Riki pensó que Yuko no accedería, ya que quedaba excluida por completo durante el proceso, pero le sorprendió que no pareciera preocuparle en absoluto. Aunque seguramente había albergado dudas, como ella, había decidido que debía ser pragmática si quería tener un hijo.

Todas estas condiciones se habían detallado con minuciosidad en el contrato que Planté había redactado. Riki solo había rechazado uno de los puntos que le habían propuesto: vivir en el estudio Kusaoke desde el momento en que supiera que estaba embarazada hasta el parto. Les había dicho que no quería sentirse tan vigilada, y Motoi había accedido a regañadientes.

Por lo demás, Riki lo había aceptado todo. Por ejemplo, no acostarse con otros hombres durante el proceso de inseminación, abstenerse de consumir alcohol, tabaco o drogas por el bien tanto de la madre como del hijo o cumplir con la cláusula de confidencialidad. El contrato también establecía que los Kusaoke asumirían la responsabilidad de criar al niño incluso si nacía con alguna discapacidad.

En cuanto a la cláusula de confidencialidad, Riki ya la había incumplido al comentar el tema con Teru y con Daiki. Sin embargo, le había asegurado con toda naturalidad a Aonuma que estaba respetándola.

Se había sometido ya a dos intentos de inseminación artificial, pero por el momento no se percibían signos de embarazo. En ambos habían recurrido a un fármaco llamado Clomid, que se usaba para inducir la ovulación. El medicamento actuaba sobre el cerebro para estimular el desarrollo de los folículos ováricos. Se administraba por vía oral y Riki había tenido que tomar una pastilla diaria durante cinco días a partir del quinto día de regla.

Le habían dicho que los efectos secundarios podían incluir sofocos, visión borrosa y aumento de la cantidad de orina, por lo que estaba bastante asustada. Sin embargo, había sentido un gran alivio al comprobar que apenas notaba molestias, más allá de una ligera necesidad de orinar con más frecuencia. El Clomid, por cierto, había sido suficiente para aumentar el desarrollo folicular. El equipo médico pensaba que, si no había conseguido quedarse embarazada, probablemente se debía a que la ovulación no se había producido en el momento previsto.

Como ya habían fallado en dos intentos, a partir del tercero decidieron añadir inyecciones de hMG/FSH y hCG. Tomaría la dosis de Clomid para garantizar el desarrollo folicular y seguirían de cerca su evolución. Luego añadirían el hMG/FSH para acelerar todavía más su crecimiento. Entre treinta y cuatro y treinta y seis horas después de la inyección de hCG, se produciría la ovulación, momento en el que introducirían el semen de Motoi.

Las inyecciones, según le dijeron, aseguraban la ovulación y también aumentaban el riesgo de embarazo múltiple y el síndrome de hiperestimulación ovárica, por lo que Riki habría preferido

evitarlas. Por eso le decepcionó saber que había sido Motoi quien las había pedido expresamente y con mucha persistencia. Al parecer, habría deseado que se emplearan desde el principio, pero había desistido cuando los médicos le habían recomendado esperar y observar antes la evolución. Cuando Riki —que ya se había mentalizado para considerar la gestación como un simple negocio— percibió la falta de consideración que el hombre mostraba por su cuerpo, se sintió profundamente incómoda.

—Tiene usted un marido muy poco empático, señora. ¡Con todo lo que está usted pasando! ¡Parece que no se dé cuenta de que una se juega la vida al dar a luz! —le dijo una enfermera de mediana edad en tono reprobador.

Riki volvió a pensar que se había vendido. Había cedido su propio cuerpo para gestar a cambio de una gran suma de dinero.

Para colmo, cuando se cruzaba con Motoi en la clínica, apenas le dirigía la palabra, dejaba el recipiente con el semen que había recogido en su casa y se marchaba enseguida. Su actitud distante despertó el recelo de parte del personal, que empezó a sospechar que quizá se trataba de un caso de maternidad subrogada.

—¿Por qué molestarse con la inseminación artificial? Usted todavía es joven. Si se acuesta con su marido, se quedará embarazada enseguida.

Ciertamente, resultaba extraño que una mujer joven sin problemas de fertilidad como Riki quisiera recurrir de primeras a ese procedimiento. Motoi comentó el tema con el médico que estaba al corriente de todo el asunto y desde la clínica le llamaron la atención a la enfermera. Tras la advertencia, no volvió a sacar el tema.

Riki debía permanecer en posturas humillantes durante largos periodos de tiempo. Le dolía cuando le introducían los catéteres y, además, Motoi seguía mostrándose muy frío con ella. Cuando el

segundo intento fracasó, estuvo a punto de derrumbarse. Por eso se alegró tanto cuando Yuko la llamó para animarla en aquellos momentos tan difíciles.

—Dicen que la inseminación artificial no es muy invasiva, pero es más dura de lo que parece, ¿verdad? Me alegro mucho de que casi no tengas efectos secundarios, Oishi. Cuando yo tomaba la medicación, terminaba con un dolor de cabeza terrible y la cara roja por los sofocos. Acabé hasta la coronilla de ser mujer y tener que pasar esos malos ratos.

Yuko había recorrido aquel camino más de una vez hasta que le dijeron que era casi imposible que pudiera quedarse embarazada y que todos sus esfuerzos serían inútiles. Riki sintió una pena enorme por ella. En su caso, aquello era un trabajo y le pagaban por él, así que podía soportar el fracaso; pero Yuko deseaba un hijo de verdad. Debió de sufrir una decepción enorme.

De camino a la parada del autobús, Riki pasó frente a una de las tiendas del aeropuerto de Memanbetsu. Una joven dependienta salió corriendo, agitando la mano para saludar.

—¿Riki? Eres tú, ¿verdad?

Era Misaki, una antigua compañera algo mayor que ella de la residencia de ancianos. Habían ido al mismo instituto, aunque no habían coincidido porque Misaki iba tres cursos por delante.

Cuando trabajaban juntas, llevaba el pelo negro y corto, y tenía un aspecto muy discreto. En cambio, ahora iba teñida de un llamativo castaño casi rubio, con la raya en medio y los labios pintados de un rojo intenso. Estaba de pie frente a unos carteles que anunciaban SHIROI KOIBITO y ROKKATEI, marcas de famosas galletas de la zona. Riki tardó unos segundos en reconocerla.

—¡Oh! Misaki, ¿eres tú?

—¡Sí! ¡Cuánto tiempo!

—¡Sí, es verdad!

Ambas se cogieron de las manos y se pusieron a hablar y reír con algarabía. La mujer de mediana edad que atendía la caja de la tienda las miró a través de sus gafas de lectura rojas, intrigada por todo aquel alboroto. No había clientes y parecía no tener nada mejor que hacer.

—Te habías mudado a Tokio, ¿verdad? ¿Cómo ha ido?

Riki se percató de que los ojos de Misaki se habían posado enseguida en su dedo anular izquierdo.

—Bien, bien. De hecho, es la primera vez que vuelvo desde entonces.

—¿Sí? ¿Y eso? ¿Has estado muy ocupada?

—Algo así, sí. —Ni por todo el oro del mundo habría confesado que no había regresado porque no se lo podía permitir—. Mi tía Yoshiko murió. He venido a visitar su tumba.

—Sí, me lo dijeron. Qué pena, era tan joven... —replicó Misaki con gesto afligido.

El pueblo natal de Riki no llegaba a los cinco mil habitantes y las noticias sobre la vida de los demás corrían como la pólvora, especialmente cuando se trataba de desgracias o de rumores sobre la situación económica de sus conciudadanos.

—Me surgió un contratiempo y no pude venir para el funeral.

—Vaya... —La expresión de Misaki se ensombreció durante unos instantes, pero enseguida volvió a adoptar un tono alegre—. Oye, Riki, ¡se te ve muy cambiada! Mucho más sofisticada. Al principio no te había reconocido. Se nota que vienes de Tokio.

—¡No! ¡Qué va! ¡Si estoy igual!

—¿Tienes vacaciones en el trabajo?

—Bueno... Sí.

Había decidido regresar para visitar la tumba de su tía Yoshiko antes de su siguiente ovulación. El billete de ida y vuelta le había salido barato, 17.000 yenes, aunque eso no le preocupaba porque ahora nadaba en la abundancia.

Motoi le había dado dos millones como adelanto. Si lograba quedarse embarazada, recibiría tres más y, cuando diera a luz y hubiera cumplido con su objetivo, los cinco restantes. También tenía que pagar a Planté por su intermediación, así que era lógico que, después de desembolsar tal cantidad de dinero, Motoi quisiera asegurarse de que Riki se quedaba encinta.

Ella había dejado su trabajo en el Hospital General de Kitamuki y había decidido mudarse nada más recibir los dos millones. Ya hacía tiempo que se decía a sí misma que, en cuanto pudiera, abandonaría aquel peligroso apartamento, donde el hombre de la bicicleta plateada parecía vigilarla constantemente.

El piso nuevo se encontraba al lado de la estación de Mitakadai, en un edificio recién construido. Pagaba 90.000 yenes de alquiler por un apartamento de una habitación con suelos de madera. Era pequeño, pero, comparado con el antro donde vivía antes, la diferencia era abismal y estaba encantada de haberse librado por fin del acosador de la bicicleta. De hecho, podía decirse que el incidente con él había sido lo que había terminado impulsándola a tomar la decisión de ser madre subrogada.

Teru había dejado el hospital más o menos al mismo tiempo que ella. Su amiga le contó después que, entre los trabajadores, corría el rumor de que las dos habían renunciado a ese empleo para dedicarse a tiempo completo a la prostitución. Teru había vuelto a la prefectura de Aichi.

Riki se quedó de piedra al comprobar la facilidad con la que una mujer joven en Tokio, sin casa, sin familia, sin dinero y sin contactos, podía convertirse en el blanco de habladurías infundadas y malintencionadas. Aunque, en realidad, ahora ya le daba igual. La pobreza la había machacado durante tanto tiempo que aquello ya no le afectaba.

Sabía que, en cuanto diera a luz, tendría que buscar un nuevo trabajo, así que era consciente de que no podía vivir a todo trapo. Eso era lo que le decía su instinto de supervivencia, que asomó un poco cuando decidió que quería darse un único capricho: un abrigo de plumas para regresar al pueblo. Antes tenía uno de Uniqlo, barato y de otra temporada, que se había comprado en una tienda de segunda mano. El de ahora, en cambio, era de una marca de moda y lo había adquirido en unos grandes almacenes. Le hizo mucha ilusión poder permitirse una prenda completamente nueva y estrenarla.

—No, de verdad, se te ve muy elegante. Y ese abrigo que llevas es monísimo.

—Gracias.

—Oye, Riki... ¿Te has casado? —le preguntó Misaki apuntando a su dedo.

—Sí, algo así... —Bajó la mirada al anillo que se había comprado y lo tocó con la mano derecha—. Pero puede que nos separemos pronto.

Riki empezó a preparar el terreno para lo que iba a venir.

—¿Eh? ¿Por qué dices eso? —preguntó Misaki estupefacta.

—Nos hemos dado cuenta de que no encajamos.

Eso era completamente cierto.

—¿Cuántos años tiene tu marido?

—Más de cuarenta.

—¿Y a qué se dedica?

—A las artes escénicas. Es bailarín.

—¡Qué guay! —exclamó Misaki con envidia.

—Ya sabes cómo son los artistas... Pueden ser muy intensos.

—Sí, eso pasa mucho. Hay cosas del otro que no descubres hasta que te casas. Es duro porque al principio no se notan. Le pasó a una chica que trabajaba aquí, en la tienda. Dejó de venir porque contrajo matrimonio con un comercial de Rausu que vendía algas *kombu*. Pues resulta que el marido era un maltratador de cuidado y, claro, ella no se dio cuenta hasta después de la boda. Me dijo que jamás lo habría imaginado porque hasta entonces había sido siempre un sol.

—Sí, esas cosas pasan... —respondió Riki, siguiéndole el juego.

Misaki la miró con insistencia, ansiosa por sonsacarle qué era lo que iba mal en su caso.

—Riki, ¿a ti qué te ha ocurrido?

—Bueno... Cosas. Ya te lo contaré la próxima vez.

—¿Cuándo vuelves a Tokio?

—Dentro de dos o tres días. En cuanto visite la tumba de mi tía.

—Normal, aquí no hay nada... Oye, ¿te apetecería quedar con el grupo en Kitami o algún sitio parecido? Puedo avisar a todos los que quedamos por aquí.

—¿De verdad? ¡Sí, claro! ¡Gracias!

A Riki le atraía la idea porque pensaba que quizá iría aquel hombre con el que se acostaba mientras su esposa estaba embarazada. Volver como una mujer casada y, además, rica se le antojaba un regreso triunfal al pueblo.

—Ay, ¡qué ilusión!

Después Misaki empezó con cotilleos sobre la vida de los que trabajaban en la residencia: que si fulanita se había casado con menganito y habían tenido hijos, pero él se había quedado sin

empleo y ahora sobrevivían gracias a las ayudas sociales; que si no sé quién había vuelto al pueblo después de divorciarse y había aprovechado para hacerse la cirugía estética sin decírselo a nadie... Riki escuchó atentamente con la esperanza de saber algo de aquel hombre, pero Misaki ni lo mencionó.

—Así que, en resumen, la que parece más feliz eres tú —concluyó.

—Qué va...

¿Cómo reaccionaría su antigua compañera si le confesara que iba a convertirse en madre subrogada por dinero? ¿Mostraría asco? ¿Se quedaría paralizada por la impresión? ¿O le entrarían ganas de hacerlo ella también? A Riki le daba la sensación de que sería más bien lo último.

—Estás casada y vives en Tokio. ¿Cómo no vas a ser feliz?

—¿Tú crees?

—A mí me das envidia. Ya tengo casi treinta y dos años y en este pueblo no queda nadie que valga la pena.

—No me lo creo.

—Que sí, en serio. Es verdad. —Misaki la miró con dureza, como diciendo: «Tú también sabes a la perfección cómo está el panorama».

Riki sintió una mezcla de placer y fastidio. ¿Así que en eso consistía el matrimonio? Antes pensaba que su vida sería un poco más fácil cuando se casara si trabajaban los dos. En realidad, nunca había deseado hacerlo, solo lo veía como un medio para escapar de la pobreza.

Sin embargo, ahora que experimentaba su significado, aunque solo fuera de manera temporal, entendía que la vida de una mujer casada estaba llena de privilegios y era más cómoda que la de una soltera. Independientemente de lo mediocre que fuera tu pareja, el simple hecho de ser la esposa de alguien te daba derecho a ir por el

mundo con la cabeza bien alta. La sociedad se mostraba más contenida ante una mujer que pertenecía a un hombre. Evidentemente, no lo hacían por deferencia a ella, sino al marido que tenían al lado.

Le sorprendió lo cautos que se volvían de repente los hombres cuando veían aquella falsa alianza e incluso que la tratasen abiertamente con más respeto. Notó también por primera vez que los más jóvenes la ignoraban, ya que consideraban que era la mujer de otro, y que algunas chicas le dirigían miradas hostiles, como si quisieran indicarle que no debía creerse superior solo por estar casada.

Ella misma había sentido rabia en algún momento del pasado al pensar que las mujeres casadas y con hijos la miraban por encima del hombro por ser soltera. Pero ahora lo entendía: no era que la vida de la mujer se completara cuando contraía matrimonio, sino que toda la sociedad estaba diseñada para que así lo pareciera. Su posición —ya estuviera soltera, casada o viuda— se definía y giraba en torno al hombre.

—¿Desde cuándo trabajas aquí, Misaki? —preguntó Riki mientras observaba el letrero, que parecía de un negocio familiar instalado en el aeropuerto.

—Desde hace tres años. Cuando dejé la residencia, mientras esperaba a que se abriera una vacante aquí, trabajé casi un año a tiempo parcial en un club nocturno.

—Anda. Parece bastante divertido.

—Sí. Lo mejor es cuando te encuentras con personas que conoces en el aeropuerto, como ahora contigo. También he pillado aquí a un montón de gente siendo infiel a su pareja.

—Vaya... —murmuró Riki—. Bueno, me voy ya. ¿Me llamas al teléfono de casa? —preguntó mientras se despedía agitando

expresamente la mano en la que tenía el anillo de boda.

—Vale —respondió su amiga sonriente, pero se dio media vuelta de inmediato y se giró con gesto serio hacia el interior de la tienda.

¿Estaría preocupada por las cámaras de seguridad? ¿O se habría molestado porque no le había dado su contacto de Line?

Riki decidió coger un autobús para ir del aeropuerto a su casa. Hubiera sido más cómodo ir en taxi, pero pensó que sus padres y los vecinos se lo recriminarían, así que desistió. La gente de pueblo lo criticaba todo, era un incordio. Seguro que Misaki ya había informado a todo el mundo por Line de la conversación que acababan de mantener.

Esperó quince minutos y subió al autobús con destino a Kitami, que estaba a treinta kilómetros. Allí haría transbordo. Recorrería otros dieciséis hasta llegar a la parada más cercana a su casa, situada a veinte minutos a pie. Se pasó todo el trayecto mirando el móvil. Justo en ese momento le llegó un Line de Daiki.

> Creo que el avión
> ya ha aterrizado.

Lo acompañaba un emoticono raro de un niño que miraba nervioso a lado y lado. Desde que se habían acostado, se enviaban mensajes con frecuencia y a veces quedaban a solas. Como «terapeuta» era muy profesional, pero en el plano personal Daiki era un hombre lleno de inseguridades que se pasaba el día quejándose. Aun así, solo le había contado a él los temores y las dudas que le provocaba la decisión de convertirse en madre subrogada. Daiki sabía animarla y la ayudaba a ordenar sus ideas. Era un buen amigo del sexo opuesto. Riki creía que no mentía cuando afirmaba que había sido profesor de secundaria.

Sí, ahora estoy en el autobús.
Aquí no hay absolutamente nada...

Riki hizo una foto del paisaje campestre que veía desde la ventanilla.

¡Qué sitio tan bonito, oye!

Esta vez acompañó el comentario con un *sticker* con la cara de una celebridad japonesa llamada Ikko. Ese «oye» le recordó a Riki la rarísima entonación de Daiki cada vez que intentaba poner acento de Tokio.

No te esfuerces. Ese acento tokiota
que intentas imitar te queda fatal.

¡Qué dices! ¡Si ni siquiera estaba imitándolo! Es
mi forma normal de hablar.

Acompañó el comentario con un nuevo *sticker* de Ikko.

Cuando regrese, empezaré la tercera
inseminación. ¿Nos vemos antes?

¡Vale! ¡Vuelve sana y salva!

Esta vez solo había texto. A Riki le pareció un mensaje tan masculino que no pudo evitar que se le escapara la risa. Parecía que estuvieran jugando a ser novios.

Cuando llegó a casa de sus padres, su madre la acribilló a preguntas. Riki acabó confesando que se había casado porque ahora se apellidaba Kusaoke y, a poco que investigaran, se darían cuenta

de que su nombre había desaparecido, aunque fuera temporalmente, del registro familiar de los Oishi.

Las preguntas de su madre fueron casi las mismas que las de Misaki: a qué se dedicaba, cuántos años tenía, dónde se habían conocido, cómo habían empezado a salir y cómo era su familia. Riki dio las mismas respuestas que en el aeropuerto. Cuando le explicó que era bailarín de artes escénicas, su madre no salió de su asombro al pensar que su hija hubiera conocido a un hombre con una profesión tan sofisticada.

Sin embargo, la reacción de su padre, vestido con un forro polar de Uniqlo, fue de enfado. Le preguntó muy exaltado por qué ni él ni su familia habían ido a presentarse como era debido.

—¡Qué desfachatez! ¡Ni que fueras un gatito o un perrito abandonado que cualquiera pudiera quedarse solo con extender la mano sin ni siquiera venir a pedirlo! ¿O es que resulta que somos de una categoría inferior y no le apetece ni pisar esta casa destartalada?

Riki no pudo evitar que se le escapara una sonrisa al escuchar su tono melodramático. Ese era precisamente el motivo por el que no quería volver.

Sus padres vivían en un apartamento antiguo de protección oficial. Era pequeño, tenía una habitación de seis tatamis y otra de cuatro y medio, así que su hermano y ella no habían contado con un cuarto propio y habían dormido ella con la madre y él con el padre hasta que fueron al instituto. Hasta hacía poco, el retrete era de fosa séptica.

Seguro que, si Motoi los visitara, pondría los ojos como platos al ver que alguien podía vivir en esas condiciones. Pero no diría nada. Por muy sorprendido que estuviera, siempre se esforzaba por no dejar traslucir sus sentimientos.

—No hables así del marido de Riki —le replicó su madre molesta —. A mí me parece una persona estupenda por el simple hecho de haberla escogido para casarse.

—No podré saber si lo es o no hasta que lo conozca —respondió el hombre.

Riki estaba segura de que, si llegaran a conocerse, su padre se quedaría de piedra, cohibido e incapaz de pronunciar palabra.

—No te preocupes, papá. No nos va muy bien, así que seguramente no tardemos en divorciarnos.

El hombre se quedó helado al escucharla y no volvió a decir nada más. Riki supuso que, en el fondo, se había decepcionado. Esta vez fue su madre la que replicó.

—¿Cómo? ¿Por qué te vas a separar? ¡Ahora que por fin te habías casado!

—Todavía no es seguro. Es que siento que hay demasiada diferencia de edad entre nosotros...

—No seas tan exigente. ¡Tu marido es de Tokio! No puedes abandonar esa casa a las primeras de cambio. Y, si te vas, que no sea con las manos vacías —dijo la madre, apretando con fuerza el delantal ligeramente sucio.

—¿Y qué quieres que me lleve?

—¡Pues su semilla, claro!

Riki se quedó atónita, incapaz de articular palabra.

—¿Qué? ¿Quieres que me quede embarazada y luego críe al niño yo sola?

—Pues claro. Si tienes un hijo, mal que bien todo sale adelante.

La madre asintió varias veces, como si tratara de animar a Riki a dar el paso. Su padre se rascó distraídamente la cabeza salpicada de canas, que mantenía gacha, pero parecía estar de acuerdo.

Mamá, papá, os equivocáis. Es al revés. Soy yo quien le dará el óvulo a Motoi y le prestará su vientre. El niño que nazca será suyo, pensó. Aunque tenía muchísimas ganas de contárselo, se controló y consiguió morderse la lengua. Si se lo dijera, montarían en cólera como nunca antes lo habían hecho.

Aquella noche celebraron el regreso de su hija a casa después de tanto tiempo con una barbacoa tradicional a base de cordero, típica del norte de Hokkaido, conocida con el nombre de Gengis Khan. El hermano de Riki, que estaba empleado en una cooperativa agrícola de Monbetsu, vino con su prometida, que era también su compañera de trabajo; y la velada se animó mucho. Según el contrato que había firmado con los Kusaoke, Riki no podía beber alcohol durante la duración de este. Aun así, consideró por su cuenta y riesgo que una pequeña cantidad no le haría daño a nadie. Cuando su cara ya estaba roja por la cerveza, el teléfono de casa sonó. Su madre respondió y luego se lo pasó a Riki.

—Es Misaki.

Al final la había llamado. Riki lo cogió. Siempre usaba el móvil, por lo que hablar por ese teléfono fijo de toda la vida le resultaba extraño y, a la vez, le traía muchos recuerdos.

—¿Diga?

—¡Hola! ¿Riki? ¡Ya he organizado la reunión! Quedamos mañana a las siete en el bar Hotsuki de Kitami. ¡No llegues tarde, que eres la protagonista!

—¿Vendrá todo el mundo?

—Casi todos. Creo que irá todo el equipo de cuando tú trabajabas en la residencia.

—¿También el subdirector?

—¡Ostras! ¿Te molesta? Ahora es el director. En cuanto lo invité, me contestó al momento que vendría, que le hacía mucha ilusión.

Ese era el hombre que había tenido una aventura con ella. Parecía que había conseguido un ascenso.

—No me molesta, simplemente pensaba que iríamos solo los de nuestra edad.

—Mejor que haya variedad, ¿no?

—Sí, supongo.

Tras colgar, Riki esbozó una sonrisa de satisfacción. Comprarse aquel falso anillo había sido una buena idea.

—Motoi Kusaoke es bailarín de ballet, pero está casado, ¿no?

La voz de su hermano la devolvió a la realidad. Había buscado el nombre de Motoi en el móvil y ahora les estaba enseñando a sus padres lo que había encontrado. Ambos se pusieron las gafas y, por turnos, leyeron con atención el texto.

—Para ya. Esa es su exmujer.

La prometida de su hermano miró a Riki como si acabara de darse cuenta de algo. Ella puso cara de estar a punto de llorar.

—Fue muy complicado, pero al final se divorció. Lo que pasa es que en Wikipedia todavía no lo han actualizado.

—Ya veo... Perdona.

Su hermano guardó el móvil apresuradamente. Al ver el rostro compungido de su hija, sus padres se quedaron un rato sin decir nada. Riki decidió que aquella era la estrategia que tenía que seguir.

2

Riki pisó la desgastada alfombra roja del bar y subió por la estrecha escalera al primer piso. Nada más entrar en el pequeño reservado, antes incluso que las caras que allí se reunían, captó su atención la comida que había sobre la mesa. En el centro, pudo ver una gran fuente de *sashimi* variado: cañadillas, atún, salmón, pollo ligeramente escaldado con wasabi, cabeza de pulpo, caballa marinada. Alrededor, apretujados, casi sin hueco entre unos y otros, había platos de pollo frito, croquetas, ensalada césar con huevo pochado, tofu frío, edamame, cebollas asadas, panqueques de *kimchi* y queso y una enorme caballa Atka a la sal.

—¡Madre mía! ¿Vamos a comernos todo esto?

Aquellas primeras palabras de Riki provocaron una carcajada general entre los asistentes. Los cinco miembros del equipo con el que había trabajado en la residencia levantaron la vista y aplaudieron.

—¡Riki está de vuelta!

—¡Cuánto tiempo!

—¡Bienvenida!

—¡Me alegra mucho veros hoy! ¡Gracias por venir!

Tras los saludos, miró al hombre sentado en el centro del grupo. Era Hidaka. «Me llamo Hidaka, como la cordillera», recordaba que le había dicho, señalando la placa con su nombre, cuando lo conoció.

Salvo algunas arrugas un poco más marcadas en el rabillo del ojo, su rostro anguloso de mandíbula robusta, casi intimidante, seguía

prácticamente igual. Riki sabía que, mientras ella permanecía en pie, dudando sobre dónde debía sentarse, él, con un gesto rápido, había recorrido todo su cuerpo con la mirada.

—Ya ha llegado Riki, así que podemos comenzar la barra libre. ¡A beber! —proclamó con solemnidad Misaki, que llevaba un jersey de estampado de leopardo, mientras plantaba encima de la mesa una botella de casi dos litros de Otokoyama.

—Yo empezaré con cerveza.

—Pues yo con esto.

Además de Misaki, habían ido tres compañeras de trabajo más. Todas querían ser las primeras en elegir qué iban a beber. Las mujeres que vivían en el campo acababan escogiendo una de estas dos vías: o bien se volvían agresiva y artificiosamente juveniles, o bien envejecían de golpe y se volvían tremendamente campechanas. Misaki pertenecía al primer grupo y las otras tres, al segundo. Su fallecida tía Yoshiko no había conseguido encajar en ninguno de los dos.

A Riki le sorprendió saber que todas las mujeres allí presentes habían dejado la residencia. Misaki era ahora vendedora en el aeropuerto de Memanbetsu. Otra era asistente domiciliaria. La tercera se había casado y trabajaba a tiempo parcial en una tienda de conveniencia. La última era ama de casa y había contraído matrimonio con un agricultor.

—Me han dicho que te has casado en Tokio. ¡Felicidades! —exclamó entonces Hidaka, alzando bien alto una jarra con el logotipo de Sapporo Beer que contenía un misterioso líquido verde.

—Gracias.

Riki, que se había sentado en el centro —es decir, junto a Hidaka —, chocó a modo de brindis su pequeña jarra de cerveza de barril.

—Riki, tienes pinta de andar sobrada de pasta —dijo la auxiliar a domicilio.

Era algo mayor que ella. Llevaba el pelo corto e iba sin maquillaje. Vestía de arriba abajo con ropa barata de Uniqlo: forro polar y pantalones térmicos.

—¡No! ¡Qué va!

—¿Que no? ¡Pues eso parece carísimo! —dijo la mujer antes de tocar el anillo que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda.

—Es una baratija.

—Además, desprendes un aura especial.

—¿Un aura especial? ¿Yo?

—¡Sí! ¡Es de felicidad, está clarísimo!

—Tiene razón. Pareces feliz. Me alegro por ti.

Eran ellas quienes parecían realmente felices, llenándose sus platos y riendo sin parar. El regreso de Riki había sido una excusa perfecta para juntarse y beber.

Riki observó el huevo escaldado que había sobre la ensalada y le vino a la memoria la señora Isogai y su «esencia de los huevos». La compañera que había empezado a tratarla con frialdad al descubrir que no hacía más que repetir lo que había dicho un reputado cocinero era la que ahora se dedicaba a la atención domiciliaria.

—¿Os acordáis de la señora Isogai? —preguntó Riki.

La auxiliar inclinó la cabeza.

—¿Cómo era?

—¿No te acuerdas?

—En absoluto.

Hidaka intervino para reflotar la conversación, que parecía haberse estancado en un silencio incómodo.

—Riki, parece que te va bien en Tokio.

A ella le entraron ganas de responder con el desdén y la arrogancia que había mostrado Erika Sawajiri en la ceremonia de estreno de su película de 2007, tan escandalosa que se hizo viral. ¿Qué rayos sabía él? No tenía ni idea. «Estoy intentando quedarme preñada por encargo, ¿algo que decir?». Eso era lo que quería contestarle. Sin embargo, como no podía, se limitó a disimular con una sonrisita.

Había sufrido tanto por las dudas que le provocaba ser madre subrogada que incluso había llorado delante de Daiki, pero, una vez tomada la decisión, todo había empezado a darle igual y se había vuelto una cínica. ¿Era necesario insensibilizarse así para convertirse en madre de alquiler? ¿Qué es lo que he vendido de mí misma?, se preguntó.

Hidaka, que tal vez interpretó su actitud como si fuera falsa modestia, la miró de reojo antes de lanzarle un cumplido:

—De verdad, estás deslumbrante.

¿Qué narices estaba diciendo? Ese tío la había invitado a salir mientras su mujer estaba embarazada y, en cuanto nació su primer hijo, desapareció y la dejó tirada como a una colilla. Si viniera ahora, le explicara que su esposa ya no podía tener niños porque sus óvulos habían envejecido y le pidiera que los gestara en su lugar, ¿lo haría? Seguramente diría que no porque ya había formado una familia.

—Por cierto, Hidaka. Después de que me fuera, enseguida te nombraron jefe, ¿no? Qué mérito...

Lo dijo con retintín, pero él no captó el sarcasmo.

—Cualquiera puede llegar a serlo si aguanta los años suficientes... —replicó el hombre con aire despreocupado mientras se bajaba un poco la cremallera de la sudadera negra.

Debajo llevaba una camiseta blanca. Hidaka tenía ahora treinta y ocho años, nueve más que ella. Eso lo situaba en la misma franja de edad que Motoi.

—¿Cuántos años tiene tu marido?

Curiosamente, Hidaka estaba pensando en lo mismo que ella.

—Cuarenta y tres. Es un poco mayor que tú.

—¿En serio? —preguntó Hidaka, interesado de repente—. Riki, te gustan maduritos, ¿no?

—¡Esa es una pregunta muy poco apropiada! ¡Pareces un acosador! —apuntó Misaki, sentada a su lado, que había estado escuchando con atención.

—¿De verdad? ¿Eso también es acoso? —inquirió Hidaka rascándose la cabeza de forma pretendidamente exagerada.

Parece un actor de telenovela malo, lo insultó Riki en su cabeza.

—¿Y a qué se dedica tu marido?

—A cosas relacionadas con las artes escénicas.

—¡Qué interesante!

En la cara de Hidaka se dibujó un gesto visible de fastidio. A Riki le divirtió ver aquella expresión, aunque al mismo tiempo le molestó ese sentimiento. Motoi Kusaoke no le gustaba. Estaba interpretando el papel de su esposa por negocios, pero en cierto modo se resistía ante la idea de tener un marido al que no podía respetar.

—¿Cuántos hijos tienes, Hidaka?

Riki quiso cambiar de tema. La mujer del agricultor, sentada enfrente, levantó cuatro dedos al instante.

—Cuatro.

—¿Cuatro? —preguntó Riki sorprendida.

—Ocho años, cinco años, cuatro años y el pequeño acaba de nacer —respondió Hidaka sin el menor atisbo de vergüenza.

—¿Y cómo es que dejasteis tanto tiempo entre el de cuatro y el recién nacido? Ese no estaba previsto, ¿verdad? —preguntó Misaki.

Hidaka inclinó la jarra y se hizo el distraído.

—¿Eso no es acoso?

—A los hombres se les puede decir cualquier cosa.

—¡Qué barbaridad! —respondió él con cara de pena.

Cuando la esposa de Hidaka estaba embarazada del niño que ahora tenía ocho años, Riki y él habían mantenido una relación que había terminado en el momento exacto en que ella dio a luz al bebé. ¿Qué habría hecho él durante el segundo embarazo? Ella estaba en Tokio, así que tal vez otra había ocupado el lugar de amante. Quizá era incluso alguna de las que se habían reunido hoy. Tenía cuatro hijos. ¿Habría sido una distinta cada vez? Riki recorrió con la mirada las caras de las cuatro mujeres allí presentes, asaltada por aquella absurda fantasía. Fue entonces cuando, con voz zalamera, Misaki le dijo a Hidaka:

—Si tienes fotos de tus hijos, enséñanoslas, va.

Hidaka cogió el teléfono móvil que había dejado boca abajo encima de la mesa. Mostró una imagen de tres chiquillos que posaban haciendo el símbolo de la paz con los dedos. Llevaban camisetas a juego y sus pieles, bronceadas por el sol, brillaban por el sudor. Parecía ser de las vacaciones de verano.

—Los tres mayores son niños y la que acaba de nacer, niña. Le dan muchísimo trabajo a mi mujer cada día, pero ella está encantada con que la última haya sido una niña.

—Yo tengo dos niñas —respondió la mujer del agricultor sin que nadie le hubiera preguntado.

—El nuestro es niño. Tiene un año y medio —explicó con cierto orgullo la que trabajaba a tiempo parcial en la tienda de conveniencia.

—Ah, ¿sí? Qué bien.

Se notaba que, en realidad, a Riki le daba igual, porque su comentario carecía de toda convicción.

—¿Tú no tienes hijos, Riki? —preguntó Hidaka.

—Los tendremos pronto.

—Claro. Eres joven.

La mirada del hombre se deslizó pegajosa hasta la zona de su vientre y no se apartó de allí. Había engendrado cuatro hijos, así que su esperma debía de ser bastante productivo. Poseía, además, un fuerte deseo sexual. Riki recordó con amargura que había sido con él con quien había experimentado su primer orgasmo.

Habían ido a un motel prácticamente cada fin de semana durante seis meses. No había sido más que la sustituta de su mujer durante ese tiempo. Al pensarlo, se dio cuenta de que ella siempre era la que reemplazaba a la esposa.

Había sido la compañera sexual de Hidaka, su mujer temporal cuando la de verdad estaba embarazada, y ahora era la madre provisional que gestaría al hijo de Motoi, ya que su esposa había perdido la capacidad reproductiva. Vaya asco... Riki odiaba a ambos hombres. Le pareció todo tan ridículo que le entraron ganas de arrancarse el falso anillo de boda que llevaba en el dedo anular.

Apuró de un trago el sake que había en su vaso.

—¿Qué tal sabe el alcohol de Asahikawa después de tanto tiempo?

Hidaka, botella en mano, volvió a llenárselo.

—Está bueno.

Riki mintió, porque no le gustaba el sake. Ansiaba escapar cuanto antes de esa reunión.

—Te has casado en Tokio, así que no volverás a vivir aquí, ¿verdad? —quiso confirmar la mujer del agricultor, dos años mayor que ella.

—Exacto.

—¡Qué envidia! —susurró Misaki.

—No hay nada que envidiar —replicó enfadada la mujer del agricultor—. Este es un buen sitio.

—¿Sí? Pues a mí me encantaría vivir en Tokio.

—Si tanto te gusta, vete, Misaki.

—Claro, es facilísimo. Solo necesitas coger un avión en el aeropuerto donde trabajas y listo.

—Pero voy tarde. Creo que lo pasaría mal a estas alturas... —La voz de Misaki era casi un susurro sin convicción.

—No. Si quieres hacerlo, seguro que podrás abrirte camino.

—Sí. Ve. Inténtalo.

Misaki se quedó callada y abatida, acorralada por las voces del resto de las mujeres.

Riki comprendía demasiado bien su miedo. Marcharse a Tokio solo había sido divertido al principio; enseguida había tenido que buscar trabajo y un techo donde refugiarse. Sin un empleo estable y a tiempo completo, los sueldos eran bajos. Aunque una trabajara, no podía acceder a viviendas decentes y acababa con el corazón roto por vivir siempre en la pobreza.

Contuvo las ganas de decírselo y consiguió permanecer callada. Debía seguir interpretando el papel de la señora Kusaoke y fingir que era afortunada porque había dejado atrás la situación por la que Misaki estaba pasando.

Riki buscó consuelo en aquel sake que no le gustaba. Se preguntó qué ocurriría si incumpliera la cláusula de no tomar alcohol y acabara completamente borracha.

Cuando las otras chicas propusieron continuar con la velada en el karaoke, Riki se excusó diciendo que había bebido demasiado y decidió volver a casa.

—Te llevo. He venido en coche. —Hidaka se plantó enseguida delante de ella.

—¿Has llamado a un conductor?

—No, solo he bebido un refresco de Melon Soda.

Ahora que lo decía, lo cierto era que él le había ido llenando el vaso de alcohol a todo el mundo, pero se había pasado la noche dando sorbitos a su líquido verde.

—¿Siempre haces lo mismo?

—Últimamente vuelvo en coche. Me compré una casita en Horoshikari y está lejos. Bebo alcohol cuando regreso.

Riki no conocía ese lugar. Hidaka le explicó que estaba a más de treinta kilómetros de la residencia de ancianos y que por eso necesitaba el coche para desplazarse.

—De acuerdo. Sí, llévame, por favor.

Le daba un poco de pereza ir con él, pero tampoco tenía ganas de coger un autobús a esas horas.

—Será un placer.

Caminaron sin decir palabra por la calle oscura y cubierta de nieve hasta el aparcamiento.

—Es este —dijo Hidaka señalando un vehículo blanco de diseño cuadrado.

El coche que tenía antes era más pequeño; lo había cambiado por un monovolumen 4x4 perfecto para un hombre con familia numerosa.

—Antes tenías un Suzuki, ¿verdad?

—Sí —respondió el hombre con alegría al ver que ella recordaba aquel detalle.

Riki abrió la puerta del copiloto y enseguida percibió el olor a ambientador que impregnaba el interior. No descartaba que lo hubiera puesto anticipando que ella subiría. Hidaka encendió la televisión en la pantalla del navegador. La había configurado para poder verla mientras conducía. Estaban emitiendo un programa de variedades en el que ahora aparecía un dúo de cómicos.

—¿Sigues viviendo donde antes?

—Sí.

Hidaka arrancó el coche.

—Dicen que van a construir viviendas de protección oficial.

—Ah, ¿sí? No lo sabía.

Era verdad. Riki lo ignoraba. En realidad, le daba igual su pueblo natal.

—Qué poco interés... —dijo Hidaka como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿Se nota?

—Sí. Está claro que ya no te importa nada este lugar.

—Puede que tengas razón. Por eso quise irme a Tokio, para salir de aquí —replicó Riki en un ataque de sinceridad.

—¿Fue culpa mía?

Riki no pudo evitar mirarlo a la cara después de aquella pregunta tan directa.

—No, no. No estaba enamorada de ti.

—Lo dices sin pelos en la lengua, ¿eh?

Hidaka sonrió con amargura.

—Pues igual que tú, ¿no?

—A ver, yo sí te quería. Eres muy guapa. Aunque me sentía culpable por haceros eso a ti y a mi mujer. Pensé que tarde o temprano tendría que ponerle freno a esa locura.

Entonces, ¿por qué después se había dedicado a esquivarla? Como no lo había querido tanto como para ahondar en esa herida y, además, le daba igual, Riki permaneció callada. El silencio se impuso durante un rato.

—La verdad es que te has vuelto una persona muy sofisticada, Riki. No es fácil proponerte esto, pero... ¿te apetecería que fuéramos a algún sitio los dos solos?

—¿Adónde?

—A un hotel, por ejemplo.

—No has cambiado nada, ¿verdad?

—No es eso. Sí que he cambiado, ya no hago esas cosas... Pero, al verte, me han entrado ganas. ¿Qué me dices? ¿Te parece mal ahora que tienes marido?

Riki estuvo a punto de decirle que no pasaba nada porque, en realidad, no era su esposo. Pensó en cómo Motoi había pedido que le administraran inyecciones desde el principio para asegurar el embarazo y en la frialdad con la que la trataba después de entregar las muestras. Se había enterado también de que había investigado en secreto a su familia buscando posibles enfermedades genéticas... Entendía sus motivos, pero no pudo evitar que la situación le pareciera desagradable.

Para poder aceptarlo con pragmatismo y verlo como parte del negocio, primero debía lidiar con el malestar emocional que le provocaba y eso no se arreglaba solo con dinero. Además, se acababa de dar cuenta —un poco tarde— de que le daba miedo quedarse embarazada. Tal vez Teru tuviera razón cuando se mostró en contra de los vientres de alquiler.

Riki contempló la oscuridad de la ciudad que se extendía al otro lado de la ventanilla, absorta en sus pensamientos. Hidaka volvió a la carga.

—Entenderé que no aceptes. No quiero que luego tengas problemas —continuó, insistiendo en el tema.

—¿Problemas? —murmuró Riki para sí.

—Ya sabes... De todo tipo.

Si iba a tenerlos, ¿por qué no provocarlos ella misma? De todos modos, faltaban seis días para su ovulación. Miró a Hidaka con actitud desafiante y le dijo:

—Vale.

—¡No sabes la alegría que me das! ¡Gracias!

Le pareció desconcertante que se lo agradeciera y se quedó un rato preguntándose por qué. ¿Sería aquello también algún tipo de «trato»? Se acordó de otra de las palabras que había utilizado Daiki y que le parecía que se ajustaba bien a la situación.

Las luces de neón del motel al que solían ir aparecieron a lo lejos.

—Qué buenos recuerdos, ¿verdad? —dijo Hidaka feliz.

—¿Buenos recuerdos? ¿Es que echas de menos eso? —preguntó Riki señalando el neón púrpura con el nombre «Orión» que flotaba sobre el nocturno cielo hibernal.

Era un sitio antiguo y muy conocido. Cuando iba al instituto, solían usarlo a menudo para hacer bromas: «A esos los vi el otro día en el Orión», o: «¡Venga, vente conmigo al Orión!».

—Tenemos un pasado allí, ¿no?

Le pareció deprimente que Hidaka lo viera con añoranza. Camas estrechas, baños que olían a moho, habitaciones húmedas... No era un lugar que a Riki le apeteciera recordar. Aborrecía a Hidaka, sí, pero también aquel anticuado hotel que parecía haberse quedado congelado en el tiempo.

Tokio, con su constante cambio, la había salvado: que lo que ayer era un bar al día siguiente fuera un negocio de ramen casero o que la tienda de futones que llevaba allí mil años se hubiera

transformado sin que ella se diera cuenta en una droguería de la cadena Mitsukiyo. Los sentimientos que te provocaba un paisaje dejaban de parecer importantes cuando ni siquiera podías acordarte de él, lo cual te hacía permanecer en un presente continuo. Eso era lo bueno de la gran ciudad. El pueblo, en cambio, con su inmutabilidad, intentaba que siguiera atada a su pasado.

Hidaka había continuado viviendo allí y trabajando en el mismo sitio. Era incapaz de darse cuenta de que su presente y el de Riki se encontraban en planos completamente diferentes. ¿O tal vez era ella la que no lo veía? A ojos del hombre, que no hacía más que ver crecer su familia, quizá era Riki la que se encontraba estancada.

—Oye, mejor lo dejamos, ¿vale?

La negativa hizo que Hidaka exclamara un gran «¡ooooh!» de decepción.

—Qué pena. En realidad, he venido hoy pensando en eso.

—¿En qué?

—En ti, claro. En ese cuerpo ya madurito que tienes.

Hidaka era muy serio en el trabajo, pero, cuando bajaba al terreno personal, y más concretamente en todo lo relacionado con el sexo, se volvía vulgar de manera deliberada. Riki recordó que una vez, en uno de los restaurantes donde quedaban, le había susurrado al oído: «Si te digo que te quites aquí mismo las bragas, ¿lo harías?». Pretendía ser solo una provocación, pero ella se lo había tomado en serio y se había puesto muy nerviosa. Se abochornó por lo ingenua y pueblerina que era entonces.

—Ese tipo de comentarios me parecen repugnantes. ¿No te da vergüenza? Te has vuelto un simple viejo verde. Es puro acoso. No intentes pasarte ni un pelo conmigo o mi marido se enfadará.

La palabra «marido» le causó rechazo. No le gustaba Motoi Kusaoke como hombre y sabía que, en el fondo, a él le desagradaba

su falta de sofisticación. Siempre le habían parecido despreciables las mujeres que se escudaban en el hecho de tener esposo para defenderse y ahora era ella la que lo hacía. Hasta entonces había disfrutado con la farsa de hacerse pasar por una mujer casada, engañando a sus familiares y a sus antiguos compañeros de trabajo, pero ahora se sintió profundamente estúpida.

—¡Vaya, vaya! ¡Ya lo tenemos aquí! ¡El maridito! También se podría decir que yo soy uno... —se rio Hidaka, hablando para sí mismo.

—No me vengas con esas tonterías. Mira al frente y llévame a casa, por favor —dijo Riki en tono cortante mientras contemplaba las luces de los salones de juegos de azar y los restaurantes de cadena que brotaban cada tanto en los laterales de la carretera nacional.

—No son tonterías. —Hidaka rio a carcajadas—. Solo intento ponerme a tu nivel. Te has ido a Tokio, te has casado y, cuando vuelves, parece que te creas mejor que el resto. «Mi marido». Por aquí, la gente dice «mi esposo», con respeto, ¿sabes? Eso es lo normal. ¿Qué ha pasado con aquella Riki tan mona que conocía?

Con el codo apoyado en el marco de la ventanilla y conduciendo con una sola mano, no dejaba de hablar.

—Eres tú quien se cree mejor que los demás. Ya no eres mi jefe. No tenemos nada que ver el uno con el otro. No tengo por qué estar aquí contigo.

En cuanto pronunció aquella última frase, se instaló un silencio frío.

—Veo que te has convertido en alguien que dice las cosas sin rodeos. Das un poco de miedo.

Hidaka cogió el volante de nuevo con las dos manos y fijó la vista al frente. Dejaron atrás el motel, a mano izquierda. Para entrar, había que aparcar al fondo y caminar hasta la recepción para

escoger el tipo de habitación, así que tanto el coche como la matrícula quedaban a la vista de quien pasaba. Riki recordó que a Hidaka le preocupaba muchísimo. Parecía que él estaba pensando en lo mismo en ese instante.

—Dicen que han puesto una pantalla para que no se pueda ver el aparcamiento. Antes estaba demasiado a la vista.

Hidaka había utilizado «dicen que», como dando a entender que no lo sabía de primera mano, aunque daba la impresión de que había estado allí hacía poco.

—Da la vuelta ahí. Por esta dirección vamos en sentido contrario a mi casa. Regresemos cuanto antes —pidió Riki con una frialdad evidente.

Hidaka asintió repetidamente. Detuvo el coche en el arcén. Realizó varias maniobras y dio media vuelta.

—Tranquila, te dejaré en la puerta.

—Gracias.

Ambos guardaron silencio mientras sus miradas se perdían en la oscuridad de la carretera nacional que se extendía delante de ellos. Apenas se cruzaron con otros coches en aquella ruta nevada del este de Hokkaido. El firmamento estaba plagado de estrellas. Seguían en tierra firme, pero cincuenta o sesenta kilómetros más allá se encontraba el mar de Ojotsk, y quizá por eso daba la sensación de que el cielo era inmenso.

—Hidaka, ¿tus hijos fueron planeados?

—¿A qué viene esa pregunta? —saltó él—. ¿Ahora quieres hablar de tener niños?

—Sí, como referencia.

—Así que «como referencia», ¿eh? Pues la verdad es que no. Mi mujer y yo follamos y se quedó preñada. Lo hicimos otra vez y se quedó preñada de nuevo. Y así sucesivamente. La única que fue

buscada fue la última porque ella quería una niña. Utilizamos un método natural para elegir el sexo del bebé.

—¿En qué consiste?

—¿Te interesa? —preguntó Hidaka, sonriendo con malicia.

—Me interesa todo lo relacionado con la medicina reproductiva.

—Ya veo... En la residencia, siempre eras muy aplicada en el trabajo. ¿Estás estudiando en detalle los métodos para escoger el sexo del bebé antes de acostarte con tu maridito? Tú sí que lo planificas todo, ¿eh?

—Se podría decir así... —respondió Riki evasivamente.

—Nosotros probamos el más barato. Consiste en tener sexo dos días antes de la ovulación. El moco cervical es más ácido y crea un entorno favorable para los espermatozoides X. Si consigues calcular cuándo será la ovulación, las posibilidades de que nazca una niña son altas. Lo malo es que, como los espermatozoides Y no son tan efectivos, las posibilidades generales de embarazo bajan. Mi mujer controlaba mucho su ciclo, así que tuvimos suerte y funcionó. Si no salía bien, pensábamos recurrir al método Percoll, que es de inseminación artificial. Se sumerge el semen en una solución Percoll y se utiliza una centrifugadora para separar los espermatozoides X de los Y. El día de la ovulación, solo se introducen en el útero los primeros.

—¡Guau! Conoces muy bien el tema. ¿Y cómo puede ser que se extraigan solo los X? —Riki quedó impresionada por lo claras que habían sido las explicaciones de Hidaka.

—Los Y pesan más y se sedimentan al centrifugarlos. De todas formas, ninguno de esos métodos garantiza tener una niña. No son muy precisos. Dicen que la probabilidad es del setenta por ciento. Hay otro más seguro, la...

—Eso sí lo sé —lo interrumpió Riki—. Te refieres a la fecundación in vitro, ¿verdad?

—Veo que también sabes del asunto —dijo Hidaka sorprendido, mirándola a la cara desde el asiento del conductor.

—Bueno, no demasiado. Sé que, si implantan solo embriones femeninos en el útero, el bebé será una niña.

Si la inseminación artificial no salía bien, optarían por la fecundación in vitro. Como Motoi quería un niño, si al final utilizaban ese método, los embriones que le implantarían serían masculinos.

—Exacto. ¿Tú también vas a probar el primer método, Riki? —preguntó Hidaka con gesto serio.

—No, no tengo interés, solo curiosidad.

—Pero tu marido es mayor que yo, ¿no? Si quieres hijos, es mejor que lo hagáis cuanto antes. Tú eres joven, pero sus espermatozoides serán cada vez de peor calidad y os costará más conseguir un embarazo.

—¿De verdad?

—De verdad —respondió él, imitando el tono de Riki.

—Hidaka, ¿son monos los niños?

—Claro que sí. Imagino que yo también llevaba escrito en los genes el instinto de proteger a mi descendencia. No lo sentía antes de que nacieran mis hijos, pero, en el momento en que nació el primero y lo abracé, todo cambió.

—Vaya... Suena como si estuvieras escribiendo un ensayo que pretendiera ser emotivo —respondió Riki con sarcasmo.

Cuando estaba a punto de tener a su hijo mayor, la utilizaba a ella para desfogarse sexualmente. Mientras Hidaka se acostaba con ella y eyaculaba dentro del preservativo, su esposa, a la que ya se le notaba la barriga, se esforzaba sin descanso por hacer crecer a su retoño.

—Piensas que soy un hombre despreciable, ¿no? Y con razón. Te di de lado en cuanto mi mujer tuvo a nuestro hijo. Te ignoré y actué como si lo nuestro nunca hubiera pasado.

Riki no esperaba que Hidaka dijera aquellas palabras.

—¿Despreciable? No, lo que opino es que eres asquerosamente sincero. Yo era joven y al principio ni siquiera sabía que tu mujer estaba embarazada. Creía que te gustaba de verdad. Me di cuenta mucho más tarde de que lo único que querías era sexo. Y ahí comprendí que ibas muy de cara —respondió seria, acorde con el tono que había tomado la conversación.

—Por eso lo siento mucho. Me gustabas de verdad, Riki. Lo pasé muy mal. No te miento.

Hidaka alargó la mano derecha para intentar coger la suya. A ella aquel gesto le pareció completamente fuera de lugar. En aquella época, era joven e ingenua. Aquel era el único motivo por el que se había ilusionado con él como una boba: creer por error que la quería.

—Hidaka, eres un narcisista. Te recreas pensando que engañaste a una palurda de pueblo y que la usaste como quisiste. Parece que te digas con nostalgia a ti mismo: «Joder, ¡qué cabrón era en mis tiempos mozos! ¿Qué habrá sido de aquella tía?» —dijo Riki, riéndose ante la expresión sorprendida de Hidaka.

—No digas eso. De verdad siento que me porté mal.

—Bah, da igual. Disculpándote no haces más que herir mi orgullo.

—¿Tu orgullo? ¿Y eso por qué?

Hidaka entreabrió ligeramente la boca e inclinó la cabeza hacia un lado, dando a entender que no lo comprendía.

En ese instante sonó el móvil de Riki. Acababa de recibir un correo. Motoi no utilizaba Line, por lo que, siempre que le llegaba

uno, tenía el mal presentimiento de que sería él. Acertó. En el asunto podía leerse: «Soy Kusaoke → Para Oishi».

Buenas noches:

La señora Aonuma me ha comentado que estás en Hokkaido. Cuando quieras hacer un viaje, te agradecería que me lo consultases antes. Me gustaría saber en todo momento dónde te encuentras, por lo que te ruego que a partir de ahora te abstengas de realizar este tipo de salidas sin avisar.

Quizá sea innecesario recordártelo, pero, por favor, no olvides el contenido del contrato. No debes consumir alcohol ni fumar. Debo pedirte que mantengas el cuerpo limpio y saludable.

No, de hecho, esto no es una petición. Se trata de una obligación. Si no la cumples, deberás asumir las penalizaciones correspondientes, de modo que actúa con prudencia.

Sé que puedo parecer extremadamente insistente, pero ten en cuenta que mi mujer y yo hemos llegado incluso a fingir un divorcio y lo hemos apostado todo, nuestra vida entera, por este proyecto.

Por supuesto, este plan no sería posible sin ti, Oishi.

Te agradecemos de antemano tu colaboración.

Kusaoke

Era un correo electrónico que parecía muy educado, pero que, en el fondo, era extremadamente insolente. No transmitía ni una pizca de consideración hacia Riki. Lo único que pretendía era reprenderla de forma unilateral. Cuando había rechazado vivir en el estudio de ballet de Motoi pese a que había recibido ya los dos millones de anticipo, él cambió de actitud. Empezó a comportarse como si aquello no fuera más que un negocio y, a la mínima contrariedad, sacaba a relucir el contrato para intentar atarla mediante sus cláusulas. La dejó atónita que ahora llamara «proyecto» al embarazo y al parto. ¿La consideraría una pieza más de él?

La antipatía que le profesaba a Motoi volvió a hacerse latente, a crecer dentro de ella. Releyó aquel correo electrónico lleno de imperativos. Ni siquiera le preguntaba cómo estaba, lo único que

hacía era recordarle que debía cumplir con las normas fijadas. Sintió que se la llevaban los demonios. ¿No le daba vergüenza no mostrar ni pizca de respeto hacia la familia de Hokkaido de su «esposa», aquella mujer a la que había forzado a fingir que estaba casada con él?

Recordó cuánto se había enfadado su padre con aquel yerno que ni siquiera se había dignado a pasarse a saludar. Aquella irritación estaba más que justificada.

Su madre le había dicho que al menos se quedara con su semilla cuando Riki había insinuado que se llevaban muchos años y que seguramente acabarían divorciándose pronto. Pero ella odiaba a Motoi. No quería un hijo suyo. Y, sin embargo, su útero se veía obligado a gestarlo.

—¿Qué te pasa? ¿Es un correo de tu maridito? ¿Te ha descubierto? ¿Está cabreado? —preguntó Hidaka, al que el repentino silencio de Riki le había parecido sospechoso.

—No, no es nada.

—¿Seguro? ¿No vas a contestarle? ¡Escríbele algo! Se alegrará.

—¿Crees que lo hará?

—Pues claro, mujer.

—¿Y qué le escribo?

—Yo qué sé. Pues... contéstale: *«I love you»*...

Si le escribía algo así, Motoi pensaría que se había vuelto loca. La idea la hizo reír. Con el móvil todavía apretado contra su pecho, empezó a darle vueltas a la situación.

Si devolvía todo el dinero que había recibido, quizá podría bajarse del carro del «proyecto» de aquella pareja. Hasta el momento se había gastado casi un millón entre la mudanza y los gastos destinados a revertir su paupérrima existencia. Tal vez incluso podría librarse de reembolsarlo, alegando que compensaba la carga física

que ya había soportado, como las inseminaciones artificiales y el uso de los estimulantes de ovulación. Sin embargo, considerando que la pareja había llegado incluso a fingir su propio divorcio, quizá acabaría siendo ella quien tuviera que pagar una indemnización por incumplimiento de contrato. ¿Qué debía hacer?

—¿Te has peleado con tu maridito? —preguntó Hidaka con cautela mientras Riki se perdía en mil y una posibilidades.

—No, no es eso.

—Entonces, me quedo más tranquilo. Yo solo deseo que tu matrimonio vaya bien, Riki.

¡Vaya! En cuanto había aparecido la sombra del esposo, el que hacía un rato la provocaba diciendo que deseaba «su cuerpo madurito» se había apaciguado de golpe.

—Tu casa está girando ese semáforo, ¿verdad?

—Sí.

Pasadas las diez de la noche, casi no quedaban luces encendidas en las viviendas y, aparte de la de las escasas farolas, lo único que brillaba al otro lado de la blanca carretera nevada era ese punto verde. Aquella vía recta, casi sin semáforos, era la misma por la que Riki había pasado en autobús al volver a casa desde el aeropuerto. La invadió la sensación de haber nacido y crecido en un pueblo triste y solitario.

—Hidaka, ¿has estado alguna vez en Tokio?

Él respondió con calma, con la mirada fija delante.

—Sí, dos veces. La primera fue en el viaje de novios; fuimos a Disneyland. Fue muy divertido. La segunda llevé a mis padres a ver el monte Fuji y el mirador del Tokyo Skytree. ¿Tú has subido?

Riki casi nunca visitaba esos lugares tan espectaculares. Tanto Teru como ella vivían reptando por el suelo.

—He ido dos veces a Disneyland, pero al Tokyo Skytree todavía no.

—Viviendo en Tokio, puedes ir cuando quieras.

—Sí..., supongo que sí.

Aunque, de todas formas, no lo hago, pensó Riki, cuidándose mucho de decirlo en voz alta.

Estaban ya cerca del barrio de sus padres. Era una zona de edificios antiguos construidos por el ayuntamiento entre mediados de los años cincuenta y los ochenta. Aquellas viviendas típicas de la era Showa se agrupaban de dos en dos. Las que tenían encendida alguna luz anaranjada en las ventanas podían contarse con los dedos de la mano. Quizá muchos de los vecinos se habían mudado tras escuchar los rumores de que iban a derribarlas y a reconstruir la zona.

—Por cierto, precisamente el otro día me encontré con tu hermano en la cooperativa agrícola.

—¿Lo conoces?

—Bueno, más o menos. Es un conocido del padre de mi esposa.

Riki no sabía nada del tema porque, en realidad, no tenía el más mínimo interés en la vida de su hermano.

—Vaya.

—Me dijo que tu madre estaba preocupada porque dice que eres muy fría. Te fuiste a Tokio y no has vuelto desde entonces, ni siquiera cuando murió tu tía, y eso que ella te había avisado. Y luego, de repente, apareces diciendo que te has casado. No se lo esperaban.

Aunque hubiera querido regresar, no habría podido porque en aquel momento estaba sin blanca. Bueno, no exactamente. Motoi le acababa de dar 50.000 yenes, así que le habría llegado para pagar el vuelo, pero en su lugar había decidido comprar a Daiki.

Aunque le contara a Hidaka que no había podido volver porque no tenía dinero, no se lo creería, ya que supuestamente estaba casada. De repente, Riki sintió que no hacía más que una tontería tras otra y se deprimió. Al verla tan silenciosa, él se preocupó.

—¿Qué pasa? Estás muy callada.

—Nada. ¿Sabes? No creo que yo sea una persona fría —murmuró Riki abatida mientras miraba por la ventana—. ¿Vamos a algún sitio?

Esta vez era ella quien lo invitaba.

—¿En serio? ¿Por qué? ¿Te has peleado con tu maridito?

—Algo así.

—Entonces... ¿te parece bien si vamos a otro hotel? —se apresuró a decir Hidaka.

Parecía tener prisa, como si temiera que Riki cambiara de opinión.

—¿Hay alguno por aquí cerca?

—Sí. Abrieron uno nuevo hace poco, pero hay que volver a la ciudad.

—Podríamos haber ido a ese desde el principio...

Hidaka guardó silencio. Riki supuso que él quería ir al Orión, aquel motel que tantos recuerdos le traía. Ella, sin embargo, deseaba dejar atrás el pasado. Daba la impresión de que aquellos seis meses le provocaban a la vez nostalgia y un remordimiento que, por otra parte, parecía disfrutar.

—¿Te lo pasas bien, Hidaka? —le dijo con mala intención.

Él negó con la cabeza. Su expresión era seria.

—¡Qué va! Pasármelo bien, dice... Trabajar en la residencia es durísimo y, además, tengo que criar a cuatro hijos.

Hidaka es simple, pero no parece mala persona, pensó Riki.

El hotel al que la llevó se encontraba justo detrás del bar en el que habían estado bebiendo con las demás hacía apenas un rato. Su nombre era muy elegante: Beljour.

Riki pensó que era arriesgado entrar allí. Misaki y las demás probablemente seguirían cerca, en el karaoke, así que podían descubrirlos. A Hidaka eso no parecía importarle, porque entró sin vacilar en el aparcamiento, que estaba rodeado de edificios altos desde los que podían verlos a la perfección. Seguro que incluso eran visibles desde el bar de antes.

—Tu coche blanco llama bastante la atención. ¿Te da igual? Misaki y las otras todavía deben de andar por aquí.

Riki estaba inquieta, pero Hidaka respondió con un leve encogimiento de hombros.

—Supongo que habrán ido al karaoke de Shinmachi.

Dicho esto, la cogió de la mano y la llevó a la habitación. Se ducharon en un plis plas y se fueron directos a la cama. Él tenía prisa: le explicó que había toque de queda en su casa y que a las doce como máximo debía volver.

—Entonces solo tenemos una hora.

—Sí. Como te lo has pensado tanto, se me ha descuadrado todo el plan —afirmó Hidaka, culpando a Riki de la situación.

Ella, tumbada, no respondió. El Beljour era nuevo y, a diferencia del Orión, tanto las camas como los baños estaban limpios. La habitación en la que había estado con Daiki era más pequeña y estrecha. ¿Qué diablos estoy haciendo?, se preguntó Riki mientras contemplaba la luz incrustada en el techo.

Hidaka se inclinó sobre ella y la besó. Mientras lo hacía, le vertió cerveza sin alcohol en la boca.

—Está un poco caliente —dijo Riki.

—Es por mi cuerpo, que también lo está.

Hidaka era bastante ancho y su temperatura era, efectivamente, alta. Riki pensó en Motoi y en cuánto se enfadaría si la viera allí, abrazada a aquel hombre. Se deprimió al recordar una de las frases que le había escrito en el correo: «Debo pedirte que mantengas el cuerpo limpio y saludable». Había bebido alcohol y se estaba acostando con otro. ¿Significaba eso que su cuerpo estaba sucio y era poco saludable? Hidaka se separó un poco de ella y dijo:

—¿Qué te pasa? No te veo muy concentrada. Antes decías que te gustaba más.

—¿Eso decía?

—Sí. ¿Te preocupa algo?

—No. Bueno... Simplemente es que no sé qué hacer.

—¿Quieres divorciarte?

Hidaka se incorporó y la miró a los ojos.

—Sí. Supongo que tarde o temprano acabaré separándome. Aunque antes debo cumplir ciertos compromisos. Y eso me pesa muchísimo.

—¿A qué te refieres?

—A lo de tener hijos. Mi marido quiere. Eso me convierte en una máquina de parir.

Riki había respondido con total sinceridad. Eso era lo que sentía. Hidaka no pareció interpretarlo literalmente.

—Lo puedo entender, es mayor que yo. Seguro que tiene prisa. Si no se espabila, él será un viejo y sus hijos todavía no habrán llegado a la edad adulta. Son cosas que uno piensa...

—Eso también influye, pero lo que él desea es dejar un legado genético.

—Parece que solo piense en el suyo. Lo normal cuando se está en pareja es querer descubrir qué tipo de hijo nacerá de combinar tus genes con los suyos.

Eso sería lo normal, se dijo Riki, pero ellos no eran un matrimonio al uso.

3

A la mañana siguiente Riki fue con su madre a visitar la tumba de su tía Yoshiko. Ese era, en realidad, el verdadero motivo de su viaje, así que pensaba regresar a Tokio esa misma tarde, en el vuelo de las 15:05.

El cochecito que conducía su madre subía lentamente la cuesta helada que llevaba al cementerio. El camposanto se había construido hacía diez años y se extendía sobre una suave colina situada a las afueras de la ciudad. Todavía quedaban muchas parcelas libres y las tumbas que ya había parecían bastante nuevas.

El abuelo materno de Riki también estaba enterrado allí. Su abuela, que vivía aún, tenía ochenta y siete años, pero estaba ingresada en una residencia, pues necesitaba cuidados especiales a causa de su avanzada demencia. La tía Yoshiko no estaba casada y por eso la habían enterrado junto a su padre, es decir, el abuelo de Riki.

—¿No te parece que este lugar es un poco triste?

Acababa de empezar el invierno. Desde aquel cerro podía divisarse toda la ciudad. Sin embargo, las divisiones de hormigón que marcaban las parcelas aún por vender le otorgaban un aire frío y, a ojos de Riki, deprimente.

—Las vistas son mejores en pleno invierno. Cuando caen las hojas y la nieve lo cubre todo, es precioso. Y en primavera, cuando lo invaden los dientes de león, también.

Su madre habló en dialecto de Hokkaido, como siempre. Intentaba convencerla de las bondades del lugar; aunque, en realidad, para alguien que vivía en el norte, que hubiera un paisaje nevado no era nada extraordinario.

—¿Vienes en esa época a visitar el cementerio?

—Si muere alguien, no queda otra.

Por primera vez desde que Riki había vuelto, su voz sonaba realmente cercana, como la de una madre que hablara con su hija. Habían tenido que pasar tres días para que eso sucediera.

—Ya, claro...

—Tu padre quiere comprar un terreno para cuando nosotros muramos. Tú también tendrás que venir a visitarnos aquí.

Riki observó las divisiones rectangulares todavía sin vender. La nieve que las cubría hasta hacía poco había sido removida y había dejado al descubierto la tierra negra. Si moría soltera, seguramente acabaría en una tumba construida en una de ellas: el mismo destino que el de la tía Yoshiko. Aunque hubiera querido escapar de su tierra natal, sus restos volverían a ella de forma irremediable si fallecía antes de casarse.

—Supongo que nunca podré cortar el vínculo con este lugar —murmuró para sí misma.

—No...

Riki no supo si su madre comprendía o no lo que escondía su frase, pero sus palabras continuaron en la misma dirección.

—Aunque ahora existen entierros bajo los árboles y cosas así. A mí me parecería bien.

—No te creas que son mucho más baratos...

Si Riki muriera, ¿quién pagaría el funeral? Quizá, después de todo, lo más económico sería que la enterraran allí.

Al fijarse en las manos de su madre, aferradas al volante del pequeño coche, se dio cuenta de que se habían cubierto de manchas y arrugas.

—Mamá, tus manos son de abuela.

—No es nuevo. Las tengo así desde hace tiempo —murmuró la mujer sin apenas inflexión en la voz.

—Es muy triste ver cómo tus padres se hacen mayores.

—Por eso deberías tener hijos pronto. Nos dejarás más tranquilos. Me preocupa tanto que, cuando llegue tu hora, no haya nadie contigo que no puedo morirme en paz.

—Como la tía Yoshiko, ¿no?

—Ella al menos me tenía a mí. Tú solo tienes a tu hermano y, siendo hombre, acabará desentendiéndose. Y su mujer no deja de ser una extraña.

Riki evocó el rostro sencillo y sin maquillaje de su prometida. Aquella mujer destinada a ser su cuñada la había observado con desconfianza. Quizá se preguntaba qué tipo de vida llevaba en Tokio, teniendo en cuenta que había aparecido en el pueblo vistiendo deliberadamente de forma extravagante.

—Pero me he casado.

Sintió un vacío en el pecho en cuanto aquellas palabras salieron de su boca. Su madre debió de percibirlo, porque en ese instante su semblante se ensombreció.

—Ya, pero nos dijiste que seguramente te divorciarías pronto. Y tu marido ni siquiera ha venido a presentarse. No sé qué está pasando...

—Bueno, tú déjamelo a mí —respondió Riki, fingiendo despreocupación.

—Ya, pero... —Su madre dejó la frase a medias, como si acabara de recordar algo—. ¡Se me había olvidado decírtelo! Este coche era

de tu tía Yoshiko.

Ahora que lo mencionaba, el color rosa desteñido de la carrocería y el atrapasueños en miniatura que colgaba del retrovisor encajaban a la perfección con sus gustos. El vehículo en el que llevaba a Riki a la peregrinación de las solteras era un Suzuki negro.

—Lo compró hace dos años de segunda mano. Le encantaba y se la veía tan feliz conduciéndolo que pensé que se había curado.

—Seguía siendo una fan incondicional de Takuya Kimura, ese actor que también fue cantante, ¿verdad?

Riki acarició el atrapasueños con las yemas de los dedos.

—Sí. Cuando se trataba de él, parecía una adolescente. Me habría gustado que pudiera ver la nueva serie que ha sacado...

De repente, su madre se puso melancólica. Parecía estar conteniendo las lágrimas.

—Tenía ganas de verla, mamá.

Le habría gustado saber qué opinaba su tía sobre lo de ser madre subrogada. Era probable que se hubiese opuesto frontalmente, teniendo en cuenta que siempre había soñado con vivir un amor romántico.

—Como la enfermedad de la abuela está tan avanzada, no se ha enterado de que Yoshiko ha muerto. Es lo mejor. Cada vez que voy a visitarla, me pregunta por ella.

—¿Y qué le contestas?

—Depende. A veces le digo que está de compras; otras, que está trabajando. Siempre se queda conforme con mis respuestas. Que una hija muera antes que su madre es una tragedia que nunca debería ocurrir.

Con esta última frase, la mujer pretendía dar el tema por zanjado.

—Tienes razón. Es mejor ahorrarle el sufrimiento —asintió Riki mientras reprimía un bostezo. Su madre lo percibió y cambió de

asunto.

—Ayer llegaste tarde, ¿verdad? —preguntó.

Al final Hidaka se había saltado el horario que había acordado para volver a casa y se había quedado más rato con ella, así que Riki no regresó hasta pasada la medianoche.

—Sí, hacía tiempo que no salía a beber.

—Ya... —Su madre la miró a la cara—. Pero ahora estás casada. ¿Quieres decir que está bien que hagas esas cosas?

—Solo salí a tomar unas copas.

—Supongo que los jóvenes de hoy lo veis así...

Su madre asintió no muy convencida.

—¿Tiene que ser tan asfixiante el matrimonio? Tu forma de verlo es muy anticuada. Digamos que, en Tokio, esa definición ya no se aplica.

Riki tocó el falso anillo de boda que llevaba en la mano derecha. Fingía estar enfadada con su madre, pero, en realidad, se aborrecía a sí misma. Aunque se arrepentía de haberse acostado con Hidaka, lo que más odiaba era pensar que la causa de su comportamiento tremendamente infantil había sido el resentimiento hacia Motoi Kusaoke.

—Aquella es la tumba de Yoshiko y de tu abuelo.

Su madre señaló una de las muchas lápidas que se alzaban allí en un completo desorden. Riki no supo distinguir de cuál se trataba. Ella todavía trabajaba en la residencia de ancianos cuando murió su abuelo, así que la había visitado al menos una vez, pero no recordaba el lugar en absoluto.

—¿Ves? Todavía hay flores. Las dejé cuando vine hace dos semanas.

Varias tumbas se apiñaban dentro de la misma parcela, como si fuera una ciudad de casas diminutas construidas unas junto a otras.

En uno de los extremos, se erigía una lápida solitaria en la que podían observarse unas flores marchitas. Era más pequeña y humilde que el resto. Riki suspiró al pensar que, cuando muriera, quizá acabaría en una sepultura como aquella.

Su madre llegó a un gran aparcamiento en el que solo había tres coches y giró el volante una y otra vez con poca pericia hasta dejarlo estacionado en diagonal. Se dirigían a la oficina a pedir un cubo y un cucharón con los que limpiar la tumba cuando Riki recibió un mensaje de Line de Teru. Se detuvo un momento a leerlo.

Su amiga le contaba que había dejado el hospital y que había vuelto a su pueblo natal, en Aichi. Se había mudado con Somuta y ambos estaban trabajando a tiempo parcial en un restaurante. Riki se alegró de tener noticias suyas porque hacía tiempo que no sabía nada de ella.

¿Cómo estás, Riki? Me gustaría llamarte luego.
¿A qué hora te va bien?

Estoy bien. Ahora estoy visitando la tumba de mi tía. Te llamo yo dentro de una hora.

Vale. ¡Tengo ganas de hablar contigo!

¡Yo también! ¡Hasta luego!

Le envió un *sticker* que se movía y lanzaba un beso. Estaba impaciente por contarle todo lo que le había pasado últimamente y le apetecía mucho hablar con ella por teléfono.

Cuando acabaron de limpiar la tumba, su madre le propuso ir a comer juntas unos fideos. Regresaron al pueblo y entraron en un famoso restaurante de ramen. Su madre pidió dos cuencos con extra de cerdo, todo un lujo, y parecía muy contenta.

—Casi nunca comemos fuera. Tenía muchas ganas de venir aquí contigo —le dijo.

Cuando terminaron sus platos, Riki intentó pagar la cuenta, pero su madre se negó en redondo.

—Déjame invitarte al menos. A cambio, cuando te quedes embarazada, avísame enseguida.

Riki no sabía si reír o llorar, por lo que su expresión se quedó a medio camino. Su madre fingió no darse cuenta.

—Mamá, voy a dar un paseo antes de volver a casa —dijo, tratando de ocultar lo incómoda que la hacía sentir la situación.

—¿Llegarás a tiempo a tu vuelo?

—Sí, no te preocupes.

Cuando su madre se fue, Riki entró en un parque infantil y llamó a Teru por Line.

—¡Hola! ¿Teru? ¡Gracias por tu mensaje!

—Hacía mucho que no hablábamos.

—Sí. Se te oye bien. Pareces muy animada.

—Tú también, Riki. Ahora estás en Hokkaido, ¿verdad?

—Sí. No pude venir cuando murió la tía Yoshiko y quería visitar su tumba. Cuando me quede embarazada, ya no podré. Además, me he casado, así que pensé que como mínimo debía decírselo a mis padres.

Al principio Teru se había opuesto a la gestación subrogada, argumentando que aquello mancharía su maternidad. Después había acabado apoyándola, aunque Riki no le había revelado cuánto dinero recibiría por hacerlo. Ahora que su amiga había vuelto a Aichi, quizá por la distancia que las separaba, habían empezado a hablar de sus vidas más abiertamente.

—¡Oh! ¿Has presentado los papeles? ¿De verdad te has casado? —preguntó Teru casi a gritos, muy sorprendida.

—Sí, aunque no es un matrimonio de verdad. No vivimos juntos ni nada por el estilo. Es una medida un poco desesperada para que, cuando nazca el niño, se lo reconozca como el hijo legítimo de Motoi. En cuanto dé a luz, volveré a la soltería.

—Pero eso quedará ahí. Será una mancha en tu registro familiar, ¿no?

A Riki le sorprendió que saliera a relucir esa palabra. La maternidad, el registro familiar..., ¿serían cosas que, en la mente de Teru, no debían contaminarse bajo ningún concepto?

—¿Se puede «manchar» un registro familiar?

—Claro que sí. Has adoptado el apellido Kusaoke. Cuando te separes, quedará constancia. Ellos lo hacen para tener un heredero, pero tú, sin comerlo ni beberlo, vas a cargar con la cruz de ser una divorciada.

—Esa mentalidad es de hace más de un siglo. ¡Ni que fueras del periodo Meiji!

—De hecho, es más antigua. De finales del siglo xv, en pleno periodo Sengoku.

—¿De la época de los señores de la guerra?

Todo parecía tan extemporáneo que a Riki se le escapó una carcajada. Unos padres que jugaban con su retoño en el parque de arena se giraron sorprendidos para mirarla.

—Sí, suena a la Edad de Piedra...

—Pues, ahora que lo dices, un poco sí... De todas formas, me parece un poco injusto. Aunque tú lo aceptaste, ¿no?

Teru lo dijo con un tono tan compasivo que Riki se sintió incómoda. Le dio la impresión de que le hablaba con condescendencia.

—Sí. A mí me da igual lo que haya escrito en mi registro familiar y era la solución más sencilla, por eso me pareció bien. Lo que más

me preocupaba era cómo se lo iba a tomar su esposa, pero ella estuvo de acuerdo y no pareció afectarle en absoluto.

—Ya... Pues yo creo que el único que sale ganando con todo esto es ese viejales. Él solo aporta el esperma. Tú, en cambio, eres la que pone su útero y su vida en juego. ¿De verdad te parece bien?

Teru seguía presionándola.

—No te digo que no haya pensado eso alguna vez, pero ya he firmado el contrato. Lo voy a intentar y a ver qué pasa. Además, ya me han dado un adelanto. Me he mudado y todo.

Riki tenía ganas de contarle el contenido del contrato y pedirle consejo. Quería hablarle de cómo Motoi Kusaoke había empezado a referirse a todo aquello como un «proyecto» y también de sus intentos de controlarla. Sin embargo, a juzgar por el tono de Teru, era evidente que seguía en contra de la gestación subrogada, así que no se sintió con la confianza suficiente para sincerarse.

—¿Estás bien, Riki?

Su amiga sonaba irritada. Parecía haber notado la inseguridad que denotaban sus palabras.

—Sí.

—Todavía puedes echarte atrás.

—No, ya no.

—¿Por qué no?

—Tendría que pagar una indemnización por rescindir el contrato.

Escuchó el suspiro de Teru al otro lado del teléfono.

—¿Es un problema de pasta?

Riki guardó silencio. ¿No era el dinero lo que las había estado agobiando a las dos todo ese tiempo? ¿Por qué no admitirlo?

—Cuando te escucho hablar, me da la sensación de que no quieres seguir adelante.

A Riki le molestó que hubiera dado en el clavo.

—Estoy empezando a tener dudas...

—¡Pues déjalo!

—No es tan sencillo.

Teru parecía frustrada por la respuesta.

—A tus padres les has dicho que te has casado, ¿no?

—Sí.

Riki miró el anillo falso que llevaba puesto, el que había comprado para sostener el engaño.

—¿Y se han alegrado?

—Sí. Aunque mi padre tiene la mosca detrás de la oreja porque mi marido no ha venido a presentarse.

—Normal.

Riki se preguntó qué habría pasado desde que había regresado a Aichi para que Teru, que siempre parecía emocionalmente muy inestable a causa de sus problemas con el dinero, estuviera tan calmada.

—Y, a ti, Teru, ¿cómo te va? ¿Cómo está Somuta? ¿Os va bien?

Su amiga dudó un momento antes de contestar.

—Sí. De hecho, quería contarte una cosa... Estoy embarazada.

—¿De verdad? ¡Enhorabuena! Me alegro mucho.

Fue una respuesta automática. En realidad, aquella confidencia le generó inquietud: todo el mundo avanzaba menos ella.

—No sé, a lo mejor no es tan buena noticia. Seguimos sin blanca. Tenemos una deuda enorme y mi familia es una mierda porque, en cuanto les dije que me iba a vivir con Somuta, cortaron toda relación conmigo. Lo mire como lo mire, me siento en un callejón sin salida. Cuando le dije a Somuta lo del embarazo, se puso contentísimo. Quiere que lo tenga. Me gusta que se lo haya tomado así, pero al mismo tiempo me aterroriza pensar en lo que vendrá a partir de ahora...

—Te entiendo.

Riki comprendía muy bien esa última frase porque a ella le ocurría exactamente lo mismo.

—Seguro que tú puedes entenderme, ¿no es así, Riki? Las dos lo hemos pasado muy mal en Tokio y sabemos lo que es vivir en la pobreza. Por eso es natural que nos preguntemos si estamos en condiciones de criar a un hijo.

—Aun así, piensas tenerlo, ¿no?

—Sí —declaró Teru con firmeza.

—Entonces no tiene sentido que te preocupes ahora por lo que vendrá.

Era mentira. Una de las gordas. Riki lo decía para salir del paso, pero la estaba engañando. Se reprochaba a sí misma la facilidad con la que esas palabras habían salido de su boca.

—Aun así, es inevitable. Seguro que a ti te pasa lo mismo, ¿no?

¿Qué haría ella en su lugar? Era difícil ponerse en su pellejo, ya que no tenía un novio al que quisiera y eso dificultaba mucho imaginar cómo se sentiría en la misma situación. Quizá, si se quedara embarazada de un hombre al que amase, desearía parirlo. Como Hidaka y su esposa.

«Lo normal cuando se está en pareja es querer descubrir qué tipo de hijo nacerá de combinar tus genes con los suyos».

—Creo que, si quieres ver qué tipo de niño nacerá de vuestra unión, deberías tenerlo.

Esas palabras, que había copiado casi al pie de la letra de las de Hidaka, parecieron dar en el blanco.

—Sí... ¡Gracias, Riki! Me has dado la fuerza que necesitaba. ¡Lo tendré!

—Me alegro.

—Ya hablaremos, ¿vale? Cuídate.

—Sí, ¡hasta pronto!

Después de colgar el teléfono, Riki se quedó un rato sentada en el banco, sin fuerzas. Envidiaba a Teru. Más bien, el sencillo hecho de que ella afrontara el embarazo junto a un compañero, Somuta. Porque ella no tenía nada que hacer cuando volviera a Tokio. Su trabajo consistía en quedarse encinta. No tenía marido al que cuidar ni tampoco necesidad de buscar trabajo. Podía pasarse el día entero viendo la tele y leyendo mangas en el apartamento que acababa de alquilar.

Carecía de ataduras, pero también de apoyos. Si fuera una mujer lista, se marcaría un objetivo laboral para después de la gestación subrogada y comenzaría a prepararse. Sin embargo, Riki todavía no se veía con ánimos para enfrentarse a eso.

Las preocupaciones no paraban de agobiarla y no conseguía ordenar sus pensamientos. Regresó a casa bastante alicaída.

Cuando llegó, su madre, que había vuelto antes que ella, le dijo mientras le entregaba una gran bolsa de papel:

—Toma. Llévale esto a tu marido.

Riki miró en su interior y vio que estaba llena de los regalos típicos de Kitami: galletas de la pastelería Shiga en forma de piedra de *curling*, caramelos de menta y otras especialidades locales.

—No hacía falta que te molestaras, mamá. Además, ¡son muchísimas cosas!

—No, no. Está bien. Si te parecen demasiadas, repártelas entre tus vecinos.

Riki había dejado el trabajo y su única amiga, Teru, se había marchado a Aichi. No tenía con quién compartir tantos regalos.

—Gracias, seguro que mi marido se alegra mucho.

Su madre asintió complacida. Una parte de Riki estaba satisfecha con su mentira y el efecto que había provocado. La otra, sin

embargo, sintió cierta soledad. Esto es lo que significa volverse adulta, pensó.

Cogió el bus para ir al aeropuerto de Memanbetsu. Podría haberse quedado más tiempo en casa de sus padres porque aún faltaban cinco días para la ovulación, pero se sentía inquieta por algún motivo que no logró identificar. Además, allí no tenía habitación propia. Estaba habituada a vivir sola en Tokio y la cercanía con otros, incluso con sus propios padres, la incomodaba.

Tras el *check-in*, dio un paseo por el aeropuerto.

—¿Le gustaría llevarse unas galletas de Shiroi Koibito como recuerdo de su viaje? —le preguntó una voz.

Riki hizo ademán de ignorarla y siguió caminando. Entonces, una risa aguda estalló detrás de ella.

—¡No pases de mí, mujer! ¿Ya te vas?

Se le había olvidado por completo que Misaki trabajaba en una de las tiendas del aeropuerto. Riki, a quien había pillado con el pie cambiado, aprovechó para mostrarse agradecida con ella.

—Muchas gracias por organizar lo de anoche.

Misaki tenía los ojos algo hinchados. Riki imaginó que había bebido bastante después de que se separaran.

—No hay de qué. Todos estaban muy contentos de verte. Vaya... Así que te vas ya... Yo estaba convencida de que volvías mañana y pensé que ya no coincidiríamos porque es mi día libre.

—¡Vaya! Pues me alegro de haber podido verte. Me lo pasé muy bien ayer. No habéis cambiado nada.

—¡Qué va! Sí que lo hemos hecho. ¡Estamos más viejos! Pero todos piensan que tú estás más guapa y elegante que antes. A las que vivís en Tokio se os nota.

Riki volvió a observar cómo la mirada de Misaki se dirigía al anillo de su mano derecha.

—Y te has casado, ¿no?

—Sí.

—He oído rumores de que entraste con Hidaka en el Beljour...

Misaki le dedicó una sonrisa pícara.

—¿Qué es el «Beljour»? —preguntó Riki, fingiendo que no lo conocía.

En el fondo, estaba aterrada. En un pueblo, cuando empezaban las habladurías sobre algo, ya no había marcha atrás. Llegarían a oídos de sus padres y de su hermano. ¿Y qué pasaría con el matrimonio de Hidaka? Tenían cuatro hijos. Su mujer quizá no podría soportar aquella humillación.

—¿No sabes qué es el Beljour? Es un hotel por horas. Un *lo-ve ho-tel* —dijo Misaki, deteniéndose en cada sílaba.

—No lo conozco. El único que me suena es el Orión —dijo Riki en tono de broma, pero su amiga no se rio—. Tengo que irme ya, es la hora.

Hizo una pequeña reverencia y se dirigió con paso rápido hacia el control de equipajes. Notó que la mirada de Misaki seguía clavada en su espalda. Ya no podría regresar al pueblo. En cierto modo, ese pensamiento resultó liberador.

No le quedaba más alternativa que escoger una forma de vivir que no la condujera a acabar enterrada en aquel cementerio. Algo que fuera más allá de casarse, tener hijos o ser soltera.

4

El avión aterrizó en el aeropuerto de Haneda quince minutos antes de lo previsto. Hacía solo dos días que Riki había salido de Tokio, pero le pareció que el ambiente era más cálido, casi primaveral. Con el abrigo de plumas bajo el brazo, sintió de nuevo la distancia que separaba la capital de Hokkaido. Seis años atrás, cuando había llegado allí por primera vez, había viajado con poca ropa pensando que el clima sería más cálido y había acabado tiritando de frío bajo el viento helado.

Su idea era volver a casa en autobús, pero los horarios no le cuadraban y decidió coger el monorraíl. De camino a la estación, encendió el móvil. Daiki le había enviado un mensaje por Line, probablemente tras calcular que más o menos a esa hora estaría aterrizando en Tokio.

¿Sigues en Hokkaido?

Justo ahora estoy en Haneda.

No tengo nada que hacer.
¿Te apetece quedar?

Vale.

Le venía de perlas. Lo único que había pensado hacer al regresar era pasar por una tienda de conveniencia para comprar algo de comida y cenar sola. Era un plan sin complicaciones, pero también

resultaba algo triste y solitario. Había pasado unos días con sus padres y quizá por eso le apetecía estar con alguien.

Daiki le envió enseguida un enlace al sitio web de un popular bar de Shibuya, al que Riki fue directamente sin pasar por su apartamento. Estaba cerca de una casa de apuestas especializada en carreras de caballos, un poco alejado de la estación. Caminó mucho rato, arrastrando la maleta y cargando bajo el brazo con el abrigo de plumas y la bolsa de regalos que le había dado su madre. Ahora que tenía dinero, podría haberse permitido un taxi, pero estaba tan acostumbrada a llevar una vida frugal que ni se le pasó por la cabeza.

—¡Ey! ¡Riki!

No eran ni las seis, pero el local ya estaba bastante lleno. Daiki, sentado al fondo, la saludó con la mano. Estaba bebiendo un cóctel Olong Hai mientras picaba unos edamames. Ya tenía la cara roja, así que probablemente se había tomado varias copas.

Vestía unos tejanos y una sudadera con capucha negros. En la cabeza, imitando el estilo de un famoso guionista, llevaba un gorro del mismo color muy echado hacia atrás. En la muñeca, como siempre, se podía observar su Apple Watch con la correa blanca. La época en la que ese reloj parecía moderno ya había pasado, pero él seguía exhibiéndolo con orgullo, lo cual resultaba bastante cutre. Además, aquel gorro no le quedaba bien. Aun así, a Riki la reconfortaba aquel Daiki desaliñado porque sentía que era alguien como ella.

—Te he traído un regalo.

Sacó los caramelos de la bolsa. Pensó que las galletas y el resto de los dulces no le emocionarían especialmente.

—¿Eh? ¿Para mí? ¡Buah! ¡Me hace muchísima ilusión!

Daiki se alegró más de lo que ella había imaginado.

—¿Te gustan los caramelos?

—No es por eso... Lo que me hace ilusión es que alguien se acuerde de mí y me traiga un regalo. Además, nunca he estado en Hokkaido, y eso lo hace más emocionante. Soy de una isla que está superlejos. Hokkaido también me suena remotísimo, casi como si hubieras ido a otro país.

Intentaba utilizar el japonés estándar, el de Tokio, pero su entonación lo delataba.

—¿Dónde está esa isla? ¿De dónde eres exactamente?

—De Yonaguni. Seguro que nunca has estado, ¿verdad?

Era la primera vez que Daiki revelaba el nombre del lugar donde había nacido. Riki no sabía dónde se encontraba. Ni siquiera había pisado Okinawa. Lo más lejos que había viajado hacia el oeste, más allá de Osaka, había sido cuando había ido en autobús nocturno a Universal Studios Japan.

—¿Y cómo es Yonaguni?

—Pues... es una isla... apartada de todo —dijo Daiki mientras consultaba el menú.

—Eso ya lo sé. Lo que quiero es que me expliques cómo es.

Daiki levantó la vista de la carta.

—¿Te va bien un cóctel como el mío? Te invito. ¿Pido yo?

Riki aceptó. Croquetas, pollo frito... Daiki escogió varios platos, casi todos de la sección de frituras.

—En respuesta a tu pregunta, Yonaguni es la isla situada en el extremo más occidental de Japón. —Adoptó adrede un tono de profesor—. Existe un grave problema de población, pero en los últimos años han instalado allí un cuartel de las Fuerzas de Autodefensa de Japón y algunos soldados se han mudado con sus familias, lo que ha disparado el número de habitantes. No sé si eso es una buena noticia o no.

—¿Por qué?

—Hay muchas opiniones distintas.

Ya podría dar la suya sin tanto rodeo, pensó Riki.

—¿Y por qué está allí el ejército?

—Es por un tema defensivo. Es la frontera. Desde allí puede verse Taiwán y los barcos chinos pasan cada dos por tres. Mis padres estaban en contra de que se instalaran, pero yo creo que, si ayudan a aumentar la población, pues ni tan mal. Total, si no se hace nada, la isla va a quedar desierta. Por eso decía que hay opiniones para todos los gustos. No tengo claro qué opción es mejor.

—¡Anda! Así que está cerca de Taiwán...

—Sí. A veces, cuando está despejado, se puede ver.

Riki se quedó asombrada. Sus conocimientos sobre las islas de la región de Okinawa no eran muy amplios, por no decir que sus competencias sobre la geografía de la zona eran un completo desastre.

—En tu pueblo debe de pasar igual, ¿no? Está cerca de los territorios del norte. Así que se encuentran en las fronteras occidental y septentrional de Japón.

Ahora que se lo mencionaba, Riki se dio cuenta de que así era. En el mapa, Rusia se encontraba justo encima. En Hokkaido había muchísimos cuarteles de las Fuerzas de Autodefensa e incluso conocía a algunos compañeros de su clase de secundaria que se habían alistado.

—Tú en el oeste y yo en el norte... Qué coincidencia tan curiosa.

—Pues sí —dijo Daiki contento, levantando su vaso de Olong Hai para brindar—. Me gustaría ir alguna vez a Hokkaido. Nunca he estado.

—No hay nada. Es todo campo.

La imagen del cementerio solitario construido en una zona ganada al campo, en medio de la colina, apareció en la mente de Riki. Hubiera preferido nacer en un lugar donde el mar azul la rodeara por el norte, el sur, el este y el oeste.

—¡Eso es genial! Intenta criarte en una isla en la que puedes dar una vuelta entera en unas pocas horas. Es aburridísimo.

—Pues estar atrapado por la nieve la mitad del año también. Y, además, no hay trabajo.

—Bueno, ocurre lo mismo en los dos sitios. Pero no hay ni punto de comparación. En el lugar de donde vengo, por no haber no hay ni siquiera un *love hotel*.

—En mi zona hay dos... y puede que incluso más.

De repente, Riki recordó con amargura lo que había sucedido con Hidaka. Hablar y beber con Daiki hacía que se le pasaran las penas, así que le entraron ganas de contárselo todo.

—Pues, hablando de *love hotels*..., yo ya no puedo volver al pueblo.

Daiki pidió otro cóctel y se giró hacia ella.

—¿Y eso?

—Quedé con un hombre con el que salía, me invitó a irme con él y acabamos en uno. Algún conocido nos vio entrar y ahora circulan rumores de lo nuestro.

—¿Te ha desterrado un *love hotel*? —preguntó Daiki en broma, ante lo cual Riki no pudo evitar reír.

—Se podría decir así. En cierto modo, me siento aliviada. Total, ya no quería volver.

—¿Te sigue gustando ese tío?

Daiki se inclinó hacia la mesa. Parecía muy interesado en la respuesta.

—No especialmente. Más bien era simple curiosidad... Quería verlo para entender cómo había cambiado yo desde que lo dejamos.

—Pero... firmaste un contrato, ¿no?

Riki le había dado mucho la lata con lo del contrato de gestación subrogada y parecía recordarlo bien.

—Sí... Lo he roto. Kusaoke me envió un correo mientras estaba en Hokkaido para decirme que tendría que haberlo avisado antes de ir, que no bebiera, que me comportara como es debido... Cuando lo leí, me dio tanta rabia que me entraron ganas de mandarlo a freír espárragos. Vale, acordé con él que tendría a su hijo, pero no le dije en ningún momento que eso le diera derecho a controlar todo lo que hago.

—Bien hecho. Claro que no —dijo Daiki complacido—. Mientras no te pillen...

—Eso pensé yo también. Además, él usó condón. De todas formas, van a meterme el esperma de Kusaoke... ¿Qué más le da si el placer lo obtengo con otro?

—¡Sin pelos en la lengua! Tu brutal franqueza me pone la piel de gallina, Riki. —El trabajador sexual Daiki se sacudió teatralmente antes de volver a ponerse serio—. Es que al final se trata de eso. ¿Hasta qué punto puede el cliente restringir los movimientos de la persona que recibe el encargo?

—Yo aquí soy la que recibe el encargo, ¿no?

—Claro.

—¿Y qué me ha encargado?

—Parirle un hijo.

A Riki le hizo gracia aquella manera tan directa de expresarlo y se echó a reír. En realidad, el motivo por el que Kusaoke creía que podía imponerle restricciones en su vida era otro: diez millones de yenes. Entonces, ¿con qué cifra dejaría de sentirse con derecho a

controlarla? ¿O quería hacerlo únicamente por razones médicas? Riki ladeó la cabeza, pensativa. Quizá fueran ambas. En todo caso, le parecía repulsivo que un hombre le exigiera tanto a una mujer.

—¿Será porque lo ve como un negocio?

—Ya te lo dije, para ellos no es más que una transacción.

—No sé, a mí la situación me parece un poco injusta...

Riki topó de nuevo con la duda que siempre le asaltaba, esa que nunca conseguía resolver del todo. Y, sin embargo, era ella misma la que había aceptado aquellas condiciones.

—Desde la antigüedad han existido espacios donde juntaban a mujeres cuya misión era proporcionar un heredero: los aposentos femeninos del castillo Edo, los harenes imperiales de China y el mundo islámico... Supongo que esto es la versión moderna, entendida como un asunto empresarial. Al menos no te obligan a acostarte con un carcamal desagradable, con prestarle tu útero basta.

Claro, es otra forma de verlo. No tengo que irme a la cama con nadie, pensó Riki, recordando que en la conversación con Teru habían hablado también de la mentalidad del siglo xv.

—Oye, Riki, ¿nos acostamos hoy?

—¿No tienes clientas?

—Qué va. Últimamente ninguna. Han entrado en el negocio un montón de chicos guapos y me están dejando sin curro. Supongo que es por la recesión. Una clienta cada tres días no me da para vivir.

—¿Y de qué vas a trabajar, entonces?

—Había pensado en ejercer como profesor en una academia, pero hay un montón de aspirantes salidos de universidades de mucho prestigio, como la Todai o la Keio, así que no van a escoger a alguien

de mi nivel. Me estoy planteando volver una temporada a Yonaguni. Por eso quería hacerlo contigo una última vez. ¿Cómo lo ves?

—¿En serio? ¿Y cuándo te vas?

Aquella noticia inesperada dejó a Riki sin palabras. Pensaba que Daiki era como ella, alguien a quien se le había quedado pequeño el lugar donde había nacido y crecido, que había ido a Tokio y había decidido soportar la dureza de la vida allí.

—Lo antes posible. Si puedo, la semana que viene.

—¿Y qué harás cuando regreses?

—No lo sé, pero, ahora que hay más población gracias a las bases, a lo mejor puedo dedicarme a algo relacionado con la educación. Si veo que no hay opciones en Yonaguni, buscaré por el resto del archipiélago de las Yaeyama. Seguro que algo encuentro. Aunque también puede que me esté pasando de optimista...

—Me sentiré sola si te vas, Daiki...

Realmente lo pensaba. Lo había conocido cuando se hallaba perdida respecto a la decisión de ser madre subrogada. Con él se había podido desahogar y, además, había sido su consejero. Si él no hubiera estado, quién sabe cómo habría acabado.

—Me alegra oírte decir que me echarás de menos. Pero existe Line y también podemos hablar por teléfono. Y puedes venir a visitarme cuando hayas acabado tu trabajo.

A Riki le pareció muy extraño que llamara «trabajo» al hecho de quedarse embarazada y dar a luz al hijo de Motoi.

—Daiki, ¿de verdad crees que debería considerarlo como un empleo?

—Ya lo has hecho, ¿no?

—Supongo que sí... Aunque últimamente también me planteo qué pasará con el niño cuando nazca.

—Seguro que los Kusaoke lo criarán con mucho cariño.

—Ya, pero... ¿cómo me sentiré yo?

—Eso está incluido en el precio que te pagan. Debes lidiar con esas emociones.

Si va incluido, no estoy cobrándolo nada caro, pensó Riki.

—Venga, vámonos ya y relajémonos un poco en el hotel.

Daiki se levantó y le tendió la mano.

—Acepto si me das un masaje —dijo Riki, cogiéndola. Parecía estar aferrada a alguien que se estuviera ahogando, que no le permitiría salvarse.

Al día siguiente Riki le envió las galletas en forma de piedra de *curling* a Yuko Kusaoke. Las acompañó con un breve mensaje:

Ya he vuelto de Hokkaido.
Esto es de parte de mi madre.

Los dulces en forma de salmón que también venían en la caja se los comió ella.

No tenía muy claro por qué había decidido mandarle aquellas galletas a Yuko. Le daba la sensación de que la mujer había intercedido a su favor cuando Motoi se había enfadado con ella por su viaje.

A la mañana siguiente recibió un amable correo electrónico de Yuko que la tranquilizó.

Estimada Riki Oishi:

Muchas gracias por habernos enviado esos dulces de Hokkaido. Estaban deliciosos.

Motoi me dijo que habías vuelto a tu pueblo. En la nota comentabas que el regalo era de parte de tu madre. Me pregunto cómo le habrás explicado el tema del matrimonio, ya que imagino que ella no conoce nada del contrato que se esconde detrás de esa boda. Me preocupa cómo debes de sentirte al respecto.

¿Cómo te encuentras? Por favor, háblame de ello la próxima vez que nos veamos.

Sé que hacía mucho tiempo que no regresabas a tu tierra, así que te pido disculpas por el mensaje tan poco considerado que Motoi te envió cuando te encontrabas allí. Lo hizo pensando en la carga que podría suponer el viaje para tu salud, así que te ruego que no te lo tomes a mal.

Puede que todavía debas soportar durante un tiempo los duros tratamientos a los que te sometes. Sé bien que son muy complicados porque los he sufrido en mis propias carnes, así que te deseo toda la fuerza del mundo.

Yuko Kusaoke

Dos días antes de la fecha prevista de la ovulación, tal y como habían acordado, Riki fue a la clínica para que le hicieran el seguimiento folicular. En este ciclo también había estado tomando Clomid desde el quinto día. Los dos intentos anteriores habían fallado, así que le habían comunicado que, a partir de esta inseminación, utilizarían inyecciones de hCG y hMG/FSH para garantizar la ovulación.

Riki estaba inquieta por los efectos secundarios de las hormonas y la posibilidad de un embarazo múltiple, pero al final resultó una preocupación innecesaria, ya que el doctor le dijo durante la visita que, como todavía era joven, continuarían con el mismo método que la vez anterior.

Le explicaron que la ovulación sería dos días después y que entonces realizarían la inseminación. Motoi entregaría la muestra en ese momento. Ella debía tomar un antibiótico que le habían recetado para prevenir infecciones desde el día anterior.

Tenía planeado acudir sola a la clínica, igual que las otras dos veces, pero, como había previsión de lluvia, Motoi se ofreció a pasar por su casa a recogerla en coche. Eso era algo bastante poco habitual.

El pronóstico acertó y el día en cuestión llovió. Además, hacía frío. Riki se puso el abrigo de plumas que había llevado a Hokkaido y bajó unos minutos antes de la hora acordada a la puerta de su edificio.

Un Mini azul paró delante, puntual como un reloj. Era un coche elegante con el techo blanco que parecía hecho a medida de los gustos de Motoi. Montado en el asiento trasero, un caniche toy de color marrón rojizo arañaba desesperado la ventanilla con las uñitas.

—Buenos días. Cuánto tiempo...

Motoi se bajó expresamente para abrirle la puerta del copiloto. No se veían desde la inseminación anterior, hacía casi un mes. En aquella ocasión él había dejado la muestra y se había marchado enseguida, así que ni siquiera habían hablado. Riki le guardaba rencor por aquella frialdad. ¿A qué venía ahora ese cambio de actitud?

—Gracias por venir a buscarme.

—No, al contrario. Te agradezco que aceptaras. Llueve, hace frío y la clínica está lejos de aquí.

La temperatura dentro del coche era agradable. Sonaba de fondo una pieza de música clásica que Riki desconocía. Recordó que Hidaka solía conducir con la televisión puesta y que siempre elegía canales que emitían ruidosos programas de variedades.

—Me sacas de un apuro.

El perrito gimoteaba en el asiento trasero, pero Motoi ni siquiera se giró a mirarlo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Riki, que empezaba a sentirse incómoda en aquel silencio.

—Mathieu. Se lo puse por un bailarín.

Mathieu... Hasta el nombre de su mascota era de lo más chic.

—Es muy bonito —dijo sin sentirlo realmente.

De repente, Motoi inclinó la cabeza en señal de disculpa.

—Verás, sobre lo de hoy... Cuando Yuko me dijo que debía llevarte en coche hasta la clínica, pensé que tenía razón. Lamento no haberme dado cuenta yo mismo. También me recriminó el correo que te envié el otro día. Me dijo que habías aceptado casarte, que en tu casa estarían contentos por ello. Y yo no solo no he ido a presentarme, sino que encima te mandé ese mensaje...

—Ah, bueno... Gracias.

Así que ese era el motivo. Quizá habían optado por no ponerle las inyecciones y continuar con el método anterior a sugerencia de Yuko.

—Siento lo del correo.

—Y yo no haberte avisado antes de que iba a Hokkaido.

Riki hizo una pequeña reverencia con la cabeza en señal de disculpa.

—No te preocupes. He reflexionado sobre ello y me he dado cuenta de que no tengo derecho a exigirte algo así. Sería pasarme de la raya. Estoy condicionando demasiado tu vida y, además, accediste a casarte conmigo... No puedo pedirte más.

Motoi estaba tan tranquilo que Riki no pudo evitar preguntarse: ¿Qué le pasa hoy a este?

—¿A qué te refieres con «pasarte de la raya»? —preguntó.

Motoi, que acababa de incorporarse a la autopista, dijo casi para sí mismo:

—No sabría concretarlo... La verdad es que está empezando a darme miedo este proyecto...

Seguía llamándolo «proyecto», pero comenzaba a acobardarse, al igual que Riki.

—Yo también estoy un poco asustada.

Fue sincera. Motoi la miró visiblemente sorprendido.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Me siento inquieta, aunque no sé por qué. Tal vez tenga miedo del embarazo en sí —respondió Riki con franqueza.

—Es comprensible... —dijo Motoi, asintiendo—. Yo nunca he dejado embarazada a ninguna mujer y no puedo imaginarme cómo me sentiré. Tampoco he estado casado con alguien con quien me llevara tantos años. El proceso por el que estás pasando es muy duro, así que creo que en la clínica debería apoyarte como lo haría un esposo de verdad.

—La otra vez, cuando te fuiste, una enfermera de mediana edad me dijo: «Tiene usted un marido muy poco empático, señora».

Motoi la miró sorprendido.

—Eso puede ser un problema... Lo siento mucho.

—No te preocupes.

—Le dije a Aonuma que le comunicara al director de la clínica que yo prefería la inseminación artificial, pero supongo que el personal del centro no debe de estar informado de las circunstancias particulares de cada paciente...

—No, supongo que no... —Riki dejó la frase en el aire y reunió valor para decir—: Para ser sincera, a veces me siento como una simple máquina de parir.

Motoi inclinó levemente la cabeza en señal de disculpa.

—Lo lamento, no era mi intención. Me arrepiento de haberte escrito ese correo con exigencias que no hacían más que restringir tu libertad. Creo que debería ser al revés: deberíamos entendernos. Al fin y al cabo, eres alguien importante para mí, la mujer que dará a luz a mi hijo.

—¿A qué te refieres con eso de que «deberíamos entendernos»? —preguntó Riki, recordando que a veces aquella expresión se usaba como eufemismo de «mantener relaciones con alguien».

Le vinieron a la mente las palabras de Daiki y se sobresaltó. «Al menos no te obligan a acostarte con un carcamal desagradable, con prestarle tu útero basta», le había dicho. ¿Estaría Motoi pensando en que no le importaría tener sexo con ella? Aquella idea la puso nerviosa y su cuerpo se tensó. El hombre lo notó y se apresuró a decir:

—Me refiero a que no deberíamos estar enfrentados. Me gustaría que nos lleváramos bien.

¿Estaría preocupado por los futuros conflictos que pudieran surgir por la custodia después del parto?

—En eso estamos de acuerdo.

—Me alegra oírlo. Pondré de mi parte. Espero que tú hagas lo mismo.

Motoi parecía aliviado. Se giró hacia Riki, soltó la mano derecha del volante y se la tendió para ofrecerle un apretón. A ella no le quedó más remedio que estrechársela. Tenía unos bonitos dedos, largos y finos.

Como siempre, Motoi había recogido la muestra en su casa. Sin embargo, esa vez esperó a que Riki acabara con la inseminación artificial y la llevó de vuelta a casa. Ella atribuyó ese cambio de actitud, esa amabilidad que ahora le mostraba, a alguna conversación que había mantenido con Yuko.

Su regla se había retrasado y le pareció que tenía algo de febrícula. Esperó unos días y usó una prueba de embarazo que había comprado. Dio positivo. Supuso que Aonuma y la clínica estarían aguardando a que ella les comunicara cómo había ido, ya que no se habían puesto en contacto con ella.

Esperó una semana más y repitió el test: positivo de nuevo. Estaba algo cansada y sentía el vientre hinchado. Eran señales inequívocas de embarazo. Le pareció que el barco había empezado a moverse por fin. ¿Adónde la llevaría aquella travesía?

De pronto recordó que había tenido relaciones sexuales con Hidaka y con Daiki. Con el primero había sido justo al día siguiente de que terminara su regla, cuando todavía faltaban otros seis para la ovulación. Ya estaba tomando Clomid. Con Daiki había sido un día después.

Ambos habían usado condón, pero no se podía descartar un accidente porque ninguno lo había llevado puesto desde el principio. Aun así, incluso aunque hubiera ocurrido, faltaban seis días para la ovulación, así que Riki había dado por sentado que no se quedaría embarazada.

Lo buscó en internet por si acaso. Se le heló la sangre al descubrir que los espermatozoides podían vivir hasta seis días. Por supuesto, lo más probable era que el padre fuera Motoi, pero tampoco podía descartarse del todo que fuera de Hidaka o de Daiki. ¿En qué puerto terminaría atracando su barco? Riki se apoyó la mano en el vientre y se quedó mirando fijamente el calendario.

4
BABY 4 YOU

1

En teoría, el divorcio sería solo sobre el papel, algo puramente administrativo. Motoi pensaba que seguiría con su vida como siempre. Sin embargo, no podía evitar sentir que Yuko y él se estaban distanciando poco a poco. Al principio le preocupaba que su afán por tener un hijo enfriara su relación de pareja hasta el punto de hacer que perdiera el sentido, pero últimamente parecía haberse acostumbrado a la situación.

Cada vez pasaba menos tiempo con Yuko. Aunque hasta hacía poco siempre cenaban juntos, ahora era habitual que cada uno lo hiciera por su cuenta. Él había empezado a quedarse en el estudio con Chimiko y ella, por su parte, también permanecía más horas en el trabajo y salía por las noches. O quizá el motivo por el que él se quedaba a cenar con Chimiko era porque Yuko no volvía a casa.

—¿Cuál de los dos será? —murmuró Motoi para sí.

Chimiko lo miró de reojo.

—¿El qué?

—No, nada, nada.

Ella sacó un trozo de col china de la olla y lo puso en su plato. Unos fideos de arroz se habían quedado enganchados entre las hojas. A Motoi le encantaban, así que los cogió con sus palillos.

Su madre preparaba aquel cocido de milhojas de col con cerdo desde que era niño. Era un plato habitual en la dieta de los Kusaoke: los ayudaba a cuidar su línea para la danza, así que lo comían a

menudo. Sin embargo, él no había vuelto a probarlo desde que se casó, ya que a Yuko no le gustaban ese tipo de cocidos.

Quizá por eso le pareció especialmente sabroso y no podía dejar de llevarse los palillos a la boca. Se dio cuenta de que sus gustos culinarios diferían sutilmente de los de su mujer. Eran momentos como esos los que iban ensanchando unas diferencias que en principio parecían insignificantes. ¿Quién las estaba agrandando? ¿Yuko o él? ¿Estaban todavía a tiempo de corregir el rumbo?

—Creí que te referías a si será niño o niña.

Chimiko hablaba, recordó Motoi, de su propio murmullo.

—Ah, no, no era eso. Estaba pensando en otra cosa.

Motoi no tenía ganas de entrar en detalles. Su madre sonrió con dulzura.

—A mí me da igual. Me hace muy feliz la idea de tener un nieto. ¿Cuándo sabréis el sexo?

—Según internet, si es un niño, se puede saber a partir de la semana once. Aunque lo normal es que se sepa hacia el quinto mes de embarazo y, con total seguridad, hacia el séptimo. Está previsto que nazca en septiembre, así que en junio deberíamos estar seguros.

—¡Qué ilusión! Cuando yo te tuve, no te decían el sexo hasta que nacía el bebé. Tu padre se puso muy contento cuando se enteró de que eras un niño, pero yo habría preferido una niña. Me decepcioné un poco —dijo Chimiko mirándolo a la cara.

—Vaya, lo siento.

Motoi solía pensar que quería un varón como él. Sin embargo, ahora que Riki estaba embarazada, le daba igual que fuera niño o niña. Solo deseaba que su hijo naciera sano.

—Creo que por fin empiezo a entender lo que significa ser padre. Lo único que quiero es que nazca sin problemas.

—¿Estás contento?

Chimiko sonrió con picardía. Debía de hacerle gracia ver cómo había cambiado Motoi.

—Claro. No me había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que deseaba tener un hijo, de lo que me gustan los niños.

—Es normal.

Chimiko le rellenó la copa con vino blanco. Mathieu saltó a su regazo. Ella no lo apartó y dejó que se acomodara allí.

—Sí, la verdad es que es extraño. Ahora que sé que voy a ser padre, estoy descubriendo dentro de mí emociones que ignoraba que existían. Es como si fuera a convertirme por fin en un adulto de verdad, como si me hubiera quitado una capa de encima y una sensación de frescura se hubiera apoderado de mí.

Tras su apasionado discurso sobre lo que le provocaba saber que se convertiría en padre, se dio cuenta de que Yuko no lo vivía de la misma forma y apuró su copa. Presentía que esa diferencia de estados anímicos se volvería un problema en el futuro.

—¡Ha costado bastante dinero transformarte en adulto!

Chimiko lo dijo medio en broma, pero lo cierto era que el tratamiento de fertilidad había supuesto un desembolso importante. Si no hubiera sido por el patrocinio de su madre, Yuko y Motoi se habrían visto obligados a dejar todo el proceso en manos de la naturaleza. Y, aunque no hubieran conseguido tener hijos, tal vez lo habrían aceptado de una manera diferente.

—No todo es cuestión de dinero, pero también es verdad que, cuanto más se gasta, más posibilidades hay de conseguir resultados —prosiguió ella.

Dicho de otro modo: los ricos eran los únicos que podían escoger a voluntad si se convertían en padres o no. Motoi experimentó la

amarga ironía de sentir que todavía no había cortado el cordón umbilical con su madre.

—Te lo agradezco, mamá.

—No hace falta. Al fin y al cabo, ese dinero te habría correspondido a ti de todos modos cuando yo muriera. Puedes verlo como un adelanto de tu herencia.

—Aunque así sea...

—En cualquier caso, el patrimonio de los Kusaoke pasará a ese niño. Espero que lo preservéis y lo transmitáis de generación en generación.

Chimiko dejó de comer. Su expresión denotaba inquietud.

—Por cierto, ¿cómo está Yuko?

—Bien. Ya sabes cómo es, no les da tantas vueltas a las cosas. Está más preocupada por Oishi que por ella misma, por si lo está pasando mal emocionalmente.

—¡Ah! Por la chica, ¿no?

Chimiko se refería así a la madre subrogada —es decir, a Riki.

—Sí, la chica —repitió Motoi.

Cuando Riki se había marchado a Hokkaido sin decirle nada, se había enfadado muchísimo. Había tenido la impresión de que no se tomaba en serio la responsabilidad de gestar y dar a luz a su hijo, lo cual lo había llevado a pensar que debía vigilarla más y controlar exhaustivamente su irreflexivo comportamiento.

El mero hecho de imaginarla yendo a un lugar que él desconocía y hablando con otros hombres hacía que le hirviera la sangre. En secreto, se preguntaba desconcertado por qué se sentía así, ya que ella no le gustaba en absoluto y no le veía más mérito que ser joven.

No eran celos. Era más bien el deseo de que no dañaran algo que era suyo. ¿Acaso Riki le pertenecía? Se sobresaltó ante las palabras que acababan de surgir en su mente.

—La chica está bien, ¿no? ¿Ha pasado algo fuera de lo normal?

—Dicen que todo va bien.

—Me alegro. Esperemos que el parto también.

La noticia del embarazo de Riki le había llegado a través de Aonuma, que lo había informado de inmediato. Motoi atribuía el éxito al hecho de haber ido a buscarla y haberse mostrado más amable y respetuoso, y se felicitaba por ello. Hasta entonces, había intentado mantener su relación dentro de unos límites estrictamente profesionales, sin llegar a ser brusco.

Motoi no pudo evitar que se le dibujara una sonrisa en el rostro al recordar la cara de sorpresa de Riki cuando fue a recogerla con el coche. Las cosas no iban a funcionar tratándola como quien administra un negocio. Ella no era un objeto ni una herramienta, sino una persona. Aunque, en cierto modo, también fuera algo parecido a una posesión suya.

—Ojalá viniera a casa a partir de ahora. Así cenaríamos todos juntos, como esta noche, y podríamos estar pendientes de ella. Porque, si no, es normal que nos preocupemos, ¿no? Es joven y quizá le entren ganas de salir a divertirse... o incluso de quedarse con el niño —dijo Chimiko con expresión seria, dejando los palillos en el plato.

Motoi sonrió con amargura al darse cuenta de que su madre quería vigilarla, como había hecho él.

—La invitaré a cenar con nosotros la próxima vez.

—Sí, por favor. De todas formas, cuando llegue el último mes de embarazo, imagino que acabará viniendo aquí.

Chimiko parecía convencida de ello, pero Motoi ladeó la cabeza incrédulo.

—No estoy tan seguro...

—¡Claro que lo hará! Su familia está en Hokkaido, ¿no? No tendrá a nadie que cuide de ella, así que no le quedará más remedio. Quizá no antes del parto, pero después sí. Es imposible que se las apañe sola.

—Ah, ¿sí?

—Claro. Después de dar a luz, no quedan fuerzas para nada. Estando sola es imposible comer bien, producir leche y ocuparse del bebé. La comunidad siempre ha ayudado en esos momentos.

La pregunta de dónde estaría Yuko entonces cruzó fugaz por la mente de Motoi.

—Aunque, pensándolo bien, no sería mala idea que nos entregaran al bebé directamente en cuanto naciera. Así no necesitaríamos que la chica viniera aquí. Podríamos hacerlo pasar por el hijo de Yuko y sería ella la que se ocuparía.

—Tiene muchísimo trabajo, no sé si podrá.

—Pues entonces me lo traéis aquí. Yo me encargaré de todo. Reduciré el número de clases que doy. De hecho, esa era mi idea desde el principio —afirmó Chimiko con contundencia.

Dadas las circunstancias, quizá no les quedara otra opción que aceptar. Pero, en ese caso, Motoi sentía que la distancia con Yuko no haría más que crecer y que estaría plantando la semilla de una nueva fuente de problemas. Por otro lado, una parte de él pensaba que, de ser así, poco podía hacerse. Riki ya estaba embarazada y no había marcha atrás.

Cuando terminaron de cenar, Chimiko se encendió un cigarrillo. Mathieu saltó de un brinco desde su regazo hasta el suelo. No le gustaba el tabaco.

—Mamá, tienes que dejar de fumar —dijo Motoi mientras observaba cómo huía el perro.

—Lo intentaré —respondió ella mientras expulsaba el humo con evidente placer—. Por cierto, ¿qué hace Yuko hoy?

—Está con una amiga.

La amiga en cuestión era Ririko. Últimamente quedaban una vez a la semana para cenar. Motoi imaginaba que, como Riki se había quedado embarazada, Yuko tendría muchas cosas que compartir con ella. Aunque él podía imaginarse hasta cierto punto el estado de ánimo de su mujer, no le hacía gracia que se viera con Ririko porque no la soportaba.

Había querido a Yuko con locura, pero había llegado incluso a plantearse que, si ella quería alejarse de él, lo mejor sería dejar el divorcio tal y como estaba. Sentía que lo que había empezado como un fuerte deseo compartido de tener descendencia se había transformado en algún momento en una brecha entre ellos. En cualquier caso, Riki ya estaba encinta y no había manera de detener lo que se había puesto en marcha. La suerte estaba echada.

—¿La familia de Yuko está bien?

—Sí, diría que sí.

Era lo único que podía contestar. Motoi no trataba con sus padres ni con sus hermanos. De hecho, a la familia de Yuko seguramente le parecía que no era bienvenida porque nunca habían ido a visitarlos. Supuso que la relación se enfriaría todavía más ahora que habían recurrido a una madre de alquiler para tener a su hijo, pero a Motoi no le importaba en absoluto.

—Por cierto, hay que pagarle a la chica los tres millones. Mañana le haré la transferencia.

—Gracias. —Su agradecimiento era sincero.

Habida cuenta de que su madre era la que pagaba, tal vez era inevitable que quisiera implicarse mucho en la crianza del niño que

estaba por nacer. Motoi tuvo la sensación de que serían solo ellos dos los que acabarían cuidándolo.

Motoi volvió a casa con Mathieu pasadas las diez de la noche. Yuko todavía no había regresado, lo cual era irritante. No pasaba nada porque su esposa cenara fuera y llegara tarde, pero lo ponía de muy mal humor que cada vez ocurriera con más frecuencia. Sin embargo, era demasiado orgulloso para mostrárselo abiertamente.

Se dio un baño y abrió el frigorífico para decidir si tomaba o no una cerveza cuando por fin llegó Yuko.

—¡Ya estoy aquí!

Parecía estar bebida. Le costaba un poco articular las palabras.

—Hola —respondió él, cerrando de un portazo la nevera—. Estaba debatiéndome entre tomar o no una cerveza. Hoy ya me he pasado de calorías...

Yuko rio con una expresión que se le antojó ligeramente burlona. Motoi lo atribuyó a la influencia de Ririko, lo que no hizo más que aumentar su malestar.

—¡Bébetela! Oishi está embarazada, hay que brindar por ello, ¿no?

—Solo si tú también te tomas una.

—Con el frío que hace, no me apetece mucho, pero te haré compañía.

Yuko se quitó el abrigo negro y lo colgó en el respaldo de la silla. Motoi repartió la cerveza en dos vasos de forma equitativa.

—¡Por el éxito del proyecto embarazo!

Las palabras de Yuko sonaban irónicas, pero Motoi fingió no darse cuenta.

—¡Chinchín!

Chocaron sus vasos y bebieron. Estaba demasiado fría y a Motoi le dolió la garganta.

—¡Está congelada! —exclamó Yuko mientras se frotaba el cuello con la mano.

—Mi madre dice que le ingresará a Oishi los tres millones.

Yuko asintió.

—Menos mal. Habría sido muy injusto para ella no quedarse embarazada después de todo por lo que ha pasado. El procedimiento es horrible. No querría tener que sufrirlo de nuevo.

—Pero ya se había embolsado dos millones de antemano, ¿no?

Motoi notó que su observación había molestado a Yuko. Pensó que le respondería algo y el hecho de que no lo hiciera resultó aún más inquietante.

—Hoy has estado con Ririko, ¿verdad?

—Sí. Es la única con suficiente tiempo libre para quedar conmigo. La gente de mi edad suele estar muy ocupada criando hijos o cuidando de personas mayores.

—¿Cómo le va?

—Bien... Es fuerte. Dice que es de las que ni se enamoran ni se acuestan con nadie.

—Eso debe de ser bastante cómodo...

Motoi dio un trago a su cerveza, que seguía extremadamente fría. Su garganta parecía haberse acostumbrado a la temperatura, porque esta vez no le molestó. El ser humano se habituaba a todo.

—Sí que lo es. Vivir solo, sin enamorarte de nadie, debe de ser lo más cómodo del mundo. El amor es un crimen con el que hieres y te hieren. En algunos casos incluso llegas a morir por él. No trae nada bueno. Si no te enamoras, tal vez ni siquiera te apetezca el sexo, lo cual no me parece mal.

Yuko asintió.

—Pero el sexo es otra cosa. Puedes tener ganas y hacerlo aunque no estés enamorado.

—Sí, aunque le falta dulzura.

Motoi ladeó la cabeza.

—¿Dulzura al sexo? Para mí es algo parecido a un trabajo, una obligación conyugal nocturna. Algo así.

Yuko puso cara de disgusto.

—¿Así que para ti era un deber?

—Es un decir. Contigo no lo vivo así, Yuko.

—No sé yo... Tal vez, al considerarlo como un trabajo, te parezca más fácil recurrir a una madre subrogada, porque le ves un componente laboral.

A Motoi le pareció una conexión de ideas un tanto forzada.

—Son temas distintos. Es diferente.

—¿Tú crees? —preguntó Yuko escéptica—. Me da la impresión de que los hombres ven el embarazo, el parto y también el sexo de una forma demasiado funcional. Las mujeres no somos así. Por eso me preocupa cómo pueda sentirse Oishi.

Otra vez ese tema. Motoi estaba harto. Para él, Riki había asumido la maternidad subrogada como un negocio, pero Yuko no lo consideraba así.

—Accedió por decisión propia.

Sin querer, su tono de voz fue más brusco de lo habitual.

—Ya lo sé, pero también estaba acorralada por las circunstancias.

—Supongo. Imagino que no tenía dinero. Tal vez no podía pagarse el alquiler. Pero eso entra dentro de su responsabilidad individual, ¿no?

—¡Ya estamos con el discursito de la responsabilidad individual!

—¡No lo metas todo en el mismo saco!

Motoi se molestó, pero a Yuko se le daba bien defender sus argumentos.

—¡Lo has dicho tú! —replicó ella.

—Lo sé. No pretendo ser simplista, pero su situación la ha decidido ella, así que yo no tengo nada que decir. ¿Crees que habría sido mejor si hubiéramos optado por una madre subrogada en el extranjero? —preguntó Motoi.

—No, sería lo mismo. Al fin y al cabo, no cambia el sistema: mujeres pobres que venden su útero.

¿A estas alturas me dice eso?, pensó Motoi irritado.

—¿Y te opones ahora? ¿No te parece un poco injusto?

Yuko soltó un largo suspiro.

—¿Injusto? Puede que sí... Es que ya no sé qué pensar —dijo con aire dubitativo mientras jugueteaba con el vaso.

—Creo que te estás dejando influenciar demasiado por lo que dice Ririko. Esa mujer no me gusta. Habla sin ninguna consideración por los demás, como si fuera mejor que el resto.

Yuko contraatacó furiosa.

—No hables así de ella. Ririko es buena persona. Al menos yo tengo amigas. ¿Y tú? ¿Tienes amigos? ¡Ninguno! Casi nunca sales con nadie. La única a la que puedes recurrir cuando surge un problema es tu madre. ¿A que sí?

Motoi tenía muchos amigos en el mundo del ballet, pero se llevaban muy bien con su anterior esposa. Cuando se enamoró de Yuko y la dejó, se distanció de ellos. Se podría decir que, al escogerla a ella, había puesto a todo el mundo en su contra. Sus palabras lo enfadaron muchísimo, hasta el punto de que se sorprendió dándose cuenta de que, en el fondo de su corazón, una parte de él le guardaba rencor por ello.

—¿Por qué no dices nada? —preguntó Yuko para provocarlo.

Siempre que quedaba con Ririko, volvía mucho más combativa, pero aquella noche estaba siendo especialmente mordaz. ¿Sería porque Riki estaba embarazada? Motoi no entendía el porqué de su mal humor.

—¿Me desprecias porque me consideras un «niño de mamá», Yuko?

—No te desprecio. Y tampoco me parece que esté mal ser un «niño de mamá». Solo creo que tienes mejor relación con ella que con tus amigos. Supongo que, al trabajar juntos, es normal. Puede que solo lo piense porque tu madre me detesta...

—Odio cuando empiezas con los estereotipos de la mala relación entre nuera y suegra.

—Puede que sea un tópico, pero es que tu madre es así.

La rotundidad de su afirmación también lo sacó de quicio.

—¿Y cómo es?

—El tipo de persona que te controla.

Media lata de cerveza no había sido suficiente, así que Motoi sacó otra de la nevera y tiró de la anilla.

—Yo ya no quiero más. —Yuko tapó su vaso con la mano.

Aquel gesto, como dando a entender que le molestaba, irritó a Motoi. Sin mediar palabra, llenó el suyo. Derramó un poco de líquido porque lo había vertido con demasiada fuerza.

—En resumidas cuentas: que no te gusta que Oishi tenga un hijo mío.

—Vaya manera más simple de resumirlo. ¿Por qué no lo dices todo más claro? Es vuestro hijo. Tuyo y de ella. Yo no pinto nada.

—Lo hemos hablado mil veces. Tú también estuviste de acuerdo. Habíamos decidido criar a ese niño entre los dos.

Motoi alzó la voz sin querer. ¡Qué mujer tan complicada! Le exasperaba.

—¿Y no vale decir que intenté aceptarlo con todas mis fuerzas, pero que en realidad no puedo?

—¿Y qué hacemos, entonces?

—No lo sé. Eso iba a preguntarte. ¿Qué debería hacer yo?

—¿Qué dice tu queridísima Ririko?

—Que me divorcie.

—¡Menuda cosa! ¡Si ya estamos separados!

—Que me lo haga de verdad. Que lo dejemos y vayamos a vivir cada uno por su lado. Puedes criar al niño con tu madre. No hay espacio para mí en todo esto.

—Todo empezó como un tratamiento de fertilidad que escogimos los dos. No entiendo cómo hemos acabado planteándonos si nos divorciamos o no.

Yuko se quedó callada. A Motoi le dio miedo ese silencio e, incapaz de soportarlo, tomó la palabra.

—Eso era solo una medida necesaria para poder llevar a cabo la gestación subrogada, ¿no? Pero, si nos separásemos de verdad, ¿qué pasaría? Estaríamos haciendo exactamente lo contrario de lo que queríamos. El divorcio no era un fin.

—Sí, no era el plan. ¿Y qué hacemos? Cuando me paro a pensarlo, me doy cuenta de que carezco de confianza para criar al hijo de Oishi como propio. No me veo dejando a un lado mi trabajo y entregándome a la crianza si no es nuestro hijo.

—Puede que no sea nuestro, pero será mío. ¿No es suficiente? Ya lo habíamos hablado. Si yo hubiera tenido un hijo de mi anterior matrimonio, también lo querrías.

—Un niño que viniera de otra relación sería diferente, porque me hubiera enamorado de ti teniendo en cuenta su existencia. Pero esto es distinto. No sé qué se supone que debo hacer.

A Yuko se le había pasado la borrachera, hablaba con más firmeza. Sin embargo, continuaba con la cabeza gacha y no lo miraba, lo que para Motoi era inquietante.

—Vamos, reacciona... Va a ser nuestro hijo... Si no, ¿para qué lo hemos pedido? —Su voz, para su propia sorpresa, se había quebrado en un sollozo.

Desde que supo que Riki estaba embarazada, su vida había sido un vaivén de emociones nuevas: el entusiasmo de pensar que iba a ser padre, la diversión de visualizar el futuro del niño, la agitación al imaginar qué papel desempeñaría él en su vida... Todo eso mezclado con el surgimiento de un nuevo amor.

Al entender que Yuko no compartía con él aquellos sentimientos tan frescos, buscó sus ojos, pero ella siguió evitándolo.

2

En la rugosa pared de estuco, de tierra de diatomeas, colgaban varios marcos finamente labrados. En todos ellos había grabados eróticos del periodo Edo. Según Ririko, algunas eran piezas auténticas de gran valor, pero la mayoría eran solo copias muy bien hechas.

Cada mes, según su estado anímico, Ririko escogía de entre su colección los *shunga* que exhibiría. En la exposición de ese mes, había algunas piezas que Yuko no había visto antes.

—¿Cuál te gusta? —preguntó Ririko seria.

Se había acercado con una bandeja con copas y vino, y la había dejado encima de la mesa.

—Esta.

Yuko había elegido un grabado de Hokusai Katsushika titulado *Tsuhi no hinagata*, que significaba «el modelo final». A juzgar por el paipay que aparecía, seguramente representaba una velada de verano. Un hombre y una mujer, tras haber hecho el amor, yacían con languidez, adormilados. El hombre, desde atrás, rodeaba con el brazo izquierdo el torso de la mujer y ella, girando un poco el cuerpo, sujetaba su miembro con la mano izquierda. A su lado, unos pequeños ratones negros se apareaban, lo que le daba un toque humorístico a la escena. Junto a la almohada, había un gato.

—Seguro que acaban de terminar —dijo Yuko.

—No, todavía tiene erección —la contradijo Ririko.

—Esto no es una erección.

—Ah, ¿no? —Ririko se acercó a comprobarlo—. ¡Anda, pues es verdad! ¡Vaya fallo!

¡Menuda conversación para dos mujeres de mediana edad! Ririko lamentó sin tapujos y en voz bien alta delante de su amiga que se había equivocado al evaluar la forma de aquel pene.

El lugar donde se encontraban era a la vez el taller y el domicilio de Ririko. Su casa llevaba en manos de la familia desde la época de su abuelo y estaba situada en la parte trasera del hospital que regentaban. Se trataba de una construcción antigua de hacía más de sesenta años que conservaba el aspecto original a pesar de las sucesivas reformas. Sus padres se habían mudado a un apartamento cercano y en la casa vivían Ririko, su tío soltero —el hermano pequeño de su madre—, algunas jóvenes auxiliares de enfermería que trabajaban en el hospital y el ama de llaves.

La habitación de Ririko estaba en el primer piso del ala sur. Su tío residía en un anexo separado construido en un rincón del verde jardín. Al parecer, se pasaba muy a menudo por el cuarto de su sobrina, pero aquel día todavía no había aparecido.

—Aunque hayan acabado, yo creo que se han quedado con ganas de más —dijo Yuko mientras contemplaba fijamente el grabado.

—Lo dices por la mujer, ¿verdad? —A Ririko se le escapó una risita —. En los *shunga*, todas parecen unas viciosas; es lo que más me gusta del género. No fingen que es el hombre el que las posee, disfrutan del sexo.

Ririko nunca había tenido relaciones. Es más, afirmaba que no quería.

—¿Y tú qué sabrás? Si nunca has estado con nadie... —le dijo Yuko en tono de broma.

Ririko se encogió de hombros.

—No importa. Soy pintora de *shunga* y crítica de falos.

—No sé si es algo que dé para mucha crítica...

Esta vez fue Yuko la que se encogió de hombros.

—Vaya, ¡qué fría! Se nota que últimamente no tienes sexo.

Ririko llenó la copa de vino tinto. Había queso y pan para picar.

—Pues normal.

Yuko hizo el gesto de brindar y se llevó la copa a los labios. El vino lo había traído ella. Estaba bastante ocupada con el trabajo, pero había ido gustosa a primera hora de la tarde, respondiendo a la invitación de Ririko de tomar algo en su casa.

Últimamente le costaba hablar con Motoi, sentía que su visión de las cosas divergía. Además, el humor de su marido empeoraba cuando se enteraba de que había estado con su amiga. Era un círculo vicioso.

—¿Ha pasado algo con Tontoi? —Ririko la miró con los ojos llenos de malicia.

—Ya lo sabes. Puede que lo dejemos.

Se suponía que el divorcio era solo sobre el papel, pero de repente Yuko tenía la impresión de ser libre en cuerpo y alma. Recuperar la condición de soltera después de tanto tiempo pese a que Motoi siguiera siendo su pareja hacía que sintiera que quizá no estaría mal volver a vagar sin anclajes ni rumbo fijo.

—Ya estás divorciada, ¿no?

Ririko abrió la ventana de par en par y encendió un cigarrillo. El aire seco y fresco de enero que entraba desde el jardín oscuro resultaba muy agradable.

—Sí. En un principio debía ser solo sobre el papel, pero nos distanciamos en cuanto lo firmamos. Y después ha venido el embarazo. Él está entusiasmado con la idea y a mí, en cambio, cada vez me deja más fría.

—Pero habíais quedado en que serías tú quien criaría al niño, ¿no? —Ririko se giró hacia ella con el cigarrillo colgando en los labios.

—Eso es lo extraño. Ya no quiero. No es mi hijo. Me estoy dando cuenta de hasta qué punto lo siento como algo ajeno. Da hasta miedo. Cada vez se me hace más cuesta arriba pensar que tengo que criar a un niño que no es mío con un Motoi encantado con la idea. Sí, me asusta.

—¿En qué sentido?

—Si me quedo, no podré desentenderme. Para Motoi no hay problema porque es su hijo biológico. Él ahora se pasa el día soñando con su futuro: que si, cuando cumpla tres años, le enseñará ballet; que si lo meterá en un colegio internacional desde primaria para que hable un inglés fluido; que si luego, cuando vaya al instituto, lo mandará a estudiar a Francia para que entre en la Ópera de París... Sus planes son tan ambiciosos que hasta dan repelús.

—Yuko, te has dejado llevar... Ya te lo dije.

Ririko la miró de reojo con sus ojos hinchados y ligeramente rasgados, y apagó el cigarrillo en un cenicero que tenía una forma obscena.

—Sí, ya lo sé, al final accedí...

—Porque eres débil y no te pusiste firme.

—¿Tú crees? Tampoco hace falta que seas tan cruel conmigo...

—A ver... Él lo que quería era un hijo que fuera solo suyo, eso está claro. ¿No me dijiste que la madre posee una fortuna? Si vosotros dos murierais, para ellos sería una faena que la pasta fuera a parar a tus parientes, Yuko. Quiere dejarle el dinero a alguien de su sangre. Es una mentalidad muy de ricos.

—No se me había ocurrido...

Yuko se había criado en una familia donde lo único que se podía dejar como herencia era una hipoteca, por lo que era una forma de

pensar que nunca hubiera imaginado.

—Qué ingenua eres, Yuko —le espetó Ririko, que venía de un hogar adinerado, con expresión seria.

—¿En tu familia también piensan así?

Ririko no contestó a la pregunta y cambió de tema.

—Se llama Oishi, ¿verdad? La mujer que hace de madre subrogada, quiero decir. Se desharán de ella en cuanto dé a luz, ¿no? Tú tampoco podrás volver con él, seguro. Van a echar a todos los que les estorben y a vivir los tres juntitos: la abuela, el padre y el hijo.

—Que hagan lo que quieran —dijo Yuko con resignación.

—Puede que a ti te parezca bien, pero ¿y Oishi? Da igual el dinero que le hayáis dado, ella se decidió a tener al bebé por ti. Me dijiste que os entendisteis muy bien cuando mantuvisteis aquella charla, ¿no? ¿Vas a abandonarla? Va a pasarlas canutas para gestar a un niño que luego le van a quitar.

—No estoy abandonándola.

Aun así, Yuko no pudo evitar inquietarse al pensar en el disgusto que se llevaría al enterarse de que ella dejaba el «proyecto».

—Si rompes con Tontoi, la situación será muy distinta a la del principio.

—No es algo que pueda resolverse con un razonamiento tan simple.

—Entonces dime, ¿de quién es realmente el hijo? —Ririko estaba enfadada y hablaba con una lógica implacable, algo poco habitual en ella.

—No sé...

Yuko ladeó la cabeza. La mujer era quien paría, así que solía ser ella la que se encargaba del niño hasta que crecía un poco. La

responsabilidad era suya y del padre de la criatura, pero... ¿y después? Cuando crecía, ¿seguía siendo «de ellos» o no?

—El niño, en realidad, se pertenece a sí mismo —afirmó Ririko.

—Déjate de teorías abstractas. Eso en la práctica es imposible. Hay muchísimos niños que sufren abusos por parte de sus progenitores. Eso ocurre porque los padres creen que sus hijos son de su propiedad. Yo opino que, en el fondo, pertenecen a toda la sociedad. Sé que no es factible, que es un ideal; por eso, por malos que sean los padres, no tenemos más remedio que dejar que ellos los críen. Esto no es un sistema comunista... —Yuko, molesta, soltó aquel discurso casi sin coger aire.

—La vida de un niño es suya, ¿no?

—Sí, claro. Pero en nuestro caso la cosa se complica porque hemos recurrido a una madre subrogada.

Enfadada, Yuko arrancó con la mano un trozo de pan francés.

—No es tan difícil. Solo debes volver a tu casa.

—No pienso regresar. No imaginaba que Moto fuera de los que dan tanto la turra con tener un hijo. Y más después de haber acordado que viviríamos los dos solos como pareja.

—Claro, Yuko, tú eres la única que queda fuera de todo esto.

Ririko lo había expresado con una claridad odiosa. Yuko se mordió el labio mientras buscaba cómo responderle cuando recibió un mensaje de Line. Era de Riki.

> Buenas tardes. Quería informarte de que hoy he ido a la clínica a hacerme la ecografía de las seis semanas y me han dicho, para mi sorpresa, que son gemelos. Estoy un poco en pánico.

Desde que supo que estaba embarazada, Yuko y Riki intercambiaban mensajes por esa aplicación. Le contestó de inmediato:

¡Guau! ¡Felicidades!

Acompañó el mensaje con un *sticker* de celebración. Seguro que también se lo habrían comunicado a Motoi y estaría contentísimo.

—¿Quién te escribe?

Ririko, que acababa de poner un trozo de queso sobre un pedazo de baguete y se disponía a morderlo, se volvió hacia ella.

—Es Oishi. Hoy ha ido a la revisión y le han dicho que podrían ser gemelos.

—Anda, ¡qué bien! Así le podéis dar uno a ella y todos tan contentos.

—¡No digas eso! ¡Ni que fueran cachorritos! —dijo Yuko con una mueca.

Ririko la miró con cara de incredulidad.

—Así que gemelos... Menudo lío. ¿Quién se encargará de criarlos si te divorcias? La madre de Tontoi ya tiene más de setenta años, ¿no?

—Ni idea.

Eso era cierto: todo se estaba complicando. ¿Y ahora qué?, se preguntó Yuko inquieta. El plan inicial era reconciliarse con Motoi y que se ocuparan del niño juntos, pero, al enterarse de que eran gemelos, había vuelto a sentir que aquello no iba con ella. Todo le parecía demasiado irreal.

Sonó el teléfono. Era una llamada por Line de Riki.

—¡Hola! ¿Oishi? ¡Felicidades! —dijo Yuko nada más responder.

—¿Yuko? Gracias por los mensajes del otro día. —Riki sonaba preocupada.

—No hay de qué. ¡Gemelos! ¡Menuda sorpresa! Va a ser duro, ¡pero ánimo! —Yuko se esforzó por que su voz fuera lo más amable posible.

Le molestaba Ririko, quien, ávida por oír la conversación, inclinaba la cabeza hacia ella en silencio.

—Sí, gracias. Por cierto, ¿se lo has contado ya a Motoi? —preguntó Riki.

—¿No se lo has dicho tú? —respondió Yuko.

—No, todavía no. ¿Podrías no comentarle nada durante un tiempo?

Yuko ladeó la cabeza, intrigada por su tono casi suplicante.

—Está bien.

—Y... Yuko... Hay algo que me gustaría comentarte. —Riki bajó la voz.

—Claro. ¿Te va bien por teléfono?

—No... Si puede ser, preferiría hablarlo en persona.

El final de la frase se perdía en un murmullo. ¿Qué le ocurría? Yuko tuvo un mal presentimiento. ¿Quería decirle que pensaba abortar? A las seis semanas todavía era posible. Tal vez la noticia de que eran gemelos la hubiera aterrado, y no sería extraño. Ella también se habría asustado si estuviera en el lugar de Riki y descubriera que su primer embarazo iba a ser doble.

—¿Quieres que venga Motoi también?

—No. Si puede ser, me gustaría hablar solo contigo. —Su tono era tenso.

—De acuerdo. ¿Dónde nos vemos?

Yuko miró el reloj. Ririko abrió mucho los ojos, como preguntándole: «¿Te vas?».

Ririko había insistido mucho en acompañarla para conocer a Riki, pero Yuko se negó y fue sola a Shibuya. Se habían citado, por

petición de Riki, en una cafetería que había dentro del centro comercial Mark City.

Aunque habían hablado por Line y se habían escrito correos electrónicos, hacía tiempo que no quedaban en persona. Yuko recordó que la primera vez que se vieron había sido en un hotel, también en Shibuya.

—Perdona que te haya hecho venir hasta aquí.

Riki la esperaba sentada en una mesa que había al fondo del café. Se sorprendió al ver que había adelgazado un poco y que estaba más guapa.

—¡Vaya, Oishi! ¡Estás preciosa!

Antes daba la impresión de que el resentimiento se acumulaba dentro de su cuerpo, pero ahora parecía haber resuelto sus problemas y transmitía una serenidad cristalina. Yuko pensó que la estabilidad económica había transformado por completo la imagen que proyectaba.

—¿Tú crees? —Una expresión de desconcierto surgió en el rostro de Riki.

—¡Sí! Se te ve más tranquila —añadió Yuko antes de sacar el tema de la maternidad—. Por cierto, muchas gracias por todo, de verdad. Te has sometido a un tratamiento durísimo y ahora, encima, estás embarazada de gemelos.

Mientras esas palabras salían de su boca, tuvo la impresión de que sonaban ridículas. Se le escapó una sonrisa que se borró al instante al ver brillar el anillo dorado en el dedo anular izquierdo de Riki. Se quedó helada un instante, preguntándose si se lo habría regalado Motoi.

Riki siguió la dirección de su mirada y escondió rápidamente la mano.

—¡Ah! Esto... no es lo que parece. Me lo compré cuando volví a casa de mis padres para aparentar.

—¿Para aparentar?

—Sí. Para presumir de que me había casado con un artista en Tokio. Lo hice porque los de campo son muy criticones. No significa nada más.

A Yuko le hizo gracia la franqueza de Riki y soltó una carcajada.

—¿Y funcionó?

—Sí, todos se quedaron alucinados. Aunque...

Riki frunció el ceño con gesto preocupado. ¿Qué demonios querrá decirme?, se preguntó Yuko mientras ladeaba la cabeza.

—Quería consultarte algo que tiene relación con mi visita.

Riki se encogió de hombros y bajó la vista.

—¿A mí? ¿No a Motoi?

—Sí... No me veo hablando de esto con él ni con Aonuma. Me da la impresión de que quizá tú sí que podrías entenderlo...

Riki miró a su alrededor. Era evidente que le costaba hablar del tema. Yuko se acercó más a ella para verle mejor la cara.

—Me puedes contar lo que quieras. No les diré nada ni a Motoi ni a Aonuma.

—La verdad es que... he incumplido el contrato.

—Bueno, supongo que hasta cierto punto era algo inevitable.

Yuko imaginó que habría hablado del «proyecto» con alguien del pueblo y que el rumor se habría extendido. Sin embargo, las palabras que salieron a continuación de la boca de Riki fueron completamente inesperadas.

—Fui a una cena en la que me encontré con un exnovio y acabamos en un hotel.

—Eres muy joven. Esas cosas pasan, ¿no?

Yuko estaba a punto de quitarle importancia cuando Riki añadió:

—Es que, en ese momento, faltaban seis días para la ovulación, así que me confié. Pero leí que los espermatozoides pueden sobrevivir hasta seis días...

Yuko entendió por fin de qué iba todo aquello. No se lo esperaba en absoluto.

—Y la inseminación artificial fue después de eso, ¿no?

—Sí —respondió Riki con aire abatido.

—Es decir, ¿que no sabes de quién es?

Riki asintió cabizbaja.

—Bueno, seguro que no pasa nada —dijo Yuko, recordando los detalles de su propio tratamiento de fertilidad—. Usasteis protección, ¿no?

—Sí, pero... lo hicimos más de una vez, así que no sé...

—¿Más de una vez? —Yuko estaba atónita y no sabía qué decir—. Bueno, se afirma que pueden sobrevivir hasta seis días, pero eso ocurre en casos excepcionales. Seguro que no hay problema.

Parecía estar intentando convencerse a sí misma con esas palabras y pretendió dar el tema por zanjado.

—Pero es que no fue solo con él —añadió Riki en voz baja.

—¿Qué? ¿Hubo más?

Yuko no salía de su asombro. Al mismo tiempo, se dijo: ¡Cómo habría disfrutado Ririko si estuviera aquí!

—Lo siento. Al día siguiente, al volver a Tokio, un amigo me dijo que se marchaba a su tierra. Me sentí muy triste y acabamos...

Yuko jamás habría imaginado que aquello era lo que quería compartir con ella. Intentó organizar los caóticos pensamientos que se agolpaban en su cabeza.

—O sea, que tuviste relaciones con dos hombres diferentes seis y cinco días antes de la ovulación y ahora no sabes si los bebés son de

Motoi o no. ¿Es eso? —susurró para asegurarse tras echar un vistazo alrededor.

—Sí. Lo siento —respondió Riki visiblemente abatida.

—¿Y qué vas a hacer?

Como no tenía ni idea de qué aconsejarle, Yuko optó por devolverle la pregunta.

—Quería consultártelo. ¿Debería abortar? Porque, si más adelante hacen una prueba de ADN y descubren que no son suyos, las consecuencias serán mucho más graves que una simple multa por incumplimiento de contrato, ¿verdad?

Yuko no sabía qué contestar, se había quedado sin palabras.

—Me enfadé muchísimo cuando recibí el correo de Motoi. Ansiaba rebelarme contra él de algún modo. Además, ya llevaba dos inseminaciones artificiales sin éxito y creí que esta vez tampoco funcionaría. Me confié. Lo siento muchísimo.

Riki bajó la cabeza. No lloraba, pero era indudable que estaba compungida de verdad. Yuko no pudo evitar pensar que, si no hubiera sido porque ella misma lo había confesado, nadie habría sospechado nada y todos habrían esperado el parto con ilusión. Precisamente por eso, su actitud le generó simpatía.

—¿Crees que debería contárselo a Motoi? —le preguntó.

—Era otra de las cosas que quería consultarte —contestó Riki.

De pronto, le vino a la memoria la frase de Ririko: «¿De quién es realmente el hijo?». No había respuesta correcta.

—Es mejor que no le digas nada —afirmó decidida.

—Pero eso significaría que a lo mejor estaría engañándolo, ¿no?

Aunque las posibilidades eran bajas, existían. Yuko se quedó callada, pensando. Riki no apartaba la mirada de ella, inquieta.

—Eres tú la que se juega la vida para tenerlos, así que los niños son tuyos. Motoi ha puesto el dinero y ha pasado por el engorro de

llevar el esperma a la clínica; puede que se queje, pero no podrá denunciarlo públicamente. Si vas a seguir adelante con el embarazo, lo mejor es dar a luz primero y después ver qué hacer.

—Pero se hará una prueba de ADN, ¿no?

—No si tú no quieres. Si no deseas entregarlos, pues te los llevas y ya está.

—¿Adónde?

Riki parecía angustiada.

—No lo sé. Creo que lo mejor es que nazcan primero y luego pensar qué hacer.

—He roto el contrato. ¿Debo devolver el dinero?

—No hace falta. Si quieres hacerte cargo de los bebés, utilízalo para eso.

—Pero querías criarlos con él, ¿no? Imagino que no os gustará que cambie de idea.

Yuko negó con la cabeza.

—Yo dudaba desde el principio, pero no me paré a analizarlo como debería y ahora me arrepiento. Me da la impresión de que te he hecho pasar por algo injusto. Me he dado cuenta de que no lo veo como Motoi. Es posible que me separe de él, pero me parece que él sí que tiene intención de vivir con ellos.

—¿Aunque no sean sus hijos biológicos?

—Eso lo veo complicado. No creo que los acepte si no son realmente suyos. Quería asegurarse de que el niño llevara sus genes.

Riki tembló asustada al escuchar la palabra «genes».

—¿Qué debería hacer? Aunque... sí que siento que quiero tenerlos.

—Entonces, ya que has llegado hasta aquí, ¡tenlos con la cabeza bien alta! Luego ya veremos cómo nos las apañamos.

¿De verdad saldría todo bien? ¿Sería mejor interrumpir el embarazo ahora y decirle a Motoi que había sido un aborto espontáneo? Para eso necesitarían la colaboración de Aonuma... Yuko analizó las posibilidades.

Miró el vientre de Riki. Su joven abdomen seguía plano pese a albergar dos vidas. No se le notaba en absoluto. Al contemplarlo con aquella apariencia tan sana, fue incapaz de decirle que sería mejor que abortara.

3

Yuko volvió a casa pasadas las once de la noche.

Durante el trayecto desde Shibuya, había estado pensando en qué medidas podía tomar respecto al problema que Riki le había planteado. No se esperaba en absoluto que ese fuera el tema del que quería hablarle, pero no sentía ni un ápice de reproche hacia la joven. Se habían aprovechado de su situación desde el principio con aquella propuesta insultante y podía entender que actuara por capricho e incluso que cambiara de idea.

Concebir aquellas vidas había supuesto mucho esfuerzo, por lo que el aborto quedaba descartado. Si ella no comentaba nada, Motoi creería que eran sus hijos. Aun así, le parecía irresponsable decirle a Riki que los criara sola.

Lo más probable era que fueran hijos de Motoi, así que ¿no sería mejor no decir nada, que diera a luz tal como estaba planificado, dejarle los niños a Motoi y luego divorciarse de él?

Aunque, si eso ocurría, sería ella, Yuko, quien tendría que ocuparse de los gemelos. Su suegra no movería un dedo y seguramente se limitaría a criticar cualquier cosa que hiciera. Por si la perspectiva no fuera ya bastante deprimente, criar a los gemelos era incompatible con cualquier trabajo. Suspiró al pensarlo.

—Ya estoy en casa.

Al abrir la puerta, Motoi apareció con el rostro radiante de alegría. Llevaba una sudadera negra y unos tejanos; no se había puesto el pijama todavía.

—Te estaba esperando.

Se acercó con los brazos exageradamente abiertos, como si quisiera abrazarla. Aquella posición parecía sacada de un *à la seconde* de ballet.

—¿Qué pasa?

A Yuko le costaba bajar la cremallera de sus botas, así que se sentó en la entrada y se las fue quitando despacio para ganar tiempo. No le apetecía hablar con Motoi.

—¡Son gemelos! —dijo él a su espalda con voz conmovida.

¿Cómo se había enterado? Yuko se volvió sorprendida.

—Esta tarde me ha llamado Aonuma. Hoy Riki fue a revisión y lo vieron en la ecografía. Todavía no es cien por cien seguro, pero es lo más probable.

Pese a que Riki le había pedido que guardara el secreto, la información le había llegado igualmente a través de la clínica y de Aonuma. Aunque la persona que tenía que dar a luz no quisiera, las noticias importantes se le comunicaban rápido a quien pagaba. Riki debía de estar, sin duda, bastante molesta.

—¿Y Oishi te ha dicho algo?

—No, nada.

Yuko sintió que sus esfuerzos habían sido en vano y alzó la vista hacia Motoi. Él estaba extasiado de alegría, casi al borde de las lágrimas, y no se percató de su reacción.

—¡Gemelos! ¿Quién iba a imaginárselo? Estoy muy feliz. Por eso te esperaba, para brindar por ello.

Suspirando con resignación, Yuko se dirigió al salón. Sobre la mesa encontró una cubitera y, dentro, una botella de Krug que reservaban para ocasiones especiales.

—¿No sería mejor que lo hicieras con Oishi en lugar de conmigo? —preguntó, recordando el rostro abatido de Riki mientras aguardaba

en aquel rincón de la cafetería.

—Ya organizaremos una celebración con ella cuando llegue el momento. Primero, brindemos nosotros.

—¿Porque el proyecto ha sido un éxito?

—No, aún no. Lo será cuando los bebés nazcan sin problemas.

Motoi descorchó la botella de Krug. Sonó un *pop* enérgico. Yuko observó las diminutas burbujas que brotaban sin cesar y desaparecían en el pálido líquido amarillo.

—¡Por los gemelos! ¡Salud!

Cuando Motoi chocó la copa contra la suya, de repente, Yuko sintió lástima por él. «Puede que no sean tuyos. ¿Lo celebrarías igual?», tuvo ganas de preguntarle. Pero, en realidad, la única con derecho a hacerlo era Riki Oishi, la mujer que llevaba a esos niños en el vientre. Entonces comprendió que ella no era en absoluto parte interesada en aquel asunto.

—Me alegro por ti —dijo tras dar un sorbo al champán con esfuerzo.

—Sí, yo estoy feliz, pero ¿a ti te parece bien?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque vas a ser madre de gemelos. No lo habíamos planeado así. Criar a dos niños a la vez es muy duro.

—Imagino que sí.

Yuko no pudo evitar que su rostro se ensombreciera.

—No te preocupes, entre los dos podremos sacarlos adelante.

Motoi había malinterpretado su decaimiento.

—Y, si yo no volviera contigo y al final te ocuparas de ellos tú solo, ¿qué harías? —preguntó, armándose de valor.

Motoi la miró un instante, desconcertado. Tras unos segundos, respondió dolido:

—O sea, que quieres seguir divorciada, ¿no? ¿De verdad te lo estás planteando?

—No es que quiera eludir la responsabilidad, pero, al fin y al cabo, no serían mis hijos, estoy viviendo todo esto como algo ajeno y no consigo quitarme de encima la sensación de que le estamos haciendo algo horrible a Oishi. A diferencia de ti, soy incapaz de considerar la gestación subrogada como un simple trabajo.

—No lo veo como un «simple trabajo», pero puede que las mujeres lo viváis diferente. Puede que te haya herido sin querer...

Motoi se mostraba lúcido y amable. Estaba tan entusiasmado con la idea de ser padre que, hasta ese momento, no se había dado cuenta de los complejos sentimientos de Yuko.

—¿A qué viene ahora ese cambio de actitud? —Sin querer, el tono de ella se había vuelto sarcástico.

—No es de ahora, lo he pensado muchas veces. Pero decidí apartar esa idea de mi cabeza porque creí que estabas de acuerdo con lo que hacíamos.

—Pues no la apartes de nuevo tan fácilmente. Acepté porque no me quedó otra opción. Yo lo único que quería era tener un hijo contigo. Pero después de divorciarnos...

Fue incapaz de seguir. Motoi completó la frase en voz baja.

—¿Ya te da igual?

—No es eso... Es que cada vez me siento más perdida. Hay demasiadas cosas en mi cabeza. ¿Qué pasará si Oishi no te entrega a los niños cuando se divorcie? Puede que al final decida llevárselos y criarlos ella misma. ¿La demandarás por incumplimiento de contrato?

Motoi negó con la cabeza.

—No puedo, lo que nos traemos entre manos es secreto. Pero creo que también deberíamos valorar esa posibilidad. Si ella quisiera

quitarnos a los niños, no aceptaría divorciarme de ella. No nos quedaría otra que esperar a que reconsiderara la situación.

Yuko no sabía que él había preparado una estrategia tan a largo plazo.

—¿Y qué pasaría conmigo?

—Tendrías que aguardar a que se resolviera el problema y el sitio volviera a quedar libre.

Yuko soltó una carcajada. Motoi sonrió con amargura mientras se servía una segunda copa en el vaso casi vacío.

—Sería un lío...

—Tú lo has dicho.

—Ya, bueno...

Motoi continuaba viéndolo únicamente como un escenario hipotético.

—¿Y si no te los quisiera entregar porque, en realidad, no fueran hijos tuyos? ¿Qué harías?

—Eso es imposible —dijo Motoi tajante.

Yuko tuvo ganas de preguntarle de dónde sacaba esa certeza, pero debía ser una tumba, así que no añadió nada más.

—Es solo una hipótesis. Aunque sea imposible, respóndeme: ¿qué harías?

—Pienso criar a esos niños como propios, así que, aunque no lo fueran, esperaría hasta que me los entregara para divorciarme. Es decir, que sí, me encargaría de ellos.

—O sea, ¿que no aceptarías el divorcio y serías capaz de criarlos como si fueran tus hijos? ¿Incluso después de haber gastado una fortuna en la inseminación artificial?

—Una vez que nazcan, me dará igual. No me importará si son míos o no. Voy a estar implicado en el proceso hasta el parto y no tendré otro remedio que creer que son míos y ocuparme de ellos.

—Unas palabras preciosas, pero... no sería fácil...

Yuko no terminaba de creérselo.

—No lo digo por quedar bien —dijo Motoi antes de que apareciera en su rostro, de repente, una expresión abatida—. En realidad... me da un poco de miedo.

—¿El qué?

—Cuando hoy me ha llamado Aonuma para anunciarme que eran gemelos y felicitarme, me alegré mucho, pero al mismo tiempo me asusté.

—¿Por qué?

—Lo acabas de decir tú misma, Yuko. Esto no va a ser fácil. Me da miedo haber creado dos vidas en el vientre de una mujer a la que ni siquiera amo. Con uno todavía pensaba que podríamos apañárnoslas, pero con dos..., con gemelos... ¿A ti no te asusta?

—¡Si hace un segundo estabas encantado precisamente por eso!

Yuko sonrió con amargura.

—Sí. Eso es verdad. Le veo ventajas. Por ejemplo, si fueran niño y niña, podríamos tener la parejita de primeras. Me alegro cuando lo veo desde ese ángulo. Pero, por otro lado, estoy aterrado. Creo que he hecho algo irreparable. ¡Estamos hablando de traer vidas al mundo! No lo siento como un acto divino, sino más bien como la obra de un demonio. Me da la impresión de que, cuando esos niños crezcan y descubran lo que hice, me odiarán.

Yuko miró atónita a Motoi, que fruncía las cejas con inseguridad.

—¿A qué viene eso ahora? Era algo previsible, ¿no?

—Sí, pero es que no pensaba que fueran a ser gemelos. Tengo la sensación de que llegará el día en que esos dos niños me odiarán y se aliarán contra mí, como si fuera su enemigo, por haber obligado a su madre a pasar por una situación tan horrible.

—¿Te refieres a Oishi?

—Y a ti también, Yuko. No solo a ella.

—¿A las dos madres?

En la mente de Yuko resucitaron las palabras de Ririko: «¿De quién es realmente el hijo?». En efecto, su marido y ella habían decidido el destino de esos dos seres humanos que estaban por nacer. ¿No era algo terrorífico?

—Necesito que me ayudes a superar esto, por favor. Somos marido y mujer, ¿no?

—Sí, pero yo... —fue lo único que pudo responder.

—¿Qué?

Motoi la acorraló con una mirada seria. ¿Estoy huyendo?, se preguntó Yuko. La imagen del desconcertado rostro de Riki volvió a aparecer en su mente.

Después de acabarse el Krug, apenas hablaron. Se sentaron en el sofá uno junto al otro, como si no hubiera pasado nada, y se pusieron a ver una película antigua mientras bebían ginebra a mansalva.

Yuko se levantó al día siguiente con una resaca horrible. Decidió no ir a trabajar y se quedó durmiendo después de que Motoi se marchara al estudio con Mathieu.

Pasadas las diez, Riki la llamó por Line. Como imaginaba que tarde o temprano acabaría haciéndolo, ya estaba mentalizada.

—¡Hola! Habla Yuko.

—¡Hola, Yuko! Gracias por haber venido ayer. —La voz de Riki sonaba inquisitiva y un poco alterada desde el primer momento—. He recibido un email de Motoi en el que me felicita por los gemelos. ¿Se lo has contado?

Yuko sentía un martilleo constante en la cabeza cuando hablaba. Se presionó la sien con los dedos antes de responder.

—Ya lo sabía cuando volví a casa. Aonuma lo había informado. Estaba muy contento.

No mencionó lo del miedo.

—¿Qué? ¿Ha sido Aonuma? Me parece horrible. Mi embarazo es asunto mío y no le di permiso para contarlo. ¿O es que no tengo derecho a la intimidad?

—Llevas razón.

Ella también se habría enfadado si estuviera en el lugar de Riki. Aunque, como había apuntado Motoi, la situación ya se había torcido y avanzaba en una dirección extraña.

—Me das la razón, fantástico. Pero lo dices como si no fuera contigo. Pensé que estabas de mi parte.

Yuko la imaginó frunciendo los labios con desaprobación.

—Lo estoy. No he contado nada de lo que hablamos ni me he puesto del lado de Motoi. Lo único que pasa es que yo tampoco sé qué debería hacerse en estas circunstancias. Creo que deberías decidirlo tú. —Se esforzó por encontrar las palabras adecuadas porque no sabía cómo hacer que Riki la entendiera.

—¿Yo?

—Sí. Eres la persona directamente implicada. Romper el acuerdo y tener relaciones con otros hombres fue elección tuya. No voy a criticarlo, pero tampoco me entrometeré en el asunto. Considero que eres tú la que debe escoger cómo resolver la situación.

—Sí, pero... —La voz de Riki sonó aguda y desesperada—. No puedo hacerlo sola. Es aterrador.

—Tienes que decidir si quieres dar a luz o no. Nadie se opondrá. Incluso Motoi lo respetará. Y, pase lo que pase, nadie se enfadará. Debes elegir. Yo te apoyaré en cualquiera de los casos.

Riki se quedó en silencio.

—De acuerdo. Creo que los tendré. Cuento contigo.

—De acuerdo. Cuídate.

—Gracias.

La voz de Riki sonaba muy lejana, como si hubiera ido a un lugar remoto. Yuko, desconcertada, se quedó mirando el techo.

Yuko fue al trabajo ya bien entrada la tarde. Ririko no tardó en aparecer. Era evidente que se moría de ganas de saber de qué había hablado con Riki.

—¿Qué pasó ayer? ¿Va a abortar?

La fulminó con sus pequeños ojos rasgados. «¡Dime la verdad!», parecían exigir.

—¿Qué te hace pensar que era eso lo que quería comentarme?

Yuko le devolvió la mirada, sorprendida.

—A ver... Va a tener gemelos, quería consultarte algo y, además, parecía serio, ¿no? Es joven y el embarazo es subrogado, así que me parece normal que le entre miedo al parto y se plantee abortar. He acertado, ¿verdad?

¡Qué trivial sonaba todo cuando Ririko hablaba de sexo y reproducción! En muchos sentidos, la irritaba aquella actitud suya, como si se mofara del asunto, observándolo desde un pedestal sin participar en él.

—Te diviertes a costa de los demás porque crees que no va contigo.

—No me estoy divirtiendo —replicó Ririko con calma. Después, con una cuchara, cogió un poco de crema pastelera de un profiterol que había traído como regalo y se la llevó a la boca—. Esto está buenísimo, deberías probarlo. Es de la pastelería Bien-être.

Yuko lo rechazó. Todavía sentía la resaca.

—Ahora no me apetece. Luego.

—Entonces, me lo llevo —dijo su amiga para provocarla.

Yuko esbozó una sonrisa de compromiso.

—¡Venga ya! ¡No seas cría!

—¡Va! ¡Cuéntamelo! A lo mejor yo puedo ayudar a esa chica.

—¿Cómo ibas a hacerlo? ¿De dónde sacas esa idea? No tiene ningún sentido.

—Ni yo lo sé.

Ririko se echó a reír con despreocupación. ¡Menuda pieza!, pensó Yuko. Justo en ese momento sonó una llamada por Line. Era Riki de nuevo.

—Perdona que te moleste otra vez. Es que he estado pensando en lo que hemos hablado y he decidido que lo mejor es que aborte. Iré mañana.

—¡Espera! —respondió Yuko con un grito agudo.

Al final acordaron verse en la misma cafetería del Mark City donde se habían reunido el día anterior. Ririko también fue. Yuko quería tenerla a su lado como apoyo para conseguir convencerla de que no abortara.

De camino a Shibuya, cuando le explicó a su amiga lo sucedido, Ririko le preguntó:

—¿Por qué te opones? Es la mejor opción, ¿no?

Ojalá no la hubiera traído, pensó Yuko; aunque ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Riki esperaba exactamente en el mismo sitio que el día anterior. Llevaba un vestido de punto azul marino. Ririko, de forma nada disimulada, se quedó mirando con fijeza el vientre de la joven.

—Oishi, esta es Ririko Terao, una amiga mía. ¿Te importa que se una a la conversación?

Riki pareció sorprendida por el aspecto peculiar de la mujer, a la que seguramente clasificó como excéntrica al instante. Vestía completamente de negro, como un cuervo. Asintió sin sonreír, inclinando un poco el cuello a modo de saludo.

—Hola, me llamo Riki. Riki Oishi.

—Y yo Ririko.

Le entregó su tarjeta de visita, en la que ponía que era artista de *shunga*. En ella había dibujada una escena en la que un hombre y una mujer copulaban sobre una alfombra roja.

—Vaya, ¡qué chula!

Complacida, Ririko sonrió de oreja a oreja al ver que le había gustado.

—Así que eres Oishi, la que participa en el proyecto. Creo que has hecho muy bien.

Riki estaba sorprendida.

—¿Te refieres a lo de ser madre subrogada? —preguntó con una ingenuidad desconcertante.

—No, no. A pasar del contrato y haber tenido relaciones seis días antes de la inseminación artificial —afirmó Ririko con un deje petulante mientras sujetaba la taza de café con leche por el asa.

Riki le dirigió una mirada de reproche a Yuko y ella se apresuró a excusarse:

—No sabía qué hacer con este problema, así que le pedí consejo. Pero no te preocupes, que no les dirá nada de esto ni a Motoi ni a Aonuma. Puedes estar tranquila.

—Sí, digamos que vamos a mantener una discusión sincera entre mujeres —dijo Ririko, tomando la iniciativa.

—No sé... Me da un poco de apuro... —Riki se removió en su asiento, incómoda.

—No hay nada de que avergonzarse. —Ririko bajó la voz—. ¿Por qué quieres abortar?

Riki suspiró profundamente y empezó a hablar de manera entrecortada, con la mirada fija en su taza de café:

—En realidad, hasta esta mañana, pensaba tenerlos. La verdad es que ya aborté una vez. Este sería mi segundo embarazo y por eso me estaba animando a mí misma a seguir adelante fuera cual fuera el resultado.

Yuko asintió visiblemente.

—Pero desde ayer no paro de darle vueltas y he llegado a la conclusión de que no puedo soportar esta situación tan complicada. Porque, para ser honesta, sigo sin saber de quién son los niños. El único que cree que son suyos es Motoi y no me puedo imaginar el escándalo que se armaría si al final no lo fueran. Me da miedo solo con pensarlo. Aunque descubriera que son de Hidaka o de Daiki, no podría pedirles responsabilidades. Hidaka tiene familia y Daiki ha vuelto a Yonaguni, así que no puedo contar con ninguno de los dos. Eso significaría que debería criarlos yo sola, y lo veo imposible considerando que tendré que trabajar... Así que lo mejor es que aborte. Esta mañana dije que los tendría. Por eso, Yuko, pensé que debía avisarte de que he cambiado de opinión.

—¿Y qué vas a decirles a Aonuma y a Motoi?

—Que ha sido un aborto espontáneo. Pero, si llegara a descubrirse, confesaría la verdad y devolvería el dinero. Así me quedaría más tranquila.

—Así que uno se llama Hidaka y el otro... ¿Daiki? —intervino Ririko con un comentario fuera de lugar.

—Sí. Hidaka es de Hokkaido, es mi exnovio. Daiki es terapeuta... Bueno, no es un psicólogo de verdad: trabaja en un servicio de acompañamiento sexual para mujeres.

Ririko se inclinó hacia delante con un interés repentino y evidente. Yuko se puso nerviosa cuando la vio hacer ese gesto.

—¿Qué hace exactamente?

—Sobre todo masajes eróticos, aunque, si la mujer lo desea, también puede ofrecerle el servicio completo.

—¡Vaya! ¡Qué bien! Me parece que tienes buen gusto. Después de escuchar tu historia, creo que tu decisión es la acertada. Es mejor abortar. No hace falta que tengamos hijos. No es necesario que las mujeres carguen con el peso de la reproducción. Basta con que vivan fieles a sus deseos y disfruten de la vida. En tu caso, dejando aparte el tema del dinero, el problema radica en que Motoi Kusaoke no encaja con tus deseos. Porque, si te gustara como hombre, podríais haber tenido relaciones sexuales. No habría habido nada que objetar si, como consecuencia, te hubieras quedado embarazada.

Riki se quedó boquiabierta, sin saber qué responder. Yuko levantó apresuradamente la mano derecha para interrumpir a Ririko.

—Oishi, yo estoy en contra de que abortes. No soy ninguna moralista ni una fundamentalista cristiana, pero, ya que te has quedado embarazada, tenlos. No lo digo porque yo no haya podido concebir hijos, sino porque dar a luz también es una opción. ¿Por qué no intentarlo? Puede que te haga feliz o que suponga para ti una gran desgracia, pero estoy segura de que criar a esos niños será divertido. Yo en tu lugar los tendría.

—Pues yo estoy en contra. Muy en contra. Aborta ahora que todavía puedes. Si Tontoi te dice que hay que pagar una penalización o algo así, yo lo hago por ti —dijo Ririko, apartando la mano de Yuko.

—¿Tontoi? —preguntó Riki extrañada.

—Se refiere a Motoi —dijo Yuko, fulminando a Ririko con la mirada.

—Bueno, ¿qué decides?

Ririko la presionaba para que respondiera. Riki se llevó ambas manos a la cabeza.

4

Acorralada por Ririko y Yuko, dos mujeres con opiniones completamente opuestas que la apremiaban con la pregunta «¿qué decides?», Riki no sabía qué hacer.

Ansiaba huir de todo ese lío y abortar, pero quien apoyaba esa decisión era Ririko, que no estaba implicada en el asunto. En cambio, Yuko, que en realidad era parte interesada, le pedía con insistencia que tuviera a los niños sin importar de quién fueran. Lo extraño habría sido no estar confundida.

Aun así, los argumentos de Yuko eran puramente emocionales y a Riki le costaba muchísimo creer que hablara pensando en su bienestar. En cuanto a Ririko, más que considerada, parecía la encarnación misma de la irresponsabilidad. Daba la impresión de que apoyaba el aborto no por una preocupación real por la situación de Riki, sino porque coincidía con su filosofía de vida.

Mientras Riki continuaba con la mirada baja y sin saber qué responder, Yuko se dirigió a ella en un tono más formal.

—Oishi, los hijos siempre comportan un riesgo. Ni siquiera se sabe si nacerán y, si lo hacen, durante su vida pueden sufrir todo tipo de problemas. Mi hermano menor tiene casi cuarenta años y padece un síndrome de aislamiento severo, es lo que llaman un *hikikomori*. No puede valerse por sí mismo y es una carga para los demás. Además, tengo una sobrina a la que le han diagnosticado un retraso en el desarrollo del lenguaje. En la vida nunca sabes qué es lo que puede pasar. Pero fuimos nosotros, mi marido y yo, los que te pedimos que

gestaras al bebé. Lamento cambiar constantemente de opinión, pero es que yo también estoy confundida. No importa cómo sean los niños ni quién sea el padre. Creo que no nos queda otra que asumir la responsabilidad y continuar adelante. Por eso te pido por favor que no abortes y que los tengas. Te lo ruego.

Dicho esto, inclinó la cabeza en señal de súplica.

—Pero, si tengo gemelos, ¿no te resultará muy duro criarlos, Yuko? No era lo que habíais previsto, ¿verdad?

La preocupación compartida por Riki había dado en el blanco y Yuko se quedó callada de repente. Ririko aprovechó el momento para insistir con vehemencia en su postura.

—Exacto. No podrás trabajar. Será imposible. Si criar uno ya es difícil, imagínate con dos. No darás abasto, así que deberás interrumpir tu actividad profesional. Y no hablamos de un año o dos, no, sino de cinco o seis como mínimo. El mundo de la ilustración es muy cambiante; tu carrera se esfumará. Y, para colmo, ni siquiera son tus hijos... ¿Cómo piensas mantener la motivación?

—¿La motivación?

Yuko frunció los labios con gesto irritado y fulminó a Ririko con la mirada. Ella apartó los ojos. Era imposible saber si eran buenas amigas o no.

—Mi motivación será el sentido del deber. —Yuko señaló exageradamente a Riki, y ella se encogió de hombros—. Le pedimos a ella que gestara a nuestro hijo. Tenemos una enorme responsabilidad. Por eso, aunque no sean míos ni de Motoi, creo que estoy obligada a cuidarlos.

—Pues es la primera vez que te lo oigo decir. ¿Desde cuándo has adoptado esa resolución tan noble? —preguntó Ririko con la intención de provocar.

—Desde ahora mismo —respondió Yuko indignada—. Hace unos segundos, mientras hablaba con Oishi. Mi motivación acaba de fortalecerse.

—¿Ahora, dices? ¿Y te quedas tan ancha? ¡No me lo puedo creer!

Ririko dejó ruidosamente la taza de café sobre el platillo.

—Me da igual que te lo creas o no. Me parece bien incluso aunque sean gemelos. Moto me ayudará y, si hace falta, mi suegra también echará una mano. Por algo decidimos que criaríamos al niño como el matrimonio que somos. Oishi, tú no te preocupes y tenlos. Nosotros nos haremos cargo de todo.

—Pero ¿qué estás diciendo? No me vengas con tonterías. ¡Si ni siquiera sabemos si son o no de él! Ese es precisamente el problema, ¿no? —Ririko se acercó a Yuko, casi escupiéndole esas palabras—. Además, os separasteis porque deseabais un hijo, y ayer mismo me decías que no te parecía mal seguir soltera y que no querías vivir como antes.

—Yo no dije eso. Nuestro divorcio es falso y volveremos a estar juntos —replicó Yuko también alzando la voz para no quedarse atrás.

—Ahí está lo mezquino del asunto. Os habéis divorciado para pedirle a esta chica que sea vuestra madre subrogada y la habéis obligado a casarse. Y, cuando nazcan los niños, lo desharéis todo para que vuelva a ser como antes. ¿En qué demonios estáis pensando? No la habéis tenido en cuenta ni un segundo. Estáis jugando con su vida y con la de los niños que van a nacer como si fueran juguetes.

Yuko se llevó el dedo índice a los labios y le pidió silencio: «¡Shhh!».

—¿Juguetes? ¡Eso es horrible! Yo no los veo así. Además, estás hablando en voz demasiado alta y los otros clientes te van a oír. ¿No te da pena Oishi?

—¿Pena? —preguntó Ririko, encarándose—. Ninguna. Esta mujer es increíble. Y lo que ha hecho es fantástico: ha roto ese estúpido contrato y se ha acostado con otros hombres. No podía haber hecho nada mejor. Así que, más que compadecerla, deberíamos felicitarla. No hay ningún motivo para sentir lástima por ella.

Lo que decía estaba fuera de lugar, pero también apuntaba a una verdad. Riki ladeó la cabeza sin saber exactamente cuál era y observó con timidez los ojos rasgados de Ririko, encendidos por la discusión con Yuko. Ella le sostuvo la mirada con arrogancia y puso la mano encima del hombro de Riki.

—Por eso lo primero que debes hacer es abortar. Vaciar el vientre y dejarlo bien limpio. Y después empiezas de cero.

«Vaciar el vientre y dejarlo bien limpio». Menuda forma tan brutal de decirlo. Riki no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—¡No, no! ¡Ahora que por fin habías conseguido quedarte embarazada! Y de dos, además. Tenlos, por favor —le suplicó Yuko al borde del llanto.

A Riki no le quedó más remedio que asentir.

—De acuerdo, me lo pensaré.

Aquella diplomática respuesta no fue suficiente para Yuko. Su expresión se tornó sombría.

—¿Eso quiere decir que acabarás abortando?

—No lo sé. Todavía no lo he decidido.

Era cierto. Más que el miedo a haber roto el contrato y a que por ello no fueran hijos de Motoi Kusaoke, lo que aterraba a Riki era saber que iba a tener gemelos. ¿Le estallaría el vientre? ¿Resistiría el canal del parto, es decir, su vagina? Y, aunque no explotara nada, ¿volvería todo a su sitio? Se le distendería mucho el útero. Si por casualidad en el futuro quisiera tener sus propios hijos, ¿podría volver a dar a luz sin problemas?

Las gatas callejeras que aparecían por el jardín de casa de sus padres parían cada cuatro o cinco meses, así que siempre las perseguía una ristra de gatitos. ¡Ojalá pudiera hacerlo tan fácilmente como ellas!, pensó Riki. Aunque... ¿y si no era así? Había oído decir que no eran pocas las mujeres que perdían la vida en partos que se complicaban.

La idea de dar a luz la aterraba cada vez más. Quería abortar para evitar el problema, pero sobre todo para huir de aquella realidad.

—Yo estaba en contra de que esta pareja recurriera a una madre subrogada desde el principio.

Pese a que Ririko quiso reabrir el debate, Yuko la cortó en seco. Parecía irritada.

—Ririko, tú no eres parte implicada, así que cállate. Ni siquiera tienes relaciones sexuales, así que no puedes entender el sufrimiento que supone no poder concebir un hijo.

—El sexo es algo que evito. No quiero hacerlo con nadie. Pero eso no significa que sea incapaz de comprender el dolor de los que no pueden tener descendencia. Lo diré claramente: vosotros dos habláis de lo mucho que os entristece, pero, como pareja, os habéis pasado la vida usando anticonceptivos para poder divertiros sin preocupaciones —dijo Ririko con acritud.

La joven de la mesa de al lado, que estaba mirando el móvil, levantó la vista al oír que gritaba «sexo» y «anticonceptivos». Probablemente se preguntaba atónita cómo era posible que unas mujeres de su edad se pusieran a pelearse en público sobre esos temas de mal gusto.

Avergonzada, Riki fijó la mirada en la pared para evitar cruzarse con sus ojos. Cuando la conversación entre ellas se interrumpió un instante, intervino para pedirles que pararan.

—Vale, ya está. No haré nada ni hoy ni mañana, así que ¿por qué no nos calmamos todas un poco?

—¿De verdad? Prométemelo —le pidió Yuko.

—Sí, sí, prometido. Bueno, pues entonces yo me voy ya.

Riki intentó levantarse harta de su discusión.

—¡Espera!

Ririko le tiró del brazo con tanta fuerza que Riki cayó de nuevo con pesadez sobre la silla.

—¿¡Qué!?

—¿Qué estás haciendo, Oishi?

—¿De qué hablas?

—De este trabajo. No te has hecho tarjetas de visita con el título «madre subrogada», ¿a que no?

Ririko soltó esa broma de mal gusto con una expresión completamente seria en el rostro. Riki recordó la suya, tan llamativa, y no pudo evitar reírse.

—Qué va.

—Todo el mundo nos mira. Deja ya de gritar lo de «madre subrogada».

Yuko frunció el ceño y agarró la ropa negra de su amiga. Ella apartó la mano con brusquedad y le preguntó a Riki:

—¿En qué trabajabas antes?

—Estaba en la recepción de un hospital, pero lo he dejado.

—Ah, es verdad, me lo habían dicho... Pues me viene de perlas.

—¿Por qué?

—Porque estoy buscando una asistenta. Has trabajado como administrativa en un hospital y mis padres tienen uno, así que me parece una señal del destino. Si quieres, podrías ser mi ayudante.

Sorprendida por aquella propuesta tan inesperada, Riki miró instintivamente a Yuko. Ella también contemplaba a su amiga,

boquiabierta.

—Estar sola durante el embarazo debe de dar un poco de miedo, así que, si te parece bien, puedes venir a vivir a casa. Nos sobran habitaciones y seguro que podemos trabajar mejor si estás allí.

—¡No corras tanto! Para eso, vente a la nuestra, Riki. Seguro que Motoi se alegraría mucho.

Aunque Yuko sonaba determinada a no dejarse ganar, en realidad, no parecía muy convencida. Y no debía de estarlo, porque no volvió a mencionar el tema.

Riki recordó que Motoi ya le había sugerido que viviese en el estudio de su madre cuando se quedara embarazada. Ella había rechazado la propuesta de inmediato porque, aunque el pretexto era que querían que estuviera bien cuidada, se percibía claramente su voluntad de controlarla. La oferta y las motivaciones de Ririko parecían diferentes.

—Ririko, ¿qué tipo de trabajo haría?

—Yo me dedico a crear ilustraciones *shunga*, así que tendrías que negociar con galerías, hacer tareas administrativas, gestionar los pedidos, actualizar el Instagram y el Facebook... Hay mucho de lo que ocuparse.

Como el objetivo de Riki había sido quedarse embarazada, ahora no estaba trabajando, pero tenía que pagar sus gastos del día a día y, sin ingresos, sus ahorros irían menguando. Aunque Motoi le abonara el último plazo acordado, sería el único dinero del que dispondría después de ese periodo de inactividad.

Si lo analizaba desde ese ángulo, la propuesta era de agradecer. Sin embargo, Ririko era un personaje muy excéntrico y eso le producía cierta inquietud.

Antes de levantarse de la silla, Riki hizo una ligera reverencia y dijo a modo de despedida:

—Gracias a las dos por lo de hoy. Ririko, me pondré en contacto contigo.

Estaba decepcionada porque ninguna de aquellas dos mujeres mayores que ella le había servido de ayuda, aunque no parecían darse cuenta de su desánimo.

—Oishi, por favor, no te precipites.

La angustiada voz de Yuko resonó durante mucho tiempo en sus oídos.

Riki caminó con timidez entre el gentío de Mark City. En su vientre había unos entes extraños y no sabía qué mal podían causarle. Por eso tenía miedo y sentía que no podía hacer nada imprudente.

De camino al andén de la línea Inokashira, rio al recordar las palabras de Ririko: «Vaciar el vientre y dejarlo bien limpio». En efecto, lo notaba ligeramente inflado, como cuando estaba estreñida y no conseguía ir al baño.

Antes de quedarse encinta, imaginaba que el óvulo fecundado flotaba a la deriva en el útero. Ahora que lo estaba, lo sentía como un brote que arraigaba allí con firmes raíces y que le provocaba arcadas. Ese germen crecía a base de robar alimento a su matriz, como haría un alien. Y encima eran dos.

No podía sentir ternura por aquellos aliens, aunque lo intentara. ¿Sería porque era un embarazo por dinero, con un hombre que ni siquiera le gustaba? Nunca debería haber aceptado ser madre subrogada.

Riki luchaba contra el deseo de abortar al día siguiente y «limpiar su vientre». Sin embargo, si lo hacía, seguro que tanto Motoi Kusaoke como Aonuma se le tirarían al cuello. Incluso era posible que Yuko, a quien consideraba su única aliada, se enfadara pese a

no reprochárselo, ya que le había pedido que los tuviera. Todos parecían estar en su contra. Sintió una profunda soledad y suspiró.

Al día siguiente, pasado el mediodía, Riki todavía continuaba indecisa. Llamó a Hidaka, a quien ni siquiera le había enviado un mensaje después de volver a Tokio. Quería preguntarle qué había pasado después de que se descubriera que habían ido juntos al hotel, pero no se había puesto en contacto con él antes por si aquello había derivado en un escándalo de divorcio. No le apetecía verse involucrada.

Lo llamó a esa hora porque pensó que al mediodía, tras haberse terminado el almuerzo preparado amorosamente por su esposa, lo tendría más fácil para responder. Recordaba que siempre llevaba una fiambrera al trabajo y también la felicidad con la que se la comía.

Hidaka cogió el teléfono enseguida, tal y como ella había anticipado. Su respiración sonaba agitada, como si hubiera estado esperando aquella llamada con impaciencia.

—¡Hola! Soy Riki.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Puedes hablar ahora?

—Me has llamado al mediodía porque sabes que estoy en el descanso, ¿verdad? Lo tienes todo calculado. ¡Qué crack, Riki! La verdad es que, como no me has enviado ni un triste mensaje desde aquel día, pensé que ni te acordabas de mí.

Riki se lo imaginaba moviéndose hacia un lugar sin gente mientras sonreía con picardía.

—Mira quién habla. Tú tampoco me has escrito ni me has llamado...

En realidad, habría sido una molestia que lo hubiera hecho. Se sorprendió de lo mucho que podían cambiar los sentimientos de una persona. ¡Lo había pasado tan mal en el pasado, cuando él la ignoraba!

—Es que, si a mi mujer le hubiera dado por revisarme el móvil, me habría metido en un problema...

—Podrías haber llamado desde el trabajo.

—Tampoco puedo. Querías hablar conmigo, ¿verdad, Riki?

Hidaka lo decía medio en broma, pero en el fondo se notaba que se alegraba.

—Sí, bueno... La verdad es que, cuando estaba a punto de volver, en el aeropuerto, Misaki me hizo unos comentarios un poco... raros. ¿Todo bien por ahí?

—Pues... sí, hubo algunos momentos de tensión porque parece que nos vieron entrar al Beljour...

¡Ya se lo había dicho! No era buena idea ir a un *love hotel* del centro de la ciudad con un coche blanco.

—¿Y cómo lograste salir del paso?

—Como pude. Al día siguiente el rumor ya corría por todo el pueblo. Algún entrometido se lo contó a mi parienta y se cabreó como una mona.

—No la llames «mi parienta», por favor...

—¿Por qué? ¿Te molesta?

Su voz sonaba alegre. Seguramente pensaba por error que Riki estaba celosa.

—Es machista.

—¿Machista? ¿Por qué?

A Riki le sorprendió lo poco perspicaz que podía llegar a ser ese hombre. Aunque los más torpes, a veces y sin pretenderlo, eran los

que decían y hacían las cosas más sensatas y resultaban ser más fuertes que nadie.

—Si no lo entiendes, da igual. Pero a mí me molesta, así que no lo digas. Entonces, ¿te lo ha perdonado tu esposa?

Por cómo hablaba del tema, parecía que sí, pero quiso confirmarlo.

—Como si fuera culpa suya, me dijo que, como no me había estado prestando suficiente atención, era normal que me hubiera buscado una aventura. Últimamente siempre se escaquea del sexo porque dice que está cansada, ¿sabes?

¡Y lo decía tan fresco! Seguro que la mayoría de los hombres considerarían a esa mujer la esposa ideal.

—Veo que tienes un matrimonio muy feliz... —dijo Riki con ironía.

O sea, que la única reputación que había quedado por los suelos era la suya... Hidaka no parecía haber considerado ni por un segundo cómo podía afectarle a ella todo aquello.

—¿Crees que el rumor les habrá llegado también a mis padres?

—Bah, no creo. No conocen a nadie del grupo... —afirmó Hidaka con absoluta despreocupación—. ¿Y con tu marido? ¿Qué tal?

—Ahí vamos. Parece que no se ha enterado —respondió Riki con voz alegre pese a que se sentía completamente abatida—. Por cierto, Hidaka... ¿Qué habrías hecho si me hubiera quedado embarazada?

—Pero... me dijiste que no era tu día fértil, ¿no? ¿Era mentira? —preguntó él inquieto.

—Eso creía, pero... estoy embarazada.

—Me tomas el pelo, ¿no? —gritó Hidaka.

—No, lo digo en serio. De seis semanas.

El hombre guardó silencio.

—También estuve con otra persona, así que puede que sea del otro.

—¿¡Quéééé!? —chilló Hidaka antes de continuar con voz abatida—. Vaya... Eso sí que es un palo...

—Tú también te acuestas con tu mujer, ¿no? Pues es lo mismo.

—No... Con mi parienta hacemos vida conyugal, pero no disfruto tanto como contigo. Con ella es pura rutina...

¿Se podía tener sexo por rutina? Riki no acababa de entender eso de la vida conyugal.

—Si le hago una prueba de ADN y resulta que es tuyo, ¿lo reconocerías?

—Si mi parienta dice que sí, vale.

—¡Tu mujer no tiene nada que ver con esto!

—Pero existe la posibilidad de que no sea mío, ¿no?

—Sí, y es alta. Por eso he hablado de hacer una prueba de ADN.

Riki no lo ocultaba. De hecho, prefería que no fuera de él.

—Entonces, no hay problema. Ya me avisarás cuando lo sepas —dijo Hidaka con alivio antes de colgar el teléfono.

Riki pensó que, aunque al final resultara ser suyo, aquel hombre no lo reconocería como propio.

Seguidamente, decidió llamar a Daiki por Line. Se suponía que ya estaba en Yonaguni, aunque desde aquel día no había dado señales de vida. El teléfono sonó mucho rato, pero nadie lo cogía. Cuando ya estaba a punto de colgar para volver a intentarlo más tarde, Daiki respondió.

—¿Hola?

¿Estaba durmiendo? Su voz sonaba apagada.

—Hola, Daiki. ¿Te pillo durmiendo?

Que lo hiciera hasta pasado el mediodía significaba que no había conseguido un puesto de profesor.

—Sí, pero no pasa nada. Ya es hora de que me levante.

—¿Qué tal te va por ahí?

—¿Te refieres al trabajo?

—Sí. Me preguntaba qué había pasado desde la última vez que nos vimos.

—Al final no encontré empleo en Yonaguni. Estuve en la lista de espera, pero no tenía pinta de que fuera a haber suerte, así que vine a la isla principal y ahora estoy en Naha. Intenté trabajar de anfitrión en un club nocturno llamado Matsuyama, pero había muchos chicos que me hacían la vida imposible y, además, me exigían unas cuotas de venta de alcohol inalcanzables. Así que ahora he retomado el negocio de antes.

¿Significaba eso que había vuelto a ofrecer servicios sexuales para mujeres?

—Y tú, Riki, ¿cómo estás? ¿Cómo te va?

Se escuchó cómo se encendía un cigarrillo. Su voz apagada se volvió un poco más ligera.

—Estoy embarazada.

—Vaya... —dijo Daiki con calma—. Eso es una buena noticia. Así que el trabajo fue un éxito, ¿no?

—Más o menos. Es que hay un problema: se ve que los espermatozoides pueden vivir hasta seis días... Así que tal vez sea tuyo. Pero el día anterior había estado con mi ex, así que a lo mejor es de él. Y, claro, también puede que sea de Motoi.

—Vaya, ¡qué pasada!

A Riki le sorprendió lo alegre que sonaba.

—¿No te enfadas?

—¿Por qué? ¡A mí me hace ilusión! ¿Y qué harás?

—No lo he decidido. Motoi está muy feliz porque estoy embarazada, pero es porque no sabe que puede ser tuyo o de mi ex. Se podría decir que lo estoy engañando...

—Ya, incumpliste el contrato...

Le resultaba fácil hablar con Daiki, ya que estaba al tanto de su situación. Riki se dirigió a la nevera y sacó una botella de agua mientras hablaba.

—Exacto. No habrá ningún problema si resulta ser suyo, pero, si por casualidad no lo fuera, ya no se trataría solo de pagar una penalización por incumplimiento, ¿sabes? Tendría que hacerme cargo. Por eso estoy pensando en abortar.

Aunque a Hidaka no había llegado a explicarle eso, sabía que a Daiki sí podía contárselo todo porque conocía sus circunstancias.

—No lo hagas, sería una lástima.

—Eso lo dices porque a ti no te afecta. Para mí, que soy la que está embarazada, la situación es muy dura. Hasta que no me den los resultados de las pruebas, no sabré qué va a pasar, así que no sé qué hacer. Y, para colmo, son dos.

—¿¡Vas a tener gemelos!? —exclamó Daiki.

—Eso es lo que me han dicho en la revisión. En la ecografía se veían dos latidos.

—Tenlos, Riki. Y, si no tienes adonde ir, yo me encargo de ellos. Dámelos a mí.

—¿Que te los dé? No son perros ni gatos.

—No es eso... Es que esos críos empiezan fuerte, con un destino de lo más peculiar. ¡Me he emocionado! Además, puede que sean míos, ¿no? Igual hasta termino disputándole la custodia a ese tal Kusaoke. Vente a Naha, Riki. Ven a vivir aquí conmigo.

—Daiki, tú no puedes mantener a una mujer y a dos hijos.

—No tengo dinero, pero puedo hacerte de terapeuta. Te sentirás mejor.

¿A eso también lo llamaba «terapia»? Riki no salía de su asombro. Entonces se dio cuenta de que había esbozado una sonrisa. Acababa de tomar una decisión: no abortaría.

5
El alma de los bebés

1

Cuando una chica joven crecía en un pueblo pequeño del Hokkaido interior con una población que no llegaba a los cinco mil habitantes, sus oportunidades laborales para ganarse la vida eran prácticamente inexistentes. Las opciones se reducían a la agricultura, la ganadería lechera o el trabajo en la cooperativa agrícola o el ayuntamiento. Si se desplazaba hasta algún pueblo de la costa, quizá pudiera encontrar algún empleo en el sector pesquero. Las otras alternativas eran dedicarse al cuidado de personas mayores, que era la que había escogido Riki, o casarse.

Ella había crecido en una familia sin tierras que cultivar, vacas lecheras, patrimonio ni contactos, así que no le había quedado más remedio que ganar dinero de esa forma, pero ese trabajo no era lo suyo. Aunque la relación con su jefe, Hidaka, la había ilusionado al principio, no había tardado en llegar a un punto muerto. No quería ser la comidilla del pueblo y tampoco estaba dispuesta a vivir obsesionada con el matrimonio, como su tía, así que había decidido ahorrar todo lo que pudiera e irse a Tokio. Seguro que allí habría empleo y conocería gente nueva.

Sin embargo, sin estudios, arraigo ni experiencia profesional, había acabado llevando una vida de pobreza extrema. Solo conseguía trabajos temporales y ninguno de los hombres que conocía valía la pena. Aprendió que, fuera adonde fuera, si no tenía un extra que ofrecer, estaba perdida.

Contar diariamente cuánto dinero le quedaba para pasar el mes y sufrir por gastos de incluso 10 o 20 yenes resecó aquel corazón que había llegado ilusionado a Tokio hasta el punto de endurecerlo como un pequeño jabón apelmazado por el uso.

Empezó a envidiar a las chicas de su edad que habían tenido la suerte de nacer en el área metropolitana de Tokio y vivían allí sin complicaciones. A veces incluso llegó a odiarlas. Ellas podían seguir en casa de sus padres y llevar una vida cómoda rodeadas de sus amigos en una región que conocían bien. Aunque su salario fuera el mismo que el de ella, disponían de muchísimo más dinero para gastar.

Riki ni siquiera podía permitirse un café barato en un 7-Eleven, mientras que aquellas chicas le proponían ir a un Starbucks sin pensárselo dos veces. Ella se veía obligada a comprarse ropa de segunda mano por internet y ellas adquirían sin parar prendas que estaban de moda. Riki no tenía dinero para ir a la peluquería, así que no le quedaba más remedio que dejarse crecer el pelo; ellas, en cambio, también se hacían la manicura una vez al mes.

¿Acaso no era normal que deseara de todo corazón vivir de una forma más holgada o, más bien, que empezara a pensar que debía vivir así? Ese había sido el motivo por el que aquel corazón reseco, atraído por el brillo de ese aceite, había aceptado ser madre sustituta. Era lo único que podía hacer en ese momento: vender su cuerpo, útero incluido.

Riki se observó con atención en el espejo del baño. Desde que estaba encinta, su cutis se había iluminado y se veía más guapa. Aunque, cuando se ponía de lado, se apreciaba con claridad que su vientre estaba abultado.

Habían pasado seis meses desde que se había confirmado el embarazo. Ahora estaba en la semana treinta. Desde que había

entrado en el segundo trimestre, los días habían pasado volando. Antes de que se diera cuenta, su barriga de gemelos sobresalía hacia delante y notaba que había ganado unos kilos. Cuando pasaba mucho tiempo de pie, la tripa se le ponía dura y pesada como una piedra. Lo que más le sorprendió fue que de sus pezones empezó a brotar un líquido blanquecino. Tuvo que ponerse discos absorbentes en el interior del sujetador porque, si no, acababa empapándolo.

Su cuerpo, en modo automático, se preparaba para el parto, para ser madre de gemelos, aunque su mente no estaba lista para la maternidad. Eso la llevó a pensar que, en efecto, no era sino otro animal más.

Salió del baño y recorrió el largo pasillo hasta el comedor. El gran edificio donde se encontraban el baño, el comedor y otras estancias se había erigido en forma de U alrededor de un amplio jardín, como si fuera una posada tradicional o una residencia. Era una construcción antigua, de más de sesenta años, que mezclaba el estilo oriental con el occidental, aunque el interior había sido renovado y contaba con todas las comodidades.

Antes se había utilizado como residencia de la familia Terao, que dirigía el hospital, y también vivían allí algunas de las enfermeras que trabajaban en el centro. Ahora Ririko ocupaba la primera planta del ala sur y dos auxiliares de enfermería jóvenes, junto con Sugimoto, el ama de llaves, residían en la zona norte. Los padres de Ririko se habían mudado a un lujoso apartamento.

En el comedor siempre había platos preparados, lo que permitía comer algo a cualquier hora del día. También le habían dicho a Riki que tenía permiso para coger lo que quisiera del frigorífico. Abrió la nevera con timidez y se quedó muy sorprendida cuando vio que estaba repleta de latas de cerveza, helados, fruta e incluso comida congelada.

La habitación de Riki estaba en un extremo de la planta baja del ala sur, la misma que ocupaba Ririko. Por lo visto, era una de las estancias que utilizaban los médicos que debían hacer guardias nocturnas.

Ririko empezaba a trabajar a las diez, así que Riki se levantaba cada día a las ocho en punto, se lavaba la cara y se dirigía al comedor. Las auxiliares de enfermería tenían turnos de madrugada o de noche, por lo que rara vez se cruzaba con ellas. Sugimoto siempre estaba en el comedor y le servía la comida.

Tenía más de sesenta y cinco años y era soltera. Llevaba más de treinta al servicio de los Terao. Cuando Riki le contó que era madre soltera, la mujer se compadeció mucho de ella. No se atrevió a contarle más detalles de su situación.

El comedor era un espacio amplio y luminoso con grandes ventanales y una enorme mesa en el centro. Frente a ella había un gigantesco televisor en el que, sin falta, cada mañana estaba puesta la telenovela matutina del canal NHK. Riki solía aparecer cuando se estaba acabando el episodio del día.

Sugimoto lo apagaba entonces, miraba el vientre de Riki y siempre —siempre— le preguntaba con tono alegre: «Oye, ¿no te ha crecido otro poco?».

Al principio Riki había dudado sobre si aceptar o no la propuesta de Ririko de convertirse en su ayudante e irse a vivir a su casa, pero al final había accedido: aquella barriga cada vez más gorda le daba miedo. Le preocupaba no poder arreglárselas sola si le ocurría algo. Además, tenía que pensar en los gastos que vendrían después del parto y en lo que podría ahorrar quedándose allí. Y también, por qué no admitirlo, sentía curiosidad por aquella mujer tan extraña.

Motoi se había opuesto con mucha firmeza a aquella situación. Ririko no le caía bien. Al parecer, tampoco le gustaba que Yuko

quedase con ella. Las personalidades de ambos eran incompatibles, como el agua y el aceite. Ella lo describía así: «Es como cuando Yuko hace una vinagreta: por mucho que la mezcle, nunca emulsiona».

Riki caminaba por el pasillo dándole vueltas a todo esto cuando sintió a los fetos retorcerse. Aquel día los dos estaban muy activos y, además, se movían en dos sitios diferentes. Se llevó instintivamente la mano a la barriga. Aquellas dos semillas que habían germinado en su útero estaban comenzando a moverse de forma autónoma. Le recordaron a *Alien* y le dio un escalofrío. Quizá algún día, como en la película, atravesarían su vientre y sacarían la cabeza. Que ocurriera así le parecía casi más lógico que expulsarlos con dolor por el canal del parto, básicamente porque seguía dudando de que fueran capaces de pasar por un lugar tan estrecho.

¿Por qué que el hecho de que dos vidas hubieran germinado y vivieran dentro de su matriz le provocaba aquel extraño sentimiento de omnipotencia? Aquella mañana fue la primera vez que a Riki la embriagó una insólita sensación de superioridad.

Cuando llegó al comedor, ya había alguien. Un hombre contemplaba con escaso interés la última escena del culebrón televisivo, en la que la madre del protagonista fruncía el ceño justo en el momento en que sonaba el teléfono, como si presintiera que algo malo fuera a ocurrir.

—¡Así era antes! En la era Showa, en todas las casas había un teléfono como ese negro de ahí, con ese mantelito de encaje debajo, como si fuera algo sagrado. En las series ambientadas en la actualidad, ya ni siquiera salen escenas en las que llamen a casa porque todo el mundo usa móviles. Se ve que ahora hay muchos hogares que ni siquiera tienen teléfono fijo. ¡Cómo ha cambiado el mundo!

El hombre señalaba la televisión y parloteaba con voz aguda sin dirigirse a nadie en concreto. Era Takashi, el tío de Ririko. Estaba tan delgado que parecía que cualquier golpe de viento podría llevárselo volando. Tenía el pelo blanco, muy corto, y vestía de forma muy moderna para ser un anciano: unos Levi's y una camiseta verde.

Bueno, quizá llamarlo «anciano» era un poco injusto. Takashi era el hermano menor de la madre de Ririko y sobrepasaba los setenta años, pero su mirada inquieta y alegre y el hecho de que siempre estuviera de cháchara hacían que pareciera mucho más joven.

Takashi vivía con su gato en un anexo de la casa. En realidad, no era más que un cobertizo prefabricado en un rincón del jardín que fácilmente podría confundirse con un trastero. En el edificio principal había habitaciones libres, aunque él residía allí porque decía que se sentía más cómodo en una construcción independiente. Podría haberse comprado una casa cerca en vez de quedarse en aquel barracón, pero, al parecer, Takashi no tenía ningún apego especial por las viviendas.

Había sido funcionario del Gobierno, así que debía de ser una persona muy inteligente. Sin embargo, desde que se había retirado después de cumplir los cincuenta, había estado viviendo de gorra en casa de su hermana. Se dedicaba a pintar lo que le venía en gana. Era un tío excéntrico para una sobrina excéntrica.

—Buenos días, Riki —la saludó Sugimoto.

Tenía una voz clara y bonita, y ella lo sabía, porque en su manera de hablar se percibía cierta autocomplacencia. Estaba algo rellenita y la parte delantera de su delantal sobresalía como si estuviera embarazada.

—Buenos días —respondió Riki, saludándolos a los dos.

—¡Vaya! ¡Cómo te ha crecido la barriga! ¿No te pesa? —le preguntó Takashi, señalando su vientre con la punta de los palillos.

Entre estos y el cuenco de arroz colgaban unos pegajosos hilillos de soja fermentada. Sí, sus modales no eran los mejores, pero a Riki le gustaba precisamente por lo campechano que era.

—No, estoy bien. Ya me he acostumbrado.

Riki se sentó en diagonal frente a Takashi, que devoraba su arroz con soja fermentada. Sobre la mesa había un desayuno típico japonés completo, con tortilla, sopa de miso con tofu y alga wakame, encurtidos, algas nori...

—Riki, ¿qué quieres? ¿Tostadas o arroz? —preguntó Sugimoto mientras levantaba la tapa de la arrocera.

—Hoy arroz.

—Si te apetecen más unas tostadas, dilo.

Riki las habría preferido, pero advirtió que Sugimoto ya tenía la pala de servir en la mano.

—No, da igual —respondió Riki mientras pensaba emocionada en el lujoso entorno en el que se encontraba.

Estaba alojada en pensión completa —completísima, vistas las tres comidas al día que le ofrecían— y, además, el trabajo con Ririko había resultado ser mucho más interesante y entretenido de lo que había imaginado; así que no tenía motivos para quejarse.

—¡El arroz está buenísimo! Fui yo el que le pidió que añadiera cebada —dijo Takashi serio.

—Ah, ¿sí? Me pondré un poco yo misma.

Riki intentó detener a Sugimoto, que ya estaba sirviéndoselo, pero ella agitó su mano regordeta.

—Siéntate, Riki. Esa barriga ya debe de pesarte y llevas dos niños ahí dentro, así que no hagas esfuerzos. Te vas a hacer daño en la espalda.

—Lleva razón. Come soja fermentada, Riki. ¿Te la acerco?

Takashi estiró la mano, cogió un paquete de *natto* del extremo de la mesa y se lo pasó. Riki lo aceptó y le dio las gracias.

—Nos has dicho que son gemelos, pero ¿qué son? ¿Niño? ¿Niña? —preguntó Takashi inclinando el cuerpo hacia delante con evidente curiosidad.

—Parece que son un niño y una niña.

—¿Parece? ¿No lo sabes?

—Bueno, es casi seguro.

Cuando Riki entró en la semana veinte, había quedado prácticamente confirmado que eran gemelos y que se trataba de un niño y una niña. Le habían hecho una ecografía en 4D que habían grabado en un DVD. Motoi le había escrito diciendo que estaba emocionado, que había visto el vídeo varias veces y que se le habían saltado las lágrimas.

—¡Vaya! ¡Qué bien! —Takashi soltó algo parecido a un silbido—. ¡Tener la parejita en un solo parto! Eso no se consigue ni queriendo.

—Será duro criarlos a los dos de golpe, ¿no? Pero, bueno, Riki, eres joven. Seguro que saldrás adelante.

Sugimoto se cruzó de brazos y la miró a la cara.

—Seguro —respondió Riki sin querer entrar en detalles.

—A mí lo que me interesa es saber cómo es el estado mental de unos gemelos de sexo distinto. —Takashi reía divertido.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Riki, que se quedó pensando si los bebés nacían ya con un estado mental o no.

—Bueno, es que dicen que existe un vínculo muy fuerte entre los gemelos y que pueden depender demasiado el uno del otro. Lo afirmaba Ranpo Edogawa en una obra... ¿Cuál era? ¿En *Koto no oni*, «El demonio de la isla solitaria»? ¿Sabes quién es Ranpo Edogawa, Riki?

Takashi sonrió con malicia.

—He oído hablar de él.

—¡No me digas que se ha convertido ya en cosa del pasado! —se lamentó Takashi hiperbólicamente—. Los de nuestra generación lo leíamos todos, ¿a que sí, Sugimoto?

—¿Qué más dará eso? Lo importante es que tienes suerte de que te hayan tocado dos, Riki —dijo Sugimoto, ignorando la pregunta.

Todos los que vivían en ese momento en casa de los Terao, auxiliares incluidas, eran solteros sin historial de matrimonio previo. Por eso Riki, con su embarazo, se había convertido en el centro de atención.

Sin embargo, a los gemelos los criarían los Kusaoke, así que tarde o temprano Riki perdería toda responsabilidad y relación con ellos. Sin duda Takashi y Sugimoto se quedarían de piedra si se enteraran. Yuko le había dicho que no se preocupara, que cuidarían de ellos aunque no fueran de Motoi, pero no sabía cómo reaccionaría él si la prueba de ADN demostraba que no eran suyos. En ese sentido, el parto era casi como una apuesta. Cuando imaginaba que ese momento se acercaba, sentía ganas de escapar.

Por otro lado, cuando se confirmó que serían un niño y una niña, Motoi se alegró tanto que bromeó diciendo que les haría bailar un *pas de deux*. Quizá por ese motivo Yuko decía que, al contrario de lo que podía parecer, seguramente acabaría haciéndose cargo de ellos aunque no fueran suyos.

Por cierto, Hidaka no había vuelto a dar señales de vida. A Riki le producía una cierta satisfacción imaginarlo angustiado, esperando noticias.

Daiki le había mandado un Line hacía unos dos meses en el que le anunciaba feliz que, como no conseguía vivir solo con la terapia sexual, había decidido convertirse en el mantenido de una señora diez años mayor que él y que había sido clienta suya. La mujer

regentaba un pequeño bar de música folclórica en Naha que, según le contó, se había convertido en un punto de encuentro para las personas mayores del barrio. Daiki limpiaba el local y le preparaba la comida en su apartamento. Decía que trabajaba mucho.

Así que, si los gemelos resultaban ser de Hidaka o de Daiki, Riki no podía contar ni con uno ni con otro. ¿Cómo me las arreglaré entonces?, pensó mientras se tomaba la sopa de miso, de un sabor suave.

—Riki, me han dicho que eres madre soltera —dijo Takashi de repente.

—Sí.

Sugimoto, que estaba colocando los platos en el lavavajillas, se volvió hacia ellos.

—Debe de ser duro estar soltera y tener gemelos, ¿no? Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras, Riki. A nosotros nos gustaría ver a los bebés.

—No creo que sea tan sencillo...

—Claro que sí. En esta casa todo vale.

Que fuera precisamente Takashi, el que vivía de gorra, quien se lo dijera no le servía de mucho.

—¡Ojalá Ririko hubiera tenido hijos también! Vamos, no hacía falta ni que se casara... —dijo Sugimoto con pesar.

—Eso no va a ocurrir... A Ririko no le interesan los hombres. Si le comentas algo del tema, se enfadará —dijo Takashi, mirando de reojo hacia el pasillo.

—Hoy en día no hace falta que le gusten los hombres. Los puede tener sola con la donación de esperma.

A Riki le sorprendió que Sugimoto estuviera tan informada sobre el tema.

—Pues entonces bien podrías haberlos tenido tú también, Sugimoto —replicó Takashi, señalándola.

Ella se llevó la mano a la boca y se rio.

—¡Qué va! ¡Eran otros tiempos! Aunque, ahora que lo dices, Mariko Kaga fue madre soltera hace muchísimos años...

—Es verdad... Aunque el bebé se le murió poco después de nacer, ¿no? —preguntó Takashi, dándose una palmadita en la rodilla con aire nostálgico.

—Pobre... Después de haber llevado a ese niño en el vientre durante nueve meses... —dijo Sugimoto conmovida.

Se notaba que eran de la misma generación, siempre acababan rememorando esto y lo otro.

—¿Quién es Mariko Kaga? —preguntó Riki.

—Si no la conoces, da igual. Por cierto, Riki, ¿de cuántos meses estás?

La conversación volvió a girar en torno a ella.

—Justo hoy entro en la semana treinta. Nacerán dentro de otras diez.

—Entonces, ¿son cuarenta semanas? Pues eso no cuadra con el método de contar tradicional, que dice que son «diez meses y diez días»... —dijo Sugimoto, haciendo cálculos mentales.

—Si cuentas los meses como si tuvieran veintiocho días, sale casi exacto. Son doscientos ochenta días, más diez por si se retrasa un poco.

—Ah, vale. ¿Y tú cuándo sales de cuentas? —preguntó Takashi, cogiendo el periódico de la mañana.

—Me han dicho que el 9 de septiembre.

—¡Anda! ¡El día del Festival del Crisantemo! ¡Como en *Ugetsu monogatari*! —dijo Takashi feliz.

—¿Qué es eso? —preguntó Riki.

El hombre le explicó encantado el argumento.

—Es una obra de Akinari Ueda en la que aparece un cuento que se llama *Kikuka no chigiri*, «La promesa del crisantemo». Dos hombres se hacen muy amigos y juran convertirse en hermanos de sangre. Acuerdan volverse a ver el día del Festival del Crisantemo. Pasa el tiempo y el menor prepara sake y comida esperando al mayor, pero no aparece. Cuando por fin llega, ni siquiera prueba la bebida. El menor se extraña y entonces descubre que está muerto y que quien ha ido a visitarlo es su espíritu.

—¡Vaya! ¡Así que era un fantasma! Qué cumplidor... —dijo Sugimoto.

—Sí. Aunque Ririko quizá le daría otra interpretación.

—¿Cuál? —preguntó Sugimoto intrigada.

—A ver... Que hay flores de crisantemo de por medio...

—¿Eh? No entiendo qué quieres decir...

Como Sugimoto ladeaba la cabeza, desconcertada, Takashi empezó a explicarle las referencias LGTBIQ+ que veía en el cuento. Los tres se enfrascaron tanto en la conversación que, cuando Riki miró el reloj, ya eran las nueve y media. Se levantó de un salto.

—¡Estaba todo riquísimo! Voy al taller de Ririko.

Ririko nunca desayunaba en el comedor. Se preparaba en su estudio un café, que complementaba comiendo algún dulce occidental, como profiteroles o Montblancs.

—Buenos días, Ririko. Soy Riki.

Había llamado a la puerta del taller del primer piso después de pasar rápidamente por su cuarto para cambiarse. Ririko había derribado las paredes de dos habitaciones para convertir aquel espacio en su estudio. Su dormitorio se encontraba al fondo.

—¡Ah! Buenos días, Riki.

El olor a café le llegó en cuanto Ririko abrió la puerta. También iba vestida de negro de los pies a la cabeza para trabajar: camiseta negra y tejanos negros. Sin su llamativa boina parecía una mujer más tranquila y menos combativa.

Ririko siempre comenzaba exactamente a las diez en punto. A Riki le sorprendió al principio: se la imaginaba como una persona impulsiva, y aquel inesperado rigor la cogió desprevenida.

La tarea que tenía asignada en aquel momento consistía en clasificar y digitalizar la enorme cantidad de *shunga* y *makura-e* que Ririko había ido coleccionando. Nada más entrar, Ririko la llamó.

—Riki, ¿quieres un café? ¿O no puedes tomar cafeína?

—Yo creo que sí. De hecho, estoy tomando bastante...

Cada mañana Ririko le hacía la misma pregunta. Le ofrecía uno y siempre lo aceptaba.

—Seguro que Tontoi no te lo permitiría.

Ya volvía con lo mismo. Sí o sí, como mínimo una vez al día, tenía que criticar a Motoi.

—Diría que no.

—Ese hombre es un neurótico. Se ve que solo come verduras orgánicas y que está obsesionado con lo ecológico, lo ético y todas esas tonterías.

—¿Qué tonterías?

—Ya sabes, todo lo que tiene en la etiqueta las palabras «sostenible», «ODS» y esas estupideces que suenan a timo... —soltó Ririko mientras cogía un cigarrillo.

—No te cae bien, ¿verdad? Y eso que es el marido de Yuko...

A Riki la relación entre ambas le resultaba extraña. Sería normal que Yuko se enfadara con Ririko por todo lo que criticaba a Motoi, pero, pese a todo, seguían siendo muy amigas.

—Sí, lo odio. Dice que mi trabajo es pornográfico. ¡Me pone de muy mal humor!

Riki también lo veía así a veces. El cuadro que estaba pintando ahora mostraba a una mujer montada a lomos de una enorme carpa que estaba siendo penetrada por detrás por un samurái. Avanzaban junto al pez, levantando olas como si fueran una lancha motora, sobre la superficie de lo que parecía un pantano de aguas estancadas.

Riki era incapaz de imaginar qué pretendía Ririko con aquel tipo de composición, pero también era cierto que había clientes que no dejaban de preguntar por él, y eso que todavía no era más que un boceto. Contactar con ellos era también parte de su trabajo.

En ese momento Riki estaba escaneando un *makura-e*, una imagen de almohada, en el que las mujeres del harén del shogun estaban eligiendo juguetes sexuales. Tenía un carácter humorístico, pero era tremendamente explícito. La primera vez que lo vio, se quedó atónita. A Ririko le encantaba.

—Parece que lo estén pasando superbién, ¿no te parece? Yo me las imagino diciendo: «¡Quiero uno más grande!», o: «A mí me gusta con más curva».

Ririko llevaba razón. Sin embargo, también daba un poco de pena pensar que esos juguetes fueran el consuelo de aquellas mujeres encerradas en el Ooku, el harén. Cuando Riki compartió aquella reflexión, Ririko adoptó una expresión seria.

—Precisamente por eso mediante estos dibujos también se transmiten el sufrimiento y las circunstancias en las que vivían esas mujeres. Explorar una época a través de las costumbres sexuales sirve para conocer el pasado. En ese sentido, estas obras pueden considerarse importantes documentos históricos —replicó.

—Ah, claro.

—Además, el *shunga* se desarrolló como parte de la cultura de los libros de préstamo. La gente común alquilaba esos libros eróticos y los leía a escondidas. Cada uno tenía sus autores favoritos y, cuando publicaban una nueva obra, la leían sin falta. ¿No es eso lo mejor que le puede pasar a un creador?

Así hablaba Ririko: con toda la solemnidad del mundo.

2

Después de un lluvioso mes de julio, nada más empezar agosto, comenzó una larga ola de calor sofocante. Faltaban poco más de treinta días para la fecha prevista del parto. El vientre de Riki estaba tan hinchado que parecía a punto de reventar, e incluso subir y bajar escaleras la dejaba sin aliento. Como el calor era agobiante, había limitado sus salidas a las revisiones médicas y pasaba la mayor parte del tiempo en casa.

Motoi le enviaba correos electrónicos cada tres días para interesarse por su salud y, aunque ella le respondía puntualmente, no podía deshacerse del sentimiento de culpa que la perseguía. Sin embargo, a medida que se acercaba la fecha del parto, la inquietud sobre quién podía ser el padre dejó de preocuparla.

El motivo era que, cuando los movimientos de los fetos se volvieron más intensos dentro de su vientre, empezó a profesarles un cariño inexplicable. Por ese motivo, conforme pasaban los días, se fortalecía en Riki la sensación de que aquellos hijos eran suyos. Le sorprendió experimentarla.

—Riki, eres madre soltera, así que deberías criarlos aquí —le decía Takashi cada vez que la veía.

En realidad, para ser exactos, no era madre soltera. Su nombre, el que figuraba en el registro, era Riki Kusaoke, y era la legítima esposa de Motoi Kusaoke.

Los gemelos que nacerían llevarían ese apellido, no podía ponerles el que tenía cuando estaba soltera, Oishi. Ririko, que conocía toda la

historia, le decía que podía cambiarlo cuando se divorciara, que era fácil.

—Cuando nazcan, deberías quedarte con ellos y criarlos tú.

—¿Y qué les digo a los Kusaoke? —preguntó Riki.

—Bueno... —Ririko se encogió de hombros y añadió—: Que has cambiado de opinión.

Riki se quedó estupefacta. No era tan sencillo. Sin embargo, como había empezado a sentir afecto por aquellos seres que llevaba en el vientre, su perspectiva sobre el asunto también estaba cambiando mucho.

—Entonces, ¿no tendría que comunicárselo cuanto antes? Debería, ¿no?

—Haz lo que quieras, Riki —le respondió Ririko con tono sereno.

Pero a Riki le faltaba el valor para hacerlo. Ayudar a Ririko con su trabajo le servía para abstraerse del problema.

La oficina se encontraba en una de las esquinas del taller del primer piso. Era un espacio muy sencillo en el que solo había un gran escritorio, un ordenador y un teléfono-fax.

Con cuidado de no golpear su enorme barriga contra la mesa, Riki se pasaba allí el tiempo organizando ilustraciones, negociando con galerías, gestionando la venta de las obras y actualizando las redes sociales.

Cada día recibía sin falta llamadas de clientes. Representaban la mayor parte del contacto que tenía con el exterior. Por lo general encargaban cuadros, pero a veces las llamadas rozaban el acoso, probablemente porque era poco habitual que una mujer se dedicara a dibujar *shunga*.

Una mañana, justo entrando en su último mes, mientras Ririko pintaba con cara seria y Riki ordenaba unas láminas, sonó el teléfono.

—¿Hablo con la artista Ririko? —preguntó un hombre jadeante, cuya voz ronca delataba su avanzada edad.

—No, no soy yo. ¿En qué puedo ayudarle? —respondió Riki.

Ririko se giró hacia ella y, con una expresión feroz, agitó con fuerza la mano que sostenía el pincel para dejar claro que quería que dijera que no estaba.

—¿Me puede pasar con ella, por favor?

—Lo lamento, pero está en pleno proceso creativo y no puede ponerse.

—Entiendo... —El hombre sonaba decepcionado—. En realidad, quería pedirle algo a la señora Ririko. Soy Saga, de Kameido. No puedo quitarme de la cabeza la obra *Matsu no edaburi*, «La forma del pino», que expuso el otro día en una muestra individual. Tras mucho pensarlo, he decidido comprarla. Me encantaría que me la vendiera.

¿«La forma del pino»? Riki hojeó el catálogo de la exposición, buscándola. La encontró y se quedó sin palabras. Representaba a una mujer joven comparando los penes de tres pretendientes, con los órganos sexuales claramente exagerados, como era habitual en sus obras.

Pese al tema, no resultaba vulgar, ya que la chica y los tres jóvenes vestían kimonos con unos motivos y unos colores preciosos y, además, todos ellos reían con alegría.

—Un momento, por favor.

Puso la llamada en espera.

—Es el señor Saga, de Kameido. ¿Lo conoces? Dice que quiere la obra «La forma del pino».

Ririko se volvió con cara de fastidio.

—¿Saga? Es un viejo verde. Siempre dice que quiere comprar, pero luego empieza con sus dudas y nunca se decanta por nada. Dile que ya está vendido.

Riki transmitió el mensaje y Saga intentó convencerla a fuerza de lágrimas.

—¿Otra vez? En la exposición no ponía nada. ¿De verdad está decidido? ¿No tengo ninguna opción? Pagaré lo que sea.

—Lo lamento, pero ya hay un comprador.

—Es que uno de los jóvenes del cuadro se me parece. Pensé que quizá la señora Ririko lo había pintado pensando en mí. Y, cuantas más vueltas le doy, más lo quiero.

—Dudo que estuviera pensando en usted. Bueno, adiós.

Riki colgó de inmediato, ya que parecía que la conversación iba a alargarse eternamente. Supuso que, si continuaba hablando con él, acabaría por confesarle sus asquerosas fantasías. Aquella frialdad era una de las cualidades que Ririko más apreciaba de ella. Como era de esperar, la felicitó.

—Lo has hecho perfecto. Así me gusta.

—¿Sí? Seguro que vuelve a llamar.

—Pues le dices que por un millón se lo puede quedar —dijo Ririko rebosante de alegría.

—¿Un millón? Entonces, ¿no está vendido? ¿Era mentira?

—Claro. Prefiero quemar el cuadro antes que dárselo a un viejo repugnante como él.

—¿En serio?

—No, es una broma.

Ririko, tranquila, se encendió un cigarrillo. Parecía que había decidido tomarse un descanso. Se acercó al escritorio de Riki con el

pitillo en la boca. Llevaba un amplio y desaliñado vestido negro, tipo túnica.

—¿Por qué titulaste esta obra «La forma del pino»? Si aquí no hay ningún pino...

—Es una metáfora del pene.

—¿Qué es una metáfora?

—¡No puedes trabajar con *shunga* si no lo sabes! Es algo que posee un significado oculto. Todo *shunga* contiene símbolos, como si fuera un juego o un acertijo. En este cuadro, por ejemplo, ¿ves que por la ventana redonda que hay detrás asoma un pino blanco japonés? —preguntó Ririko con aire orgulloso.

Ahora que lo mencionaba, Riki se dio cuenta de que, efectivamente, así era. Ella no tenía ni idea de esas cosas, por lo que las explicaciones de Ririko le resultaban fascinantes.

—En realidad, es una comparación de penes, pero llamarlo así sería demasiado explícito —dijo abriendo mucho la boca y riendo divertida.

—Claro...

—Entran ganas de mirar penes de jovencitos y compararlos, ¿verdad?

¿No sería cosificar? Ririko siempre hacía afirmaciones peligrosas.

—¿Qué tipo de *shunga* te gusta, Riki?

Tras pensárselo un poco, la chica respondió:

—No entiendo mucho del tema, pero diría que Utagawa Kuniyoshi.

—Ah, te refieres a sus dibujos a color, ¿no? A mí me gustan sus *Omi hakkei*, «Ocho vistas de encuentros amorosos». El último, donde se ve bien la vulva, es buenísimo.

Riki se estaba acostumbrando a que volaran por la conversación términos tan explícitos como «vulva» y «pene».

—¿Y tú qué autor prefieres, Ririko?

—Yo soy una clásica. Me quedo con Utamaro y su serie de xilografías en colores. Todas sus obras tienen una historia detrás, por eso me gustan.

Cuando empezaba a hablar, Ririko no paraba. De repente sacó un libro de arte y empezó a explicarle:

—Mira, esta es una concubina iniciando a un joven. Fíjate en el peinado. La posición social y la situación de la mujer se pueden saber por el pelo y la ropa. Toda esa información la podemos encontrar en el dibujo. Y ahora fíjate en el color. ¿No es precioso? El púrpura que usa Utamaro es conocido por su belleza.

Mientras observaba las ilustraciones que le iba mostrando, Riki se vio abrumada por sentimientos encontrados. Ririko notó cómo su ánimo se iba apagando e, intrigada, se inclinó para observar su rostro.

—¿Qué pasa?

—Parece que a todas las mujeres dibujadas les encanta el sexo y se lo pasan muy bien.

—Sí, por eso me gusta el *shunga*. A los hombres y las mujeres se los representa como iguales. Ninguna mujer parece disgustada ni sufre, todo es consentido.

—Sí, me parece muy bien que disfruten... Aunque, ya se sabe, después del placer, cuando se acaba el sexo, puede aparecer la carga del embarazo. Si las mujeres que aparecen en los dibujos se quedaran encintas, ¿qué harían?

Rikiko miró a Riki, que se abrazaba el pesado vientre.

—El sufrimiento que vendría después del placer se omite. Solo se representa el disfrute —admitió, encogiéndose de hombros.

—Pero ¿no es extraño que la única que deba cargar con ese dolor sea la mujer? Por eso algunas mujeres no tienen sexo tan alegremente como los hombres, ni siquiera aunque les apetezca. El

shunga lo pinta como si no existieran consecuencias. Es un mundo de ensueño.

—Exacto —confirmó Ririko—. Tu descripción es muy acertada: sí que es un mundo de ensueño. En el *shunga*, los hombres y las mujeres se divierten en el sexo y se entregan a la lascivia sin freno. Pero, si como consecuencia se produce un embarazo, se da por hecho que para la mujer, que es quien asume la carga física, no existe ni sufrimiento ni desgracia. En aquella época, los métodos anticonceptivos no eran fiables y muchas morían al dar a luz. Así que sí, se puede decir que es injusto. Además, todos los artistas eran hombres. —Asintió de forma exagerada—. Tú misma lo has dicho, Riki. Me gusta el *shunga* porque es un instante dentro del mundo de los sueños, un momento de felicidad pasajero. Yo odio el sexo. Nunca he tenido ganas de probarlo. No me enamoro. No me interesan ni los hombres ni las mujeres. Y, si me paro a pensar en el motivo último, quizá sea porque existe el embarazo. Es un resultado demasiado aburrido.

—¿Te parece aburrido?

—Sí.

Ririko lanzó una mirada fugaz al vientre de Riki.

—¿Por qué?

—Porque no quiero descendencia. No me interesa crear seres vivos. Tengo suficiente con existir como individuo en este mundo.

—Por eso me dijiste que vaciara mi vientre y lo dejara bien limpio, ¿verdad?

—Exacto.

Ririko aplastó su segundo cigarrillo en un cenicero que había cerca.

—Pues yo últimamente he cambiado.

Riki se acarició el vientre.

—¿En qué sentido?

Ririko se inclinó hacia delante con interés.

—Cuando los fetos se mueven dentro de mí, siento algo inexplicable. Me enternezco. Además, aunque puede ser peligroso, me embriaga la idea de poder dar a luz. Tengo la impresión de ser alguien muy valioso, una persona importante —dijo Riki, recordando la sensación de omnipotencia que había experimentado.

—¿Eh? ¿Y nunca lo habías sentido antes?

—No, es reciente. Antes me aterraba parir a los gemelos y me angustiaba mucho no saber de quién son. Ahora me da igual, son míos. Quizá sea muy egoísta...

Ririko se cruzó de brazos y dijo:

—Los egoístas son ellos, el matrimonio Kusaoke. Odio su plan. ¿Cómo pueden imponerte esa carga física por querer un hijo? Ah, y, además, no sería de los dos, solo de Motoi Kusaoke, claro.

—Pero, para las personas que desean un niño, conseguirlo también es como vivir un sueño.

—Sí, los sueños son distintos para cada uno... Aunque yo creo que no se deben construir a costa de imponer cargas a los demás.

En ese momento sonó el telefonillo que había en la pared. La casa de los Terao era tan grande que había uno en cada habitación.

—¿Diga? —respondió Riki.

—Kusaoke ha llegado. Se dirige hacia allí —sonó la voz afectada de Sugimoto.

—¿La señora Kusaoke?

Riki quería asegurarse de que no hablaba de Motoi.

—Sí, ella.

Devolvió el telefonillo a su sitio y Ririko dijo con voz divertida:

—La señora Kusaoke eres tú.

Sí. Ahora era Riki Kusaoke. Justo cuando esbozaba una sonrisa resignada, llamaron a la puerta.

Riki abrió, Yuko estaba allí. Llevaba un vestido de lino sin mangas, fresco, y se secaba el sudor de la frente con un pañuelo.

—¡Uf! ¡Qué calor hace hoy! Aquí se está fresquito.

—Justo estábamos hablando de ti. ¿Qué ocurre? ¿Cómo es que apareces de repente? —preguntó Ririko con una mirada escrutadora.

—Conociéndote, seguro que me estabas criticando, Ririko. Te he enviado un Line hace un rato, pero no lo has visto.

—Ah, ¿sí? —Ririko buscó su móvil en el bolsillo y lo sacó—. Anda, es verdad. Perdona.

Yuko entregó un paquete con sandía ya cortada y una cajita que parecía contener dulces.

—La sandía es para Oishi. Dicen que, cuando se está embarazada, sabe especialmente bien. Lo otro es *bavarois*, crema bávara, para que la compartáis.

Riki le pidió por el telefonillo a Sugimoto que les llevara té frío. Ririko ya había abierto la caja de *bavarois*: no podía resistirse a los dulces.

—Me he cruzado con Takashi cuando venía —dijo Yuko.

—¿Cómo está mi tío? Hace días que no lo veo.

—Bien. Vestía un kimono de verano muy elegante, creo que salía a algún sitio. Lo he visto con mucha energía.

—¡Tú también! ¡Hay que tener ganas para plantarse aquí a estas horas! —dijo Ririko con retintín.

—En realidad, he venido porque quería hablar con Oishi.

Yuko le ofreció a Ririko una de las cucharitas que venían con el postre y luego miró a Riki.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, que se había lanzado sin reparos a por la sandía.

Desde que se había quedado embarazada, sus gustos habían cambiado. La sandía, por ejemplo. Antes la consideraba una comida para niños, pero ahora la encontraba deliciosa. Llamaron a la puerta y entró Sugimoto con una bandeja de té frío que dejó sobre la mesa antes de marcharse.

—Ayer hablé con Motoi —dijo Yuko mirando alternativamente a su amiga y a Riki. Como sabía que Ririko acababa de criticar al matrimonio Kusaoke, su expresión era seria.

—¿De qué?

—De muchas cosas. Resumiendo: he decidido no volver con Motoi.

—¿Qué quiere decir eso?

Riki dejó el fino palillo de plástico que sujetaba sobre los trozos de sandía. El paquete contenía dos tipos: unos verdes y otros rosas, todos de colores muy vivos.

—Nos divorciamos con la idea de que fuera algo temporal, hasta que tú dieras a luz un hijo, para no tener que adoptarlo. Después del parto, Motoi debía separarse y volveríamos a ser un matrimonio.

—Sí, me pareció un plan totalmente egoísta —dijo Ririko con gesto molesto.

—Lo sé. —Yuko asintió y dio un sorbo al té frío que había traído Sugimoto—. Fue una petición muy egoísta e injusta para Oishi. Se suponía que nos habíamos separado solo sobre el papel, pero la verdad es que nos hemos ido distanciando. Por más que pueda entender la forma de pensar de Motoi, soy incapaz de perdonárselo.

—¿Ya volvemos con lo mismo? —preguntó Ririko en voz bien alta.

—Pues sí. Es una discusión que se repetirá eternamente porque no se puede llegar a una conclusión. Y yo ya estoy harta, así que he decidido continuar viviendo como hasta ahora. Se lo dije ayer a Motoi y lo aceptó.

—¿Y cómo se lo tomó Tontoi?

—Lloró.

A Riki le dio pena por él. Lo único que pretendía era tener un hijo de ambos y había terminado echando por tierra su matrimonio.

—Pero acabó aceptándolo, ¿no?

—No le quedó otro remedio. Él sabe perfectamente que sus decisiones han sido unilaterales. Motoi quiere proponerle a Oishi que se quede en casa a vivir con los niños, si a ella le parece bien.

—¿Qué significa eso?

Riki miró a Yuko, sorprendida.

—Te casaste con él y ahora estás embarazada. Vas a dar a luz a sus gemelos. A Moto no le interesa una relación romántica contigo, pero está dispuesto a aceptarte como madre de sus hijos.

—¡Ese no era el trato! ¡Es completamente arbitrario! —protestó Riki, alzando la voz.

—Espera un momento.

Ririko había levantado la mano para que dejara de hablar.

—¿Qué pasa?

—Pues que tiene lógica y me parece razonable. Riki, hace un momento me decías que habías empezado a encariñarte con los niños, ¿no? Puede que Tontoi sea un estorbo, pero tiene estabilidad económica. Quizá no sea mala idea criarlos en casa de los Kusaoke.

—No quiero.

Riki fue rotunda.

—Escuchadme —las interrumpió Yuko—. Por eso quería hablar contigo. Cuando él dijo que no era mala idea que los cuidarais juntos, pensé que no sabía nada de la situación y, bueno..., se me escapó y se lo conté.

—¿El qué?

Ririko detuvo la cucharadita de *bavarois* que estaba a punto de entrar en su boca.

—Que no es cien por cien seguro que esos niños sean suyos.

—¡Hay que ser idiota, Yuko! ¿Cómo se supone que vas a arreglar lo que has hecho? ¡Es increíble! ¿Te divierte que Riki lo pase mal o qué te ocurre?

Ririko estaba enfadada y la increpó, pero Riki, aliviada, sintió que Yuko le había quitado un peso de encima. Si no eran hijos de Motoi, el problema habría surgido después del parto. Era mejor saber de antemano qué opinaba él sobre el tema.

—¿Qué le dijiste exactamente, Yuko? —preguntó mientras se llenaba la boca de sandía.

—Que pasó algo con un ex tuyo cuando fuiste a Hokkaido. Y también con otro en Tokio. Que seguramente sean suyos porque no fue el día de la ovulación, pero que, teniendo en cuenta el tiempo de vida de los espermatozoides, la posibilidad existía y que tú estabas muy preocupada por eso. Le conté que me lo habías confesado todo con franqueza y que pensaba que era muy probable que los gemelos fueran suyos, pero también le pregunté qué haría en caso contrario y si estaría dispuesto a criarlos contigo si eran de otro.

—Fuiste muy directa... —afirmó Ririko con cara de asombro.

—Moto empezó a decir no sé qué del incumplimiento de contrato y yo le repetí que obligar a una mujer joven de menos de treinta años a más de un año y pico de abstinencia era una vulneración grave de los derechos humanos. Le expliqué que no era culpa de Oishi y que debería perdonarla. Y que, aunque no fueran suyos, ni se le ocurriera decirle cosas horribles como que le devolviera el dinero o algo por el estilo.

—¡Bien dicho, Yuko! —exclamó Ririko, aplaudiendo.

—¿Y qué dijo él? —preguntó Riki, intentando controlar su agitado corazón.

—Que lo entendía y que, aunque no fueran suyos, llevarían el apellido Kusaoke. También que consideraría el hecho de que tú los trajeras al mundo una señal de su vínculo con ellos y que por eso los criaría con cariño. Que, si quisieras cuidarlos junto a él, te estaría muy agradecido. Supongo que no tardará en ponerse en contacto contigo. Si se atreve a decirte algo desagradable, yo me pondré de tu parte, así que céntrate en el parto y en que todo vaya bien.

—Muchas gracias.

Riki le hizo una reverencia a Yuko. La asombraba el giro inesperado que había tomado la situación. No se sabría nada hasta que los niños nacieran, pero nunca habría imaginado que Motoi fuera a ceder tanto.

—Tontoi no es tan tonto como pensaba... No creí que tuviera esa nobleza.

—Ni yo —respondió Yuko conmovida.

Ririko le dio unas palmaditas en el hombro.

—Pues, entonces, reconcíliate con él.

—Imposible. Bueno, Oishi, por Moto no te preocupes. El problema es su madre, Chimiko. Esa mujer da miedo, es capaz de exigir una prueba genética y armar un escándalo.

—¡Y lo cuentas tan tranquila! ¡Como si no fuera contigo! —dijo Ririko, mirando a Yuko con mala cara.

3

Por alguna razón, los perros parecían capaces de entender los sentimientos humanos. Los detectaban como si pudieran olerlos a través de su excepcional olfato, pese a que su dueño los intentase ocultar. Quizá las emociones también tuvieran olor.

En eso pensaba Motoi mientras observaba a su perro Mathieu, influenciado tal vez por un artículo que había leído recientemente en el que se decía que los perros podían oler las células cancerosas.

Cuando Yuko y él discutieron, Mathieu, asustado, había enterrado la carita en el interior de una de las zapatillas que Motoi había dejado en la entrada. Después, aunque el tenso ambiente se calmó, no recuperó el ánimo. Parecía percibir no solo la aflicción de su dueño, sino también la decepción de Yuko.

¿Será que mi tristeza, al igual que las células cancerosas, desprende un olor oscuro? ¿Cómo será?, se preguntó Motoi al tiempo que olisqueaba su cuerpo con curiosidad. No pudo percibir nada, lo que lo llevó a pensar en lo poco habilidosos y torpes que eran los seres humanos como animales.

Motoi solía sacar a pasear a Mathieu de camino al estudio de baile, pero últimamente el perrito, cuando salía de casa, se giraba una y otra vez para mirar atrás inquieto, como si temiera que, en su ausencia, Yuko pudiera marcharse.

—No te preocupes, mamá no se va a ir —intentaba tranquilizarlo Motoi.

Sin embargo, cuando recordaba la expresión angustiada de Yuko, también nacía en él la sensación de que podía desaparecer en cualquier momento. Suspiró. Al instante Mathieu empezó a caminar más despacio, como si le pesaran las patas.

—Si ella es su mamá..., ¿eso significa que yo soy su papá? —murmuró Motoi para sí mismo con tono burlón.

¿Debería haberse conformado con ese perrito como hijo? Quizá, incapaz de aceptar que no era posible tenerlos, se había dejado llevar por su egoísmo.

En los últimos días, Yuko y él habían hablado largo y tendido sobre el futuro de su relación. Ella se iría de casa cuando nacieran los niños y continuarían divorciados. Motoi se sentía herido, como si lo hubieran rechazado. Bueno, en realidad, eso era exactamente lo que había pasado: Yuko ya no lo reconocía como marido ni lo consideraba apropiado para ella.

Para colmo, lo que le había soltado como quien no quiere la cosa, lo de que no se sabía de quién eran los hijos que llevaba Riki en el vientre, había sacudido algo en lo más profundo de su ser y lo había dejado emocionalmente inestable.

¿Qué era ese «algo»? ¿Su orgullo? No... No se trataba solo de amor propio. Era mucho más profundo. Si lo obligaran a especificarlo, lo enmarcaría más bien dentro de un problema más complejo sobre el comportamiento de los humanos. Sí, algo así... ¿La ética quizá?

A decir verdad, no tenía ninguna gana de criar a esos bebés si no eran suyos. Sin embargo, dado que había sido él quien había propiciado que Riki se quedara embarazada, iba en contra de su moral abandonarlos a ellos y a su madre por mucho dinero que le hubiera pagado.

¿Qué era la ética? ¿Por qué debía actuar guiándose por ella?

Ante Yuko, había querido quedar bien y, apurando el poco orgullo que le quedaba, había declarado con grandilocuencia:

—Asumiré las consecuencias y criaré a esos niños sean de quien sean.

Pero, en realidad, ¿podría hacerlo? No las tenía todas consigo.

Mathieu olisqueó concienzudamente alrededor de un poste de la luz en una zona residencial antes de orinar. Era macho, pero se ponía en cuclillas, como una hembra. Siempre había sido así, por lo que Motoi nunca se había planteado por qué lo hacía.

—Buenos días, Mathieu.

Absorto en sus pensamientos, se sobresaltó al escuchar una voz que, de repente, le hablaba a su espalda. Se giró.

Era una conocida de mediana edad que paseaba a un shih tzu. Debía de vivir cerca, porque casi siempre se la encontraba por las mañanas. Cuando coincidían, intercambiaban algunas palabras, así que podían considerarse compañeros de paseo de perros.

La mujer se había puesto una sudadera de manga larga de la marca Uniqlo, quizá para protegerse del sol a pesar del calor que hacía, y también una visera con pantalla que le cubría hasta la barbilla, como la de una soldadora. Además, llevaba gafas de sol, por lo que Motoi nunca le había visto el rostro. Si se encontraran en algún otro sitio, seguramente no podría reconocerla. Ella, en cambio, sabía que Motoi era un bailarín famoso y siempre se le acercaba para charlar.

El shih tzu que la acompañaba estaba bastante gordo. El pelaje largo de sus orejas estaba cuidadosamente arreglado con un corte estilo paje, y todo el mundo lo conocía porque en diciembre, sin falta, lo vestía de Papá Noel.

—Buenos días —saludó Motoi con educación mientras echaba un poco de agua de una botella sobre el lugar donde Mathieu había hecho sus necesidades.

—¿Mathieu es hembra?

Motoi se quedó extrañado ante aquella pregunta. ¿A qué venía eso? La mujer observó fijamente el vientre del animal. Sí, allí había un pequeño pene.

—¡Ah! Es macho..., pero orina en cuclillas, ¿verdad?

—Sí, siempre lo ha hecho así. Dicen que los perros levantan la pata porque los testículos les estorban, pero a él se los quitaron cuando aún era un cachorro.

La mujer ladeó la cabeza.

—Ah, ¿sí? Pues al mío también lo castramos y aún levanta la pata para orinar. Es muy gracioso porque tiene unas patitas muy cortas y da la impresión de que se esfuerza por impresionar a los perros más grandes. Castrado pero fanfarrón. Al final, un macho es un macho.

¿Sí? ¿Todavía quería aparentar? Los machos siempre eran machos...

Motoi recordó que le había dado una pena enorme cuando castraron a Mathieu. Se preguntaba si no habría alguna manera de conservarle los testículos y lo vivió con gran pesar, casi como si el procedimiento se lo fueran a practicar a él mismo.

Sin embargo, se había dejado convencer por los argumentos que decían que, de esa forma, se quedaría como un cachorro para siempre y sería más adorable, tranquilo y fácil de manejar. Yuko también lo veía así, pensaba que sería la manera de que no molestara a los otros perros. Él lo asumió como algo inevitable.

—Intentan aparentar aunque los castren. Los machos son machos... —repitió Motoi para sí mismo, a lo que la mujer asintió.

—Exacto. Antes de este perro, tenía una de la misma raza y se comportaba de forma completamente diferente. Las hembras son más tranquilas, no se ponen a correr sin parar como si se hubieran vuelto locas. Son más dulces. Sí que hay una diferencia.

«No se ponen a correr como si se hubieran vuelto locas...». Qué descripción tan acertada. Mathieu a veces también se desbocaba, como si lo poseyera su instinto salvaje, o gruñía y hacía ademán de abalanzarse sobre alguien. Además, adoraba a Yuko. Con ella se mostraba cariñoso, se dejaba acariciar y se tumbaba para enseñarle la barriga. Eso también era muy de macho.

—Su linaje se extinguirá con él. Los humanos somos muy egoístas, ¿verdad? —rio la mujer.

Tras estas palabras, se marchó. «Su linaje se extinguirá con él». Motoi pensó que esa era precisamente la idea que él no podía soportar sobre sí mismo.

Él era heredero del legado genético de sus padres y estos, del de los suyos, que a su vez lo habían heredado de sus tatarabuelos... Le costaba ser él quien cortara esa cadena ininterrumpida que se había transmitido de generación en generación.

De hecho, esas palabras se quedaban cortas para expresar lo que sentía: culpa. En cierto modo, lo que había propiciado que ese flujo de genes se interrumpiera había sido divorciarse y haberse vuelto a casar.

«Nunca imaginé que anhelaras tanto un heredero. Así que ¿por qué no te montas un harén, que es lo que en realidad deseas?». Esas fueron las palabras que le había dirigido Yuko, aunque después añadiera: «Total, yo ya no puedo tener hijos...». ¿Cómo podía decirle algo así a alguien como él, un hombre, que ni siquiera poseía la capacidad de dar a luz? ¿O acaso Yuko comparaba el hecho de comprar con dinero el consentimiento de una mujer para ser madre

de alquiler con el sistema de harén de los shogunes? Era una crueldad, especialmente por la manera en que lo trataba: como si fuese un asunto que a ella no le concerniese.

¿De verdad el motivo de aquel distanciamiento había sido su deseo de tener un hijo mediante gestación subrogada? Al fin y al cabo, ella también quería uno y se había sometido a todo tipo de tratamientos para conseguirlo.

Sí, su relación con Yuko había empezado a cambiar cuando le pidió a Riki que fuera su madre de alquiler. Darse cuenta de eso ya era de por sí un duro golpe, y más ahora que sabía que aquella gran inversión podía ser un fracaso a causa de la conducta irresponsable de Riki. Había cometido un grave error de cálculo.

—Puede que mi linaje también se extinga, Mathieu, igual que el tuyo —le dijo Motoi al perrito, que caminaba con docilidad a su lado.

Él lo miró como si le respondiera, con esos redondos ojos negros que parecían más inteligentes que los de un humano: «Tu caso es distinto».

—Sí. Si los hijos que va a tener Oishi son míos, entonces mi legado continuará.

Pero, si no llevaban sus genes, no se veía capaz de gastar su dinero en esos gemelos. No, no es que no se viera capacitado —se corrigió—, sino que sentía que no lo obligaba ningún deber moral.

Delante de Yuko, se había hecho el gallito diciendo que asumiría la responsabilidad independientemente de quién fuera el padre y que criaría a esos niños como propios. ¿Y ahora qué? ¿Qué iba a hacer?

Llegó al estudio de ballet Motoi-Kusaoke murmurando estas palabras y cogió en brazos a Mathieu. La clase de preballet, la de los niños de educación infantil, estaba a punto de empezar. Dos jóvenes y hermosas madres entraban con sus hijas de dos o tres años.

Las pequeñas también tenían unos rostros adorables y vestían ropitas infantiles elegantes, como si sus padres quisieran presumir de holgura económica. A Motoi de repente le vino a la cabeza el shih tzu disfrazado de Papá Noel, pero las niñas eran mucho más encantadoras.

—Buenos días, profesor Motoi.

Las madres lo saludaron con cortesía. Las pequeñas las imitaron. Motoi les devolvió el saludo y luego contempló las espaldas de las niñas, que se alejaron dando saltitos de la mano de sus madres.

Riki estaba embarazada de gemelos: un niño y una niña. Pensó en lo adorable que sería que su propia hija llegara a esa edad y empezara a aprender ballet. Solo con imaginárselo, se estremecía de alegría.

Unos gemelos: un niño y una niña. Para Motoi, que ya se encontraba en la cuarentena y tenía la sensación de que llegaba tarde, aquellos bebés representaban la familia ideal que tanto había deseado. Si fueran suyos, realmente de su sangre, los obligaría a seguir el camino que él quisiera: a cada uno, uno diferente. Cuando lo pensaba, sus ensoñaciones comenzaban a inflarse como un globo.

Al niño, por supuesto, también le enseñaría ballet. Podría ser que careciera de talento o que, aunque lo tuviera, no quisiera aprender. Aun así, lo obligaría a continuar con las clases al menos hasta que llegara a secundaria. Su cuerpo se volvería hermoso y flexible y, además, le permitiría conocer mundo, como le había pasado a él. Aunque un chico también necesitaba formación académica. Tarde o temprano habría que pensar en los exámenes de ingreso a la escuela secundaria, así que necesitaría apuntarlo a una academia desde tercero de primaria.

En cuanto a la niña, quizá podría matricularla ya en primaria en una escuela privada con un uniforme bonito y conseguir que se

formara a fondo en ballet. Si heredaba los genes de Chimiko, tendría buena presencia y una complexión ideal para la danza. Como él se encargaría en persona de entrenarla tanto técnica como mentalmente desde muy pequeña, era probable que alcanzara un muy buen nivel. El resto ya dependería de su propio esfuerzo, aunque, si él estuviera a su lado, podría darle buenos consejos. ¡Tenía tantas ganas de verlo! Gracias a los gemelos, le daba la impresión de que podía volver a vivir su vida dos —no, ¡cuatro!— veces.

Había dejado volar su imaginación... Pero entonces recordó a Riki y volvió a sentir que lo arrojaban al abismo. ¿Qué haré si no son míos? ¿De verdad podré criarlos?, se preguntó.

Además, Yuko había dicho que no quería que volvieran a estar juntos y la madre biológica había previsto divorciarse de él después del parto. ¿Cómo se encargaría él solo?

Cuantas más vueltas le daba, más pánico le entraba. Sin darse cuenta, había apretado con demasiada fuerza el cuerpo de Mathieu entre sus brazos, y el animal se agitó.

Sin soltar al perrito, subió las escaleras que conducían a la oficina del primer piso. Chimiko, que había oído sus pasos cuando se acercaba, lo esperaba con la puerta abierta. Como no tenía clases, vestía de calle: llevaba una camiseta y unos tejanos.

—Buenos días. Hoy llegas pronto —dijo con una inexpresiva voz ronca, sin esbozar la menor sonrisa.

A Motoi, que ya venía sin muchos ánimos, aquello terminó de hundirlo y asintió con amargura.

—Sí, bueno...

—¿Yuko también ha salido temprano?

—No, pero me apetecía venir pronto.

Cuando se marchó, Yuko todavía estaba en casa. Solía irse después de que ella saliera para el trabajo, aunque estos últimos días no quería hacerlo. Le daba la impresión de que, si se despedía de ella agitando la mano y diciéndole «adiós», no regresaría nunca más.

Se arrepentía de haber elegido divorciarse formalmente sin reflexionarlo lo suficiente, si bien no se podía decir que hubiera tomado aquella decisión a la ligera. Nunca imaginó que afectaría tanto a sus sentimientos. No pretendía en absoluto menospreciarla, simplemente pensaba que era lo más racional. A Yuko, sin embargo, le había parecido que la dejaba por completo al margen del asunto.

—¿Estás trabajando?

Motoi dirigió la vista al portátil abierto que su madre tenía encima de la mesa.

—Sí, estaba revisando los ingresos de este año. El número de alumnos ha bajado... —respondió ella mientras miraba la pantalla.

—No es una sorpresa. Estaremos más o menos un tercio por debajo de nuestra mejor época, ¿no? —dijo Motoi mientras dejaba a Mathieu en el suelo.

El perrito corrió hacia Chimiko y saltó con agilidad a su regazo.

—Más. Habíamos perdido un tercio y ahora hemos vuelto a bajar otro más.

Motoi hizo rápidamente el cálculo en su cabeza.

—O sea, que nos quedan algo menos de la mitad de los que teníamos entonces...

—Sí, y, además, el mes pasado dos alumnos me dijeron que lo dejaban.

La baja natalidad explicaba en parte el descenso, pero no era lo único. Al otro lado de la estación habían abierto un estudio de ballet moderno que les estaba quitando alumnos y, además, a causa de la

crisis económica, había familias que no podían permitirse apuntar a sus hijos a actividades extraescolares.

—La clase que están dando ahora, la de preballet, también ha perdido dos niñas. Solo quedan tres y me gustaría cancelarla porque da pérdidas, pero no puedo.

Chimiko se quejaba mucho, algo poco habitual en ella. Aunque Motoi quería hablarle de lo que había pasado con Yuko, no encontró el momento, así que permaneció callado. Al cabo de un rato, empezó a pensar que no era necesario contárselo: era un asunto de pareja.

—¿Cómo está la chica?

—Bien. Igual.

—Está a punto de dar a luz ya, ¿no?

—Sí, está en el último mes. Sale de cuentas el 9 de septiembre —respondió Motoi mirando el calendario que les enviaba una tienda de artículos de ballet, ilustrado con fotografías de una escuela rusa.

Las chicas de las imágenes eran ágiles y flexibles. Si su hija quisiera, podría enviarla de intercambio allí cuando estuviera en el instituto. O a París o a Londres... Quizá incluso a Nueva York. No... Si la situación política fuera estable, Rusia también podía ser una opción: podría ir a la escuela Vaganova, en San Petersburgo, o a la de Moscú. El primer año podría incluso acompañarla para cuidar de ella y asegurar su bienestar emocional. Esos sueños, que habían aparecido de repente, llenaron de felicidad a Motoi por unos instantes.

—O sea, que ya pueden nacer en cualquier momento. ¿Cómo serán? ¡Tengo ganas de verlos! ¿Y los nombres? ¿Los habéis decidido?

—Todavía no.

En realidad, tenía algunas ideas en mente, pero, con la confesión de Yuko, el tema se le había ido de la cabeza.

—¡Se me olvidaba! Quería consultarte una cosa. Mira esta página.

De repente, Chimiko abrió una web que había guardado en marcadores. Era un sitio de alquiler de artículos de bebé. Señaló una cuna para gemelos y un carrito.

—Motoi, hay que alquilarlos ya. La chica está en el último mes y los niños pueden nacer en cualquier momento, así que hay que empezar a prepararse.

—Llevas razón.

—Ya he mirado las primeras ropitas. Considéralo un regalo de la abuela.

Entusiasmada, Chimiko abrió otra página. Había marcado unos conjuntos de primera puesta: uno rosa y otro azul.

—¿Qué nos hará falta? No tengo ni idea...

Motoi se puso un poco nervioso. Ni siquiera se había parado a pensar en los artículos de bebé que necesitarían.

—Pues tienes que estudiar el tema. Todo está en internet.

Chimiko señaló el ordenador con sus dedos nudosos.

—Tienes razón...

—¿Yuko no se está encargando de esto?

—No lo sé, no lo hemos hablado.

Motoi ladeó la cabeza sin convicción. Chimiko puso cara de disgusto.

—¿Cómo que no? Yuko va a ser madre. Debería estar investigando y preparándolo todo. Si no se ocupa ella, ¿quién lo hará?

Motoi resolvió contárselo todo. De una forma u otra, acabaría enterándose cuando nacieran los bebés.

—Mamá, la verdad es que hemos hablado y hemos decidido que continuaremos divorciados.

Chimiko parecía desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo dejamos. Yuko no puede perdonarme que haya forzado tanto la situación por querer un hijo.

—Pero ella estuvo de acuerdo, ¿no?

Chimiko frunció el ceño, incapaz de disimular su enfado.

—No. La verdad es que ella nunca estuvo muy convencida. Lo habíamos hablado en muchas ocasiones y pensé que lo había aceptado, pero parece que, por más que lo intente, no puede asumir que no sea su propio hijo.

—Lo que le molesta es que hayas recurrido a una madre de alquiler, ¿verdad? Que hayas preferido buscar a una mujer que no tiene nada que ver con vosotros. Eso es lo que en realidad no soporta, ¿me equivoco? Al fin y al cabo, ella va a ser la única sin lazos de sangre con esos bebés —dijo Chimiko con gran contundencia.

Motoi pensó que su madre había dado en el clavo. No esperaba menos de ella.

—Sí... Supongo que es eso. Intenté convencerla para que cambiara de opinión, pero no sirvió de nada.

Chimiko reflexionó unos instantes y al poco habló como si acabara de tomar una decisión:

—Entonces podrías esperar un poco para divorciarte de la chica y pedirle que te ayude a criar a los niños. Y os separáis dentro de un año, cuando dejen la lactancia, antes de que tengan uso de razón. Después te los traes aquí y ya nos encargaremos de sacarlos adelante entre tú y yo.

Chimiko sonrió orgullosa. En realidad, Motoi ya había planteado algo parecido cuando conversó con Yuko sobre el tema, pero ahora,

al oírlo en boca de su madre, se quedó atónito al darse cuenta de lo egoísta que sonaba.

—Mamá, no sé si eso es buena idea...

—¿Por qué no? Seguro que, si le pagamos, aceptará. Esa chica sufre muchos apuros económicos, ¿no? Además, supongo que le resultará difícil separarse de los bebés nada más dar a luz. Así al menos podrá saber lo que se siente siendo madre durante un año.

Había comprado su útero con dinero. ¿Iba ahora a comprar también su maternidad?

—Me parece demasiado cruel. ¡Pobrecilla!

—¿Cruel? —La expresión de Chimiko cambió—. ¿Qué tiene de cruel? Es muy raro, ya para empezar, gestar hijos para otros solo porque no tienes dinero. No es que crea que el útero es algo sagrado ni nada parecido, pero, si eres capaz de venderlo, también puedes acabar prostituyéndote. Seguro que vendería cualquier parte de su cuerpo.

—Pero la maternidad no es algo físico.

—Déjate de pamplinas —replicó Chimiko malhumorada de repente.

Motoi no entró al trapo.

—No me gusta que hables mal de Oishi. Nos está haciendo un favor enorme al tener a esos bebés.

Chimiko parecía un poco avergonzada.

—Claro que sí. Le estoy agradecida porque va a dar a luz a tus hijos. Pero, como mujer, hay algo en todo esto que no logro aceptar. Es complicado.

—Y entonces... ¿qué se supone que debería hacer?

—De momento, como Yuko no estará, no te queda otra que pedirle a la chica que te ayude.

—¿Y tú?

—Yo te echaré una mano, pero también tengo que ocuparme de la escuela. Sola no puedo hacerlo todo.

Motoi pensó que Chimiko quería evitar la parte más tediosa y exigente de la crianza y quedarse solo con la más bonita. «Igual que yo. Mi intención siempre fue que Yuko cargara con el peso de cuidar a los niños y disfrutar solo de los momentos agradables», reconoció para sí mismo.

¿No debería quedar con Riki y discutir con ella las maneras de salir de esa situación? Motoi miró el reloj y le dijo a Chimiko:

—Voy a pasarme a ver cómo se encuentra Oishi. Le contaré la verdad sin rodeos, a ver qué opina ella.

Chimiko asintió. Le parecía buena idea.

—Pídele que te ayude a cuidar de los niños durante un año.

En los últimos días, la comunicación con Riki había sido casi exclusivamente por correo electrónico. Habían acordado que, cuando llegara el momento del parto, Yuko, Aonuma y él acudirían enseguida al hospital para acompañarla. También debían decidir cómo lo organizarían, así que lo mejor sería que se vieran para discutirlo en persona.

—¿Dónde vive la chica ahora?

—Con Ririko, una amiga de Yuko. Trabaja para ella a tiempo parcial.

Chimiko no sabía nada sobre el tema y se quedó muy sorprendida.

—¿Que trabaja para ella? ¿Y de qué? ¿De empleada doméstica?

—No, es su secretaria.

A Motoi no le caía bien Ririko y había evitado visitar a Riki para no tratar con ella. Pero ahora la situación había cambiado, así que ya no podía permitirse ese lujo.

Motoi llamó a Riki por teléfono.

—Hola. —Ella respondió enseguida.

—Hola, soy Motoi. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, todo bien. Esto... ¿Habéis hablado de algo Yuko y tú?

Motoi se sintió aliviado de que fuera ella quien sacara el tema.

—Sí, me gustaría tratar unos asuntos contigo. ¿Podría pasar ahora a visitarte?

—Un momento, por favor. —Se oyeron murmullos. Riki parecía estar hablando con Ririko—. Perdona la espera. ¿Podrías venir dentro de una hora aproximadamente? Me han dado permiso.

—Por cierto, ¿está Yuko ahí? —se atrevió a preguntar Motoi.

—Ha venido, pero acaba de irse al trabajo —anunció Riki con voz calmada.

Justo lo que me temía, pensó Motoi. Le inquietaba que las mujeres se hubieran reunido para tramar algo.

Antes de visitar a Riki, llamó a Aonuma para que le diera un poco más de información. Desde que la chica se había quedado embarazada, estaba de muy buen humor.

—Vaya, señor Kusaoke. El parto está ya muy cerca, ¿verdad? ¡Tengo ganas de ver cómo serán esos bebés!

Motoi se imaginó a Aonuma sonriendo con aquellos dientes excesivamente blancos frente a una pared de color rosa.

—Sí, ya falta poco. Me gustaría hacerle una consulta.

—Dígame.

—¿Es posible realizar una prueba genética a los fetos durante el embarazo?

Se produjo un breve silencio.

—Sí, a partir de la séptima semana. Basta con extraer una muestra de sangre de Oishi y algunas células de su boca, señor Kusaoke. —Aonuma hizo una pausa y luego prosiguió en voz baja—: ¿Ha surgido algún problema?

—No, ninguno. Simplemente quería saberlo.

—Entiendo. Algunas personas solicitan esta prueba, pero, como a veces esto crea un clima de desconfianza entre el cliente y la gestante, no solemos recomendarla.

—Claro.

—Si es algo que le preocupa, podemos realizársela. Pero, como Oishi está en su último mes de embarazo, creo que sería más prudente tener en cuenta sus sentimientos y dejarla para después de que nazcan los bebés.

—No es que desconfíe de ella...

—No, ¿verdad? —dijo Aonuma aliviada.

Después de colgar, Motoi se quedó desconcertado. No tenía claro qué debía decirle a Riki. Al cabo de un rato, decidió consultarlo con Yuko. La llamó, pero tardó mucho en coger el teléfono. Motoi empezó a ponerse nervioso y a agitar la pierna.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

A lo lejos se oyó el ruido del agua al tirar de la cadena. ¿Estaría en el baño?

—¿Estás en el lavabo?

—Sí. ¿Qué quieres?

Cuando Yuko estaba trabajando, se concentraba en sus proyectos y siempre sonaba un poco cortante.

—He hablado con Aonuma.

—¿Qué? ¿No se lo habrás contado?

A Motoi le vino a la mente la imagen de Yuko enfadada, con una pronunciada vena marcándose en su frente. Sentía cierto rencor. Si ella no le hubiera dicho aquello, él habría seguido en paz.

—No. Simplemente le he preguntado si era posible hacer una prueba de paternidad durante el embarazo.

—Sí se puede —dijo Yuko antes de que él pudiera continuar.

—Vaya, ¿ya lo sabías?

—Con la tecnología que existe hoy en día, todo es posible.

—Sí. Al parecer, pueden realizarla con células de mi boca y sangre de Oishi. Así que no sé qué hacer. He quedado con ella dentro de un rato.

—No creo que esa prueba sea necesaria. Ya dijiste que criarías a los niños fueran tuyos o no.

—Ya...

—Y eso es también lo que debes transmitirle a ella.

—Vale.

Una parte de él era incapaz de expresar con claridad lo que sentía. Después de colgar el teléfono, se llevó literalmente las manos a la cabeza.

4

Al ver la casa antigua de Ririko, Motoi lanzó una exclamación, admirado. Le habían dicho que también servía de vivienda para las enfermeras y los empleados del Hospital Terao, pero era demasiado elegante para llamarla «residencia» y demasiado funcional como para denominarla «mansión». Esa apariencia a medio camino entre ambas evocaba a la perfección la holgura económica de la era Showa.

Llamó al interfono instalado en el imponente portal de ladrillo. Era el único elemento moderno del conjunto y tenía una cámara instalada. Nada más pulsar el botón, se abrió la puerta antigua de la entrada, adornada con cristal esmerilado, y apareció un anciano vestido con yukata.

Parecía disfrazado de la era Showa: calzaba unas chanclas tradicionales de madera, un sombrero canotier, y la apertura de su kimono de verano dejaba entrever sus largos calzones blancos. Daba la impresión de que estaba a punto de salir; cuando vio a Motoi, se detuvo.

—Vaya, ¿es usted un fan de Ririko?

¡Ni de broma!, pensó Motoi molesto por un instante. Después preguntó con cortesía, suponiendo que aquel anciano quizá fuese su padre:

—No, soy Kusaoke. Vengo a visitar a Riki Oishi, que vive aquí.

—¿A Riki? ¿No será el padre de los bebés?

Motoi asintió con vaguedad; le sorprendía aquella pregunta tan descaradamente directa.

—Bueno, algo así...

—¡Vaya! Me habían dicho que era madre soltera y, por lo que se ve, los niños tienen un padre estupendo. ¡Enhorabuena! Espere un momento.

El anciano dio media vuelta enseguida y avisó a alguien que estaba en el interior de la casa.

—Pase, que hace mucho calor. No creo que Riki tarde en bajar.

—Gracias.

—Pase, pase.

El hombre lo invitó a entrar con una voz aguda mientras él salía hacia el exterior. Al verlo de espaldas, con un abanico metido en el cinturón de su kimono de verano, Motoi sonrió: si tuviera un pequeño bigote, sería el *cosplay* perfecto del humorista Hitoshi Ueki.

El interior del edificio era fresco y estaba tenuemente iluminado. Un leve olor a incienso flotaba en el aire, aunque Motoi no supo identificar de dónde venía.

—Bienvenido, señor Kusaoke.

La que apareció ante él no fue Riki, sino Ririko. Vestía de negro y, sin maquillaje, parecía mayor, pero su expresión malhumorada era muy propia de una artista. Motoi también borró la sonrisa de su rostro y adoptó un gesto serio.

—Buenas tardes. Hacía mucho que no nos veíamos. ¿Ese hombre con el que me acabo de cruzar es tu padre?

—No, es mi tío. Mi padre está en el hospital —respondió Ririko secamente, sin un ápice de risa en los labios.

—Ya. —A Motoi no le quedó más remedio que asentir—. ¿Está Oishi?

—Sí, pero tiene mucha barriga, así que le cuesta bastante subir y bajar escaleras. Por eso he venido yo a buscarte.

Por el tono de su voz, a Motoi le dio la impresión de que le echaba la culpa a él de las dificultades de Riki; al fin y al cabo, la había dejado embarazada. No quiso entrar en la dinámica de Ririko y que lo llevara a su terreno.

—Ten. Son dulces *dorayaki*; los he comprado en Senjuan, una tienda muy famosa. Seguro que están muy buenos.

Motoi le entregó una bolsa y Ririko respondió con un escueto «gracias». Al verla tan poco entusiasmada por el regalo, recordó demasiado tarde que Yuko le había dicho que lo que realmente le gustaban eran los profiteroles.

—Está en el primer piso. Por aquí.

La escalera, situada justo frente a la entrada, era ancha y estaba cubierta con una alfombra, como en una posada. La barandilla de madera brillaba por el desgaste de tantos años de uso.

—Yuko ha estado aquí hace un rato, ¿verdad? Gracias por ocuparte de Oishi. Te hemos causado muchas molestias... —le dijo Motoi con cortesía.

—Se ha ido corriendo en cuanto ha oído que venías.

Ririko soltó aquella broma de mal gusto sin tan siquiera sonreír. Él esbozó una sonrisa de compromiso. Había hablado con Yuko por teléfono antes de ir, así que sabía que era mentira. Pero, si no la hubiera llamado, se habría tomado en serio esas palabras.

Cuando Motoi le comentó a Yuko que iba a visitar a Riki, le dijo que, en ese caso, regresaría a casa de Ririko. Él rechazó la propuesta porque quería sugerirle a la chica lo que había acordado con Chimiko: que se quedara un año en su casa para ayudarlos a cuidar de los gemelos ahora que no podían contar con Yuko. Una petición a todas luces egoísta.

—Acabo de hablar con ella por teléfono. De hecho, me ha preguntado si quería que volviera aquí.

—Vaya, qué bien os lleváis, ¿no? —Ririko esbozó una sonrisita.

Ya en el pasillo del primer piso, giraron a mano izquierda y no tardaron en llegar a la habitación. Era una estancia pequeña de estilo occidental, de unos diez metros cuadrados, amueblada con un conjunto de sofás nórdicos tapizados de color naranja.

—Siéntete como en casa. Hablaréis aquí.

Motoi aceptó la invitación de Ririko y se sentó en el sofá. En la pared blanca de yeso —¿o quizá era de diatomita?— colgaba un *shunga* que probablemente fuera obra de la mujer. Era una pieza pintada con acrílico, algo poco habitual. Representaba a una sensual campesina con un pañuelo en la cabeza que regaba un campo. La regadera que sostenía era de estilo occidental y su rostro recordaba vagamente al de una muñeca europea, lo que le otorgaba a la composición un toque onírico. Sin embargo, de la tierra no brotaban plantas, sino incontables falos.

¡Menudas porquerías pinta!, pensó Motoi, y frunció el ceño sin querer. No soportaba ni el cuadro ni a su autora.

—Hola. ¡Cuánto tiempo sin vernos!

La puerta se había abierto y había aparecido Riki. Había engordado un poco y tenía buen aspecto. La tela de su amplio vestido de flores parecía a punto de reventar por su abultado vientre, redondo como un tambor. Riki avanzó con evidente dificultad y se dejó caer sobre la silla que había frente al sofá con un sonoro «¡uff!».

—¡Qué grande está tu barriga!

—Sí, son dos fetos... Este último mes me cuesta hasta respirar. Y solo puedo dormir de lado.

En efecto, su respiración parecía agitada. Seguramente fuera verdad que le resultaba complicado subir y bajar escaleras.

—Claro.

Motoi se sintió abrumado por aquel vientre que contenía a los gemelos. Costaba creer que la tripa de una mujer pudiera llegar a ser así de grande en el último mes de embarazo. Además, albergaba algo que había creado, con un noventa y nueve por ciento de probabilidad, su propio esperma. No... Quizá con un noventa y cinco por ciento, se corrigió de pronto con frialdad.

Aun así, que ahí dentro hubiera dos criaturas humanas resultaba casi mágico. Se quedó observando la enorme barriga de Riki, planteándose que él también había venido así al mundo. Tenía unas ganas locas de tocarla, pero no se atrevió a pedírselo.

—No me imaginaba que el ombligo pudiera darse la vuelta —dijo Riki mientras se acariciaba el vientre.

—¿Eh? ¿Se da la vuelta? —exclamó Motoi casi a gritos, sorprendido.

—Sí. ¿Quieres verlo?

Estuvo a punto de decirle que sí, aunque consiguió recomponerse a tiempo.

—No, mejor no.

—Además, como me ha crecido la barriga de repente, me han salido estrías por todas partes.

—¿Qué son las estrías?

—Es cuando la piel se rompe, creo que en inglés lo llaman *stretch marks*. En la tripa me han salido un montón. Yo tampoco lo sabía hasta ahora, y me ha llevado a pensar que el embarazo es muchísimo más duro de lo que parece.

—Vaya, lo siento...

A Motoi le dio la impresión de que volvían a culparlo por lo que estaba ocurriendo.

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Son gemelos! ¿Quieres ver las estrías?

—No, ni hablar...

Negó con la mano, pero le preocupaba parecer demasiado frío. Nunca hubiera imaginado que acabaría tratando con tantos miramientos a Riki. A pesar de que era el cliente, desde hacía un rato sentía muchísima culpa por todo lo que le estaba haciendo pasar.

—Y esas estrías..., ¿se curan? —preguntó tímidamente.

—No lo sé. No paro de echarme cremas, pero dicen que, una vez que aparecen, ya no se van. Quedan para siempre unas marcas blancas.

—O sea, ¿que quedan señales de haber estado embarazada?

Decir que no le preocupaba el futuro de Riki era mentira. Su cuerpo estaría marcado de por vida.

—Sí, estarán grabadas en mi cuerpo.

—Como un estigma, ¿no? —intervino Ririko de repente.

Motoi se giró sobresaltado. Solo entonces se dio cuenta de que la mujer seguía de pie junto a la puerta y no se había marchado. ¿Significaba eso que también había presenciado la mueca de disgusto que había puesto al observar el *shunga* de la habitación?

—¿Qué quiere decir «estigma»? —le preguntó Riki a Ririko, que permanecía allí con los brazos cruzados.

—«Marca» o «señal».

—Es decir, que es como si me hubieran dejado para siempre la marca de haber estado encinta, ¿no? —inquirió Riki sorprendida.

—Eso es —afirmó Ririko.

—¿Tan negativo es? —intervino Motoi irritado, incapaz de contenerse—. El embarazo es increíble. Es algo místico y maravilloso

que nosotros, los hombres, nunca podremos experimentar.

—Eso no es más que una fantasía masculina. ¿De verdad hace falta sacralizarlo? —preguntó Ririko.

—Poca gente lo ve de una forma tan retorcida como tú —replicó Motoi molesto.

—De acuerdo. Pues, en vez de «estigma», lo llamaremos «cicatriz de honor». ¿Te vale? Aunque, en el caso de Riki, no fue un embarazo deseado...

—Estás exagerando. Oishi aceptó.

—Sí, claro. Pero porque tú la compraste con dinero. ¿Te piensas que no lo sé? —soltó Ririko con sorna.

—No digas algo así. Es una falta de respeto.

—¿De verdad te lo parece? Lo que es una falta de respeto es aprovecharse de la desigualdad económica para explotar a los demás, ¿no crees? —Ririko tenía ganas de pelea.

—¡Qué grosera! No tienes ni idea de cómo fueron las cosas, así que no digas tonterías. —Motoi estaba muy incómodo y se esforzaba por no alzar la voz.

—Claro que lo sé. Me lo contó tu exmujer.

La palabra «exmujer» hizo estallar a Motoi, pero era cierto que sobre el papel se habían divorciado, así que no supo qué contestar. Sobre todo le indignaba que Yuko hablase tanto de su vida privada. ¡Joder!, exclamó para sus adentros. ¡Mira que andar explicándoselo todo a alguien como Ririko! Solo con pensar que podía haberle revelado intimidades sobre su matrimonio lo ponía tan enfermo que casi se desmoronó de la impotencia.

—No es asunto tuyo —replicó alzando la voz, cayendo en su juego sin querer.

No le gustaba la actitud sarcástica de Ririko ni tampoco que se entrometiera en los acuerdos que tenían Riki y él. Aunque lo que

más le molestaba era que se hubiera quedado allí, participando sin ningún tipo de pudor en una conversación a la que no había sido invitada.

—Te agradezco que nos cedas este lugar, pero me gustaría hablar a solas con Oishi.

—Claro. Me iré, pero no te atrevas a maltratarla —dijo Ririko antes de salir de la habitación.

La expresión de Riki era de desconcierto. Motoi se disculpó.

—Lo siento, he perdido los nervios. Ririko y yo no nos llevamos muy bien.

—Ya lo sé —respondió Riki con inesperada calma.

—Seguro que siempre habla mal de mí —murmuró Motoi para sí mismo.

—Sí —asintió Riki.

Al pensar que seguramente Yuko también participaba ahora de esas críticas, la irritación de Motoi se transformó en una abrumadora sensación de soledad. Se habían esforzado tanto como matrimonio para tener un hijo y ahora que podrían tener dos... ¿habían acabado así? No lograba entender cómo se había complicado todo hasta ese punto. ¿Había sido porque él se había empeñado en recurrir a una madre subrogada? ¿O porque él, Motoi Kusaoke, no había sido capaz de aceptar que sus genes no se transmitirían a más generaciones?

De repente sintió todo el peso de haber obligado a una mujer totalmente ajena a ellos, Riki Oishi, a dar a luz y también el de tener que criar a los gemelos que ella iba a parir. Le resultaba una carga insoportable. Y no solo eso: ahora ya ni siquiera sabía qué relación debía mantener con Riki a partir de ese momento. Según el acuerdo inicial, sus caminos debían separarse para siempre una vez que ella tuviera a los bebés.

—Motoi... Creo que Yuko ya te lo ha contado... Lo siento mucho —se disculpó Riki de forma inesperada.

Él levantó la cabeza, pero ella se apresuró a continuar:

—Cuando volví a casa, a Hokkaido, me enviaste un email. Me dijiste que debía pedirte permiso antes de viajar y que me comportara con prudencia durante mi estancia. Cuando lo leí, me puse hecha una fiera. Pensé que, por mucho dinero que me hubieras pagado, no tenías derecho a decirme todo aquello y sentí que me tratabas como a una esclava. Me entraron ganas de rebelarme... Jamás imaginé que acabaríamos en esta situación. Estoy muerta de miedo. Lo siento.

—No fue solo en Hokkaido, ¿verdad?

Como Riki hablaba con tanta seguridad, a Motoi le dio la impresión de que su voz sonaba débil, pero no podía hacer nada para evitarlo.

—No —respondió ella sin perder la compostura—. Cuando regresé a Tokio, me acosté con un conocido. Cuando me quedé embarazada y descubrí que los espermatozoides pueden sobrevivir hasta seis días, me quedé de piedra.

—Pero... ¿no usasteis protección? —Era un tema delicado y Motoi bajó la voz sin darse cuenta.

Quizá le hubiera resultado más cómodo ir con Aonuma, pero, si se enteraba de lo que había hecho Riki, la situación se complicaría todavía más. Mejor que no estuviera allí.

—Sí, más o menos... —respondió Riki con despreocupación.

—Vale. Entonces, estadísticamente, es muy probable que sean míos, ¿no?

—Sí, quiero creer que sí. Pero no es seguro al cien por cien...

Riki dejó la frase en el aire y observó la estancia donde se encontraban. Motoi siguió su mirada y vio que se dirigía al *shunga* de Ririko que había justo detrás de él.

—Es un cuadro horrible —murmuró sin pensar.

—¿Tú crees? A mí me gusta...

—¿Te pasaría también si fuera al revés? ¿Si, en vez de ser una mujer cultivando penes, fuera un hombre regando vulvas?

Riki ladeó la cabeza, pensativa.

—Sería imposible plantar vulvas en el campo por la forma.

—No se trata de eso. ¿No crees que es sexista?

—No sabría decir... Creo que Ririko lo pinta como una forma de protesta, ya que a las únicas a las que se cosifica es a las mujeres. Así que no veo dónde está la discriminación. Además, es una artista que utiliza el formato del *shunga* como un vehículo para expresar la belleza. Rechazarla solo por eso sería discriminar una obra que trata precisamente sobre la discriminación. Sería un arte que denuncia una injusticia y, al mismo tiempo, sufre otra.

A Motoi le asombró la majestuosa defensa de Riki.

—Has cambiado desde que vives aquí, Oishi.

—Sí, un poco. Como vendo sus cuadros y trato con las galerías, me ha enseñado algunas cosas —respondió la chica pausadamente.

—He venido hoy a hablar contigo porque ya has entrado en tu último mes de embarazo. Lo ideal sería que Yuko estuviera aquí, pero... ¿ella te ha explicado algo?

Motoi empezaba a ponerse nervioso. Quería abordar el tema del que había ido a hablar antes de que Ririko volviera a aparecer.

—Sí, nos lo ha contado. Dice que seguiréis divorciados. Me ha sorprendido mucho escucharlo.

—Para mí también ha sido un golpe. Es un problema de pareja y no debería afectarte. Intentaré convencer a Yuko para que regrese, pero sales de cuentas dentro de poco tiempo, así que permíteme que te haga una propuesta. ¿Te parece bien?

—Adelante —respondió Riki, poniéndose seria.

Motoi soltó aire antes de continuar. Se ordenó a sí mismo armarse de valor. Después de haber visto el enorme vientre de Riki, escuchar lo de las estrías y pensar que iba a arriesgar su vida en el parto, le daban ganas de inclinarse profundamente ante ella.

En ese instante recibió una llamada de Aonuma. Descolgó molesto porque lo interrumpiesen en mitad de una conversación tan importante.

—Disculpa un momento, Oishi —se excusó.

—No hay problema —respondió Riki con tranquilidad.

—¿Diga?

—Hola, señor Kusaoke. Le llamaba porque estaba equivocada respecto a lo de la prueba genética prenatal. Lo he consultado con el laboratorio y me han dicho que, en el caso de los gemelos, no la hacen porque los resultados no son claros y no puede determinarse con certeza la paternidad. Lamento haberle proporcionado información errónea.

Parecía que la conversación iba a alargarse, así que Motoi la interrumpió.

—Entendido. Ahora mismo estoy ocupado, tengo que dejarla.

—Ay, sí. Perdone —se disculpó Aonuma con voz apagada.

Después de colgar, Motoi se sintió aliviado. Tenía la mente más clara. Se volvió de nuevo hacia Riki.

—Había pensado en hacerles una prueba genética a los bebés después de nacer. Si se confirmaba que eran míos, iba a hacerme cargo de ellos. —De repente se dio cuenta de que la chica estaba tomando notas. Aquella actitud tan profesional lo descolocó un poco, pero continuó hablando—. Aunque acabo de decidir que no se la haremos. Criaré a esos niños sean de quien sean. Asumiré la responsabilidad.

Riki lo miró sorprendida.

—¿No querrás realizar la prueba genética?

—No hace falta. Siento que sería una falta de respeto hacia los gemelos y hacia ti.

—Verás... —Riki bajó la cabeza con timidez y, tras volverla a levantar, afirmó con seguridad—: Me alegra que tengas esa consideración, pero házsela.

—¿Por qué?

—Porque yo deseo saberlo.

—Entendido. También quería hablarte sobre el dinero. Cuando Yuko me dijo que habías roto el contrato, me enfadé y pensé que debería hacerte pagar una penalización.

Motoi notó cómo Riki se inclinaba hacia delante con expresión seria y tragó saliva.

—Pero eso también me pareció una falta de respeto —continuó—. No puedo restringir la conducta de una persona como tú. Por eso te ingresaré los cinco millones de yenes que habíamos acordado. ¿Te parece bien?

—¡Menos mal! —exclamó Riki feliz mientras anotaba algo en su cuaderno.

—Y hay una cosa que me gustaría pedirte...

—¿El qué?

Riki levantó la cabeza.

—Si todo va bien tras el parto, ¿podrías venir a casa a cuidar a los niños durante un año? Como Yuko no estará... No te estoy pidiendo que actúes como esposa, simplemente quiero que me ayudes con los bebés. Imagino que también te apetecerá verlos después de tanto esfuerzo para traerlos al mundo. ¿Me equivoco?

Riki no respondió de inmediato. Se quedó un rato callada, pensativa.

—Verás, es mi primer parto, así que no tengo ni idea de cómo me sentiré. No sé si, cuando nazcan, no querré separarme de ellos o si me parecerá que mi trabajo ha acabado y podré decirles adiós sin problemas. Por eso no puedo prometer nada.

—Según el contrato, debías separarte de ellos lo antes posible, ¿verdad? —le recordó Motoi.

—Sí, pero nunca imaginé que surgirían tantas emociones dentro de mí. Igual que cuando me enfadé y, por culpa de mi mal criterio, terminé acostándome con mi ex y con mi terapeuta. Entiendo que lo consideres una violación del contrato, pero no puedo comportarme como si fuera una máquina. Por eso siempre pensé que decidiría qué hacer después de dar a luz.

—Lo comprendo, pero estoy muerto de miedo porque creo que no podré criarlos yo solo...

Miedo. Se le escapó de los labios lo que sentía de verdad. No podía reprimir aquella enorme inseguridad que se ocultaba tras la alegría. Riki, en cambio, se mostraba increíblemente serena. Percibía en ella la fuerza de un ser capaz de crear vida, y eso le inspiró una reverencia que rozaba lo sagrado. De pronto, Riki se levantó con brusquedad y gritó presa del pánico.

—¿Qué hago? ¡Creo que he roto aguas!

En efecto, el suelo alrededor de sus pies estaba mojado.

—¿Qué se supone que hay que hacer en estos casos? —preguntó Motoi.

Ambos estaban aterrorizados. Entonces, la puerta se abrió y entró Ririko con una bandeja en las manos.

—¿Qué pasa, Riki?

—He roto aguas.

No había vuelta atrás. Motoi suspiró profundamente mientras miraba de reojo la bandeja con té de cebada y dulces *dorayaki*.

5

Riki estaba en shock, completamente paralizada. En el momento en que se rompió la bolsa, le pareció oír incluso un chasquido, como si hubiera estallado un globo. Desde la noche anterior sentía que los fetos se movían mucho y que su barriga estaba mucho más tensa de lo habitual, lo que le resultaba extraño, pero jamás imaginó que rompería aguas delante de Motoi.

Él, visiblemente alterado, llamó a Aonuma con manos temblorosas.

—¡Joder! ¡Salta el contestador! ¿Qué cojones está haciendo justo ahora que la necesito? —Chasqueó la lengua y miró a Riki—. A ver..., ¿cuál era el número del médico ese? Oishi, ¿tienes el teléfono del doctor Tanaka?

El doctor Tanaka era el responsable de la clínica.

—Sí, en mi móvil —respondió la chica con una voz sorprendentemente serena.

—¿Y dónde está?

—En el escritorio de la habitación de al lado.

—De acuerdo. Voy a buscarlo, ¿vale?

Motoi salió corriendo. No sabía el número del hospital porque siempre se enteraba de todo a través de Aonuma.

—Siéntate, Riki. Voy a traer unas toallas —dijo Ririko mientras dejaba sobre la mesa la bandeja con los tés y los *dorayakis*.

—¿Toallas?

—Sí, mira hacia abajo.

Al bajar la vista hacia sus pies, como le pedía, Riki vio que el suelo de madera estaba completamente empapado. El líquido tibio continuaba brotando con fuerza, deslizándose por sus muslos. Era una cantidad muy superior a la que habría salido si fuera orina.

¿Qué les ocurriría a los fetos si el líquido amniótico de su útero se vaciara de repente? ¿No estarían entrando en pánico ahora que aquella agua en la que habían flotado con total placidez hasta hacía unos instantes había desaparecido? Riki imaginó un pececito al que habían sacado del mar con una caña, boqueando con desesperación mientras sacudía el cuerpo de forma frenética sobre el muelle. Pobrecillos... ¿Lo estarían pasando tan mal como él? ¿Seguirían vivos? Estaba preocupadísima.

Ahora comprendía que negarse tozudamente a seguir las instrucciones del doctor Tanaka había sido un error. No era que se tomara el parto a la ligera, pero quizá el hecho de que aquel fuera un embarazo no deseado hubiera influido en su actitud.

Tanaka le había advertido que era más fácil que se produjera una rotura de las membranas en los embarazos múltiples y que los partos solían adelantarse. Había recomendado, por seguridad, su ingreso a partir de la semana treinta y cuatro y también le había comentado que tal vez necesitaría una cesárea. Ella, pese a estar embarazada de gemelos, había preferido seguir llevando una vida lo más normal posible y optó por tener un parto también lo más normal posible. ¿Quizá esa obsesión por la «normalidad» venía condicionada por la culpabilidad de recibir dinero a cambio? ¿O quizá temía el «estigma» del que le había hablado Ririko?

Fuera como fuera, al final había roto aguas. Era probable que tuvieran que practicarle una cesárea. Y no era eso lo que le preocupaba. ¿Estarían bien los bebés? El impacto la había dejado paralizada tanto física como mentalmente.

—Riki, ponte esto alrededor de la cintura.

Ririko le acercó con rapidez una toalla de baño azul y ella se la ató tal como le había indicado. Pensó algo que estaba completamente fuera de lugar en aquel momento: que el color de su vestido de flores combinaba bien con ese azul.

—Tu móvil, Oishi —dijo Motoi, entregándole el smartphone.

Riki llamó ella misma a Tanaka.

—He roto aguas —comunicó.

—Voy a avisar a un hospital con UCI neonatal y te devuelvo la llamada.

Contactó con ella enseguida. Esta vez fue Motoi quien, después de arrebatarle el teléfono a Riki, contestó.

—¿¡Qué!? ¿En serio? —gritó indignado—. ¿Me está tomando el pelo? ¿Y qué se supone que hacemos mientras tanto?

Debían consultar algo y los volverían a llamar. Motoi colgó visiblemente enfadado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ririko, mirándolo con frialdad. Estaba nervioso y enrabiado.

—Dicen que tienen la UCI neonatal llena y que van a buscar otra. ¿Te parece normal? ¡Es increíble! Nos han dicho que vayamos pidiendo una ambulancia.

—Diría que en nuestro hospital hay una. Está justo detrás —dijo Ririko como si nada.

—Pues entonces llamaré —gritó Sugimoto, que había acudido corriendo al escuchar el alboroto, olvidándose incluso de su tono afectado.

A partir de ese momento, los recuerdos de Riki eran difusos. Todo sucedió de forma muy acelerada. Los médicos decidieron intervenirla de urgencia. Le hicieron una analítica de sangre y radiografías, le

colocaron un tensiómetro, le pusieron un gotero y unas medias de compresión en las piernas. Ella hizo todo lo que le pidieron.

Cuando le administraron la anestesia, se asustó muchísimo. Pensó que iba a morir. Era la primera cirugía con incisión a la que se sometía y, además, era una cesárea que le hacían por ser madre de alquiler. ¿De verdad había imaginado, aunque solo fuera por un instante, que aquello podía acabar así cuando se comprometió a gestar para otros? No, en absoluto.

Cuando despertara, tendría una cicatriz en el abdomen y sería madre de gemelos. Bueno, quizá esa palabra le quedara grande. En ese momento lo que sentía era más bien que estaba a punto de expulsar de su cuerpo una presencia extraña. Ahora mismo los fetos eran una amenaza para ella.

No le quedaba energía para pensar en quién era el padre de los niños o en qué ocurriría después. Su cuerpo temblaba de miedo. Antiguamente las mujeres se jugaban la vida cada vez que daban a luz. Incluso hoy en día, con todos los avances médicos, ella también la estaba arriesgando. Y estaba sola. No había nadie a su lado para sujetarle aquella mano que temblaba de terror. Esa realidad la dejó destrozada. Mientras pensaba en eso, perdió la conciencia.

—¡Señora Kusaoke! ¡Señora Kusaoke!

Kusaoke... Alguien llamaba repetidamente a Motoi. Riki se despertó molesta, preguntándose por qué no respondía. Entonces cayó en la cuenta de que se referían a ella: ese era ahora su apellido.

—La operación ha sido un éxito. Los bebés están bien —escuchó que le decía al oído una enfermera entrada en años con voz amable —. Les falta algo de peso y están en la UCI neonatal. La llevaremos a verlos cuando se recupere un poco. Dentro de tres días podrá

volver a caminar por sí sola. Hasta entonces la llevaremos en silla de ruedas.

—De acuerdo —logró contestar Riki.

Abrió los ojos y miró a su alrededor. En el techo había una lámpara cuya intensidad podía regularse. En las paredes de color crema colgaban unas pinturas abstractas en tonos pastel. Como iba de parte de Ririko, seguramente la habían instalado en una de esas carísimas habitaciones privadas que alguien como ella jamás habría podido permitirse.

Se abrió la puerta y, segundos después, Yuko apareció de pie junto a su almohada. Riki percibió el suave aroma de su perfume.

—¡Hola! Lo has hecho muy bien...

—Gracias, Oishi.

La segunda voz era la de Motoi. Parecía estar justo a su lado.

—Les han realizado la prueba, ¿verdad?

Riki se refería a la prueba genética. Motoi miró de reojo a Yuko.

—Sí. Sin duda, son hijos míos.

—Vale.

Sintió alivio, pero también cierta decepción porque en el fondo le hubiera gustado que fueran de Daiki.

—Mira. ¿No son adorables? ¡Tú los has traído al mundo! —dijo Yuko.

Puso el smartphone delante de los ojos de Riki y le mostró una fotografía. Tumbados dentro de las incubadoras, había unos pequeños bebés. Estaban conectados a unos tubos, pero sus facciones estaban ya bien definidas y parecían sanos. La mitad de la sangre que corría por sus venas era suya.

—Este es el niño y esta, la niña —continuó explicando Yuko. Riki era incapaz de distinguirlos—. Los dos están bien, no se quedarán

mucho tiempo en la UCI. Pesan un poco menos de dos kilos, así que no hay de qué preocuparse.

—Me alegro —fue lo único que atinó a decir Riki antes de volver a cerrar los ojos.

La herida del abdomen le dolía tanto que le costaba hablar. Yuko y Motoi salieron enseguida de la habitación al ver que necesitaba descansar. Riki notó cómo se alejaban mientras se concentraba en soportar el dolor. Las lágrimas brotaron de sus ojos. No eran por el malestar físico, sino por unos sentimientos que la sacudían y que jamás había experimentado: una mezcla de alivio y soledad.

Al día siguiente, mientras Riki almorzaba, apareció Aonuma secándose el sudor.

—¡Qué calor hace hoy!

Llevaba una cesta con un arreglo floral de girasoles y un vestido de color fucsia que hacían que su piel se viera más oscura.

—Señora Oishi... Muchas gracias por todo el esfuerzo que ha hecho para traer al mundo a esos gemelos.

Aonuma hizo una profunda reverencia. A Riki todavía le dolía la herida del abdomen y le costaba mucho tragar la dieta normal, así que no tenía mucho apetito. Dejó los palillos en el plato y miró ausente el rostro de Aonuma.

—Enhorabuena. Ha hecho un gran trabajo.

Al oír eso, le dio la sensación de que se había convertido simplemente en una «mujer que había dado a luz a un heredero». No era la esposa de Motoi, ni su amante, ni siquiera Riki Oishi. Era solo una hembra con útero, una máquina de parir, una mujer que había usado sus órganos reproductores para traer al mundo a los hijos de un completo desconocido. Si en vez de ser de Motoi fueran

de Hidaka, su antiguo amante, o de Daiki, con quien tan bien se entendía, no se sentiría tan vacía.

—Has ayudado a estas personas. Las has salvado. Es admirable.

¿Que los había salvado, decía? Riki no pudo evitar que una expresión de desconcierto surgiera en su rostro.

¿Satisfacer el deseo de autorrealización de Motoi era salvarlo? Riki pensaba que significaba socorrer a una persona que realmente estuviera en apuros y necesitara auxilio urgente. Aunque, claro, cada cual percibía la urgencia de forma distinta. No podía decirse que la incapacidad para tener hijos no fuera una cuestión acuciante. Aun así, le parecía que las palabras de la mujer estaban un poco fuera de lugar.

Mientras Riki, confusa, inclinaba la cabeza, Aonuma le preguntó con preocupación:

—No hay ningún problema, ¿verdad? He oído que ya ha comentado el tema de la compensación con el señor Kusaoke. Está todo en orden, ¿no?

Riki imaginó que lo que le preocupaba era que ella reclamara más dinero por haber pasado por un parto gemelar, mucho más exigente que uno normal.

—Sí.

—El señor Kusaoke correrá con todos los gastos relativos a la indemnización, no se preocupe.

—Bien.

—¿Qué le ocurre? No está muy animada. ¿Tiene depresión posparto? —Los labios pintados de rosa coral de Aonuma se abrieron para mostrar una compasiva sonrisa.

—Estoy cansada —murmuró Riki.

—Claro. Es su primer parto y, además, de gemelos y con cirugía obstétrica.

—¿Qué es eso?

—Significa que ha sido por cesárea.

—Ah, claro.

—Rezaré porque le den el alta lo antes posible.

—Gracias.

—Voy a verles las caritas a esos bebés antes de irme. Gracias. Estoy muy agradecida por haber podido propiciar un encuentro tan bonito. Si en el futuro se anima a repetir la experiencia, contacte conmigo.

Riki no albergaba la más mínima intención de pasar de nuevo por aquello. Había escuchado que, cuando se tenía un hijo por cesárea, era muy frecuente que los partos posteriores también lo fueran.

Antes de irse a dormir, observó con cuidado la herida de su abdomen. Sobre el pubis tenía una cicatriz horizontal de unos veinte centímetros. La incisión quirúrgica que se apreciaba bajo la cinta transparente aún supuraba sangre y dolía solo con mirarla. La veía limpia, pero la inflamación que le había dejado bajo la piel tardaría casi un año en curarse por completo. Se le escapó un suspiro.

Ese día la llevaron con la silla de ruedas a ver a los bebés a la UCI neonatal. La auxiliar que la empujaba era una joven a la que veía a veces en casa de Ririko. Se la había cruzado varias veces y seguramente pensaba que Riki era una madre soltera que se encontraba en una situación complicada, por lo que no dijo nada inapropiado.

Riki observó a través del cristal a los gemelos a los que había dado a luz y que habían sido concebidos introduciendo el esperma de Motoi en su útero. Había imaginado que, cuando nacieran, los encontraría adorables, pero, curiosamente, no sintió nada especial

por ellos. ¿Quizá su corazón, consciente de que tarde o temprano deberían separarse, se estaba reprimiendo? A decir verdad, aquellos bebés dormidos dentro de las incubadoras eran tan diminutos que no le parecía que fueran de verdad sus hijos.

—Luego les darás el pecho —dijo la auxiliar.

Riki se dio cuenta entonces de que sus pechos estaban tan hinchados que le dolían. Le habían dicho que se extrajera la leche y la congelara. Traer bebés al mundo era encadenar una experiencia dolorosa tras otra.

—¿Pueden beber siendo tan pequeños?

La auxiliar parecía sorprendida de que Riki no se hubiera emocionado en absoluto al ver a sus propios hijos.

—Sí, es mejor que se les dé de mamar.

Regresaron a la habitación. Ririko la estaba esperando con una caja de profiteroles.

—Buen trabajo, Riki. ¡No todos los días se tienen dos bebés! Son monísimos, ¿verdad?

Abrió la cajita, en cuyo interior había dos profiteroles que tenían forma de cisne. A Riki le hizo gracia; era un detalle muy propio de Ririko, y no pudo evitar reírse. Al hacerlo, la herida del vientre le dolió y soltó un grito.

—¿Te duele el abdomen?

—Sí, mucho. Pero me han dicho que mañana ya tengo que caminar y darles de mamar a los bebés. Ser madre es sufrir sin cesar...

—Parece duro, sí... —dijo Ririko con una voz desprovista de emoción. Probablemente pensaba que la maternidad no tenía nada que ver con ella.

—Sí, estoy harta —dijo Riki.

Ririko replicó con semblante serio mientras asentía con la cabeza:

—Sí, mejor no lo vuelvas a hacer más. —Tras un momento de pausa, continuó—: Por cierto, ¿ha venido Chimiko Kusaoke, la madre de Tontoi? Es una exbailarina muy famosa.

—No.

Riki ladeó la cabeza. Los únicos que habían ido a visitarla eran Yuko y Motoi.

—¿No? Me habían dicho que los había acompañado al hospital. ¡Qué situación tan desagradable! O sea, que ha venido solo a ver a los bebés y se ha vuelto a su casa sin ni tan siquiera darte las gracias.

—No importa. Casi lo prefiero así.

—Sí, quizá sea lo mejor. Aunque te han abierto el vientre para poder darles esos niños. Se podría haber dignado al menos a agradecértelo.

—De verdad, da igual. Así es todo más profesional.

—¿Más profesional? ¿De verdad lo ves como un negocio?

Ririko, que estaba a punto de hincarle el diente a uno de los profiteroles, levantó la cara con expresión indignada. La intensidad del gesto abrumó a Riki y le hizo recordar la conversación que había tenido meses antes con Daiki.

—Pues llámalo «transacción» o «compraventa» si la palabra no te convence. Al fin y al cabo, eso es lo que es, ¿no? —dijo.

—Mira, me pidieron que no te lo contara, que te lo iban a explicar ellos mismos, pero voy a decírtelo igual porque ellos no van a venir hoy, ¿verdad?

Ririko miró hacia la puerta con gesto tenso.

—No creo. ¿Qué pasa? A mí no me han dicho nada...

—Pues que han vuelto.

¿Que habían vuelto? Entre el dolor de la herida y el agotamiento, Riki no conseguía procesarlo. Repitió mentalmente la frase varias

veces.

—Es decir, que él se divorciará de ti y volverá a casarse con Yuko. Parece que, al ver a los bebés, les han parecido tan monos que han decidido reconciliarse y criarlos juntos.

Motoi le había asegurado a Riki que se haría cargo de los niños fueran suyos o no y le había pedido un favor: que lo ayudara a cuidarlos durante un año, pues Yuko no iba a implicarse. La conversación se había quedado a medias porque ella había roto aguas, pero ¿qué iba a pasar con aquella propuesta? Riki intentó pensar pese a que sentía la cabeza embotada.

—Entonces, ¿eso significa que ya no tendré que cuidarlos? ¿Que no me necesitan?

—No lo sé, deberás preguntárselo a ellos —dijo Ririko antes de arrancar con los dientes la cabeza del cisne.

—Yo lo prefiero así.

—¿SÍ? Con todo lo que has sufrido para traerlos al mundo, ¿vas a dejar que ellos se lleven la mejor parte?

—Ya, pero es que yo no los siento como míos —dijo Riki con sinceridad.

—¿Y no cambiarás de parecer cuando empieces a darles el pecho?

—Quién sabe...

No lo tenía claro. En algún momento había llegado a pensar que los robaría si, al verlos, le entraban ganas de quedárselos, pero la verdad era que no notaba ninguna conexión especial con ellos. Eso del instinto maternal era mentira. Analizándolo con frialdad, se dio cuenta de que, si se escapaba y se los llevaba, lo único que conseguiría sería hacerlos desgraciados a todos.

Había cuidado de esos gemelos mientras estaban en su vientre, pero no conseguía quitarse de encima la sensación de que eran algo

molesto que había parasitado su cuerpo. Quizá eso era lo que evitaba que le naciera ningún afecto hacia ellos.

Pese a todo, la leche le salía bien. Iba dos veces al día a la UCI neonatal para amamantar a los bebés. Aunque eran más pequeños de lo normal, estaban sanos y se aferraban bien a su pecho mientras bebían. Cada vez que les daba de mamar, tenía la impresión de que le absorbían todos los nutrientes y los líquidos del organismo, así que, cuando acababa, sujetándose su dolorido abdomen, se dirigía a la tienda del hospital para comprarse un zumo y bebérselo. Su cuerpo estaba completamente destrozado por el dolor y el agotamiento.

Al quinto día, Yuko fue a visitarla a la habitación.

—Oishi, ¿has podido descansar un poco? ¿Cuándo te darán el alta?

Le había llevado de regalo unas jugosas uvas sin semilla, lo que alegró mucho a Riki, que siempre notaba la garganta muy seca.

—Pasado mañana.

—Bueno, ya lo tienes casi hecho. A los pequeños también les darán el alta. Ya hemos decidido sus nombres.

Aunque, evidentemente, no se lo dijo, Riki también había elegido unos en secreto: «Guri» y «Gura». Guri era el niño y Gura, la niña.

—Al niño lo llamaremos Yujin, que suena un poco como Eugene en inglés. Además, «Yu» lo escribiremos con el mismo ideograma que utilizo para mi nombre. Y a la niña le pondremos Ema porque también funciona como nombre extranjero.

—Vaya, ¡son preciosos!

—¿A que sí? Para escribir el de Ema, hemos escogido el segundo ideograma del nombre del padre de Motoi, que se llamaba Yoji.

—Qué bonito.

—Debo prepararlo todo mientras los niños sigan en la UCI. ¡Es agotador! He tenido que alquilar una cuna para gemelos y cochecitos, comprarles ropa... Vamos, un no parar. Aunque también es divertido. Me siento muy positiva sobre el futuro —afirmó Yuko con voz animada.

—¡Qué bien! Me alegro.

—Te agradezco mucho lo que has hecho. Ahora concéntrate en descansar.

Yuko puso una mano en el hombro de Riki y ella asintió.

—Y bueno... —prosiguió—. Quería hablar contigo de algo. Te dije que continuaría separada, pero me siento responsable de esos niños que acaban de nacer. Criar hijos no es una tarea sencilla, así que voy a reconciliarme con Motoi y lo haremos juntos. Cuando te recuperes, ¿firmarás el divorcio? Quiero registrar sus nombres cuando se complete el trámite. Como le había dicho que no volvería con él, Motoi no sabía qué hacer y te pidió que lo ayudaras con los pequeños, ¿verdad? Siento el cambio de planes.

Yuko sacó de su bolso de la marca Goyard una carpeta transparente. Contenía la documentación del divorcio ya cumplimentada.

—También me gustaría que firmaras esto.

Le entregó un escrito titulado «Carta de compromiso». Riki lo leyó con rapidez en voz alta:

—«Yo, Riki Oishi, declaro que no visitaré a los hijos de la familia Kusaoke, Yujin Kusaoke y Ema Kusaoke. Si por algún motivo me fuera imprescindible, me comprometo a avisar previamente a sus tutores, Motoi Kusaoke y Yuko Kusaoke. Asimismo, si en el futuro Yujin Kusaoke y Ema Kusaoke, o alguno de los dos, desearan verme, aceptaré dicha solicitud».

—Perdona que suene tan serio, es que lo han redactado Motoi y Aonuma. Pero me gustaría que lo firmaras. Es una mera formalidad, no es obligatorio. ¿Te parece bien?

—Pues no quiero hacer ni lo uno ni lo otro, la verdad —rechazó Riki sin medias tintas.

Yuko profirió un sonoro «¿¡qué!?». Estaba sorprendida por su respuesta.

—¿Por qué no?

Riki se dio cuenta de que estaba nerviosa. Comenzó a guardar de nuevo tanto el formulario de divorcio como el acuerdo que le había mostrado, pero era incapaz de meterlos en la carpeta; se le atascaban en las manos.

—No me importa divorciarme, pero no ahora mismo. No quiero que os olvidéis de mí antes de que la herida de mi abdomen se cure del todo. Esperad un año. Dicen que es más o menos lo que tarda en sanar.

—Ah, ¿sí? ¿Tanto? —Yuko frunció el ceño, sorprendida.

—Sí. Mantendré el apellido hasta entonces. Y, respecto a la carta de compromiso, no veo qué necesidad hay de atarme hasta ese punto. No sabemos cómo nos sentiremos en el futuro, así que no pienso firmarla. A decir verdad, ahora lo que me gustaría es que tanto Motoi como tú pasarais por lo mismo que yo, que os abrieran el vientre como me han hecho a mí. Pero no ocurrirá, ¿verdad? Porque ese es mi papel...

—¿Tu papel?

Yuko, herida por las palabras que Riki acababa de dirigirle, se quedó callada.

—Sí, ser una madre de alquiler. Pero yo no era consciente de todo lo que eso significaba, de lo duro que sería traer a alguien al mundo. Así que al menos déjame que me desquite.

Cuando terminó la frase, inclinó la cabeza hacia abajo y la herida del vientre le dolió. Yuko, sin levantar la mirada, se disculpó en voz baja.

—Puedes desahogarte todo lo que quieras. No nos hemos portado bien contigo. Yo te dije que seguiríamos divorciados y luego he cambiado de opinión... No tenía las cosas claras. Lo siento.

Su desesperación era tan evidente que Riki no sabía qué más añadir.

—Me sorprendió mucho que te bajaras del carro, Yuko.

—Ya. Si te soy sincera, desde que te pedimos que fueras nuestra madre de alquiler, me he sentido totalmente excluida de todo esto. Nos habíamos esforzado tanto como matrimonio por tener un hijo... No podía aceptar que Motoi ignorara el hecho de que yo no podía concebir y siguiera adelante con una madre subrogada. Si al menos hubiera utilizado mis óvulos, habría sido diferente. Pero tú no tenías ninguna relación con nosotros, eras una completa desconocida...

La expresión hizo que Riki se sintiera como una intrusa. No dijo nada y Yuko continuó su discurso:

—En realidad, no me gustó nada que nos divorciáramos; me parecía que te estaba cediendo mi lugar. Él decía que se trataba solo de una formalidad, pero era yo la que de repente no pintaba nada allí. Le conté que habías estado con otros hombres para demostrarle que no podía controlar a los demás a voluntad, que eso era una simple ilusión.

—¿Y entonces por qué te reconcilias con él? —preguntó Riki con serenidad.

—Porque te dijimos lo contrario, pero en realidad no les han hecho ninguna prueba genética a los bebés. Aunque Aonuma lo propuso, Moto se negó en redondo. Dijo que era una falta de respeto hacia ti y que no lo aceptaría bajo ningún concepto. Cuidará de ellos sean de

quien sean. Me conmovió escucharlo pronunciar esas palabras. Pensé que, si él estaba dispuesto a criar a esos niños aunque no existiera un vínculo de sangre con ellos, yo también podía hacerlo, porque estaríamos en la misma situación. Por fin sentí que los dos estábamos en el mismo barco. Creo que Moto y yo hemos madurado durante este proceso. ¿O debería decir que lo que ha pasado es que nos hemos convertido en padres? Por eso te estoy profundamente agradecida. Y él también.

Los ojos de Yuko se habían ido humedeciendo a medida que hablaba.

La noche antes de que le dieran el alta, Riki llamó a Daiki por Line. Todavía estaba en Naha.

—No eran hijos tuyos.

En realidad, no lo sabía, pero sentía que esos gemelos no eran de nadie. Él se quedó pasmado.

—¿Ya han nacido?

—Sí. Rompí aguas y tuvieron que hacerme una cesárea. ¡Al final no hubo milagro!

—Bueno, no importa. ¡Le dimos un buen susto a esa pareja!

Daiki hablaba como si también hubiera sido cosa suya.

—¿A qué te dedicas ahora, Daiki?

—¿Yo? He empezado a trabajar a tiempo parcial.

—¿En qué?

—Estoy de profe en una academia.

—¡Te pega mucho! ¿Y qué ha pasado con tu novieta?

—Me dejó.

—Pues hizo bien.

Al reírse, a Riki le dolieron los puntos.

—¿Por qué no vienes a Naha?

—Ni de broma. Seguro que solo quieres mi dinero.

—Tal vez... Podríamos tener un hijo, uno que fuera de los dos —dijo él juguetón.

Riki pensó que quizá intentaba consolarla a su manera. Se autoproclamaba terapeuta, pero en realidad se le daba fatal.

—No, gracias, mejor no.

Cuando se echó a reír con fuerza, se apoderó de ella el miedo de que se le abriera la herida.

6

Los gemelos de Riki nacieron después de la semana treinta y siete, así que no eran prematuros, pero, como suele ocurrir con los bebés de partos múltiples, pesaban poco, menos de dos kilos cada uno. Nada más venir al mundo, los habían trasladado a la UCI neonatal, donde les habían administrado un tratamiento por hipoglucemia. Al séptimo día, cuando ya se habían recuperado por completo, volvieron a llevarlos con Riki.

Tras la cesárea, estuvo hospitalizada ocho días. El servicio de obstetricia y ginecología del Hospital Terao tenía la política de que la madre y el bebé pasaran todo el día juntos antes de darles el alta, de ese modo se pretendía fortalecer el vínculo maternofilial antes de que regresaran a casa. Ese era el motivo por el que, en ese momento, los gemelos se encontraban en unas pequeñas camitas que habían colocado al lado de la de Riki.

—Guau... ¡Son minis!

Ririko los miró de reojo con inquietud. Los gemelos, ajenos a esta crítica, dormían uno junto al otro, apretando con fuerza los puñitos a la altura de los hombros y con los ojitos suavemente cerrados.

—¿Cuál de los dos es el niño? —preguntó Ririko, frunciendo el ceño.

—Es este. Guri. —Riki señaló al bebé que dormía en la cuna de la izquierda—. Y esta es Gura.

—¡Anda! ¡Así que Guri y Gura!

Riki no sabía si Ririko era consciente de que se trataba de los nombres provisionales que ella les había puesto o si simplemente le daba igual, el caso es que no mostró el más mínimo interés al respecto.

—Los dos parecen unos monitos. No hay manera de diferenciarlos. Y, además, no se parecen nada a Tontoi. ¿De verdad les hicieron la prueba? —preguntó con los ojos llenos de desconfianza. Riki no respondió y se limitó a sonreír de forma enigmática—. Los rasgos de la zona de los ojos sí que recuerdan a los tuyos.

Riki se estremeció al escucharlo. Ignoraba si el hecho de que los gemelos se parecieran un poco a ella debía alegrarla o entristecerla. Empezaba a notar el peso de ser su madre biológica; por eso evitaba mirarlos a la cara durante mucho tiempo.

Si no hubiera sido madre subrogada, ¿habría sido capaz de considerarlos de forma natural como sus hijos? Darse cuenta de que no debía sentir ese apego, ese freno constante, le oprimía el corazón. Cuando aceptó ser madre subrogada, no sabía que debería enfrentarse a esas emociones tan complejas.

—Diría que la nariz la ha sacado de él... —comentó Ririko mientras observaba con atención la carita de Gura—. ¿Tendrás la nariz aguileña de tu papaíto, esa de la que está tan orgulloso? Porque se piensa que es muy aristocrática...

Todo lo que decía habría sacado de quicio a Motoi. En realidad, debía odiarlo.

—Los Kusaoke deben de estar a punto de llegar. Los gemelos ya no están en la UCI, así que seguro que se pasan por aquí —dijo Riki, comprobando la hora en su smartphone.

Motoi y Yuko estaban increíblemente entusiasmados con los pequeños. Los visitaban casi todos los días, felices, para ver cómo se encontraban.

—Ellos también les han puesto nombre, ¿verdad?

—Sí. Al niño lo llamarán Yujin y a la niña, Ema.

—¿Yujin y Ema? Guri y Gura son mil veces mejores —afirmó Ririko, riéndose—. Yuko es de lo más vulgar. Seguro que te dijo que, con esos nombres, podrían viajar al extranjero y no tendrían problemas con la pronunciación. Es de risa. Y, encima, tanto rollo con que se separaba y, en cuanto nacen los bebés, cambia de idea y se reconcilia. ¡Qué falta de integridad!

Las palabras que le dirigía eran muy duras. Riki la defendió.

—Han pasado muchas cosas.

—¡Claro que sí! Pero es que ellos van por la vida haciendo lo que les da la gana...

—Sí, pero los bebés son tan bonitos...

Los sentimientos de Riki habían empezado a cambiar desde que se los habían llevado a la habitación. Pensó que aquellos pequeños tenían una gran fuerza; bastaba con mirarlos para que despertaran en uno emociones positivas. Motoi y Yuko debían de haber sucumbido a ese poder más de lo que habían imaginado en un principio.

Los bebés inspiraban en los demás el deseo de protegerlos, de criarlos. Daban esperanza en el futuro. Eran unos seres tan vulnerables e indefensos que necesitaban despertar en los adultos ese instinto. ¿Sería eso lo que se conocía como instinto maternal? Riki detestaba la expresión y ansiaba mandar a la porra las emociones que parecían confirmarla. Sin embargo, era un hecho innegable que dentro de ella estaba naciendo ese sentimiento y no lograba deshacerse de él.

Recostada contra el cabecero de la cama, observó a los dos bebés a los que había dado a luz. No tenía la impresión de haberlos parido porque, como había sido con anestesia general, cuando se despertó,

todo había acabado. Aun así, la herida del bajo vientre, que le dolía solo con moverse o reírse, era prueba de ello. Probablemente, cuando se separara de los niños, aquella marca se los recordaría.

—Dicen que los recién nacidos tienen la piel muy rojita... Sí que lo es, ¿verdad? —susurró Riki sin apartar la vista de ellos.

Ririko asintió.

—Sí, el color es un poco raro... ¿Cómo podría captar ese tono en un dibujo? Es muy difícil de definir. No es exactamente rojo ni tampoco morado... Además, la textura es rara. La piel de su cuerpo es tan fina que casi no lo parece. Es muy agradable al tacto. Dan ganas de pegarles un mordisco.

Ririko observaba atenta su piel y de vez en cuando la tocaba con disimulo. Seguramente ella también estaba empezando a caer rendida ante el embrujo de aquellas dos extrañas criaturas. Y no solo ella: su tío Takashi y Sugimoto habían ido varias veces a verlos mientras estaban en cuidados intensivos.

—El tío Takashi también vino a visitarlos —dijo Riki.

En realidad, incluso le había dado algo de dinero para celebrar el nacimiento.

—Me lo han dicho. Sugimoto y él están como locos con los pequeños. No paran de decirme que te quedes en casa y que los cuidemos entre todos. Ella se puso a llorar de emoción cuando los vio por primera vez. Dice que los bebés son la cosa más bonita de este mundo. Lo afirmó de una forma tan poética que hasta me sorprendió. Además, como cree que vas a encargarte de ellos tú sola, ha decidido ayudarte. Aunque no van por ahí los tiros, ¿verdad?

—¡Qué maja! Se lo agradezco mucho —dijo Riki emocionada.

Le hubiera gustado explicarles que, en realidad, no era más que una madre subrogada para los Kusaoke, pero había firmado una

cláusula de confidencialidad y no podía. Le dolía tener que engañarlos.

—Lo que te voy a decir ahora va en serio. El posparto es duro, así que quédate en casa un tiempo hasta que te recuperes. Los bebés también pueden vivir con nosotras. Imagino que todavía tienes leche, ¿no? Si pasa algo, estamos justo al lado del hospital y Sugimoto podrá echar una mano. Cuando crezcan un poco y tú estés más calmada, que se los queden.

No sería tan fácil. Riki inclinó la cabeza, dubitativa. Los Kusaoke querían llevárselos cuanto antes.

Alguien llamó a la puerta justo en ese momento. En cuanto Ririko respondió a ese sonido con un «¿sí?», Motoi y Yuko asomaron la cabeza con una sonrisa.

—Hola, ¿podemos pasar? —Motoi entró primero, vestido con una camisa hawaiana. Sus ojos fueron directos a las cunitas donde dormían los bebés—. Se los ve muy bien. ¡Qué alegría!

Con un gesto lleno de ternura, rozó con el dedo índice la mejilla de Guri y después envolvió con su mano el puñito cerrado de Gura. Sin tan siquiera mirar a Riki, les susurró a los gemelos:

—Chicos, papá y mamá no hacen más que envejecer. ¡Daos prisa en crecer! Si no, no podrán ver cómo os hacéis mayores.

Emocionado por sus propias palabras, parecía a punto de echarse a llorar. Yuko, por consideración hacia Riki, permanecía en silencio en un segundo plano. Llevaba un vestido blanco de corte clásico que la hacía parecer una enfermera de la era Showa.

—¿Cómo tienes la herida, Oishi? —preguntó con recato.

—Creo que un poco mejor cada día.

—Me alegro. Hoy hemos ido a inscribirlos en el Registro.

—¿Al final les habéis puesto Yujin y Ema?

—Sí. Tú figuras como su madre. Es una realidad que no se podrá cambiar nunca.

Yuko miró a Motoi, buscando su aprobación. Él seguía embelesado con los bebés y no parecía tener la menor intención de participar en la conversación de las mujeres.

—Me alegro por ti, Riki —dijo Ririko sin demasiado entusiasmo.

Yuko le echó una ojeada y después se volvió hacia Riki.

—Lamento lo que pasó el otro día, Oishi... Te pido disculpas de nuevo. Me dejé llevar por los nervios y dije cosas que no debía.

Cuando la escuchó, Motoi, como si recordara algo de repente, se giró también para hacer lo mismo.

—Lo lamento, Oishi. Habías hecho un esfuerzo enorme para traer a estos niños al mundo y pretendimos que firmaras enseguida ese documento tan poco considerado. Fue una falta de respeto. La responsabilidad es mía. Fui yo quien lo escribí.

—No pasa nada, no os preocupéis...

—Hablaremos del tema cuando te recuperes y estés más tranquila.

Motoi no parecía haber renunciado a sus pretensiones. Debía de sentirse inseguro por no tener un acuerdo por escrito.

—No me importa. Decidme qué queréis poner en el documento.

—Un momento, Oishi —la frenó Yuko—. No hay prisa. Hemos pensado que quizá sería buena idea que te quedaras aquí hasta que te repongas. Seguro que a Ririko no le importará. Nosotros pagaremos todos los gastos de la estancia. Además, hemos hecho ya la transferencia de los cinco millones restantes.

—Gracias —dijo Riki.

—¿Y qué haréis con los bebés? —le preguntó Ririko a Yuko.

—Se quedarán con Oishi durante dos meses y después ya los cuidaremos nosotros con biberón. La leche materna es muy

beneficiosa. Por eso hemos llegado a la conclusión de que lo mejor es que se alimenten así al principio.

—Vamos, que ahora queréis a Riki como nodriza, ¿no? —intervino Ririko, fulminando con la mirada a Yuko.

—No es eso, mujer...

—¿Y entonces qué es? —replicó Ririko.

—Eso lo hablaremos ahora sin prisas con Oishi. ¿Te importaría salir un momento de la habitación? Es mejor que discutamos el tema los tres a solas.

Ririko se marchó de mala gana mientras decía con retintín:

—Claro, señora, lo que usted mande...

Después de asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada, Motoi dijo:

—Oishi, has sufrido mucho para dar a luz a esas criaturas. Has arriesgado incluso tu vida. Muchas gracias, de corazón.

—De nada —contestó Riki, y enseguida tuvo la impresión de que su respuesta había sonado excesivamente fría.

—Yuko me ha contado que prefieres esperar un tiempo antes de conceder el divorcio. También me ha dicho que no quieres firmar el documento que te compromete a no ver a los niños en el futuro. ¿Has cambiado de opinión respecto a la maternidad subrogada al verles las caras?

—No es eso —respondió Riki tras pensarlo largamente—. Pero el parto fue muy duro y no quiero que lo consideréis igual que si hubiera sido vaginal.

—Ha sido más difícil para ti por tratarse de gemelos. Sin embargo, es algo con lo que nosotros tampoco contábamos. Estamos considerando cómo podemos compensarte por la carga extra que has soportado —intervino Yuko.

Riki escogió con cuidado sus palabras antes de decir:

—Creo que no lo habéis entendido bien. No quiero más dinero. No se trata de eso.

—Entonces, ¿qué deseas? —Motoi la miró con gesto reflexivo.

—No lo sé. Solo que no me traten como a una máquina.

—No lo hacemos —murmuró Yuko molesta.

—¿Puedes concretar qué es lo que deberíamos hacer exactamente? —preguntó Motoi mientras cruzaba una mirada con ella.

—Hace un momento habéis comentado que podría pasar dos meses con los niños. Creo que eso me ayudaría. Cuando pienso que los he parido, pero que no voy a criarlos, no puedo evitar tener la sensación de que he sufrido un grave accidente.

—Claro... —asintió Yuko—. Han pasado demasiadas cosas. Tus emociones están al límite. A nosotros nos ocurre lo mismo. Entonces, ¿aceptarás separarte de ellos dentro de dos meses? Puedes aprovechar ese tiempo para criarlos y recuperarte.

«¿Aceptarás separarte de ellos?» era, sin duda, la expresión más adecuada.

—De acuerdo —accedió Riki.

Motoi parecía insatisfecho con el trato, pero no dijo nada. Se limitó a añadir:

—Iremos a visitarlos todos los días. Te parece bien, ¿no?

—Por supuesto. Son vuestros hijos.

Tras recibir el alta, Riki y los gemelos se mudaron a la planta baja del ala sur de la casa de los Terao. Colocaron en su habitación las cunitas que habían usado en el hospital. Los Kusaoke habían previsto qué artículos de bebé necesitaría y se los llevaron allí.

Durante dos meses, Riki amamantó a los pequeños. Yuko y Motoi acudían a diario para ayudarla con la crianza. Los recién nacidos, que al principio no tenían peso suficiente, alcanzaron uno normal en un mes. Al ser dos, la leche de Riki empezó a quedarse corta.

Pasado un mes, Yuko volvió a llevarle los papeles del divorcio y también la carta de compromiso. El contenido no había cambiado.

«Yo, Riki Oishi, declaro que no visitaré a los hijos de la familia Kusaoke, Yujin Kusaoke y Ema Kusaoke. Si por algún motivo me fuera imprescindible, me comprometo a avisar previamente a sus tutores, Motoi Kusaoke y Yuko Kusaoke. Asimismo, si en el futuro Yujin Kusaoke y Ema Kusaoke, o alguno de los dos, desearan verme, aceptaré dicha solicitud».

—Entiendo que pueda parecer desagradable, pero nosotros también estamos entrando en una nueva etapa de nuestra vida y debemos pensar en ella. Gracias.

—Lo comprendo —dijo Riki, cogiendo los papeles.

Una noche, cuando estaban a punto de cumplirse los dos meses, Riki recibió un Line de Teru.

¿Ha nacido ya tu bebé, Riki? Esta es mi Mina.

Adjuntaba al mensaje una foto de una recién nacida vestida de rosa. Somuta la sostenía en brazos; su expresión era mucho más adulta que antes y sonreía con satisfacción.

¡Ya sois toda una familia!

Riki sonrió con amargura y le envió una foto de los gemelos.

Estos son Guri y Gura.

¿Eran gemelos? ¡Seguro que el parto ha sido un infierno! Ser madre subrogada no es nada fácil...

Fue por cesárea. Todavía me duele la cicatriz.

¡Menudo faenón! Por cierto, ¿de verdad se llaman Guri y Gura?

Riki iba a responder, pero detuvo la mano. Guri y Gura. En realidad, sus nombres eran Yujin Kusaoke y Ema Kusaoke. Sin embargo, seguía aferrándose a los que ella les había puesto. ¿Sería porque no había participado en la elección? Bueno, no es que no lo hubiera hecho, es que ni siquiera le habían dado la oportunidad. Aunque los había parido, no eran suyos.

En realidad, se llaman Yujin y Ema.

¡Qué nombres más bonitos! Me han ganado.

«¡Magnífico!», decía el *sticker* de Disney mientras hacía una reverencia. Riki sonrió antes de dejar el móvil a un lado. Gura había empezado a llorar a pleno pulmón. Cuando Riki la cogió en brazos, Guri también comenzó a gimotear, como si se le hubiera contagiado el llanto. Aquellos dos pequeños se llevaban tan bien que, cuando uno lloraba, el otro no tardaba en hacerlo. Lo peor era cuando se retroalimentaban y lloraban por turnos. Aquello podía durar horas.

Riki pasó un rato con los dos bebés en brazos, tratando de calmarlos, pero no lo lograba. Entonces, de repente, una emoción cercana a la desesperación brotó de lo más profundo de su ser y a ella también le entraron ganas de llorar. ¿Por qué se sentía tan sola pese a que los gemelos estaban con ella?

La angustia que le provocaba no tener suficiente dinero aunque trabajara la había arrojado a convertirse en madre de alquiler. Al

principio pensaba que sería capaz de manejar la situación con frialdad cuando nacieran.

Entonces, ¿de dónde venía aquella emoción que la recorría de arriba abajo de forma tan abrumadora, como si la empapara una lluvia torrencial? Teru también acababa de dar a luz, pero el camino que ella había emprendido era muy diferente al suyo.

—¿Qué pasa, Riki? Los bebés llevan un buen rato llorando y hacen mucho ruido. Haz algo.

Ririko, que había llamado a la puerta mientras la abría, se quejó claramente molesta. Pasaban las diez de la noche, pero, al parecer, seguía trabajando.

—Lo siento, no consigo que paren. No sé qué hacer —respondió una desconcertada Riki con voz insegura.

Ririko le dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Estás bien? Pareces muy cansada.

Llevaba una temporada absorta en su trabajo creativo y, cuando se cruzaban, siempre aparecía con una expresión ausente, como quien arde de fiebre.

—Ririko, ¿las obras de arte son como los hijos? —preguntó Riki sin venir a cuento.

Ririko parecía extenuada, pero su mirada seguía siendo misteriosamente perspicaz. Ladeó la cabeza y se oyó un pequeño crujido.

—No sabría decirte. Nunca he tenido hijos. ¿Por qué lo preguntas? —respondió con rapidez.

—Por curiosidad. Nunca he pintado un cuadro...

—Yo creo que debe de ser diferente... —sentenció Ririko antes de dirigirse alternativamente a los bebés que Riki tenía en brazos—: ¡Eh, vosotros! ¡Hacéis mucho ruido! ¡Como no paréis, os voy a utilizar para hacerme una sopa!

La amenaza no surtió efecto y los gemelos siguieron llorando. Es más, parecían hacerlo todavía con más fuerza. Riki alzó la voz para que se oyera por encima de los llantos.

—Pero los artistas suelen afirmar que sus obras son como sus hijos, ¿no?

—Yo nunca he dicho semejante ridiculez —protestó Ririko indignada.

—¿Te parece ridículo?

—Sí. Y vergonzoso. Las mías son superiores a cualquier criatura.

—¿Crees que son mejores? Entonces, ¿por qué la gente idealiza a los niños? Sugimoto decía que son lo más bonito del mundo...

—¡Menuda gilipollez! Lo más bonito del mundo es el *shunga*, los dibujos de gente teniendo sexo.

—Ay, es que ya no entiendo nada...

Riki empezó a llorar a lágrima viva, igual que los bebés.

—¡Oh! ¿Qué te pasa?

Ririko la miró sorprendida. Ella no pudo contestarle.

—No lo sé. Estoy triste, vacía. Me siento sola...

Aun con los ojos llenos de lágrimas, sonrió. Los bebés, contagiados por el llanto de su madre, comenzaron a berrear con más fuerza.

—¿No tendrás depresión posparto?

—Puede. Quieres decir que es por las hormonas, ¿no?

—Supongo. ¿Se lo digo a mi padre para que te recete algo?

Ririko estaba a punto de salir a toda prisa por la puerta, pero Riki la detuvo.

—No hace falta. Me basta con saber la causa.

—¿Y cuál es? —preguntó Ririko, volviéndose hacia ella.

—Yo misma —respondió Riki con un hilo de voz.

En cuanto pronunció esas palabras, supo que ese era exactamente el motivo. Lo único que ocurría era que estaba débil.

—Pues, si lo tienes claro, fantástico. Buenas noches —dijo Ririko con voz seca.

Cuando salió de la habitación, los gemelos dejaron de llorar de golpe. Riki devolvió a cada uno a su cuna. Los dos la miraban con expresión tranquila, como si nada hubiera pasado.

—Quizá Sugimoto lleve razón y los bebés seáis lo más hermoso del mundo. Al fin y al cabo, sois personas... Es algo increíble. Realmente increíble... —dijo dirigiéndose a ambos.

Se sentó en el escritorio y firmó los papeles del divorcio que le había llevado Yuko, así como la carta de compromiso.

Después empezó a recoger sus pertenencias. Metió sus cosas en la maleta con ruedas y llenó hasta arriba la mochila con pañales. No tardó en tenerlo todo listo. Riki tomó a Guri entre sus brazos y frotó con delicadeza su suave mejilla contra la suya.

—Guri, tú te quedarás en casa de los Kusaoke. No te preocupes, porque te tratarán muy bien. Te iré a ver cuando te hayas convertido en un bailarín excelente. Cuídate mucho.

Lo devolvió a la cuna y cogió a Gura.

—Gura, tú vendrás con mamá. No te llamarás Ema Kusaoke. Tu nombre será Gura Oishi. ¿Te parece bien?

La pequeña la miraba fijamente, inocente y confiada. Riki la sujetó contra su pecho con el portabebés.

—Viviremos las dos juntas. ¿Te vale? El mundo es una mierda, pero, pese a todo, ser mujer está bien. Sin duda, es mucho mejor.

Riki revisó la carta de compromiso que había sobre la mesa. Tachó con dos líneas el nombre de Ema Kusaoke y firmó de nuevo sobre la corrección.

—Bueno... ¿Y adónde vamos? ¿Qué te parece si probamos en Okinawa? ¿O prefieres ir a la tierra natal de mamá, a Hokkaido? Seguro que todo el mundo se pondrá la mar de feliz al verte.

Riki hablaba con entusiasmo y Gura, como si hubiera entendido algo de lo que le decía, esbozó una expresión alegre.

Notas

1

1. En Japón se ofrece a fondo perdido un dinero de agradecimiento al propietario llamado «reikin» por permitir el uso de su vivienda. *(N. de la t.)*

4

1. Tradición japonesa que tiene lugar el 3 de marzo para desear salud, buena suerte y felicidad a las niñas. Se conoce también como «festival de las muñecas» porque en las casas se exponen muñecas con vestidos tradicionales. *(N. de la t.)*

Las golondrinas no regresarán
Natsuo Kirino

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Laura Wächter
Fotografía de la autora: © Wakaba Noda (TRON)

Título original: 燕は戻ってこない

© Natsuo Kirino, 2022
Publicado originalmente en Japón por Shueisha Publishing Co. Ltd., Tokio, 2022
© por la traducción del japonés, Sandra Ruiz Morilla, 2026
© Editorial Planeta, S. A., 2026
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-233-7042-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
1. Boiled egg
    1
    2
    3
    4
    5
    6
2. Una batalla contra el tiempo
    1
    2
    3
    4
3. La peregrinación de la fecundación
    1
    2
    3
    4
4. BABY 4 YOU
    1
    2
    3
    4
5. El alma de los bebés
    1
    2
    3
    4
    5
    6
    Notas
Créditos